

ciencia ficción y fantasía

nueva
dimensión



2001

SITGES

EL ENIGMA
DE OTRO MUNDO

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 6

Nueva Dimensión - 6

ePub r1.1
helike 11.11.14

Título original: *Nueva Dimensión*
AA. VV., 1968

Editor digital: helike
Escaneo: danielus y luangoru
Edición de fuente original: johansolo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1968/6

A Arthur Sellings, in memoriam

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA
MIEMBRO DE THE NATIONAL FANTASY FAN FEDERATION

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1968/6

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Ramón Cordón

Alfonso Figueras

Luis Gasca

José Luis Garci

PGarcía

Carlos Giménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Roma Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Inglaterra: Jean G. Muggoch

Italia: Riccardo Leveghi

Méjico: Luis Vázquez

Rumania: Ion Hobana

Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Noviembre-Diciembre 1968. Número 6

EDITORIAL

[Cine y ciencia ficción](#)

DESDE SITGES

[Primera Semana de Cine Fantástico](#)

por S. Martínez, D. Santos, L. Vigil, J. L. Garci, J. L. Montalbán

DESDE RUMANIA

[Una ojeada a la ciencia ficción rumana](#)

por Ion Hobana

SE PIENSA

[Acerca de 2001](#)

1. Amanecer del hombre, por R. Cordón
2. La vida cotidiana en 2001, por Luis Vigil
3. Mi amigo Hal, por Fernando España

[Divagaciones sobre el estreno de «El enigma de otro mundo»](#)

por Alfonso Figueras

SE DICE

[Libros, revistas, cine, teatro, radio, TV, comic, autores, fandom, premios, arte, moda](#)

SE ESCRIBE

[Cartas con polémica, carta de América, cartas sobre comic](#)

NOVELA

[El enigma de otro mundo](#)

por John W. Campbell jr.

CUENTOS

[La edad de la benevolencia](#)

por Arthur Sellings

[Las paredes](#)

por Keith Laumer

[Flores en sus ojos](#)

por Kurt Luif

[Un capítulo de historia literaria](#)

por Ov. S. Crohmalniceanu

[El sol naranja](#)

por Camil Baciú

[El despertar del profesor Bern](#)

por Vladimir Savchenko

CUENTOS CORTOS

[La gema](#)

por H. H. Browning

[Sobre el tiempo y Texas](#)

por William F. Nolan

CLÁSICO

[Un rumano en la Luna](#)

por Henric Stahl

FANZINE

¡Maldito matasellado!

por Paul Wyszkowski

CUENTO DE CHOQUE

Sueños de cristal

por Marcial Souto

ILUSTRACIONES DE

José M.^a Beá

Ramón Escolano

Carlos Giménez

Jaime Rosal

Enric Sió

Enrique Torres

HUMOR DE

Escolano

Revista «True»



EDITORIAL

CINE Y CIENCIA FICCIÓN

La gente salía lentamente de la sala. Acabábamos de asistir al estreno de «2001, una odisea del espacio». Los comentarios se entrecruzaban a mi alrededor. Un señor gordo y calvo decía que no había entendido nada de la película. Otro preguntaba cuál era el significado de aquella especie de embrión flotando hacia nuestro planeta al final de la cinta. Una señora no veía claro «qué demonios pintaba aquella habitación estilo rococó» (sic.) en medio de todo lo demás. Alguien dijo a mi lado, con claro aire de suficiencia: «Bueno, es que con eso de la ciencia ficción...».

Más tarde, haciendo un somero análisis de los hechos, no he podido menos que preguntarme si todos aquellos comentarios no serían más que el resultado de una completa impreparación. ¿Acaso ha existido nunca realmente, antes de ahora, un verdadero cine de ciencia ficción? Recuerdo haber leído al respecto en varios sitios la afirmación de que la ciencia ficción

nació precisamente en el cine, y que sólo después pasó, de éste, a la literatura. Dejando aparte lo erróneo de esta absurda inversión de conceptos, cosa fácilmente demostrable, uno debe admitir de todos modos que la ciencia ficción sí nació con el cine... y resultaría tonto citar aquí, para demostrarlo, a Méliès. Sin embargo, de entonces a hoy, haciendo un poco de balance, ¿qué es lo que podemos entresacar de casi setenta años de cine de ciencia ficción?

Realmente, hay que admitir que hasta el presente la cinematografía le ha hecho un triste servicio a la ciencia ficción. Medio lustro largo de cine sólo ha sabido darnos un buen surtido de monstruos más o menos repugnantes, un poco de terror más o menos cósmico... y nada más. Existen afortunadamente, por supuesto, algunas excepciones; pero salvo éstas —y son contadas— los cineastas que han abordado la ciencia ficción lo han hecho con el equivocado preconcepto de que, para que la película sea de ciencia ficción (y sea rentable) es preciso que contenga algunos monstruos aceptablemente repulsivos, para placer y delectación del morbo de los espectadores (¡oh, aquella señora que estaba tan enojada el día del estreno con el señor Kubrick porque en todo «2001» no aparecía ni un solo marciano!). Los buenos tiempos iniciales de «Metrópolis», de «La mujer en la Luna», de «La vida futura», desaparecieron rápidamente. Parece como si la llegada de los «pulps» en USA se hubiera dejado sentir también en el cine. Surgió rápidamente el argumento tipo: monstruo convencional atacando a señorita convencional con intenciones también convencionales, y su variante de monstruo convencionalmente repulsivo, horroroso e indestructible, aterrorizando a toda la humanidad... también en forma convencional, por supuesto. La única variante que existía de una a otra película solía ser el monstruo en sí, más o menos repulsivo según las circunstancias. Los sugestivos títulos de todas estas películas —en los que proliferaba la palabra «ser», «cosa», «bestia», «monstruo», y un buen número de sinónimos— nos indicaban ya de antemano qué íbamos a encontrar, y constituyen una interesante filmografía.

Afortunadamente, esta etapa se ha ido poco a poco superando, o al menos delimitándose: este tipo de cine continúa aún haciéndose, y con éxito, pero en una forma ya especializada, dejando campo libre a todo lo demás. Sin embargo, el daño ya está hecho: se ha creado un antecedente, y para mucha gente un film de ciencia ficción sin monstruos ya no es un film de ciencia ficción. ¡Y es tan difícil hacer un buen film de ciencia ficción con monstruos! Unos pocos títulos: «Ultimátum a la Tierra», «La guerra de los mundos», «El enigma de otro mundo», «Planeta prohibido»... y poco más.

Así ha vegetado durante mucho tiempo el cine de ciencia ficción. Ni siquiera el recurso, empleado siempre por el cine como última solución, con mayor o menor éxito, de ir a buscar las obras literarias de mayor impacto de

público para trasladarlas a la pantalla, ha dado resultado. Ni Wyndham («El día de los trífidos», «Los cucús de Midwitch» —en el cine «La aldea de los condenados»—), ni Lovecraft («El color que cayó del cielo», llevada al cine con el desafortunado título de «La casa del fin del mundo»), ni Matheson («Soy leyenda», titulada en la pantalla «El último hombre de la Tierra»), ni muchos otros autores y obras de impacto, se salvaron de una realización mediocre, completamente por debajo del original literario.

Sin embargo, últimamente, se ha producido de pronto una especie de reacción. Repentinamente, los directores de cine han descubierto que se puede hacer ciencia ficción sin necesidad de monstruos, criaturas antediluvianas ni maquetas de cartón piedra. Y este movimiento se ha iniciado precisamente en Europa. Ha sido Goddard, con su enrevesada, caótica e intelectual «Alphaville»; ha sido Truffaut, con «Fahrenheit»; ha sido Petri, con «La décima víctima». Los grandes directores han descubierto la ciencia ficción, hasta entonces relegada a la categoría B, y la han elevado a un plano de inteligencia.

Luego, el movimiento salta a USA. Es el mainstream: la ciencia ficción sin ciencia ficción, como dice nuestro colaborador Rémi-Maure. Surgen algunas películas en todo el mundo, y la gente se resiste a llamarles ciencia ficción. Surgen «Siete días de mayo», «Dr. Strangelove», «Un amour de poche», «Je t'aime, je t'aime», «La brulère de mille soleils»... Renace poco a poco la idea de que puede existir una ciencia ficción cinematográfica digna, libre de todas sus taras. El género se intelectualiza...

Y nos llega ahora, tras una gran campaña de lanzamiento, «2001». Es un regreso a la ciencia ficción clásica, dirigido a todo el público, y con un enfoque completamente distinto al que se había usado hasta ahora en el género. Y es esa película precisamente, más que ninguna otra de las citadas, la que nos da la medida del profundo cambio experimentado, de la profunda evolución que ha sufrido todo el cine de ciencia ficción. Porque «2001» es una obra predominantemente tecnológica, pero también humanística. «Después de esto —me dijo tras haberla visto un aficionado—, todo el cine de ciencia ficción tendrá que cambiar». Quizá sea un poco taxativo afirmar esto, pero también creo que será así.

Porque el futuro del cine de ciencia ficción se presenta ahora, por primera vez en su historia, interesante. Nos hallamos en una etapa de experimentación. Se está gestando un profundo cambio. ¿Hacia dónde desembocará este proceso? ¿Tal vez siguiendo los caminos de «2001»? ¿O tal vez fundiéndose con esta nueva corriente del cine de ciencia ficción europeo, experimental e intelectualizado, que parece haber adoptado también USA? ¿Estará en ese «Hombre ilustrado», en «El verano de Picasso», en «Más que humano»? ¿o quizá en estas «Crónicas marcianas» que Bradbury lleva

preparando tanto tiempo para Truffaut, y de las que nunca se ha vuelto a oír hablar?

¿O tal vez volverá a su cuna, a Europa? ¿Quizá incluso aquí, en España? ¿No estará este futuro en «La máquina de matar» o en «Los viajeros de las gafas azules», en esas dos cintas malditas que Juan Atienza, nuestro buen amigo Juan Atienza, está intentando llevar a buen término, a despecho de los productores?

El futuro, nuestro siempre tan querido futuro, es el único que tendrá a este respecto la palabra.



Eric Sjö '68

LA EDAD DE LA BENEVOLENCIA

ARTHUR SELLINGS

Este relato estaba programado inicialmente para ser incluido en nuestro último número, pero necesidades de montaje surgidas a última hora nos obligaron a aplazar su publicación hasta este número. Ahora, la noticia de la repentina muerte de su autor, nuestro gran amigo y colaborador Arthur Sellings, da un nuevo tono a esta publicación. He aquí, pues, con nuestro homenaje a su memoria, una parábola rebosante de humanidad y esperanza, que define por sí misma, más que todas nuestras palabras, la honda personalidad de su autor.

ilustrado por ENRIC SIÓ

En una edad antigua, más ruda, habrían mirado en otra dirección al verle pasar, pero ahora rehusaban darse cuenta de su diferencia. Le admitían en su compañía, le invitaban a participar en sus diversiones. Era él el que se apartaba.

En una edad más antigua hubieran tenido miedo de él. En los rincones apartados se hubiera murmurado contra él. No habría habido crimen en el vecindario, por pequeño que fuese, que no le hubiera sido atribuido. Pero ahora ya casi no había crímenes, ni rincones apartados. Los únicos murmullos eran los que oía en su propia mente, y esos nunca cesaban.

Habría sido mofado con apodos por una gente más inculta. Le habrían llamado «giboso» porque era jorobado. Le habrían llamado «enano» porque era pequeño de estatura. Le habrían llamado «sonrisas» porque su cara estaba contorsionada en una expresión perpetua que, sólo por pura coincidencia, se parecía a una sonrisa.

Y, sin embargo, si hubiera estado en peligro, o si alguien hubiera alzado una mano contra su deformidad, alguno de los que le llamasen con apodos habrían saltado en su defensa. Pero en la edad en la que había nacido nadie habría pensado en mofarse de él, nadie en alzar una mano en su contra, nadie tendría la oportunidad de defenderlo.

Si hubiera nacido trescientos años antes, en el siglo xx, habría encontrado un cierto balance. Habría hallado a otros como él. Habría establecido una tímida y silenciosa comunión con ellos, y con todas las cosas dignas de compasión, contrahechas, rotas, defectuosas. Y tal vez hubiera aprendido a mantener encendida en su corazón una chispa de belleza, sabiendo que la mayoría de la gente que le rodeaba tenía las almas tan retorcidas como él el cuerpo.

Pero en esta edad no había otros como él. Todos los demás eran perfectos, tanto en el alma como en el cuerpo. La creación de un humano era ahora al mismo tiempo un arte y una ciencia. Por varias generaciones no había habido otro accidente similar a él.

Un pueblo más antiguo lo hubiera contemplado al nacer y, con una piedad brutal,

lo hubiera matado.

Pero ésta era la edad de la luz... la edad de la benevolencia.

—¿Dónde va a ir? —preguntó, mirando hacia arriba, de soslayo, a la forma larga y brillante.

Ellos sonrieron gentilmente, dejando a un lado sus herramientas. Habían oído hablar de Bruno, sabían que vagabundeaba de un lado para otro, como habían hecho las gentes en las Edades Tenebrosas. No obstante miraron al nombre grabado en el pecho de su túnica antes de responder. Haber usado su nombre sin hacer esto habría sido grosero, demostrando el hecho de que su deformidad era conocida generalmente.

—Esperamos que llegue a una estrella, Bruno.

—¿Por qué sólo lo *esperan*?

—Porque es muy difícil. Hubo una vez en que el Hombre creyó que sería fácil, opinaban que ya lo tenían todo resuelto. Diez años, pensaban, veinte a lo sumo y alcanzaremos la Luna. Así de fácil.

—Eso fue hace trescientos años —terció su compañero.

—Entonces, ¿se ha tardado todo este tiempo?

—Bueno, no exactamente. Acabamos tan sólo de recomenzar en estos últimos años. Sabes, hace tiempo, en las Edades Tenebrosas, ellos tenían dos sueños. Uno era un buen sueño, según los criterios de aquella época, el otro era una pesadilla. La pesadilla casi se convirtió en realidad y el sueño se quedó en sueño, porque la pesadilla casi había hecho desaparecer el sueño, con la guerra, la reconstrucción posterior y la falta de herramientas y de recursos. Y tenían otras preocupaciones: tenían que conquistarse a sí mismos antes de poder conquistar el espacio, porque las técnicas que podían aniquilar el espacio también podían aniquilar al hombre.

—Y, ahora, ¿pueden hacerlo?

—Sí, creo que sí. De cualquier manera podemos intentarlo. Debemos intentarlo. La gente nunca ha olvidado aquel sueño; en cierta manera, lo ha superado. Sin embargo todas las otras cosas que la Humanidad decía hace tiempo que eran buenas ya han sido realizadas, así que ahora podemos decir: aquello era bueno o aquello era malo, pero en cualquier forma ya lo hemos hecho. Pero el viaje espacial es una parábola que nunca fue trazada, un salto que se detuvo en medio del aire. Una asíntota que se ha acercado, pero nunca ha sido alcanzada.

—Estás haciéndoselo difícil de comprender —dijo el otro técnico.

El primero de los técnicos le lanzó una mirada de advertencia. Sus palabras implicaban una crítica, un reconocimiento de la deficiencia de Bruno.

—Bruno me comprende, ¿no es así, Bruno? Es como una tristeza recurrente que no ha abandonado a las gentes en todo este tiempo. Tenemos que hacerlo por lo menos una vez, y entonces todo el mundo podrá continuar en paz con su trabajo.

Por aquel entonces, Bruno debería haber llegado a sus límites de conversación.

Unas pocas frases, un minuto o dos, era lo más que podía soportar antes que el conocimiento de su propia fealdad le hiciese terminarla y huir. Pero ahora notaba agitarse en su interior algo que le hacía desentenderse de eso. Había aquí un repiqueteo de viejos sueños, un nuevo capítulo que añadir a los amarillentos libros que había leído.

—No obstante esto está mal —dijo—. La gente no debería dejarlo aquí. Debería continuar y continuar, como los viejos exploradores hacían en los océanos. Como Cabot y Colón, Vasco de Gama y Magallanes.

Conocía sus nombres, los de toda aquella gran compañía de aventureros solitarios, navegando más y más lejos de las repletas y bien conocidas ciudades, hacia afuera, a la soledad desconocida.

Los dos técnicos le miraron compasivamente.

—Eso fue hace mucho tiempo —contestó uno de ellos—. Las cosas han cambiado desde entonces. El hombre ha cambiado. Un viaje de ida y vuelta a Venus y todo el mundo estará contento. Aunque la nave se estrellase o no fuera capaz de regresar, una palabra por la radio sería suficiente. El Hombre conoce ahora el Universo interior, y éste es muchísimo más rico que el exterior. El que llevamos dentro no tiene fin. El de afuera es finito: se curva sobre sí mismo.

—*Venus* —dijo Bruno, recreándose en la palabra—. La Estrella Vespertina. Pero la Luna está más cerca. ¿Por qué no va la nave primero a la Luna?

—Porque —contestó el técnico— un hombre necesita tiempo para acostumbrarse a los cambios del espacio. Tras abandonar la Tierra tiene que adaptarse al espacio, luego tiene que volver a adaptarse para el aterrizaje. Si fuéramos a la Luna, esos procesos estarían demasiado próximos en el tiempo. Al ir a uno de los planetas el piloto tiene tiempo suficiente para adaptarse. ¿Comprendes?

Bruno parecía no oírle, estaba allí de pie, aunque frunciendo su rostro más de lo usual.

—Bueno —dijo el otro técnico—, tenemos que continuar con nuestro trabajo; de lo contrario, nadie irá a ninguna parte.

Se dio la vuelta y su compañero le imitó.

—Esperen —dijo Bruno—. ¿Cuántos irán en este viaje?

Se volvieron, ocultando cuidadosamente su impaciencia.

—Solo uno. Las máquinas harán todo el trabajo, excepto el de pilotaje.

—¿Creen ustedes...? —brincó torpemente de un lado a otro en su excitación—. ¿Creen ustedes que yo podría ser ese uno?

Le miraron y luego se miraron entre sí. Uno se mordió un labio, y el otro miró hacia el suelo. Ninguno de los dos habló.

—Pero ¿no puedo? Podría aprender cómo manejarlo.

—No es eso, Bruno —le contestó uno de ellos—. No hay demasiado que aprender. Todo está calculado en una serie de números para el despegue y el aterrizaje. Podríamos posiblemente enviar un vehículo sin piloto, pero eso no sería lo

mismo, ¿no? De cualquier forma, ya han seleccionado al piloto.

—Pero pueden cambiarlo. ¿O no pueden? Si es tal como ustedes dicen... que ellos sólo quieren hacerlo esta vez y luego ya estarán satisfechos... entonces nadie en especial quiere ir. Pero yo sí ¡Yo quiero ir!

—No es esto, Bruno. ¿Entiendes? —pero no podían decírselo—. Ve a ver al Dr. Marcus, en este mismo Edificio Principal. Él te explicará.

El doctor Marcus era un hombre benevolente. También era un hombre que poseía un profundo autocontrol. Cuando Bruno hizo su petición, tan sólo arqueó las cejas; el mismo gesto que hubiese hecho si hubiera sido cualquier otro.

—Hummm —se acarició la barbilla—. Me temo que no, Bruno. Comprende, el piloto debe ser apto y fuerte.

—Pero yo soy apto. Yo soy fuerte. Tengo manos fuertes: puedo doblar una barra de hierro de dos centímetros y medio con las manos desnudas. ¡Sé que podría pilotarla!

—Temo que no sea tan fácil. El piloto debe estar preparado para soportar grandes tensiones. No sólo necesita fuerza en sus manos, tiene que ser... —alzó los hombros, dejando la frase sin terminar.

Los ojos de Bruno se llenaron de lágrimas de amarga impotencia.

—¡Derecho y perfecto, quiere usted decir! Como cualquiera menos yo. Esto es lo que quiere usted decir, ¿no? Pero, si ha de soportar todas esas tensiones, ¿cómo puede usted saber que, sea quien sea, el piloto saldrá de ellas derecho y perfecto?

—No lo sabemos —dijo suavemente el doctor Marcus—. Pero a la partida tiene que ser así. El hombre que vamos a lanzar ha pasado por pruebas exhaustivas para asegurarnos de que podría soportarlo.

—De acuerdo, pruébeme.

—Lo siento, no podría hacerlo. ¿No lo comprendes? No sería una prueba, sino un asesinato.

—No me preocupa el riesgo. Mi vida no es tan preciosa para mí como las suyas son para otras gentes. Y según el estatuto tengo libertad de elección.

—La tienes, pero también la tengo yo y no lo haré. De cualquier manera no hay tiempo, todo está preparado. Las pruebas llevan semanas y la nave despega mañana por la mañana —se relajó, sonriente—. Ése es un dato que la mayoría de la gente desconoce. No estamos dándole mucha propaganda a la tentativa. La gran noticia será dada si tenemos éxito. Te diré, sin embargo, lo que puedo hacer. Si estás tan interesado, arreglaré las cosas para que estés en la sala de comunicaciones y puedas seguir el vuelo en su totalidad. Entonces tú...

—No importa —dijo amargamente Bruno, cortando sus palabras—. Siento haberle molestado.

Se dio la vuelta para ocultar sus lágrimas.

El doctor Marcus conservó una sonrisa forzada en el rostro.

—No es molestia, Bruno, no es ninguna molestia. En cualquier momento... — pero Bruno se había ido.

Durante todo el resto de aquel día observó la nave desde detrás de una duna en el desierto, contemplando, contemplando, hasta que la larga forma plateada que se silueta contra el cielo pareció convertirse en el brillante símbolo de la única esperanza que había tenido en toda su vida; esto es, la única exceptuando aquella imposible: el ser derecho y perfecto.

Vio a los técnicos subir la escalera con instrumentos portátiles y medidores. A medida que llegaba el atardecer y que la luz se difuminaba en el cielo, el relevo fue tomado por lámparas de luz solar. Y luego los técnicos descendieron por la escalera uno a uno. Oyó sus alegres voces mientras volvían al anillo de edificaciones que rodeaban la nave. Al poco tiempo las lámparas fueron apagadas y la nave se convirtió tan sólo en un dedo oscuro dibujado en el cielo nocturno.

Bruno salió de su escondite.

Caminó calmadamente hasta el anillo de edificaciones, esperando cautelosamente en la sombra de uno de ellos para asegurarse de que el camino estaba libre. Oyó risas y voces que provenían del edificio cercano y vio, a través de las ventanas, hombres comiendo. No había nadie más a la vista.

Salió de las sombras y se lanzó a paso ligero a través de los trescientos metros que lo separaban de la nave. Hubiera rezado en voz alta mientras corría si el mero esfuerzo de la carrera no hubiera necesitado de todas sus energías. Tal como iban las cosas, su plegaria era como una muda agonía en su pecho.

Cubrió los últimos veinte metros como si estuviera en una pesadilla, esperando a cada segundo el sonido de voces alarmadas, el destellar de luces. Pero nada de eso sucedió. Se desplomó, jadeante, en la sombra de los timones de cola. Paseó ansiosamente su vista a su alrededor. Nada se movía. No había guardias vigilando la nave. En esos días nadie lo consideraba necesario.

Tan pronto como hubo recobrado la respiración, subió la escalera. Estaba en el costado de la nave, a la sombra de la débil luz que daba la luna nueva. La escotilla estaba colocada sobre monstruosas suspensiones cardán y a su empuje se abrió lo suficiente como para permitir el paso de su serpenteante cuerpo.

Una vez dentro estaba a salvo. El corto pasillo que partía en túnel desde la escotilla llevaba tan sólo a una parte: la cámara de control. Estaba iluminada débil pero adecuadamente por las luces de innumerables medidores y controles. Ahora que había cesado su propio temblor, podía sentir la vibración casi imperceptible de la nave, un ligero escalofrío como el de un inmenso poder esforzándose en liberarse. Se hundió en el sillón del piloto.

Se pasó toda la noche examinando los controles y leyendo los manuales. Había

muchas cosas que no lograba entender, pero no importaba. Encontró un documento que señalaba las series de operaciones de control; esto era lo importante. Comprobó los números con las palancas, las ruedas, los contadores.

Nadie vino a bordo de la nave. Evidentemente todo estaba preparado. Lo único que faltaba ahora era la entrada del piloto en la mañana, el bajar las palancas... y el despegue.

Y para cuando llegó la mañana Bruno también estaba preparado. Esperó hasta que vio signos de vida en el campamento, hasta que observó como una o dos figuras salían de los dormitorios.

Entonces cerró la escotilla, se recostó en el sillón, hizo una comprobación final a la serie de maniobras de disparo y extendió la mano. Su último pensamiento fue una inútil tentativa de imaginar los rostros de todos, allá abajo, cuando la mañana grisácea se convirtiese de repente en un trueno llameante. Y entonces notó el frío metal de las palancas en la yema de sus dedos. Cerró los ojos y apretó.

Tras el desmayo grisáceo llegó la agonía, roja y enceguedora. Su cuerpo era parte de la nave, aplastado y fundido hasta convertirse en una sola cosa con el ardiente metal y los tronantes motores. Era tan parte de ella que toda su energía pasó a través de él, a través de tendones torturados y quejosos nervios. Y, a pesar de eso, una parte de él, una pequeña parte, permaneció libre, más allá de todo daño, observando y regocijándose, sabiendo vagamente pero con seguridad que había sobrevivido al primer choque psíquico.

De eso sí que se supo dar cuenta, aunque su cerebro ya no era un aparato pensante sino tan solo un receptor y distribuidor de dolor, aunque sus sentidos estaban perdidos en un huracán, con sus oídos rellenos de truenos y sus ojos repletos con una niebla roja.

Cuando finalmente logró aclarar sus ojos, siguió viendo rojo... el rojo de su propia sangre: estaba salpicando el frontal de su túnica. Notó la viscosidad de la misma en sus labios, le supo como flema en su garganta. Y, sin embargo, su único pensamiento fue de gratitud, porque había sobrevivido para ver y saborear y notar de nuevo, pues no había osado esperar tanto.

La pequeña parte de sí mismo que se había colocado más allá y regocijado: la voluntad, la chispa esencial o lo que fuese, pareció crecer triunfante sobre la carne y sus flaquezas. Creció hasta un tamaño máximo cuando, con un pensamiento frenético, miró a las palancas para oprimir las siguientes en la serie. *Ya habían sido oprimidas*. En alguna forma, en medio de aquel purgatorio, esta chispa interior había operado en su agarrotado cerebro para llevar a cabo su voluntad.

Por primera vez en su vida, Bruno sonrió con un gesto que no era simplemente una deformación de su rostro.

Siguieron días de caída libre, días de tregua mientras el dolor de su cuerpo

disminuía. Una vez fue sumergido por un espasmo de tos que le duró una hora y le cubrió de sangre. Y pensó que iba a morir, que la tortura del despegue había roto algo vital en su interior. Pero no le importaba, porque había tenido ya su primera visión del espacio, sin fondo y con una claridad diamantina. Y se recuperó.

Para cuando los cohetes de freno debían ser aplicados ya se encontraba bien de nuevo. Era tal como habían dicho en la Tierra, la Tierra que se iba alejando más y más y se convertía en algo irreal. Habían tenido razón en decir que el cuerpo tenía que adaptarse, pero también se habían equivocado... pues no se había necesitado un cuerpo perfecto, tan solo la fuerza de un designio y un ardiente deseo de triunfar.

Tal vez, le agradaba pensar, hasta alguien con un cuerpo perfecto hubiera sucumbido al faltarle ese deseo. Los normales, allá en la Tierra, no tenían la perspectiva correcta. ¿Qué podía lograrse con una actitud que veía el viaje espacial tan solo como la consecución de algo que había dejado de hacerse, como un fin más que como un principio?

Pensando así, no tocó la radio durante todo el viaje.

Únicamente cuando se acercó a la blanca faz de Venus se decidió a usarla. Después de todo les debía dar una respuesta. Si no hubiera sido por ellos y por su trabajo, él nunca habría podido tener una visión del espacio.

Tendría que hablar ahora. No podía fiarse del milagro de la voluntad para guiarle durante el frenado, la órbita del aterrizaje, el descenso final a través de las nubes. Empujó el mando de encendido.

Una voz llegó débilmente, a través de las oscuras distancias:

—Bruno, ¿estás bien? Bruno, ¿estás bien? Bruno... —seguía y seguía sin terminar. Le hacía sentirse culpable al pensar en las semanas y semanas que debían haber estado emitiendo aquel mensaje sin conseguir respuesta. Sin duda, ahora ya debía ser una grabación, pero allá abajo debían estar esperando, haciendo guardia al lado del receptor. Eran gentes benevolentes, consideradas. Simplemente no entendían, eso era todo.

Cambió a transmisor y habló:

—Soy Bruno. Estoy bien. Estoy aterrizando en Venus. Aún si me estrello, no puedo ya hacer otra cosa.

Apagó. Dio una ojeada al receptor, y luego agitó la cabeza y se extendió en el sillón.

Todo era silencio tras el tronar de los cohetes, el alarido del aire pasando por los chamuscados costados de la nave. Yacía contemplando el techo. Miró hacia abajo y esta vez no vio sangre, tan solo vómitos. En el despegue, el dolor había suprimido el más débil tirón de la náusea, pero al aterrizar, con los súbitos deslizamientos y desaceleraciones, la náusea se había impuesto. Se notaba exhausto, y permaneció tendido durante un largo rato.

Finalmente, cuando creyó que ya podía hacerlo, se alzó sobre sus piernas tambaleantes, agarrándose para soportarse. Bebió y comió, y se sintió mejor. Luego se lavó. Durante el vuelo había aprendido cómo funcionaba el medidor de atmósfera; lo comprobó y vio que el aire exterior era respirable. Abrió la portezuela y salió a la escalerilla.

Por todo su alrededor, llegando hasta el horizonte, se extendía una pradera. Podía distinguir manchas de color que debían de ser flores. El color, también, flotaba en el aire, en la forma de algo así como mariposas o nubes de polen. El aire era cálido y estaba repleto de aromas, olores de extraños bálsamos, esencias de néctares desconocidos. Y también había algo más. El susurro de alas. De muchas alas. Alzó su cabeza mirando hacia arriba...

... Y allí estaban. Una bandada de seres alados, medio pájaros, medio insectos de alas diáfanos.

Le estaban observando con una mirada suave y apacible, mientras sus cuerpos giraban y planeaban en el aire. Mientras los contemplaba, iniciaron un arrullo similar al de las palomas. Habían caído del cielo y se agruparon al pie de la escalerilla. Esperaron allí, mirándole, con su arrullo convertido en un simple susurro.

Bruno no sentía miedo. Parecían demasiado apacibles para dañar a nadie. Todo lo que notaba era una confusión que le hacía subir la sangre a las mejillas: no estaba acostumbrado a ser el centro de tantas miradas. Dio la vuelta para huir al interior del cohete.

Un gorjeo cortó su gesto de retirada. Sonaba extrañamente a desencanto. Luego, una voz inició un suave canto. Por pura curiosidad miró hacia abajo por encima de su deforme hombro.

Uno de los seres se había adelantado un paso. El resto había quedado atrás, formando un semicírculo. Era casi como si el del centro estuviese entonando una salutación de bienvenida. Cuando Bruno miró hacia abajo cesó su canto, arrulló excitado e inclinó a un lado su cabeza. Sus grandes ojos amarillos parecían suplicar. Daba pequeños aleteos con sus alas.

Entonces Bruno se dio cuenta de la verdad. De que no importaba. De que hasta un perfecto y normal ser humano sería para aquellos seres tan extraño como lo era él. Quizás esos pacíficos seres de allá abajo fueran tan solo los atrofiados restos de una raza más noble. ¿Y cómo iba a saberlo? ¿Y qué diferencia iba a representar?

En un impulso repentino descendió la escalerilla. Seis escalones antes del final se giró, dándoles la cara, con la espalda a los escalones y agarrándose a ellos con sus fuertes manos.

—Mi nombre es Bruno —comenzó—. Vengo del planeta Tierra. Yo...

¿Tenía alguna importancia que prosiguiese? No podían comprenderle. Tan solo era una formalidad. Y, sin embargo, cuando sus labios formaron las siguientes palabras temblaron. ¿Cómo podía pronunciarlas, aún ante seres que no las podían entender, sin cometer algo que se acercaba a una blasfemia?

Estudió los grandes ojos de los seres, dándose cuenta de que, por primera vez en su vida, podía soportar la mirada de tantos sin sentirse avergonzado, sin escapar. ¿Por qué no iba a proseguir? No era su envoltura exterior lo que contaba, no era lo que lo hacía ser tal cual era. Acabó la frase.

—Soy un hombre —dijo clara y firmemente.

Luego descendió los seis últimos peldaños de la escalerilla.

Título original:
THE AGE OF KINDNESS
© 1968, *Arthur Sellings*.
Traducción de Z. Álvarez

LAS PAREDES

KEITH LAUMER

Keith Laumer, autor de una larga lista de títulos de ciencia ficción, entre los que sobresalen «Galactic Diplomat» (Diplomático galáctico) y «Retief's War» (La guerra de Retief) —ambos pertenecientes a su serie que lleva el nombre del personaje, Retief, serie de gran éxito en los Estados Unidos— nos expone en este relato la pesadilla, que ya empieza a vislumbrarse en nuestros días, de un ama de casa que preferiría un poco de cielo azul y el verdor de los árboles al embrutecimiento de la televisión.

montaje fotográfico de ENRIQUE TORRES

Harry Trimble parecía contento cuando entró en el apartamento. Apenas se había cerrado la puerta del ascensor tras él, separándole de los rostros indiscretos de los restantes usuarios, cuando ya había echado un brazo al cuello de Flora, apretado su mejilla contra la de ella y dicho alegremente:

—Bueno, ¿qué tal te parecería una pequeña sorpresa? ¿Algo que llevas esperando mucho tiempo?

Flora le miró desde el control del suministrador automático de comida.

—¿Una sorpresa, Harry?

—Ya sé lo que opinas del apartamento, Flora. Bueno, de ahora en adelante lo veras menos...

—¡Harry! —se sobresaltó por el apretón que ella le dio en un brazo. El rostro de Flora se veía pálido bajo la iluminación de la estancia—. ¿Acaso es que nos vamos al campo...?

Harry liberó su brazo.

—¿Al campo? ¿De qué demonios hablas? —Ahora estaba serio y su expresión placentera había desaparecido—. Deberías usar más las lámparas solares —dijo—. Se te ve enferma.

Echó una ojeada por el apartamento, a las cuatro paredes rectangulares, perfectamente lisas, a la vidriosa superficie del techo de brillo variable, al suelo con su entrelazado de paneles que ocultaban los muebles empotrados. Por fin su vista se detuvo en el rectángulo de la pantalla TV.

—Voy a hacer que quiten esa cosa mañana —dijo. La expresión placentera estaba volviendo a su rostro. Guiñó un ojo a Flora—. ¡Y voy a hacer que instalen un Pared-Completa!

Flora miró a la pantalla apagada.

—¿Un Pared-Completa, Harry?

—¡Sí! —Harry se dio un puñetazo en la palma de su mano, atravesando a

zancadas la habitación, de un lado a otro—. ¡Seremos los primeros en nuestro bloque de habitáculos en tener un Pared-Completa!

—Bueno... No estará mal, Harry...

—¿No estará mal? —Harry encendió el televisor, luego extrajo las dos sillas con porta-bandejas dispuestas para recibir la cena.

En la pantalla, detrás suyo, se movían figuras.

—Es mucho mejor de lo que te figuras —dijo, alzando su voz sobre el chillido de la música—. Aunque sólo sea por lo caro que es. ¿A quién más conoces que se pueda permitir el lujo...?

—Pero...

—¡Nada de peros! ¡Imagínatelo, Flora! ¡Será como tener... una butaca de palco, ante la que se desarrollen las vidas ajenas!

—Pero es que ya tenemos tan poco sitio ahora; ¿dónde vamos a ponerlo?

—¡No ocupará ningún sitio! ¿Cómo puedes ser tan ignorante de los progresos técnicos? Tan sólo tiene un grosor de tres milímetros. Piénsalo: así de grueso —Harry indicó tres milímetros con sus dedos—. Y da mejor color y definición de imagen que cualquier otra cosa que hayamos visto. Además lleva incorporado el efecto de Visión Total.

—Harry, la pantalla vieja ya nos va bien. ¿No podríamos usar ese dinero en un viaje?

—¿Cómo puedes decir que nos va bien si nunca la tienes encendida? Cada día tengo que hacerlo yo mismo cuando llego a casa.

Flora trajo la comida y cenaron en silencio, mirando la pantalla. Tras la cena, Flora tiró las bandejas, volvió a empotrar las sillas y extrajo las camas. Se acostaron en la oscuridad, sin decirse nada.

—Es un sistema completamente nuevo —dijo repentinamente Harry—. La firma Pared-Completa tiene su propia programación. Te planifican todo el día: te despiertan a la hora exacta con una música alegre, te sugieren menús del desayuno para que los encargues al suministrador automático, luego continúan con buenos programas para distraerse por la mañana; también hay música de siesta, con sugerencias subliminales por si tienes dificultad en dormirte; luego...

—Harry, ¿la puedo apagar si quiero?

—¿Apagarla? —Harry parecía asombrado—. De lo que se trata es de que la tengas encendida. Es por eso por lo que voy a hacértela instalar, ¿sabes?: ¡para que la uses!

—Pero hay veces en que, simplemente, me gusta pensar.

—¿Pensar? Rumiar querrás decir —suspiró—. Escucha Flora, sé que el lugar no es bonito. Sí, ya sé que te cansas un poco al estar aquí todo el tiempo; pero hay mucha gente que está peor y ahora, con el Pared-Completa, te parecerá tener más

espacio.

—Harry —Flora hablaba rápidamente—. Me gustaría que pudiéramos irnos, quiero decir abandonar la ciudad y hacernos con un rinconcito donde pudiéramos estar solos, aunque eso significase tener que trabajar duro, y donde yo pudiese tener un jardín y hasta quizás un gallinero y donde tú pudieses cortar leña para el fuego...

—¡Buen Dios! —gruñó Harry, interrumpiéndola—. Esas fantasías tuyas. —Luego prosiguió más tranquilo—: Tienes que aprender a vivir en el mundo real, Flora. ¿Vivir en el bosque? Hojas húmedas, cortezas húmedas, insectos, musgo; y hablas de cosas deprimentes...

Se produjo un largo silencio.

—Ya sé; tienes razón, Harry —dijo Flora—. Me gustará el Pared-Completa. Fue muy considerado por tu parte el pensar en comprármelo.

—Seguro —dijo Harry—. Todo irá mejor, ya lo verás.

El Pared-Completa era diferente. Flora estuvo de acuerdo en ello en cuanto los instaladores hubieron hecho las últimas conexiones y lo pusieron en funcionamiento. Tenía un colorido lleno de vida, gran definición y un maravilloso efecto de profundidad.

Los programas eran también de una calidad soberbia: ágiles, repletos de variedad y energía. Al principio era excitante el tener a personas de tamaño natural comiendo, hablando, luchando, bañándose, haciéndose el amor, justo allí en la misma habitación. Si uno se sentaba en el otro lado de la estancia y entrecerraba los ojos, casi parecía estar observando a personas reales. Naturalmente, las personas reales no se comportarían de esa manera. Pero, de cualquier forma, también resultaba difícil prever lo que una persona real podía hacer.

Harry estaba también contento cuando llegaba a casa y encontraba el Pared encendido. Él y Flora encargaban la cena sin dejar de observar la pantalla. Luego se metían en las camas y la contemplaban hasta que las drogas somníferas, que habían empezado a tomar, surtían efecto. Tal vez las cosas fueran mejor, pensaba esperanzada Flora, más parecidas a como habían sido antes.

Pero tras un mes o dos, el Pared-Completa empezó a perder su interés. Los mismos rostros, las mismas situaciones, los mismos sonrientes directores de concursos, asombrados ganadores de premios, delincuentes juveniles y torpes padres, los mismos senos... todo igual.

Al sexagésimo tercer día, Flora apagó el Pared-Completa. La luz y el sonido murieron, dejando un débil resplandor que se desvanecía. Observó inquieta la vidriosa pared, tal como uno pudiera mirar el ataúd de un amigo.

Había silencio en el apartamento. Flora trasteó con el suministrador de comida, apartando sus ojos de la pantalla muerta. Se dio la vuelta para extraer la mesa y se sobresaltó violentamente. La pantalla, al haber desaparecido ahora el brillo residual,

se había convertido en un perfecto espejo. Se acercó a ella, tocó la dura superficie con un dedo. Era casi invisible. Estudió su rostro reflejado; los grandes ojos oscuros con sombras bajo ellos, la línea de las mejillas, un poco demasiado hundida para ser verdaderamente elegante, el cabello recogido detrás, en un poco atractivo moño. Tras ella, la habitación reflejada, sin adornos ahora que todos los muebles estaban empotrados en el suelo excepto los cuadros en las paredes: fotografías de los niños que se hallaban en la escuela, un brillante paisaje de verdes prados, una pintura de las agitadas olas del mar.

Dio un paso hacia atrás, considerando el efecto.

El suelo y las paredes parecían continuar sin interrupción, si exceptuamos una línea casi invisible. Era como si el apartamento fuera dos veces más grandes, como si no estuviera tan vacío...

Flora extrajo la mesa y las sillas, escogió una comida y se sentó a comer observando a su doble. No era raro que Harry pareciera indiferente últimamente, pensó observando los hombros redondeados, el busto insignificante, la postura derrengada. Tendría que hacer alguna cosa para mejorar su apariencia.

Media hora de la silenciosa compañía de su imagen fue suficiente. Flora volvió a encender la pantalla, y contempló aliviada a un sonriente vaquero con pantalones de pana que rascaba una guitarra mientras la intrincada música surgía de la banda sonora.

Después de esto, cada día apagó la pantalla. Al principio tan solo durante una hora, luego por períodos cada vez más largos. En una ocasión se dio cuenta de que estaba charlando alegremente con su reflejo y, rápidamente, se calló. No es que se estuviera volviendo neurótica, se aseguró a sí misma, era tan solo la sensación de mayor espacio lo que hacía que le gustase la pantalla convertida en espejo. Y siempre tenía buen cuidado de tenerla encendida cuando Harry llegaba a casa.

Aproximadamente seis meses después de haber instalado el Pared-Completa, Harry salió un día del ascensor sonriendo de una forma que le recordó a Flora aquel otro día. Dejó caer su maletín en el hueco destinado al mismo en el suelo y dio una ojeada al apartamento, canturreando.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó Flora. Harry la miró.

—No es una cabaña de troncos en los bosques —dijo—, pero de cualquier forma tal vez te guste...

—¿Qué... es, querido...?

—No seas tan desconfiada —sonrió ampliamente—. Te voy a comprar otro Pared-Completa.

Flora quedó desconcertada.

—Pero si este funciona perfectamente, Harry.

—Naturalmente que lo hace —atajó—. Lo que quiero decir es que tendrás otro. Que tendrás dos. ¿Qué te parece eso? Dos Pared-Completa, y nadie más en el bloque de habitáculos tiene siquiera uno. La única cuestión es —se frotó las manos,

paseándose arriba y abajo por la habitación, observando las paredes—, ¿en qué pared lo instalaremos? Puedes tenerlo adyacente u opuesto. Lo estudié todo con los vendedores del Pared-Completa hoy. Y por cierto que están efectuando un magnífico trabajo de programación. Mira, las dos paredes están sincronizadas. Tendrás el mismo espectáculo en ambas, pero desde dos ángulos distintos, como si estuvieras justo en el centro. Todo su programa ha sido realizado basándose en este principio.

—Harry, no estoy segura de que desee otra pared.

—Bah, tonterías. ¿Qué es esto, alguna clase de complejo? Uno ha de tener lo mejor si es que dispone de los medios para obtenerlo. Y yo, a Dios gracias, dispongo de los medios. Por lo tanto...

—¿Harry, podría acompañarte algún día al trabajo... tal vez mañana? Me gustaría ver donde trabajas, conocer a tus amigos...

—Flora, ¿es que estás loca? Ya has visto como va el ascensor de lleno. ¿Y qué harías cuando estuviésemos allí? ¿Estar todo el día de pie bloqueando el pasillo? ¿Por qué no aprecias el lujo de tener tu propio habitáculo, un poco de aislamiento, y ahora dos Pared-Completa?

—Entonces, podría ir a otro sitio. Podría tomar un ascensor más tarde. Harry, quiero salir al aire libre. No he visto el cielo... parece que hace años.

—Pero... —Harry se quedó sin palabras, mirando a Flora—. ¿Para qué quieres ir al tejado?

—No al tejado; quiero salir fuera de la ciudad, al menos un poco. Volvería a tiempo para seleccionarte la cena.

—¿Quieres decirme que deseas gastar todo ese dinero para estrujarte dentro de un ascensor y luego pasar a un autobús y viajar quizás cien kilómetros, enlatada como una sardina, de pie todo el rato, tan solo para poder salir y quedarte de pie en un descampado rodeado de paredes? ¿Y entonces meterte en otro autobús, si tienes suerte, y volver de nuevo?

—No. No lo sé. Simplemente quiero salir, Harry. El tejado. ¿Puedo ir al tejado?

Harry se acercó para acariciar desmañadamente a Flora en el brazo.

—Bueno, tómatelo con calma, Flora. Estás algo cansada y aburrída; lo sé. A mí me ocurre lo mismo algunas veces. Pero no se te ocurra la idea de que te estás perdiendo algo al no participar en la lucha por la vida. El Cielo sabe lo que me gustaría poder quedarme en casa. Y esa nueva pared hará que las cosas sean distintas, ya lo verás...

El nuevo Pared-Completa fue instalado contiguo al otro, con una juntura tan bien ajustada que tan solo una línea finísima marcaba la unión. Tan pronto como se encontró sola, Flora lo apagó. Ahora dos reflexiones le devolvían las miradas tras lo que parecían ser dos paneles perpendiculares de cristal. Agitó un brazo. Las dos figuras la imitaron. Avanzó hacia el rincón de los espejos. Ellas también lo hicieron.

Se echó hacia atrás; ellas retrocedieron.

Se fue hasta el extremo opuesto de la habitación y contempló el efecto. No era tan agradable como antes. En lugar de en una sola habitación, perfectamente encerrada por cuatro paredes sólidas, ahora parecía hallarse en un escenario terminado en ventanas a través de las cuales se podían ver otros similares repetidos hasta el infinito. Había desaparecido el antiguo sentimiento de compañerismo íntimo con su otro yo reflejado; las dos mujeres del espejo eran desconocidas que contemplaban silenciosas. Desafiante, les sacó la lengua. Las dos reflexiones hicieron muecas amenazadoras. Con un débil grito, Flora corrió al control y encendió las pantallas.

Tras esto, muy pocas veces estuvieron apagadas. Algunas veces, cuando el martilleo de los cascos de los caballos se hacía muy pesado, o cuando el griterío de los cómicos se volvía muy estridente, las apagaba y se sentaba dándoles la espalda, sorbiendo una taza de café caliente y esperando... pero siempre estaban encendidas cuando Harry llegaba, algunas veces malhumorado, otras feliz y satisfecho. Entonces él se sentaba en su silla, esperando pacientemente la cena, contemplando las pantallas.

—Están muy bien —decía a veces, asintiendo con la cabeza—. Mira eso, Flora. Fíjate en como ese tipo ha pasado de un lado a otro. Si señor, no se puede negar que esa gente del Pared-Completa lo hacen bien.

—Harry... ¿dónde hacen los programas? Me refiero a esos en los que salen esos bellos paisajes y árboles, colinas y montañas...

Harry estaba masticando.

—No lo sé —contestó—. Supongo que en algún sitio.

—¿Es que existen lugares como esos? Quiero decir ¿no son decorados?

Harry se quedó mirándola, con la boca llena entreabierta. Gruñó y continuó masticando. Tragó.

—Supongo que ésa es otra de tus tontas bromas —dijo.

—No te comprendo, Harry —dijo Flora. Él tomó otro bocado y la miró de lado viendo su asombrada expresión.

—Naturalmente que no son decorados. ¿Cómo demonios se puede hacer un decorado de toda una montaña?

—Me gustaría ver estos sitios.

—Ya empezamos otra vez —contestó Harry—. Esperaba disfrutar de una buena comida y luego ver un poco las paredes, pero supongo que no me vas a dejar.

—Naturalmente que sí, Harry. Tan solo dije...

—Sé lo que dijiste. Bien, míralo —abarcó con un gesto las pantallas—. Ahí está: todo el mundo. Puedes sentarte aquí y verlo entero.

—Pero quiero hacer algo más que tan sólo verlo. Quiero vivirlo. Quiero estar en esos lugares, y sentir las hojas bajo mis pies, y notar la lluvia cayendo en mi cara...

Harry alzó incrédulo las cejas.

—¿Quieres decir que te gustaría ser una actriz?

—No, claro que no...

—Entonces no sé lo que quieres. Tienes un hogar, dos Pared-Completa, y eso no es todo, Flora. Estoy trabajando para conseguir algo...

Flora suspiró.

—Sí, Harry. Tengo mucha suerte.

—Ya lo creo que sí —asintió enfáticamente Harry, con la vista en las pantallas—. ¿Quieres encargarme otro casicafé?

La tercera Pared-Completa llegó por sorpresa. Flora había tomado el ascensor de las once para ir a la roboclínica en el piso 478 para su revisión médica anual. Cuando volvió a casa... allí estaba. Casi no notó el coro de exclamaciones de sorpresa cortado abruptamente cuando la puerta se cerró en las narices de las otras esposas que llenaban el ascensor. Flora se quedó inmóvil, impresionada a pesar suyo por el fantástico panorama que llenaba su apartamento. Justamente frente a ella el auditorio del estudio miraba hacia arriba desde las apretujadas sillas. Un hombre gordo, en la primera fila, introdujo su mano por debajo de una brillante camisa roja para rascarse. Flora podía ver el sudor en su frente. Más atrás una pareja se abrazaba con los ojos fijos en el escenario. «¿Quiénes son?, se preguntó Flora, ¿cómo consiguen salir de sus oficinas y apartamentos y sentarse en un teatro de verdad?».

Hacia la izquierda, un joven con cara de búho parpadeaba en el interior de una jaula brillantemente iluminada. Y, a la derecha, el presentador del programa acariciaba el micrófono, parloteando.

Flora desplegó su silla y se hundió en ella, mirando hacia un lado y otro. Estaban pasando tantas cosas... y ella estaba en medio de todo. Miró durante media hora, luego recogió la silla y desplegó la cama. Estaba cansada del viaje. Tal vez una pequeña siesta...

Sé detuvo a la primera cremallera. El presentador estaba mirando directamente hacia ella, expectante. El muchacho de cara de búho parpadeaba en su dirección. El gordo se rascaba, contemplándola desde la primera fila. No podía desnudarse ante todos ellos...

Miró a su alrededor, localizó el botón cerca de la puerta. Con un clic, la escena murió a su alrededor. Las paredes brillantes parecieron acercarse, apagándose lentamente. Flora se volvió hacia la única pared opaca que quedaba, se desvistió lentamente, con sus ojos puestos sobre las familiares fotos. Los niños... no los había visto desde la última semana de vacaciones semianuales. El coste de los viajes era tan alto, y las multitudes...

Se giró hacia la cama y las tres grandes paredes, brillantes como espejos, quedaron frente a ella. Contempló la pálida figura que la confrontaba, recortada

contra la pared que albergaba sus desvaídos recuerdos fotográficos. Dio un paso; a cada lado, una hilera interminable de ajadas figuras desnudas lo dieron al unísono. Se dio la vuelta, fijó sus ojos con agradecimiento en la conocida pared, con la débil rendija que delimitaba la puerta, la foto del mar...

Cerró los ojos y tanteó su camino hacia la cama. Una vez cubierta por la sábana, abrió los ojos. Las camas estaban formando filas, todas idénticas, cada una con su arropada figura, como en un dormitorio de caridad sin límites, pensó... o como en un depósito de cadáveres en el que yaciera muerto todo el mundo.

Harry masticaba su chuleta de levadura, con su cabeza girando de lado a lado mientras seguía la acción a través de las tres paredes.

—Es maravilloso, Flora. Maravilloso. Pero aún puede ser mejor —añadió misteriosamente.

—Harry... podríamos trasladarnos a un sitio mayor... y tal vez prescindir de las dos paredes. Yo...

—Flora, tienes más sentido del que demuestras al decir eso. Tengo suerte al haber conseguido este apartamento: cuando me lo dieron no había nada, absolutamente nada disponible —se rió—. En cierta manera, está situación es un buen seguro de empleo, ¿sabes? Aunque la compañía quisiera no me podría despedir: no podría encontrar quien me reemplazara. Una persona no puede aceptar un empleo si no tiene un lugar en la ciudad en el que vivir... Yo podría permanecer aquí tanto tiempo como quisiéramos; tal vez nos cansásemos de las raciones suministradas por el subsidio de paro, pero ¡vaya si podríamos resistir!; así que ahora es muy difícil que echen de su empleo a alguien.

—Podríamos irnos de la ciudad, Harry. Cuando yo era una niña...

—¡Oh, otra vez no! —gruñó Harry—. Creí que ya habíamos solucionado eso hace tiempo —fijó en Flora una mirada dolorida—. Trata de comprenderlo, Flora. La población del mundo se ha doblado desde el tiempo en que tú eras una niña. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Hay más gente viva hoy en día que toda la nacida en la totalidad de la historia humana hasta hace cincuenta años. Esa granja que tú recuerdas haber visitado cuando pequeña... ahora todo aquello está asfaltado, y hay allí rascacielos. Las carreteras que recuerdas, llenas de coches particulares, corriendo a través del campo abierto, han desaparecido todas. Ya no hay carreteras ni tampoco campo abierto, excepto en los escenarios de la TV y unas pocas propiedades como el acre y medio del Presidente. Y ni siquiera allí da el sol, con todos esos rascacielos que lo rodean... Eso y tal vez algunas granjas, con tierras de labor, esenciales para producir algunos productos que no pueden ser sintetizados o sacados del mar.

—Pero tiene que haber algún sitio donde podamos ir. El hombre no fue hecho para pasar así la vida: lejos del sol, del mar...

Una sombra cruzó por el rostro de Harry.

—Yo también puedo recordar algunas cosas, Flora —dijo en voz baja—. Una vez pasamos una semana en la playa, cuando yo era pequeño. Recuerdo que me levantaba al amanecer con el cielo completamente rosa y púrpura, e iba a la orilla del agua. Habían animalillos en la arena, pequeños seres salvajes. Podía ver pececillos pasando como flechas por las crestas de las olas, antes de que éstas se rompiesen. Podía tocar la arena con los dedos de los pies. Las gaviotas planeaban por el cielo, y hasta había un árbol... Pero todo eso ya ha desaparecido. Ya no hay ninguna playa en ninguna parte. Se acabó.

Se le quebró la voz.

—No te preocupes. Eso fue entonces, esto es ahora. Han pavimentado la playa y en ella se han levantado fábricas, y han pavimentado las granjas y los parques y los jardines, pero nos han dado los Pared-Completa a cambio y...

Se oyó un zumbido en la puerta. Harry se levantó.

—Aquí están, Flora. Espera a que veas...

Algo parecía apretar el cuello de Flora cuando los hombres salieron del ascensor, llevando torpemente el gran rollo de la pantalla de pared.

—Harry...

—Cuatro paredes —dijo triunfalmente Harry—. Te dije que estaba trabajando para conseguir algo, ¿te acuerdas? ¡Bueno, pues es esto! ¡Por Dios, vaya si va a dar envidia a los demás la familia de Harry Trimble!

—Harry... no puedo... cuatro paredes no...

—Comprendo que estés emocionada... pero te lo mereces, Flora.



—¡Harry, NO QUIERO cuatro paredes! ¡No puedo soportarlas! Me rodearán por todas partes.

Harry se puso a su lado y le agarró con fuerza la muñeca.

—¡Cállate! —chirrió—. ¿Quieres que los montadores piensen que estás loca? —sonrió a los trabajadores—. ¿Qué les parecería una taza de casicafé, muchachos?

—¿Está bromeando? —preguntó uno. El otro continuó silencioso con su trabajo de desenrollar el panel, empalmando conexiones. Luego estiró la mano para coger el paisaje marino.

—¡No! —Flora se aplastó contra la pared, como si quisiese cubrir las fotografías con su cuerpo—. ¡No pueden coger mis cuadros! ¡Harry, no les dejes que lo hagan!

—Mire señora, no queremos sus ridículas postales.

—¡Flora, contrólate! Ven, te ayudaré a guardar los cuadros en tu armario del suelo.

—Rebaño de cabras —murmuró uno de los hombres.

—Cuidado con lo que dice —se indignó Harry.

El hombre que había hablado se había puesto frente a él. Era más alto que Harry y de constitución maciza.

—Una palabra más y lo parto en dos. Usted y la vieja cierran el pico y apártense de en medio. Tengo trabajo que hacer.

Harry se sentó al lado de Flora, con la cara blanca de furia.

—Tú y tus tonterías —gruñó—. Ahora tengo que soportar esto. Me vienen ganas de...

No acabó la frase. Los hombres terminaron y se fueron, dejando las cuatro paredes conectadas a todo volumen.

—Harry —la voz de Flora temblaba—. ¿Cómo saldrás? La han puesto tapando la puerta; nos han encerrado dentro...

—No seas más idiota de lo que ya eres —la voz de Harry sonaba con un tinte feo por encima del bramido de las pantallas. Se acercó a la pantalla recién cubierta, tanteó y encontró el diminuto conmutador. Al tocarlo, la puerta se deslizó a un lado como siempre, dejando ver la desnuda puerta de seguridad del hueco del ascensor. Un momento después ésta también se abrió y Harry forzó su entrada en la cabina. Flora pudo ver por un momento su cara enrojecida e irritada mientras la puerta se cerraba tras él.

A su alrededor atronaban las paredes. Una lucha se hallaba en su apogeo dentro de un bar. Se agachó al ver una silla que se le echaba encima, dio la vuelta y pudo ver como se estrellaba contra un hombre situado a su espalda. Sonaban disparos. La gente corría de un lado para otro. El ruido era ensordecedor. Aquel hombre, pensó Flora, el malhablado; lo había puesto demasiado fuerte a propósito.

La escena cambió. A través de la habitación galopaban caballos; se elevaban nubes de polvo, casi ahogándola con lo verídico de la ilusión. Era como si estuviese agazapada bajo un pequeño cuadrado de techo en el centro de la inmensa llanura.

Ahora llegaba el ganado, con miradas locas, cuernos amenazantes, mugiendo, retumbando en un mar continuo a lo largo de las pantallas, cargando contra Flora desde la pared, desparramándose a un lado y a otro de ella. Chilló, cerró los ojos y corrió a ciegas hacia la pared, tanteando en busca del control. El ruido cesó. Flora suspiró aliviada. La cabeza le zumbaba. Se notaba débil, mareada; tenía que acostumbrarse. Todo se oscurecía a su alrededor. Las brillantes paredes giraban apagándose. Flora se derrumbó al suelo.

Luego; tal vez unos minutos, tal vez horas después, no tenía forma de saberlo.

Flora se alzó, quedando sentada en el suelo. Se enfrentaba con una visión sin límites de las baldosas del suelo, que se extendían hasta el lejano horizonte, en todas direcciones, hasta tan lejos como podía apreciar la vista. Y, por todo lo largo de esa inmensa llanura, se hallaban recostadas mujeres de ojos hundidos, a intervalos de cinco metros, en número sin cuento, esperando.

Flora miró a los ojos del reflejo más cercano. Le devolvió la mirada. Era una desconocida. Movi6 la cabeza r6pidamente para tratar de dar una ojeada a la siguiente mujer, pero no importaba lo r6pido que lo hiciese, la mujer m6s cercana siempre anticipaba sus movimientos, interponi6ndose entre Flora y las dem6s. Se dio la vuelta; una mujer de ojos fr6os miraba tambi6n desde aquella otra hilera.

—Por favor —se escuch6 decir a s6 misma—. Por favor, por favor...

Se mordi6 los labios con los ojos cerrados. Ten6a que autocontrolarse. Tan s6lo eran espejos, lo sab6a. Tan s6lo espejos. Las otras mujeres tan s6lo eran reflejos. A6n aquellas de aspecto hostil que escuchaban a las dem6s. Todas eran ella misma, reflejada en las paredes.

Abri6 los ojos. Sab6a que hab6a juntas entre los espejos que cubr6an las paredes; todo lo que ten6a que hacer era encontrarlas, y se hundir6a la ilusi6n de la llanura infinita. All6, esa d6bil l6nea oscura como un alambre tendido del techo al suelo, era el 6ngulo de la habitaci6n. No estaba perdida entre una infinidad de llorosas mujeres en una vasta llanura, estaba aqu6, en su propio departamento, sola. Se dio la vuelta, encontrando los otros 6ngulos. Estaban todos all6, todos eran visibles, sab6a lo que eran...

Pero ¿por qu6 segu6an aparentando ser alambres que limitaban trozos de suelo, conteniendo cada uno de ellos a una ocupante silenciosa y preocupada...? Cerr6 los ojos de nuevo, luchando con el p6nico. Se lo dir6a a Harry. Tan pronto como llegase, y tan s6lo faltaban unas horas para ello, se lo explicar6a.

—Estoy enferma, Harry. Tienes que enviarme a alg6n sitio donde pueda echarme en una cama de verdad, con s6banas y mantas, al lado de una ventana abierta, por la que se vean campos y bosques. Alguien, alguien amable, me traer6a una bandeja con un plato de sopa, sopa de verdad, hecha con gallina de verdad, y con pan de verdad y hasta un vaso de leche y una servilleta hecha de tela de verdad...

Deb6a encontrar su cama y extenderla, y echarse en ella hasta que llegase Harry, pero ¿estaba tan cansada! Era mejor esperar all6, relaj6ndose y no pensando en un inmenso suelo y en las otras mujeres que esperaban con ella...

Durmi6.

Cuando se despert6 se sent6, confusa. Hab6a tenido un sue6o...

Pero, qu6 extra6o era todo. Las paredes del habit6culo eran ahora transparentes; pod6a ver todos los otros apartamentos, que se extend6an a cada lado. Asinti6 con la cabeza; era tal como hab6a pensado. Todos estaban tan vac6os y faltos de contenido como el suyo, y Harry se hab6a equivocado. Todos ten6an Paredes-Completa. Y las otras mujeres, las otras esposas, encerradas como ella en aquellas peque6as y

malvadas celdas; todas estaban envejeciendo, enfermas y marchitas, hambrientas de sol y de aire fresco. Asintió de nuevo, y la mujer del compartimento vecino lo hizo a su vez; ¡pobrecillas!... todas estaban de acuerdo.

Cuando llegase Harry, le enseñaría lo que ocurría. Entonces él comprendería que los Paredes-Completa no eran suficientes. Todas los tenían, y todas eran infelices. Cuando llegase Harry...

Ya era hora, lo sabía. Tras tantos años, una no necesita un reloj para saber cuando estaba a punto de llegar Harry. Sería mejor que se levantase, que se pudiese presentable. Se alzó tambaleante. Los otros maridos también debían estar a punto de llegar, se fijó Flora. Todas las esposas se estaban preparando. Iban de un lado a otro, abriendo sus armarios del suelo, arreglándose el cabello, cambiándose de vestido. Flora se acercó al suministrador automático de comida y marcó su orden. En todos los apartamentos, las esposas despleaban las mesas y ordenaban las comidas. Trató de ver lo que estaba marcando la mujer de al lado, pero estaba demasiado lejos. Se sonrió al ver la forma en que su vecina trataba de ver lo que ella estaba preparando. La otra mujer también se sonrió. Era una buena persona.

—Algas —le dijo alegremente Flora—. Y pseudojamón y casicafé...

La cena está ahora preparada. Flora se puso frente a la puerta y esperó. Harry estaría encantado al no tener que esperar. Luego, tras la cena, le explicaría su enfermedad.

¿Estaba esperando frente a la pared correcta? La línea que señalaba la puerta era tan fina que casi era imposible verla. Se rió de lo divertido que sería si Harry entrase y la encontrase esperando frente a una pared equivocada.

Se dio la vuelta y vislumbró un movimiento a su izquierda, en el apartamento contiguo. Flora vio que se abría la puerta. Un hombre entraba. La mujer de al lado se adelantó a recibirlo...

¡A recibir a Harry! ¡Era Harry! Flora dio un giro. Sus cuatro paredes continuaban vacías y solitarias, mientras, a todo su alrededor, las otras esposas saludaban a Harry, lo hacían sentar en sus mesas, le ofrecían casicafé...

—¡Harry! —chilló, abalanzándose contra la pared. Ésta la rechazó. Corrió hacia la pared contigua, golpeándola, gritando—: ¡Harry! ¡Harry!

En todos los otros apartamentos Harry mascaba, asentía, sonreía. Las otras esposas le servían, atendían a Harry, mordisqueaban descuidadamente sus comidas y ninguna, ninguna de ellas, le prestaba a ella la más mínima atención...

Se quedó parada en el centro de la habitación, sin chillar, sollozando tan solo, silenciosamente. Estaba sola entre las cuatro paredes de cristal que la rodeaban. Ya no tenía sentido el seguir gritando.

No importaba lo fuerte que gritase, ni que golpease contra las paredes, ni siquiera que chillase llamando a Harry... Sabía que, nunca, nunca, nadie la oiría.

Título original:
THE WALLS
© 1963, *Ziff-Davis Publishing Co.*
Traducción de M. Sobreviela

LA GEMA

H. H. BROWNING

H. H. Browning es, para nosotros, un autor-misterio, el secreto de cuya personalidad permanece celosamente guardado por su cancerbero, nuestro colaborador y corresponsal en Francia Jacques Ferron. Sin embargo, nuestras más fundadas sospechas sobre dicha personalidad recaen hacia una perfecta simbiosis entre el propio Jacques Ferron y su esposa Vicky, hipótesis que hasta ahora no ha podido ser desmentida. Todo ello no es óbice, por supuesto, para que el nombre de H. H. Browning sea uno de los más conocidos por los aficionados franceses a la ciencia ficción... e incluso por sus detractores.

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

La noche, mordida en el trasero por los faros, huía delante del coche a 150 Km por hora.

Aislado en su cabina, el conductor no oía el angustioso gemido del viento sobre las planchas de su vehículo. Sentía la melodía de la oscuridad, un placer sordo, perverso.

—¡Conden...!

No acabó. Haciendo virajes, con la muerte en el rostro... Un violento golpe de volante... ¡CRAACC!... Aplastando, deshuesando... hierro que se retuerce... que se parte... ¡UN CHOQUE!... Carne machucada, aplastada, majada, sangrante.

Un choque... que mezcla la vida y la muerte... Y, ¿cuál vence?

Gil abrió sus aturridos ojos terrestres. Se encontraba aprisionado por los hierros amontonados, brillantes, que otro vehículo, aquel que antes corría a su izquierda, arrastraba en su impecable parachoques intacto.

Una oleada de furia azul lo invadió. Salió de su «ex-coche» con el mejor estilo de camionero, al ver que el otro se paraba al borde de la carretera.

«Se diría que era un tanque camuflado bajo una forma inofensiva» diría mucho, mucho más tarde.

—¡Boñiga! ¡Borracho! ¡Retorcido! —bramó, abriendo al vuelo la puerta de aquel auto—. ¿Dónde has aprendido a conducir? ¿En Marte acaso?

De una patada, tiró el mojón de la carretera como si fuera de cartón. ¿Qué era aquella condenada luz roja que esparcía sobre el auto una luminosidad parpadeante, empapando en sangre la sádica oscuridad? ¿Dónde estaba el «bendito conductor»?...

Sí, por fin lo vio. Su cabeza tenía completa apariencia humana, pero parecía tallada en un bloque de metal. Un enorme soldado de plomo. En ese semblante tosco, gris sucio, los ojos parecían asomarse a un hondo agujero mugriento... No, no era un robot... Era un tipo muy raro que se había dejado insultar sin abrir la boca.

Gil tragó dolorosamente saliva. Luego, dos octavas más bajo, refunfuñó:
—¡Podría poner un poco de atención... al menos!



Albiol

Su voz apenas se había oído. Empezaba a sentir cierto temor. Lamentando haber metido su cabeza en el interior del vehículo, mascullando una sarta de saludos, de excusas y de insultos, se tuvo que retirar amedrentado. Sobre el pretil situado a sus espaldas se notaba un movimiento extraño. Entonces vio, en la sombra de alrededor, a tres tipos emplomados, con extraños artefactos, que parecían esperar algo de él.

Uno de aquellos seres tendió la mano. Los ojos de Gil se desorbitaron: ¡el extranjero le ofrecía un diamante enorme! Una gema de gran belleza, tallada a la perfección, que sembraba la espesa atmósfera de centelleos crueles y bellos.

La intención parecía clara. Y Gil deseó ardientemente la piedra preciosa.

La recibió en la palma de la mano. Como si fuera una pesa de veinte kilos, le dobló el brazo hacia el suelo. Pesaba, la maldita. Era inmensa la densidad de su concentrada materia. Salida de no sabía qué pesado planeta.

El extraño vehículo se perdió en la noche con una suave violencia. La oscuridad le rodeó por todas partes.

Salió de la carretera, sintiendo en su mano el acusado peso de la gema infernal. Abrió los dedos... Un fuego misterioso, concentrado, ardió en el centro de la piedra; su destello insostenible disolvió las sombras, humillando a las expectantes estrellas del cielo.

Gil comenzó a soñar.

—¡Soy dueño de un trozo de mágica constelación!... ¡Soy rico, esto vale más de diez millones! —Se levantó, y echó a correr por entre los campos cómplices, confesándoles el secreto de aquella gema, cargada de divina luz que esclarecía las sombras, alumbrando sus pasos.

Al fin se detuvo, ebrio, el brazo dolorido, oyendo con embeleso ruidos familiares: el silbido de un tren, el zumbido de los coches.

—¡Seré el dueño de la Tierra!

De nuevo cambió la piedra de mano.

—Estoy cansado.

Al contemplar su tesoro, le sobrevino una furia exasperada. Mientras tanto, el peso se había hecho intolerable. No era nada fácil llevar encima una gran carga, con tan escaso volumen.

—¿Y si me la pusiera en el bolsillo?

El diamante atravesó la tela y rodó por la hierba.

Con gran dificultad, lo levantó del suelo.

—Empiezo a sentirme cansado.

De rodillas, se sintió penetrado de pronto por la espada de una verdad implacable: ¡la piedra se hacía cada vez más pesada! Si estaba parado, la gravedad de la Tierra se hacía sentir con una inconmensurable energía.

—¡Ah, levantarse, correr!... ¡Pero me faltan las fuerzas!... —Un sollozo se anudó en su garganta—. ¡La piedra se me escapa!

—Sí, materia en ignición, fuego central del astro metaloide, atraes a este ardiente

trozo de estrella porque sois semejantes. ¡Quieres robármelo, pero es MÍO! ¡Con él soy rico, sin él no soy nada!

La gema pesaba ya toneladas. Gimiendo, Gil la dejó por fin resbalar por entre sus dedos. Se hundió lenta, muy lentamente, en las entrañas de la Tierra, dirigiéndose al corazón ardiente del planeta.

—¡No!... ¡No!... —bramó.

Agrandando el pequeño agujero donde se escondía la inhumana luz el hombre cavó, con las manos ensangrentadas... cavó.

—¡MI PIEDRA!... Mi piedra... piedra... piedra... edra ...edra.

Más tarde, los motoristas lo encontraron allá.

Título original:

LA GEMME

© 1960, *H. H. Browning*.

Traducción de R. Cordon



PRIMERA SEMANA DE CINE FANTÁSTICO

Se celebró en Sitges (Barcelona), del 28 de septiembre al 4 de octubre de 1968, bajo el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento y del Sindicato Local de Hostelería, y organizada por «Sitges Foto Film», la Primera Semana de Cine Fantástico, tal como anunciábamos en nuestro número anterior. El equipo de Nueva Dimensión, compuesto por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil, se desplazó hasta allí para asistir a su celebración en nombre de la revista, uniéndoseles también José Luis Garci y José Luis M. Montalbán, llegados desde Madrid enviados por sus respectivas revistas. La reseña de esta Semana que les ofrecemos a continuación ha sido así compuesta tras reunir en un solo conjunto las distintas impresiones y juicios de todos ellos. Hay que hacer también una mención especial para José Luis M. Montalbán, que ha tenido la paciencia de confeccionar además todas las fichas técnicas de los films exhibidos y recopilar las ilustraciones que acompañan al mismo.

Para hacer un examen justo e imparcial de lo que fue la Primera Semana de Cine Fantástico de Sitges hay que hacer primero una serie de puntualizaciones. En primer lugar, hay que tener presente el hecho de que ha sido la primera: esto es algo fundamental, y sirve para explicar y justificar en parte una serie de fallos y deficiencias que, de otra manera, hubieran sido lamentables e incluso inadmisibles. En segundo lugar, la precipitación de toda su organización: su propio director técnico, Antonio Cervera, nos dijo que la Semana se había preparado con apenas dos meses de antelación. Estos dos extremos deben tenerse muy en cuenta a la hora de hacer un juicio crítico, para no caer en una apreciación errónea.

Por otro lado, la Primera Semana de Cine Fantástico de Sitges tuvo dos grandes alicientes: el ser la primera Semana de este género que se haya realizado en España, y el ser también la primera en el mundo en reunir, bajo un único criterio, las tres especialidades, tan hermanadas entre sí, de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

El material

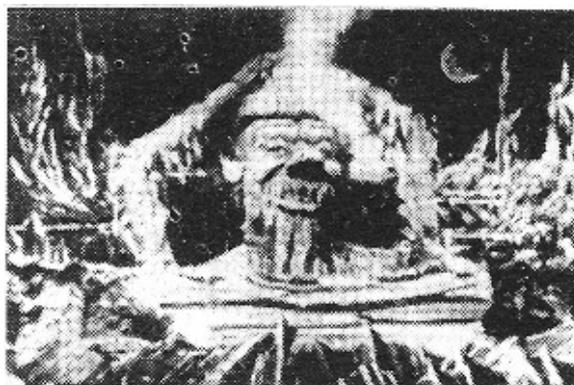
A esta Primera Semana de Cine Fantástico concurrieron treinta películas, pertenecientes a nueve distintas nacionalidades. De ellas, doce eran estreno absoluto en España, mientras que las otras dieciocho eran ya conocidas del público español, algunas de ellas en fechas muy recientes. Y ahí entramos en el primer gran fallo que puede imputársele a la Semana: el que un destacado tanto por ciento de las películas hubieran sido ya proyectadas muy recientemente en España en explotación comercial, mientras que otras —gran parte de las retrospectivas— habían sido pasadas, muy recientemente, por Televisión Española.

De las treinta películas presentadas, dos habían sido rodadas especialmente para la televisión, y otras tres eran cortometrajes, prescindiendo, naturalmente, de las de la sección retrospectiva, cuyo metraje suele ser inferior a los largometrajes actuales. Todas ellas fueron presentadas en versión original, a excepción de *Alphaville* y las

retrospectivas pertenecientes al realismo alemán, y todas ellas, excepto dos, sin subtítulos. Todo el material retrospectivo provenía de la Filmoteca Nacional.

La retrospectiva

Vamos a examinar más detenidamente este material. La Semana empezó con la proyección de tres cortos de Méliès: *El mago*, *Viaje a través de lo Imposible* y *A la conquista del Polo*. Inútil hablar de ellos: Méliès es lo suficientemente Méliès como para no necesitar ser analizado, y el conjunto de su producción, con sus maquetas, sus decorados y sus trucajes, son admirados aún hoy en día. Sólo un detalle digno de ser notado en su obra: pese a ser el primer cineasta en dedicarse a la ciencia ficción, su confianza en las máquinas construidas por el hombre debía ser a todas luces muy escasa: en casi todas sus películas, sus ingenios mecánicos terminan siempre estrellándose contra algo.



Méliès con todos los honores: «A la conquista del Polo».

El Golem, *Metrópolis*, *El gabinete del doctor Caligari*, *Nosferatu*, son también lo suficientemente conocidas en España, a excepción quizá de *El Golem*, la menos prodigada de todas ellas. Sus constantes pases en todos los cine clubs, incluso su reciente pase a través de la segunda cadena de Televisión Española, hacen innecesario un comentario detallado. Sería inútil hablar del retorcimiento de los escenarios de *El gabinete del doctor Caligari*, de lo que significa *Metrópolis* dentro de la ciencia ficción en general, del nacimiento, a través de *Nosferatu*, de todo un mito de vampirismo. Un detalle muy de agradecer: excepto *Nosferatu*, todas las demás copias exhibidas se hallaban en un estado impecable, cosa poco usual en estos casos.



El más perfecto de los Golems: el propio Paul Wegener.

Münchhausen (en español «Las aventuras del Barón de Munchhausen»), que aunque más moderna puede encuadrarse también dentro de esta retrospectiva, merece un comentario aparte. Rodada por Joseph von Baky en 1943, a mayor gloria de la raza germánica —tal vez por mandato de Goebbels—, representa uno de los más gigantescos esfuerzos realizados nunca por la industria cinematográfica alemana. Es un fabuloso alarde en todos los conceptos: grandes movimientos de masas, decorados enormes, trucos, maquetas, sobreimpresiones... La película, sin embargo, es en su conjunto morosa, pesada, de una lentitud exasperante, como si von Baky se hubiera visto embebido por tantos medios puestos a su disposición y se hubiera recreado en ellos. Es, además, una cinta pura y exclusivamente de propaganda nazi rodada en Agfacolor: su protagonista, rubio, de ojos claros, valiente, capaz de todo, es el ideal perfecto de la raza aria tal como la quería Hitler, de la raza escogida que tenía que dominar a todo el mundo.



Nosferatu, el padre de todos los vampiros.



La mujer robot de «Metrópolis»: una reencarnación, en femenino, del mito de Frankenstein.

La película tiene sin embargo grandes momentos, y una técnica general que, si bien hoy ya superada, hace que el verla sea aún, y pese al tedio general, un auténtico placer, por lo que hay que aplaudir su elección.



«Munchhausen» 1943.

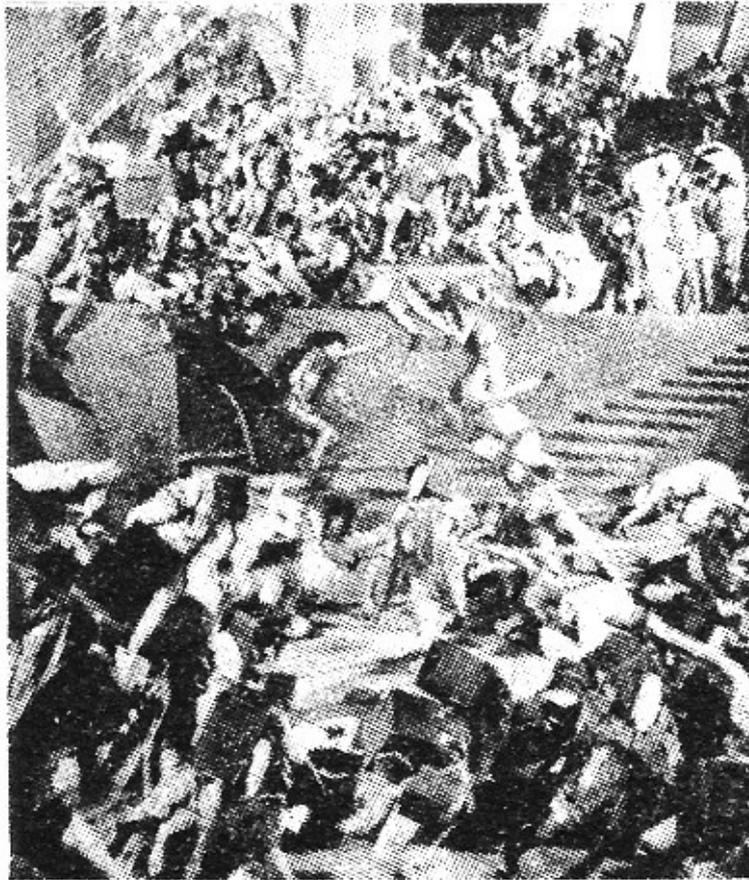
La otra retrospectiva

Hubo también otra retrospectiva, que creemos interesante analizar separada de la anterior, por constituir un núcleo aparte y bien definido: nos referimos a la correspondiente a los «años dorados» del cine de terror norteamericano, cuando Hollywood era aún una potencia y Boris Karloff uno de los mayores ídolos de la cinematografía mundial. Tres películas fueron presentadas en la Semana como representación de esta segunda retrospectiva: *The devil doll* (Muñecos infernales), de Tod Browning, nos ofrece una creación magistral de Lionel Barrymore en el papel de una anciana, digno de figurar en todas las antologías sobre cine, y posee una técnica cinematográfica en el empleo de decorados gigantes y sobreimpresión y mezcla de imágenes de distintos tamaños aún no superada hoy en día. *House of Frankenstein* (La casa de Frankenstein), en cambio, representó una gran decepción: una película más de la serie de Frankenstein, rodada en los tiempos de gran éxito del monstruo, y con todos los personajes clásicos reunidos en una especie de gran festival; Frankenstein, el Hombre Lobo, Drácula..., todo ello dentro de un guión y una realización que no aportan nada nuevo a la filmografía de terror.

The bride of Frankenstein (La novia de Frankenstein) es en cambio, al igual que *The devil doll*, una pieza antológica, desde la interpretación de Boris Karloff en un Frankenstein que ya habla (y aquí tenemos que agradecer el que la película estuviera en su versión original, lo que nos permitió el placer de escuchar la voz original del monstruo) hasta la de Elsa Lanchester que, en una actuación brevísima al final de la cinta —aparte su actuación como Mary Shelley en el prólogo— nos da una lección magistral de interpretación. Por lo demás, la cinta, que se inicia allí donde terminaba la primera, sigue en todos sus detalles los caminos trazados por *Frankenstein* (repuesta, ésta última, recientemente en España con todos los honores), superándola incluso en muchos detalles.

La aportación rusa

La noche de la inauguración de la Semana se proyectó, junto con los cortos de Méliès, la cinta rusa *Aélita*, una de las más esperadas, ya que tratándose en rigor de una retrospectiva (la película data de 1924), constituía al mismo tiempo un riguroso estreno en España. Ello hizo que en torno a ella se creara un clima de expectación que se palpaba en el aire, acrecentado por el hecho de ser la película que inauguraba oficialmente la Semana.



«Aélita», la revolución comunista en Marte.

Sin embargo, su proyección defraudó lamentablemente. *Aélita* es una intriga político-social-amorosa que se desarrolla entre la Tierra y Marte, y en la que Aélita, reina de Marte, posee un aparato —especie de televisor de muy largo alcance— a través del cual puede ver la vida y los problemas de otros planetas, en este caso la Tierra, y más concretamente del Ingeniero, que está construyendo —en Rusia, naturalmente— una nave para ir a Marte. La situación se complica cuando Aélita se enamora del Ingeniero, y cuando éste arriba a Marte, donde se está fraguando una revolución... que no es más que la transposición marciana de la revolución rusa, hoz y martillo incluidos... y que, naturalmente, triunfa.

La película tiene sus momentos brillantes, y es evidentemente una buena película, como lo demuestra el éxito que obtuvo mundialmente desde su estreno y el hecho de ser considerada un clásico. No obstante, en Sitges no fue apreciada. No pudo serlo, y ello fue debido a una sencilla razón: la película, muda, estaba plagada de rótulos explicativos de la acción... y estos rótulos se hallaban escritos en ruso.

Y entramos aquí en el segundo gran fallo imputable a la Semana: el que casi todas las películas se proyectaran en versión original sin subtítulos. Ello representa, para la persona que no domine el idioma original (y es mucho pedirle a los asistentes que sepan al mismo tiempo el francés, el inglés, el italiano, el polaco y el ruso) un gran inconveniente. Agravado en este caso por el hecho de que los rótulos, que permanecían sus buenos diez segundos en la pantalla, cortaban a cada momento el ritmo de la acción, dejándonos absortos ante una serie de caracteres cirílicos que

nadie se había preocupado en traducir. *Aélita* decepcionó, y evidentemente ésta fue una de las principales causas de la decepción. Más tarde sugerimos al director técnico de la Semana que tal vez hubiera sido conveniente cortar estos rótulos de la cinta, a fin de conseguir al menos una unidad en la acción, a lo que nos respondió que él personalmente, por razones de ética, no había permitido que se efectuara ningún corte por ningún concepto en ninguna de las películas que se habían recibido para la Semana, postura que por otro lado no merece más que aplausos por nuestra parte... aunque en esta ocasión nos fastidiara bastante.

Lo mismo hemos de decir en lo que respecta a *Volshebnaia Lampa Alladina* (La lámpara maravillosa de Aladino), a la que hay que añadir el inconveniente de ser una película de factura reciente... y hablada. «Aladino» es, en realidad, una película destinada a la juventud, filmada en horribles colores —que nos recuerdan aquel fotocolor de las primeras producciones españolas de comienzos de los años cincuenta— y con una escasez de medios inadmisibles cuando se pretende hacer, como en este caso, una película de gran espectáculo. Tal vez tenga sus méritos (¿quizá en el diálogo?), pero pese a todo no podemos considerarla adecuada para una Semana de Cine Fantástico. Cabe preguntarnos: ¿acaso en Rusia, donde se realizan películas fantásticas y de ciencia ficción de verdadera valía —basta ver para ello la aportación anual que hacen al festival de Trieste—, no tenían para enviarnos nada mejor que esto?

Vampiros y monstruos de ciencia ficción

La aportación inglesa estuvo compuesta por cuatro películas, de las que vamos a dejar aparte la de Polanski, que trataremos al final, para referirnos de momento únicamente a las otras tres. La primera de ellas, *Devils of Darkness* (Demonios de la oscuridad) merece poco comentario: película clase «B», destinada al consumo de un público de masas, versa sobre un tema archiconocido, el de los vampiros, al que no aporta nada nuevo. Hay, ciertamente, un buen oficio por parte de su director. Lance Comfort, y un buen uso del efectismo. Por lo demás, la historia de esa extraña secta de vampiros que pintan cuadros, celebran «happenings», se reúnen bajo una cripta y parecen más bien una logia, no termina de convencernos, pese al buen empleo del color, de las luces, de las pausas... de todos los convencionales elementos del género.

Las otras dos, en cambio, sí merecen amplio comentario. Ambas pertenecen a un mismo director, Terence Fisher, ya conocido del público español por varias otras películas. Terence Fisher es un hombre del que podemos esperar ya de antemano el que no va a darnos una película genial, pero del que sabemos también que no va a defraudarnos nunca. Encasillado dentro del cine de intriga, terror y ciencia ficción, se mueve a sus anchas en él, secundado casi siempre por alguno de esos dos actores también encasillados que son Christopher Lee y Peter Cushing, cuando no por los dos juntos.

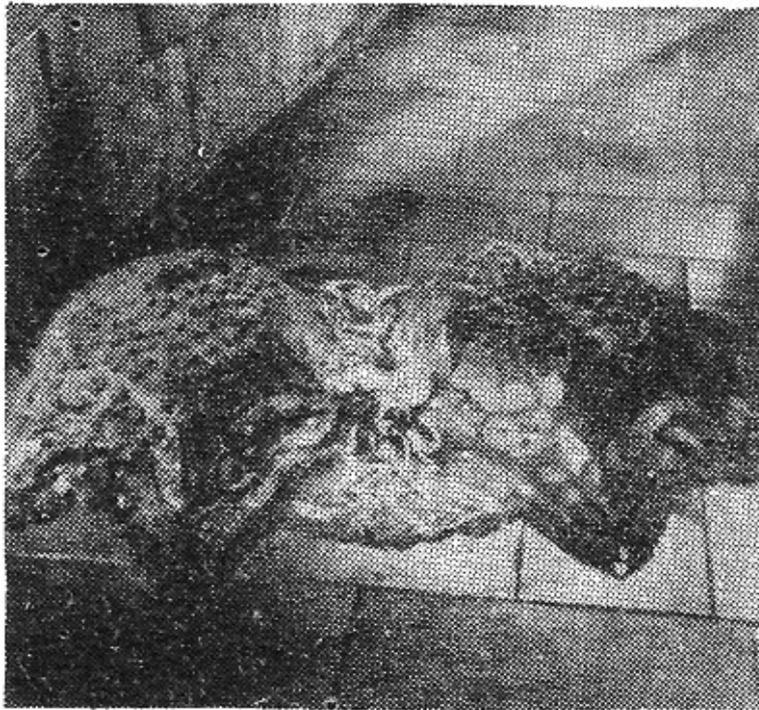
Las dos películas presentadas en la Semana pertenecen, ambas, al género de

ciencia ficción. *Night of the big heat* (La noche del gran calor) es una película de planteamiento modesto, pero en la que se han aprovechado al máximo todos los medios, en una muestra de lo que un director hábil, con un sólido oficio y conociendo perfectamente a sus dos «viejos» actores —Lee y Cushing— puede hacer con unos pocos elementos clave: a) una historia sentimental; b) una sucesión de hechos extraños que, desde el comienzo, mantienen el interés del espectador; c) la creación de un personaje «sospechoso», d) un clima de tensión agobiante, en este caso el calor; y e) localización en una pequeña área, a poder ser incomunicada del resto del mundo.

Aquí esta área es una pequeña isla en la que en pleno invierno, inexplicablemente, el termómetro empieza a subir hasta hacer estallar las botellas de cerveza. Los habitantes del lugar no saben lo que ocurre, intentan comprender... De pronto, algunos empiezan a morir, uno tras otro, de una forma desconocida, sembrando la ansiedad y el terror en el resto. Al final se sabe lo que ocurre: en los alrededores han caído unos extraños seres provenientes del espacio, unos seres que se alimentan de energía, por lo que atacan a todo lo que la produce: los faros de un coche, una estación de radar, incluso una linterna... afectando, naturalmente, a los hombres que están en las proximidades de estos objetos y lugares. Los protagonistas de la cinta se van viendo acorralados: cada vez más, hasta que al final, en el momento límite de la situación, viene la salvación en la forma de una lluvia bienhechora que destruye a los monstruos...

La película está correctamente realizada, con una perfecta gradación del suspense, característica principal de todas las películas de Fisher. Paralelamente a la acción, se desarrolla una intriga amorosa en la forma del clásico triángulo, intriga dotada de una abundante carga de erotismo. La película desciende sin embargo de tono al final, con su solución a lo «deus ex machina», que aparece como un poco forzada a los ojos del espectador, aunque ello no sea óbice para que la película sea, en toda su extensión, una muy estimable película.

Island of terror (La isla del terror) pertenece también al género de ciencia ficción, entremezclado con el de terror, y constituye la mejor obra de Fisher que hemos visto hasta la fecha, e indudablemente la mejor en su género de la Semana. En ella, Fisher crea desde su comienzo un clima tan angustioso y horrendo, que hace que su obra sea una de las muestras más excepcionales del actual cine de terror.



«La isla del terror»: Los silicates se reproducen.

En un laboratorio donde se experimenta sobre el cáncer, se crea accidentalmente una célula mutante que dotada de vida propia, se subdivide y escapa. Estas células — los «silicates»— se alimentan de sustancias aptas para su metabolismo que hallan abundantemente en los cuerpos de los animales... y del hombre, por supuesto. Así, estas células atacan a los seres humanos y los despojan por absorción de todos sus huesos, con lo que las víctimas aparecen con el aspecto de unos globos deshinchados, fofos, sólo piel y carne. Cuando se les oprime el rostro, los brazos, el vientre, se hundan como si fueran de caucho. Con estas imágenes, con estos cadáveres, empieza Fisher a aterrorizar. Estamos aquí también en una isla, la isla de Petri, en la costa irlandesa. Y la comunicación, siendo necesaria, va a ser difícil. La aparición por primera vez de una de las «cosas» es inolvidable: una de ellas —una masa viscosa de medio metro de diámetro, con una cabeza larga y fina que más bien parece un tentáculo o el cuerpo de una serpiente cobra— devora a un hombre y después, segregando unos jugos, se escinde y se convierte en dos criaturas, en una escena donde se mezclan dosificadamente la atracción y la repugnancia... Desde estas bases, Fisher inicia su escalada de tensión. Cuando algún personaje sale al exterior, hay siempre una intranquilidad total. Hay una escena impresionante en la que las «cosas» van avanzando a docenas por el bosque, mientras un grupo de hombres intenta detenerlas con todas las armas a su alcance: rifles, dinamita, improvisadas bombas incendiarias... Entonces, en un cierto momento, una de las «cosas» salta desde un árbol sobre uno de los cazadores, y el escalofrío pasa de la pantalla a los espectadores cuando éstos se dan cuenta de que los protagonistas están rodeados de árboles, y que encima de cada uno de ellos puede haber alguno de aquellos monstruos...

Los últimos veinte minutos de la cinta, cuando los supervivientes se encierran en un local, acorralados por las «cosas», y empiezan a ver como éstas van rodeando la

casa, se suben al techo, empiezan a romper con sus cabezas-tentáculo los cristales de las ventanas y de las claraboyas y empiezan a saltar al interior, mientras los acorralados hombres tienen como única esperanza de salvación los isótopos radiactivos que han inoculado al ganado de la isla en la espera de que, al ser devorados por los «silicates», se los transmitan y los aniquilen, es realmente magistral, y recuerda al mejor Hitchcock de «Los pájaros» por las excelencias de su montaje.

Terence Fisher ha medido este film con una minuciosidad milimétrica, sin que falte ni siquiera el último y cruel «gag» final, inesperado y demoledor, y qué nos da constancia de una alucinante verdad del film; si esto llegara a pasar... Film maestro, debe figurar como la mejor obra realizada hasta ahora por Terence Fisher, y una de las mejores del actual cine de ciencia ficción y terror.

Italia, o el festival Mario Bava

La aportación italiana a la Semana no nos trajo nada nuevo, ya que toda ella se había exhibido recientemente en España en explotación comercial. Dos películas de coproducción con nuestra patria y una enteramente italiana fueron el balance de esta aportación. *La maldición de los Karstein* (título italiano *La cripta e l'incubo*), pasada en su versión española, es una correcta pero fría realización de Camillo Mastrocinque, un director que nunca ha realizado nada destacado pero sí ha tocado todos los temas posibles. Con una actuación gris y apagada de un Christopher Lee desconocido, y unos actores y actrices secundarios carentes de la más mínima expresión, la película nos desarrolla un tema que no aporta nada nuevo al cine de terror, con un final que todo el mundo espera desde el principio.

Las otras dos películas pertenecen a un mismo director: Mario Bava. Este director fue antes un magnífico cámara, y de ahí que todas sus obras posean un esteticismo, a veces bastante efectista, que las hace sobresalir de las restantes obras de otros directores, principalmente por la importancia que le concede a la puesta en escena. Su primera película presentada en la Semana, *Terror en el espacio* (Título italiano *Terrore nello spazio*) es también un coproducción italo-española, perteneciente de lleno al género ciencia ficción. Rodada enteramente en estudios, tiene bastantes puntos de contacto con el conocido «Forbidden Planet», en la que evidentemente está inspirada. A través de una correcta puesta en escena, y mediante unas maquetas magníficamente realizadas, nos narra una historia interesante, con algunos detalles extremadamente brillantes, como la parte que se refiere al hallazgo de la antigua nave abandonada y los restos de sus gigantescos tripulantes. Algunos fallos ambientales y de guión —aquel lago de fuego que hay que atravesar saltando de piedra en piedra, por ejemplo— y una cierta truculencia característica en este director, no empañan en absoluto la calidad general de la obra. Como tampoco lo hace el único gran reparo que formalmente puede oponérsele a la película: su misma motivación, el que todo ocurra porque se estropee un deflector de meteoritos no más grande que una máquina

de escribir, y del que la gigantesca nave no lleva ningún repuesto. Película interesante como ensayo de buen cine de ciencia ficción, tiene una calidad ambiental que no tienen gran parte de las películas de procedencia estadounidense.



Un buen cine de ciencia ficción de procedencia europea: «Terror en el espacio».

I tre volti della paura (Las tres caras del miedo) vino también de explotación comercial, aunque fue presentada en su versión original italiana. La película se compone de tres historias yuxtapuestas, basadas respectivamente en tres relatos de Chejov, Tolstoi y Poe, y presentadas por Boris Karloff, que es a la vez protagonista de la segunda de ellas.

La primera historia, «El teléfono», es una magnífica práctica de dirección, realizada en un solo decorado —el interior de una habitación— y con sólo tres personajes y un teléfono, y a través de la cual Bava nos demuestra su habilidad y la extensa gama de sus recursos.

Más importante, y sin tanto artificio, es «Los Vurdalaks», historia en la que flota un romanticismo casi mágico, que unido al terror compone una mezcla de una calidad extraña y excelente. Las escenas del niño llamando a su madre en medio de la noche tienen un patetismo (que se pierde en la versión española) sólo comparable a las de las ruinas de la iglesia abandonada, con unos toques de color que dan una visión insólita de lo que es el terror centroeuropeo, hasta hoy sólo «visto» en la literatura.

El tercer relato, «La gota de agua», es una auténtica lección de montaje y, hasta hoy, lo más valioso que ha hecho Bava. El ritmo, medido con una precisión de cronómetro, da a través de las imágenes una aceleración constante que desemboca en un inevitable final. Poe se sentiría evidentemente satisfecho de esta magistral adaptación: cada efecto, cada gesto, cada ruido, van encaminados hacia una finalidad concreta, la creación de un clima que sólo se desata al final, en un desenlace brusco y sobrecogedor.



«La gota de agua»: un Bava de la mejor calidad.

Y un detalle digno de ser anotado aquí: cuando la vimos en su versión comercial española, observamos que la despedida de Boris Karloff, al final de la cinta, resultaba tras todo lo demás absurda, incluso francamente mal realizada en una película así. Aquí, en su versión original, tuvimos la sorpresa de comprobar el motivo de ello: puesto que Bava nos ofrece con ella un «tour de force» y, tras el clímax de «La gota de agua», da un salto brusco del terror a la farsa presentándonos, con la despedida de Boris Karloff, y mediante un calculado travelling, toda la comparsería que rodea la cinta: a Boris Karloff montado sobre un caballo de cartón, un enorme ventilador, unos tramoyistas que pasan una y otra vez junto a él sosteniendo en alto unas ramas... Este detalle, por supuesto, ha sido «sabiamente» cortado por algún distribuidor «listo» en su versión española. Y nos preguntamos: ¿Es que acaso no existe ninguna ley que defienda a los directores contra estos abusos de lesa propiedad intelectual, hechos a sus espaldas y sin su consentimiento?

Francia: unos buenos cortometrajes

La aportación de Francia fue realmente mínima, si tenemos en cuenta que la película de mayor envergadura de las presentadas, *Alphaville*, se halla aún en explotación en España, y la copia que se pasó no era ni siquiera la original, sino una horrenda copia harta de dar vueltas y vueltas por los cines de barrio, y por lo tanto en pésimo estado. A pesar de ello, hay que admirar una vez más la intelectualmente enrevesada cinta de Goddard con un Eddie Constantine que, pese a ser el mismo de siempre, nos parece distinto, y con una base argumental sólida: la lucha y la victoria del hombre y del amor sobre la lógica y el materialismo, personificados por un lado por Lemmy Caution (Eddie Constantine) y Natacha (Anna Karina), y por el otro por la propia y deshumanizada Alphaville, con su cerebro motor Alpha 60. Película llena de hallazgos, como la declaración de amor de Lemmy a Natacha, con la cámara rodeando constantemente a Anna Karina, como queriendo abrazarla con su objetivo, como la escena de las ejecuciones, como las entrevistas de Lemmy con Alpha 60...

Y de Francia nos llegaron también tres cortometrajes: el primero de ellos,

Vampirisme (Vampirismo), es original de un buen amigo nuestro, Patrice Duvic, y es un reportaje satírico sobre la vida de los vampiros hecho con mucho humor, una gran dosis de ingenio y un gran sentido crítico de la vida actual: una película corta, en fin, como la que deseáramos poder ver muchas.



«*Vampirisme*»: Un estupendo e irónico cortometraje sobre un tema clásico.

Insomne (Insomnio), de Pierre Etaix, pasada recientemente en España en salas comerciales, es también otro toque al tema del vampirismo visto desde el lado del humor: las imaginaciones de un hombre que, vencido por el insomnio, se deja arrastrar por la lectura de una novela de vampiros. Llena de magníficos y originales hallazgos, lo único que decepciona un poco tal vez sea su final, por lo previsible.

Finalmente, *Le puits et le pendule* (El pozo y el péndulo), de Alexandre Astruc (que asistió personalmente a la proyección), basada en la obra homónima de Poe, y realizada especialmente para la televisión francesa, sigue al pie de la letra el texto literario original; tan al pie de la letra, que nos atreveríamos a afirmar que es una transcripción en imágenes del relato de Poe, palabra a palabra, incluso en sus más ínfimos detalles. Magníficas imágenes por otro lado, a través de una formidable ambientación, de un buen juego de luces, de un montaje obsesivo, y de una magistral interpretación de Maurice Ronet como único protagonista. Todo lo cual hace que la cinta posea en su conjunto un clima impresionante, agobiador, digno del relato del cual ha sido extraída.

El triste y desgraciado papel de España

España, pese a ser el país organizador de la Semana, estuvo pésimamente representada en la misma, no exactamente por la calidad de las películas, sino más bien por las circunstancias que las rodearon.

La primera de ellas, *Los invasores del espacio*, es una triste muestra del cine infantil que NO se debería hacer. Guillermo Ziemer, su director, surgido de las filas de la Escuela Oficial de Cine, se ha visto obligado a realizar una cinta de encargo, surgida indudablemente como consecuencia de la «fiebre de cine infantil» provocada hace unos años, y de la que aún no nos hemos librado. La cinta nos cuenta la historia

de la llegada de unos malvados marcianos que inmovilizan a toda la población de la Tierra para ocuparla, y de una pareja de niños que, escapados de la inmovilidad por causas fortuitas, salvan con su decisión y su arrojo a toda la humanidad. Todo ello tratado a través de un guión insostenible y a veces ridículo, con una interpretación endeble, y con un trucaje que nos recordó los episodios de Diego Valor retransmitidos por Televisión Española en los heroicos tiempos de sus comienzos, cuando los programas se realizaban con cuatro pesetas y treinta céntimos. Película de misérrimo presupuesto y de aún más misérrimos resultados, su inclusión en esta Semana debiera haber sido lo último que se hiciera.

El caso de *La llamada*, de Javier Setó, es muy distinto. Película de tan escaso presupuesto como la anterior, es sin embargo una película honrada, que nos plantea un tema poco tratado en el cine español, el de la precognición, la muerte y la reencarnación, a través de unos elementos fantástico-terroríficos que no precisan de monstruos ni de engendros al uso para cumplir su objetivo.



Emilio Gutiérrez Caba y Dianik Zurakowska ruedan «La llamada».

Tratada con una técnica realista, buscando sus efectos a través de la historia misma, tiene sin embargo un único y fundamental defecto: el de un guión, una interpretación y sobre todo unos diálogos muy por debajo de las ambiciones del tema y de la cinta en sí, y que hacen que los momentos realmente logrados de la misma — como la fantástica cena familiar en casa de los padres de Dominique (Dianik Zurakowska, que fue la invitada de honor de la Semana)— queden por debajo de su valor real.

Sin embargo, lo peor de esta película fueron las circunstancias que rodearon su exhibición en la Semana. Pese a todos sus posibles defectos, pocos o muchos, *La llamada* tiene un gran valor que le confiere, por sí mismo, un desusado interés: el de ser la primera película española que ha sido filmada en plan cooperativo, es decir, aportando sus distintos elementos constitutivos tanto el capital como el trabajo necesarios, y sin mayor beneficio que los derivados posteriormente de su explotación comercial. Y, paradójicamente, la película ha sido efectivamente distribuida

comercialmente en todo el mundo... menos en España, donde ningún distribuidor se ha atrevido a adquirir, por miedo, los derechos.

Pues bien; la exhibición de la película en la Semana fue una verdadera odisea. Y ahí nos enfrentamos con otro de los grandes fallos, éste no de la Semana en sí, sino de una parte del público asistente, y del que uno de nuestros lectores habla encendidamente en otro lugar de esta revista. Unos llamémosles críticos cinematográficos —al menos así nos fueron señalados— acudieron a la Semana con la clara intención de boicotearla, como lo demostraron más tarde con sus injustificadamente acerbas crónicas remitidas a sus respectivos periódicos. Pero parecían tener además una animadversión especial contra Javier Setó, que asistió a la presentación de su película, y contra la protagonista de la misma, Dianik Zurakowska, ya que apenas iniciarse la película empezaron a «hablar, gritar, patalear, silbar, gruñir y rebuznar» (usamos las palabras de nuestro exaltado lector por considerarlas las más expresivas) de una manera totalmente impropia para unos críticos que asisten a un certamen cinematográfico, y no dejando de hacerlo ya por el resto de la película, pese a las protestas de un sector del público. Sinceramente, lamentamos inmensamente de su calidad de invitados de la Semana impidiera a los organizadores de la misma el echarlos de la sala, pero confiamos en que no serán invitados en la próxima edición.

Una película española más —un cortometraje— llegó a la semana: *El viejecito*, de Manolo Summers. Esta película, de media hora de duración, es el ejercicio de prácticas de dirección que realizó dicho director en la Escuela Oficial de Cinematografía, y podríamos catalogarla dentro de un cine humorístico-realista-fantástico, tan del gusto de Summers. La trama es muy sencilla: un viejecito, en los umbrales de la muerte, recibe la visita de la parca, y antes de morir definitivamente pide a su ángel de la guarda —un simple funcionario del cielo, como se define éste a sí mismo— que le permita ir a dar un paseo por la ciudad, tras lo cual ambos suben definitivamente al autobús que va al cielo. Película deliciosa, a la que no puede reprocharse ninguna de sus ligeras imperfecciones, inevitables en una película de prácticas, reivindicó un poco al hasta entonces malparado cine español.

Y tuvimos que lamentar el que no se proyectara también la cinta «El parque de juegos», de Pedro Olea, también película de práctica de dirección, basada en uno de los más famosos relatos de Bradbury, y de la que no hemos oído más que elogios.

Avatar, o la película que nadie entendió

Tal vez en homenaje a la invitada de honor de la semana, la actriz polaca afincada en España Dianik Zurakowska, que se pasó la Semana yendo aburrida de un lado para otro y asistiendo a *TODAS* las proyecciones, se proyectó una cinta polaca, *Avatar*, rodada originalmente para la televisión. Creemos que tal vez fuera una cinta interesante, ya que ganó un premio en el festival de Montecarlo en 1966. Y decimos «creemos» porque la verdad es que no nos enteramos de nada de lo que se decía en la

pantalla. Un folleto explicativo dado por los organizadores nos contaba más o menos su argumento: un hombre enamorado de la mujer de un amigo suyo logra, mediante la colaboración de un misterioso doctor, el que éste efectúe un «traspaso de almas» entre el protagonista y su amigo. Sin embargo, tampoco en estas nuevas circunstancias logra el amor de su ídolo, ya que ella, notando cambiado de pronto a su esposo, lo rehuye. Convencido al fin de la imposibilidad de su amor, pide al doctor que vuelva a hacer el cambio; pero éste, hartado por otro lado de su viejo y gastado cuerpo, hace esta vez un triple cambio: y el protagonista se despertará en el achacoso cuerpo del doctor...



«Avatar»: más que polaco, chino...

Éste es el argumento, a través del que reconocemos la adaptación en imágenes de un relato de Teófilo Gautier: no podemos decir nada más. La película está resuelta a través de un fluido y constante diálogo, que indudablemente es la salsa de todo el film; un diálogo que, por supuesto, es en polaco... y sin subtítulos. Al final de la proyección, creemos que toda la asistencia envidiaba a Dianik Zurakowska; ella era la única que había entendido algo de lo que se había dicho en la pantalla.

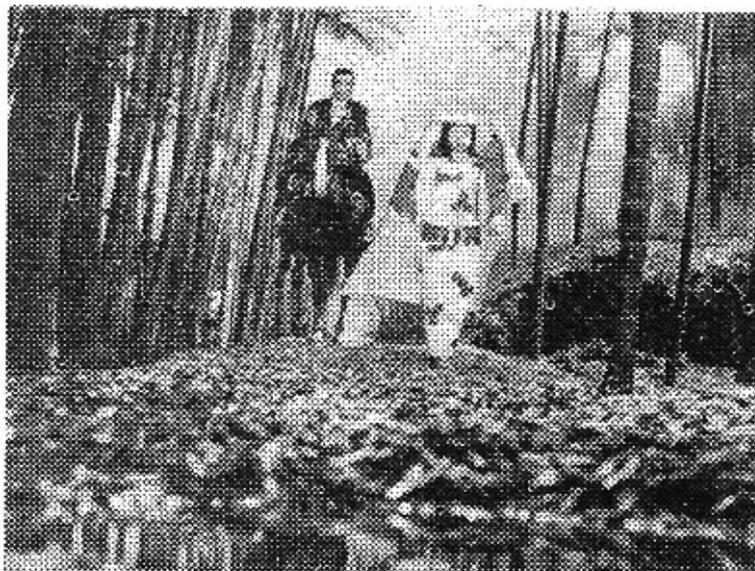
Japón: monstruos y una joya

Del Japón nos llegaron dos películas, las únicas subtituladas (afortunadamente) de la Semana. La primera de ellas, *King Kong no gyakushû* (que fue presentada con el título inglés de «King Kong escapes», y con subtítulos en inglés), es una típica película de monstruos de las que tan aficionados son los japoneses. Es curioso constatar a este respecto como los japoneses se han habituado tanto a sus monstruos particulares (Godzilla, Rodan, etc.) que ya no necesitan justificarlos con ninguna explosión atómica, sino que surgen por sí mismos, como si siempre hubieran estado allí, y el espectador los acepta como si tal cosa. Es curioso también observar como cada casa productora japonesa tiene su monstruo particular patentado, y hace cambalache de él con otras productoras, a base de te dejo éste a ti, mañana me dejas tú el tuyo a mí para enfrentarlo con el mío y el de al lado, pasado mañana se lo dejaremos ambos a éste, y todos tan tranquilos. En las películas de este tipo es

frecuente ver el rótulo: «El monstruo equis aparece en esta película por cortesía de la productora zeta...», como antes se hacía con los grandes actores que tenían firmado contrato en exclusiva con una productora determinada cuando actuaban en una película de otra. Y es que esto son los monstruos japoneses en la actualidad: grandes actores, que causan la admiración de un determinado sector de público.

En esta película, todas las concesiones al uso se encuentran reunidas. King Kong (cortesía de RKO Radio) vive tranquilamente en su isla, donde lucha con un *tyrannosaurus rex* y contra una serpiente marina que están allí porque Dios lo ha querido; los protagonistas hablan de él como si hablaran del gato del vecino, y no se inmutan ante su presencia más que si se hallaran ante un perro un poco ladrador. Hay los convencionalismos de siempre: la potencia secreta que lucha a favor del mal con medios modernos y poderosísimos (invención ésta de la serie James Bond, extendida mundialmente), el traidor de opereta, etc. Dos hechos dignos de mención: el que la protagonista de la cinta sea una occidental, más bien feúcha y mala actriz, pero por la que los japoneses de la cinta se pirran, mientras que la mala de turno es una japonesita-bombón a la que ningún productor de estas latitudes vacilaría en ofrecerle un papel superestelar en cualquiera de sus películas, pero a la que sus compatriotas apenas hacen caso (el exotismo actúa también a la inversa), y la presencia de un delicioso King Kong mecánico, el Mechani-Kong, que es, realmente, el personaje más interesante y más logrado de la cinta.

Por otro lado, Japón nos ha hecho llegar —con subtítulos en francés— una verdadera joya del cine fantástico, sólo comparable con otra joya también japonesa exhibida recientemente en las salas de Arte y Ensayo de España, «Kwaidan». Kuroneko —que debía representar a su país en el malogrado festival de Cannes de este año— nos narra la historia de dos mujeres que, en el marco del Japón medieval, son violadas y muertas por una guerrilla. Vueltas a la vida más tarde por medios diabólicos, juran vengarse matando a todos los samurai de la provincia: la hija los atrae con sus encantos hasta su casa, donde, al tiempo que les hace el amor, los mata destrozándoles la garganta a dentelladas, mientras la madre, en otra pieza, realiza el encantamiento diabólico a través de una ritual danza simbólica. El eje de la película se halla en el momento en que el marido de la hija, nombrado samurai gracias a sus hazañas en la guerra recibe la orden de destruir a los fantasmas que asolan la región, y debe enfrentarse con las que fueron su esposa y su madre.



«Kuroneko», un fantasy de la mejor ley.

El tratamiento que Kaneto Shindo da a su película lo revela como un director de una sorprendente sensibilidad. A través de una bellísima fotografía en blanco y negro, Shindo nos cuenta su historia de una forma cautivadora, enervante. Toda la fantástica poesía de las antiguas leyendas orientales se encuentra en cada escena, en cada plano. La belleza plástica del film alcanza su cénit en las escenas de amor entre ambos esposos, en las que se nos ofrece, de una manera muy pocas veces lograda en el cine, toda la intensidad de una pasión amorosa a través de los elementos más mínimos.

Film programado ya para esta temporada en España, en la modalidad de Arte y Ensayo, sólo nos queda esperar unos meses más para tener el placer de volver a verlo...

Polanski vs. los vampiros

Y hemos dejado a propósito para el final a Polanski y su *Fearless vampire killers* (Los intrépidos asesinos de vampiros), titulada en español *El baile de los vampiros* — título tomado indudablemente de su versión francesa— ya que esta película fue la que cerró la Semana. Había en torno a ella una gran expectación, tanto por lo que de ella se había dicho como por la personalidad de su director, así como por el hecho de presentarse éste por primera vez al público en la doble faceta de director y actor. El tema de la película es simple: el tratamiento, a través del humor, del tema de los vampiros. La trama, en su esquema, también: un profesor y su ayudante van a Ucrania con el fin de probar la existencia de los vampiros y terminar con ellos. A partir de esta arranque, el humor, el buen humor inglés, se halla en cada escena. No es el humor fácil basado en los juegos de palabras, sino el humor que surge de las situaciones mismas. Unos tipos magníficamente perfilados (el profesor que nos recuerda a Einstein, su ayudante —Polanski— idiota, el posadero vampiro que se ríe de los crucifijos porque él es judío, el cadavérico conde que muestra ostensiblemente sus colmillos cada vez que sonrío, su afeminado hijo intentando seducir al ayudante del profesor...). Polanski, en su película, ha querido, sin embargo, ser fiel al mito del

vampiro en su forma más pura, y ha empleado el mismo escenario, el ambiente, los trajes, que le sirvieran a Murnau para su *Nosferatu*, en un indudable homenaje al gran autor. Y quizá éste sea el único defecto —leve defecto— que pueda ponerse a la cinta: el que, al querer ser tan fiel a la historia, su objetivo desmitificador quede un poco velado, convirtiéndose la película en un simple film de humor sobre vampiros. Tal vez un tratamiento menos formal, más atrevido, a lo Lester, resolviendo las situaciones por el absurdo en lugar de ir a buscar la lógica, hubiera favorecido más al contexto de la película.



Los alegres vampiros de Polanski.

Con todo. *El baile de los vampiros* es una película dignísima de tener en cuenta, y esperamos que llegue pronto a España en explotación comercial. Como clausura de la Semana de Cine Fantástico, fue lo más acertado que se pudo escoger, y dio el más adecuado broche de oro al certamen.

Y las películas que no llegaron

Al margen de las películas proyectadas, hemos de hablar también de las películas que *no* se proyectaron. En realidad, y éste es un reproche importante que debemos formular a la Semana, aunque sea un reproche orientativo, la organización dejó a este respecto bastante que desear, aunque la culpa no deba achacarse totalmente a sus organizadores.

Realmente, muy pocas sesiones empezaron exactamente a la hora prevista, y muchas sí media hora más tarde. Por otro lado, hubo frecuentes cambios de proyecciones de acuerdo con el programa previsto, unas justificables, otras no tanto. *Metrópolis*, por ejemplo, no llegó a tiempo el día indicado, y fue proyectada otro día, tras la sesión normal. La película de Astruc *El pozo y el péndulo* llegó en su copia para televisión, es decir, en dos bandas independientes, una de sonido y otra de imagen, de forma que era totalmente imposible proyectarla en el local. Y el enorme interés de los organizadores de la Semana quedó en este caso palpablemente demostrado, ya que para poder ofrecerla al público se encargó, a costa de la Semana y

especialmente para ella, una copia en unos laboratorios de Barcelona, y así pudo al final ser proyectada pese a todo.

Pero la ausencia más lamentable fue la de las películas de Buñuel, su antológico *Chien andalou* y su más moderno *El ángel exterminador*. Estas dos películas debían ser proyectadas el mismo día, por lo que se hablaba ya de un «festival Buñuel» dentro de la Semana, y muchas personas acudieron especialmente este día con el único fin de verlas. Pues bien, las películas no llegaron. Pese a haberse pedido unas nuevas copias cuando se supo que las primeras no iban a llegar, pese a los continuos desplazamientos, telegramas y conferencias telefónicas puestos... no llegaron, Y mucha gente se sintió defraudada.

¿Puede esto imputarse a una mala organización de la Semana? El interés de los organizadores para que todo fuera sobre ruedas quedó patentemente demostrado en varias ocasiones —con la película de Astruc, por ejemplo— por lo que podemos afirmar que ellos fueron quienes más sintieron todas estas anomalías. El problema fue solamente uno: el poco tiempo. La premura con que se organizó toda la Semana hizo que las películas llegaran siempre en el último minuto. Era frecuente ver como, horas antes de la proyección de una determinada película, ésta no había llegado aún al aeropuerto, por lo que el temor de que no llegara a tiempo para la proyección era constante.

Y esto nos lleva a justificar también en parte otro de los reproches que debemos formular a la Semana, al que se notaran grandes altibajos en la calidad de las películas programadas. Las películas presentadas fueron escogidas un poco «de oídas», y pasadas en la Semana sin haber sido vistas previamente por los organizadores. Esto, que puede ser disculpable en un primer certamen organizado con tan poco tiempo, no lo será indudablemente en las próximas ediciones, por lo que la programación del año próximo deberá ser mucho más cuidada.

Éste fue también el origen de que la mayoría de las películas, sin subtítular, llegaran al público de forma ininteligible, hecho al que se añadió al que se estropeará la máquina multicopista en medio mismo de la Semana, impidiendo en algunas sesiones entregar al público folletos explicativos. Como detalle que avala lo dicho, citaremos que, unos pocos días antes de la inauguración de la Semana, ninguno de sus organizadores sabía aún si las películas rusas iban a llegar en versión original o subtituladas en algún otro idioma.

Macián y el «Tecnofantasy»

Queremos acabar esta revisión de las películas exhibidas con la presentación que se hizo en la Semana del nuevo sistema cinematográfico de Francisco Macián «tecnofantasy». Consiste este sistema en el aprovechamiento de la mezcla de dibujo e imagen, pero no en la forma clásica que han empleado ya otros varios realizadores, sino tratando el conjunto tanto en la mesa de dibujo como en el laboratorio, a fin de conseguir sorprendentes efectos: foto quemada, negativos, tonalidades especiales de

color... Como muestra de este nuevo sistema, fueron proyectados un par de breves fragmentos de la reciente película del conjunto musical Los Bravos «Dame un poco de amor» —película que, por otra parte suprimiendo precisamente estos dos fragmentos, no tiene nada más que sea digno de mención—, donde se han empleado, sobre todo en las secuencias finales de la cinta, todas las posibilidades actuales de este procedimiento.

Tal vez sea demasiado pronto para juzgar este método; se encuentra aún en embrión, e indudablemente necesita aún perfeccionarse mucho para alcanzar sus máximos efectos. Sin embargo, sí podemos afirmar ya que ofrece suficientes garantías de interés como para augurarle un brillante porvenir, y a tal efecto precisamente se halla actualmente en los Estados Unidos el propio Macián, a fin de tratar este asunto con los técnicos y productores yankis, a cuyo regreso nos ha prometido hablarnos más extensamente, para estas mismas páginas, de su sistema.

Al margen de la Semana

Dejando al margen la filmografía en sí, hemos de hablar también un poco de la Semana en sí misma y de todo este complejo mundo que suele rodear un certamen de esta naturaleza. En primer lugar, ¿cómo fue su éxito de público? Evidentemente, no podemos decir que fuera excesivamente lisonjero; el local donde se proyectaban las películas, no demasiado adecuado por cierto para tal fin (el alcalde de Sitges nos habló para futuras ediciones de un proyectado palacio de festivales), no llegó a llenarse nunca; el sector de la crítica brilló, en una buena parte, por su ausencia, y parte de la representación que acudió más hubiera valido que se quedara en su casa. Lo cierto es que una buena parte del público de cada día, lo pudimos comprobar, estaba formado por los turistas que se hallaban en Sitges, y que acudían cuando se presentaba una película originaria de su país, tal vez por el simple deseo de escuchar cine hablado en su propio idioma; y en las fechas en que se realizó la semana la afluencia turística había menguado ya bastante.

¿Cuál fue la causa de esta relativamente escasa asistencia? Tal vez el alejamiento de Sitges (más de treinta kilómetros de Barcelona) y su mala carretera de acceso (las cuestas de Garraf son mundialmente odiadas por todos los automovilistas). Tal vez la decepcionante programación de los primeros días (*Aélita*, *La lámpara maravillosa de Aladino*, *Los demonios de la oscuridad*, *Münchhausen*, *Los invasores del espacio*, *La maldición de los Karstein...* la programación más floja, dentro de los primeros tres días). Esto desanimó a muchos y les hizo abandonar (conocemos varios casos en los que los asistentes no volvieron ya a partir del tercer día, perdiéndose así lo mejor de la Semana). Quizá influyó también la informalidad de algunas sesiones, los fallos de algunas películas... La organización, deslavazada en sí misma, fruto de la precipitación, la sensación de inseguridad e improvisación que respiraba toda la Semana...

La Semana y la prensa

La Semana no tuvo tampoco demasiada suerte con la prensa. Dejando aparte los incidentes de *La llamada*, lamentables desde todos los ángulos, lo cierto es que, si bien antes de la Semana hubo por parte de toda la prensa nacional una buena campaña de promoción, una vez concluida esta muy pocos periódicos hablaron de ella y, de los que lo hicieron, muy pocos también presentaron un juicio imparcial y honesto.

Durante la Semana, entre los actos marginales a las proyecciones, los organizadores celebraron una cena-coloquio con toda la prensa destacada en Sitges, con la intención de organizar un intercambio de impresiones sobre la Semana; sin embargo, dejando aparte el poco interés que un cierto número de estos representantes demostraba por la Semana en sí, el posible coloquio fue malogrado desde un principio de la cena por una primera estúpida, inoportuna e intempestiva pregunta, que además no tenía nada que ver con la Semana en sí, y que acabó de apagar los pocos deseos de entablar coloquio de los asistentes.

Por nuestra parte, sin embargo, e independientemente de los actos de la Semana en sí, realizamos una «rueda de prensa» informal entre nuestro equipo —el único representante de la prensa especializada dentro del marco de la Semana— y su director técnico, Antonio Cervera. En este coloquio se trató entre otras cosas de la posible definición y alcance del género ciencia ficción-fantasía-terror, de las posibilidades futuras de la Semana, de su proyección nacional e internacional, de los planes existentes para las próximas ediciones... de todo lo cual se extrajeron algunas conclusiones realmente interesantes.



Una «rueda de prensa» informal...

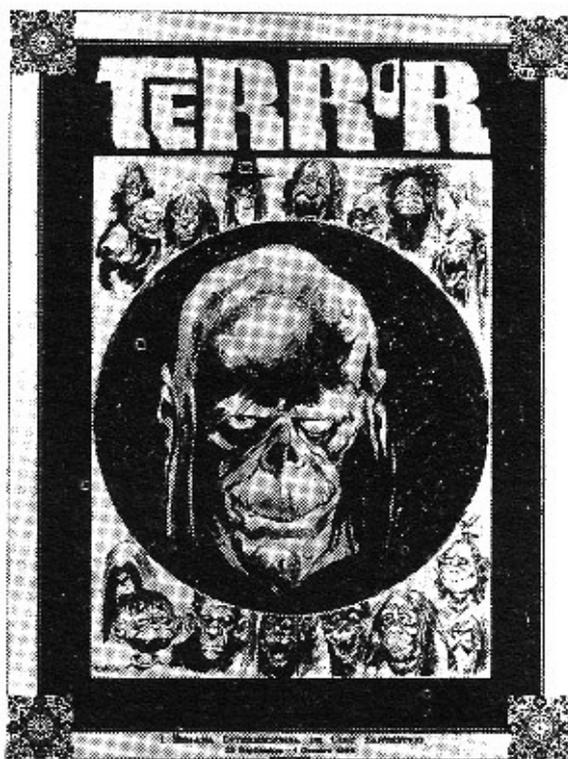
Es digno de hacer notar también a este respecto el libro de Antonio Cervera «Índice analítico del Cine Fantástico», que fue editado especialmente para esta Semana y que fue entregado a los asistentes a la misma, así como el «poster» editado especialmente para la ocasión, con fines publicitarios, por Ediciones Géminis, y obra

de nuestro director artístico Enrique Torres.

En la parte negativa, hay que apuntar, en la hoja de fallos de la Semana el que no dispusiera de un archivo de fotos de las películas presentadas para uso de la prensa, lo que ha motivado por otro lado que tuviéramos que revolver toda nuestra documentación al respecto a fin de poder ilustrar este artículo.

Conclusiones

Después de todo ello, ¿qué conclusiones pueden extraerse de la celebración de la Primera Semana de Cine Fantástico de Sitges? Para un espectador normal, es indudable que la Semana puede ser definida como un certamen interesante pero no brillante, hecho con honestidad y muy pocos medios, no totalmente logrado, muy ambicioso y demasiado precipitado. Pero, como hemos dicho al principio, todo esto hay que verlo enfocándolo dentro de una característica principal: el hecho de que es el primero. La Primera Semana de Cine Fantástico de Sitges tiene, por sobre todos sus defectos, una gran virtud: LA DE SER EL PRIMER CERTAMEN DE ESTA NATURALEZA QUE SE REALIZA EN NUESTRA PATRIA. Solamente por ello, merece todo el aliento que se le pueda dar.



El terror se hizo poster en Sitges, de la mano de Enrique Torres.

Pero esto no quiere decir que por el hecho de ser el único certamen de este tipo existente en España debamos aceptar y admitir todo lo que en él ocurra. Estamos hablando del Primero. El año próximo, en ediciones sucesivas, fallos que ahora son admisibles e incluso disculpables no podrán ser aceptados. Versiones sin subtítular, cambios de programación, ausencias, no pueden tolerarse cuando existe *todo un año* para la preparación.

Creemos que, en sucesivas ediciones, será preciso tener en cuenta unas normas muy estrictas: en ellas se encuentra la base de un éxito o de un fracaso total. En primer lugar, será preciso cuidar mucho de la selección y distribución de toda la programación. Desgraciadamente, la dualidad es muy difícil, y generalmente las personas que saben mucho de cine saben muy poco de fantasía, terror y ciencia ficción, y viceversa. Es preciso por lo tanto una estrecha colaboración entre varios elementos, si no se quiere caer en el peligro que se está observando en Trieste: el que la comisión organizadora, muy enterada en cuestiones de cine, no sabe casi nada de cine de ciencia ficción. Nueva Dimensión sugirió al director de la Semana, en la mencionada «rueda de prensa» informal, la posibilidad y la conveniencia de crear una comisión asesora que, independientemente de dicho director de la Semana pero en estrecha relación y colaboración con él, le auxilie en la selección y búsqueda de las películas más convenientes. Así podrían suprimirse errores como el de este año en el que disponiéndose de ambas películas, se programara la mediocre *House of Frankenstein* en detrimento de la antológica *The bride of Frankenstein*, que sólo pudimos ver, y gracias a nuestras gestiones, al fallar —no hay mal que por bien no venga— Buñuel.



El equipo de Nueva Dimensión en la cena de gala de Sitges. De izquierda a derecha: José Luis Garci, Luis Vigil, José Luis M. Montalbán, Domingo Santos, Berit Sandberg y Sebastián Martínez.

La selección es algo importantísimo, vital. Detalles como evitar películas que ya han sido pasadas en explotación comercial o van a serlo inminentemente, eludir la retrospectiva de films demasiado conocidos —por muy antológicos que sean— para ir a buscar aquellos de los que todo el mundo ha oído hablar pero casi nadie ha podido ver; existen cientos de ellos, y podríamos citar, sólo como ejemplo, películas como *Haxan*, de Christensen, *Paris qui dort*, de Clair, *London after midnight* y *Freaks*, de Browning, *The student von Prag*, de Rye, *Orlacs Hande*, de Wiene, *Things to come*, de Cameron Menzies, *1984*, de Anderson, y otras muchas que harían una lista interminable. Y no digamos las actuales, desde *Barbarella* hasta *La nebulosa de Andrómeda*, pasando por los cientos y cientos de films que se ruedan anualmente en

todo el mundo, y entre los cuales hay siempre obras maestras, dignas de ser presentadas en cualquier festival internacional dándole, además, un prestigio y una solvencia reconocidos mundialmente.

Esto como elementos básicos. Luego, existen ya detalles de organización misma: el traer cada año un film al menos de impacto, que cause sensación entre el público con solo anunciarlo —este año fue Polanski, el año próximo habrá de repetirse con otro—; el traer también como invitado de honor a una figura dentro de la especialidad — este año debían ser Christopher Lee y Terence Fisher, pero fallaron a última hora; el año próximo podrían ser Boris Karloff, Barbara Steele o el propio Polanski—; el hallar un local digno y adecuado; el evitar incidentes como los de este año; el conseguir una ayuda económica que le permita desenvolverse con mayor libertad; el convertirlo, si es preciso —y esto sería realmente interesante— en Festival...

Éstas son tan solo algunas puntualizaciones generales. Nueva Dimensión ofreció, y reitera desde estas páginas, toda su colaboración y ayuda para la organización de la Segunda Semana. De momento, como aficionados y como críticos, nuestra conclusión de la Primera solo puede ser una: es un certamen que DEBE continuar. El año próximo será el momento de dictaminar si nuestras esperanzas han sido o no fundadas.



FILMOGRAFÍA

(por orden alfabético de títulos originales)

AÉLITA

URSS, 1924. Blanco y negro. Muda.

Director: Jacob Protozanov. **Argumento:** Fyodor Otzep y Alexei Faiko, sobre una novela de Alexei Tolstoi. **Fotografía:** Yuri Zheliabuzky y E. Schonemann. **Intérpretes:** Igor Ilinsky, Yulia Solntseva, Nikolai Tseretelly, Nikolai Batalov.

ALPHAVILLE, Une étrange aventure de Lemmy Caution (Lemmy contra Alphaville)

Coproducción franco-italiana, 1965. Blanco y negro.

Director: y argumento: Jean Luc Goddard. **Fotografía:** Raoul Coutard. **Música:** Paul Misraki. **Montaje:** Agnes Guillemot. **Intérpretes:** Eddie Constantine, Anna Karina, Akim Tamiroff, Laszlo Szabo, Howard Vernon.



«Alphaville»: Natacha y Lemmy Caution, Anna Karina y Eddie Constantine

AWATAR, czyli zamiana dusz (Awatar, traspaso de almas)

Polonia, 1965. (película rodada exclusivamente para televisión) Blanco y negro.

Director y argumento: Janusz Majewski. **Fotografía:** Kurt Weber. **Música:** Lucjan Kaszycki. **Intérpretes:** Wanda Koczeska, Jan Machulski, Henryk Boukolowski, Gustaw Holoubek.

(Esta película obtuvo el premio de la crítica internacional de Montecarlo de 1966 a la

mejor película para televisión).

THE BRIDE OF FRANKENSTEIN (La novia de Frankenstein)

USA, 1935. Blanco y negro.

Director: James Whale. **Argumento:** John L. Balderston y William Hurlbut, basado en los personajes creados por Mary Shelley. **Fotografía:** John D. Mescall. **Música:** Franz Waxman. **Intérpretes:** Boris Karloff, Colin Clive, Valerie Hobson, Ernest Thesiger, Elsa Lanchester.



La pareja más famosa del cine de horror: Elsa Lanchester y Boris Karloff en «The bride of Frankenstein».

THE DEVIL DOLL (Muñecos infernales)

USA, 1936. Blanco y negro.

Director: Tod Browning. **Argumento:** Tod Browning, Garrett Fort, Guy Endore y Erich von Stroheim, basado en la novela ***Burn Witch Burn*** (Arde bruja arde) de A.A. Merritt. **Fotografía:** Leonard Smith. **Música:** Franz Waxman. **Intérpretes:** Lionel Barrymore, Maureen O'Sullivan, Frank Lawton, Henry B. Walthall, Rafaela Ottiano.

DEVILS OF DARKNESS (Demonios de la oscuridad)

Gran Bretaña, 1964. Color.

Director: Lance Comfort. **Argumento:** Lyn Fairhurst. **Fotografía:** Reg Wyer.

Música: Bernie Fenton. **Montaje:** John Trumper. **Intérpretes:** Willian Sylvester, Hubert Noel, Tray Reed, Carole Gray, Diana Decker, Rona Anderson.



Carole Gray, un encantador vampiro para «Devils of Darkness».

THE FEARLESS VAMPIRE KILLERS (Los intrépidos asesinos de vampiros, en español «El baile de los vampiros»)

Gran Bretaña, 1967. Color.

Director: Roman Polanski. **Argumento:** Roman Polanski y Gerard Brach. **Fotografía:** Douglas Slocombe. **Música:** Krzystof Komeda. **Montaje:** Alistaire MacIntyre. **Intérpretes:** Jack Mac Gowran, Roman Polanski, Sharon Tate, Ferdy Mayne, Alfie Bass, Jessie Robbins.

DER GOLEM (El Golem)

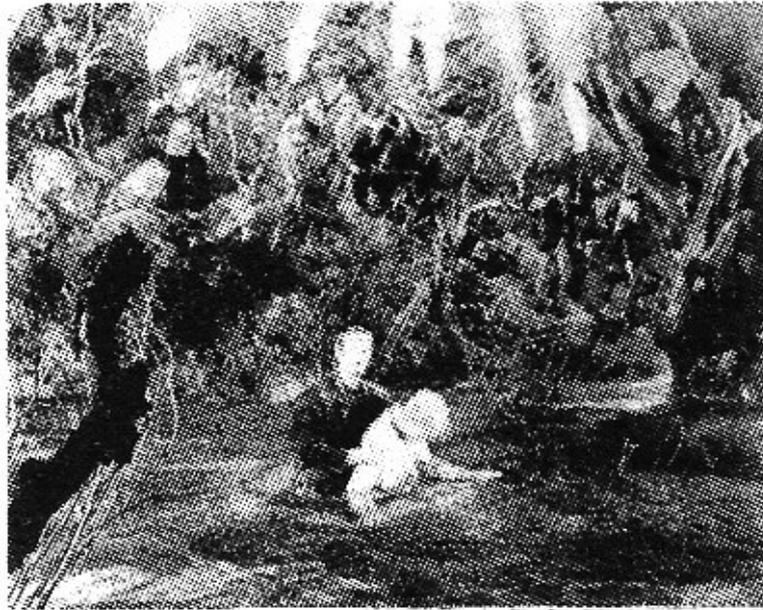
Alemania, 1920. Blanco y negro. Muda.

Director: Paul Wegener y Carl Boese. **Argumento:** Paul Wegener y Henrik Gallen. **Fotografía:** Karl Freund. **Intérpretes:** Paul Wegener, Albert Steinrück, Ernst Deutsch, Lydia Salmonova, Hans Sturm.

HOUSE OF FRANKENSTEIN (La casa de Frankenstein)

USA, 1944. Blanco y negro.

Director: Erle C. Kenton. **Argumento:** Edward T. Lowe, basado en una historia original de Curt Siodmak. **Fotografía:** George Robinson. **Música:** H.J. Salter. **Intérpretes:** Boris Karloff, Lon Chaney Jr., Anne Gwynne, J. Carrol Naish, John Carradine, Elena Verdugo.



Una película mediocre: «The house of Frankenstein».

LOS INVASORES DEL ESPACIO

España, 1967. Blanco y negro.

Director: Guillermo Ziemer. **Argumento:** Carlos Serrano y Rafael Henríquez. **Fotografía:** José Luis Alcaine. **Música:** Luis de Pablo. **Montaje:** Pablo G. del Amo. **Intérpretes:** Mayrata O'Wisiedo, José M^a Prada, Juan Carlos Moreno, Ángel Aranda, los niños Manuel Fernández Aranda e Inma de Santis y el mono «Manolo».

ISLAND OF TERROR (La isla del terror)

Gran Bretaña, 1966. Color.

Director: Terence Fisher. **Argumento:** Edward Andrew Mann y Alan Ramsen. **Fotografía:** Reg Wyer. **Efectos especiales:** John St. John Earl. **Música:** Malcom Lockyer. **Montaje:** Thelma Connell. **Intérpretes:** Peter Cushing, Edward Judd, Carole Gray, Eddie Byrne, Sam Kydd, Niall McGinnis.

DAS KABINET DES DR. CALIGARI (El gabinete del Dr. Caligari)

Alemania, 1919. Blanco y negro. Muda.

Director: Robert Wiene. **Argumento:** Carl Mayer y Hans Janowitz. **Fotografía:** Willy Hameister. **Intérpretes:** Werner Krauss, Conrad Veidt, Friedrich Feher, Lil Dagover.

KING KONG NO GYAKUSHŪ (presentado en su versión inglesa «King Kong escapes»)

Japón, 1967. Tohoscope. Eastmancolor.

Director: Inoshiro Honda. **Argumento:** Kaoru Mabuchi. **Fotografía:** Hajime Koizumi. **Efectos especiales:** Eiji Tsuburaya. **Música:** Akaira Ifukube. **Intérpretes:** Rhodes Reason, Akira Takarada, Linda Miller, Mie Hama, Eisei Amamoto.



King Kong, Mechani-Kong y un tyrannosaurus rex, en lucha fraternal: «King Kong escapes»

KURONEKO

Japón, 1967. Tohoscope. Blanco y negro.

Dirección y argumento: Kaneto Shindo. **Fotografía:** Kiyomi Kuroda. **Música:** Hikaru Kayashi. **Intérpretes:** Kichiemon Nakamura, Nobuko Otowa, Kiwato Taichi, Kei Sato, Hideo Kanze, Rokko Toura.

LA LLAMADA

España, 1967. Blanco y negro.

Director: Javier Setó. **Argumento:** Paulino Rodrigo y Javier Setó. **Fotografía:** Francisco Sánchez Muñoz. **Música:** Gregorio García Segura. **Montaje:** Antonio Ramírez. **Intérpretes:** Emilio Gutiérrez Caba, Dianik Zurakowska, Carlos Lemos, Tota Alba, Francisco Morán, Sun de Sanders, Víctor Israel.

LA MALDICIÓN DE LOS KARSTEIN (La cripta e l'incubo)

Coproducción italo-española, 1964. Blanco y negro.

Director: Camillo Mastrocinque. **Argumento:** Tonio Valen. **Fotografía:** Julio Ortas. **Intérpretes:** Christopher Lee, Adriana Ambessi, José Campos, Pier Ana Quaglia, Nela Conjiu, Vera Valmont.

METRÓPOLIS

Alemana, 1926. Blanco y negro. Muda.

Director: Fritz Lang. **Argumento:** Fritz Lang y Thea von Harbou, según la novela de Thea von Harbou. **Fotografía:** Karl Freund y Gunther Rittau. **Intérpretes:** Brigitte Helm, Alfred Abel, Gustave Froehlich, Rudolf Klein-Rogge.

MÜNCHHAUSEN (Las aventuras del Barón de Munchhausen)

Alemana, 1943. Agfacolor.

Director: Joseph von Baky. **Intérpretes:** Hans Albers, Ferdinand Marian, Brigitte Horney.

NIGHT OF THE BIG HEAT (La noche del gran calor)

Gran Bretaña. 1967. Color.

Director: Terence Fisher. **Argumento:** Ronald Liles, según la novela de John Lymington. **Fotografía:** Reg Wyer. **Música:** Malcolm Lockyer. **Montaje:** Rod Keys. **Intérpretes:** Christopher Lee, Peter Cushing, Patrick Allen, Sarah Lawson, Jane Merrow, William Lucas.

NOSFERATU, EINE SYMPHONIE DES GRAUENS

Alemania, 1922. Blanco y negro. Muda.

Director: F.W. Murnau. **Argumento:** Henrik Gateen, según la novela *Drácula* de Bram Stoker. **Fotografía:** Fritz Arno Wagner. **Intérpretes:** Max Schreck, Alexander Granach, Gustav von Wangenheim, Greta Schroeder, Ruth Landshoff.

LE PUIITS ET LE PENDULE (El pozo y el péndulo)

Francia, 1967. (Película rodada especialmente para la televisión) Blanco y negro.

Director: Alexandre Astruc. **Argumento:** Alexandre Astruc, según el relato homónimo de Edgar Allan Poe. **Intérprete:** Maurice Ronet.

TERROR EN EL ESPACIO (Terrore nello spazio)

Coproducción italo-española, 1965. Technicolor.

Director: Mario Bava. **Argumento:** Ib Melchior, Callisto Casulich, Antonio Román, Alberto Bevilacqua, Mario Bava y Louis M. Heyward. **Fotografía:** Antonio Rinaldi. **Música:** Gino Marinuzzi. **Intérpretes:** Barry Sullivan, Norma Bengell, Angel Aranda, Evi Marandi, Fernando Villena, Mario Morales, Franco Andrei.

I TRE VOLTI DELLA PAURA (Los tres rostros del miedo)

Coproducción franco-italiana, 1963. Eastmancolor.

Director: Mario Bava. **Argumento:** Mario Bava, Marcello Fondato, Alberto Bevilacqua, según tres relatos de Chejov, Tolstoi y Poe. **Fotografía:** Ubaldo Terzano. **Música:** Roberto Nicolosi. **Intérpretes:** Boris Karloff, Michèle Mercier, Mark Damon, Susy Anderson, Jacqueline Pierreux, Milly Monti, Lidia Alfonsi, Rika Dialina.

VOLSHEBNAIA LAMPA ALLADINA (La lámpara maravillosa de Aladino)

URSS

Se desconocen más datos sobre la película.

CORTOMETRAJES

LE MAGE (El mago) Georges Méliès, 1896. Francia. Blanco y negro. Muda,

LE VOYAGE A TRAVERS L'IMPOSSIBLE (El viaje a través del imposible). Georges Méliès. 1904. Francia. Blanco y negro. Muda.

A LA CONQUETE DU POLE (A la conquista del Polo). Georges Méliès, 1912. Francia. Blanco y negro. Muda.

VAMPIRISME (Vampirismo). Patrice Duvic, 1967. Francia. Blanco y negro.

INSOMNE (Insomnio). Pierre Etaix. Francia. Color.

EL VIEJECITO. Manuel Summers. España. Blanco y negro.

¡MALDITO MATASELLADO!

O UNA TARDE EN LA OFICINA POSTAL CENTRAL

FANZINE

PAUL WYSZKOWSKI

—Sí —dijo mi querido amigo Googelhamm, que dirige todo un departamento en la Oficina Postal Central—; me encantará enseñarte mi departamento.

—Verás —le expliqué—, he oído hablar tanto acerca del moderno equipo que tenéis instalado en la Oficina, seleccionadoras automáticas de cartas y todos esos cacharros, y ya sabes cuan interesado estoy en toda la maquinaria moderna...

—Sí, claro —dijo—. Sé que la visita te resultará muy interesante. ¿Te vendría bien mañana por la tarde?

Me iba bien, y por lo tanto aquella tarde entré en la Oficina Postal Central, con el gusanillo de la impaciencia agitándose en mi estómago. Era un edificio enorme y majestuoso, la roca sobre la cual estaba edificado todo el Sistema Postal. Feroces y enormes leones de sólido bronce guardaban sus tremendos portalones. En su interior, mis ojos se encontraron con una visión de columnas de mármol blanco y negro, candelabros de brillante cristal suspendidos de techos incrustados en oro y gigantescas urnas de bronce delicadamente situadas en el centro de cada una de las ventanas, las cuales tenían quince metros de altura. Me dirigí hasta el mostrador de mármol negro y, con una voz reverentemente apagada, solicité ver a mi amigo Googelhamm. Al sonido de su nombre, fui admitido al sancta sanctorum al Otro Lado del mostrador de mármol negro, y guiado hacia su lujosamente alfombrada oficina.

—¡Ah, ahí estás! —dijo, recibéndome efusivamente y levantándose de detrás de su escritorio de caoba—. ¡Estupendo! Empezaremos la visita ahora mismo.

—A propósito —le interrumpí—, nunca he sabido exactamente de qué departamento eres jefe.

—¿No lo sabes? —Googelhamm no lo podía creer—. ¡Mi departamento tal vez sea el más excitante, el más dramático y ciertamente el más moderno de todos los departamentos de la Oficina Postal!

—¿Y cuál es? —le pregunté, acuciado por la curiosidad.

—El de Manipulación de Paquetes, naturalmente —dijo orgulloso, mientras entrábamos en una vasta sala brillantemente iluminada, repleta de extrañas máquinas de tipo muy moderno—. Aquí está el lugar, amigo mío.

—¿El de Manipulación de Paquetes?

—Correcto —exclamó—. Aquí está la gloria del trabajo postal, el departamento más fascinante. Todos quieren trabajar en él. Nunca hemos tenido problemas de carencia de personal.

Contemplé asombrado y perplejo la variedad de máquinas que nos rodeaban, no sabiendo por cual comenzar. Googelhamm acudió en mi ayuda.

—Veo que estás interesado en esta máquina. Es el resultado de nuestras propias investigaciones. No es tan espectacular como algunas de las otras, pero fueron necesarios siete años de estudios y pruebas para ponerla a punto. Es una Dobladora de Fotografías y Discos. Antiguamente acostumbábamos a doblar los discos y las fotografías manualmente, por lo que teníamos que sacarlos de sus rígidos estuches protectores para lograrlo hacer correctamente. Ahora doblamos cuatro mil discos diarios, con estuche y todo, a tan solo una fracción del antiguo coste por unidad.

—Muy interesante —comenté.

—Aquí —Googelhamm me llevó hasta una gran máquina que tenía una noria que introducía centenares de paquetes en su interior a medida que le iban llegando por una cadena sin fin—, aquí tenemos un Seleccionador de Paquetes. Esta máquina selecciona los paquetes de acuerdo con sus etiquetas. Los que llevan la etiqueta «Vidrio» son desviados a esta sección, los etiquetados «Frágil» a esta otra, los «Trátese con Cuidado» vienen aquí, y a este otro lugar llegan los paquetes que llevan las tres etiquetas. Éstos sí que son *realmente* manipulados —dijo malignamente.

—¿Qué ocurre con los paquetes que no llevan ninguna etiqueta? —pregunté.

—¡Oh!, esos tan solo reciben el tratamiento rutinario en la máquina de la Coz y Golpazo que está allí. Principalmente estamos interesados en los paquetes susceptibles a recibir daños, aunque consideramos que cualquier objeto normalmente indestructible nos ofrece un reto. Incidentalmente —señaló hacia una ancha puerta que daba a un sótano oscuro, húmedo y polvoriento—, allí es donde almacenamos todos los paquetes etiquetados «Perecedero», durante un mes o más si es necesario. Pero continuemos viendo el resto de las máquinas.

—Aquí —señaló una estructura semejante a una torre que se alzaba altivamente hacia el techo—, manipulamos los paquetes etiquetados «Vidrio». Si te acercas verás que hay un pozo de una profundidad de cinco pisos situado justo debajo de la torre. Esta cinta lleva los paquetes a lo alto de la torre, desde donde caen hasta el duro fondo de cemento del pozo. Normalmente basta con una sola caída. No obstante, algunos paquetes extraordinariamente bien embalados resisten este tratamiento directo, por lo que son enviados a aquella otra máquina junto con todos los que llevan la etiqueta «Frágil».

La máquina a la cual nos acercábamos ahora me recordaba a un cruce entre un martillo-pilón y una prensa hidráulica.

—En realidad —continuó Googelhamm—, ésta es una prensa de fundición modificada que compramos de segunda mano a la U.S. Steel. Se coloca aquí el paquete —colocó un pequeño paquete de aspecto enfermizo en la plataforma de la máquina—; entonces apretamos el botón, y ¡blam! —la prensa accionó con un tremendo estrépito, elevándose luego de nuevo. Googelhamm tomó una rasqueta de una mesa situada cerca de la máquina y raspó los restos del paquete, introduciéndolos

en el interior de un sobre—. Ahora lo sellamos con la indicación «Dañado en tránsito», y ya está. Podemos manipular casi un centenar de kilos de paquetes simultáneamente.

Lancé un débil silbido de admiración.

—Ahora nos acercamos a mi orgullo y alegría —anunció Googelhamm. Me llevó hasta una ancha y larga máquina que recordaba a la rotativa de un periódico o a una prensa de papel.

—Ésta —señaló Googelhamm con una floritura de la mano—, es la máquina que maneja los paquetes etiquetados «Trátese con cuidado». La llamamos *El Monstruo* —acarició afectuosamente un engranaje de la máquina.

—¿El Monstruo? —repetí, intrigado.

—Sí, ¿no te parece apropiado? —dijo maliciosamente—. Los paquetes entran por ese extremo y salen por este otro. En el trayecto... bueno, vayamos a lo largo de la máquina y te lo iré diciendo por orden. Primero, los paquetes pasan a través de unas mandíbulas prensadoras, luego por el taladrador, más tarde por el cortador y eliminador de ataduras, y luego caen a este tanque lleno del mejor barro del Mississippi. Después son lavados en un baño de ácido sulfúrico y secados en este horno a 500 °C. Por fin estos martillos neumáticos aplican los matasellos y lo que queda sale por aquí.

—Diabólico —admití—. Nada puede sobrevivir a esta máquina.

—Temo que te equivoques, amigo mío —Googelhamm agitó la cabeza tristemente—. Aún estamos lejos de la perfección. Tal vez no lo creas, pero han habido paquetes que han resistido tercamente a todos nuestros esfuerzos.

—¡No!

—Triste, pero cierto. Pero estamos trabajando en ello. —Se animó, me tomó por el brazo y me llevó hacia un recinto acristalado situado en un ángulo del lugar—. Aquí —dijo, haciendo una pausa ante la puerta de cristal esmerilado decorada con el ominoso letrero de: «Prohibida la Entrada al Personal No Autorizado»—, aquí está nuestro laboratorio de investigaciones.

Abrió la puerta y entramos.

Mi primera impresión fue de brillante cristalería de laboratorio y acero inoxidable por todas partes. Cuatro hombres de digno aspecto ataviados con batas de laboratorio estaban conversando animadamente cerca de un extraño artefacto.

—Perdón, señores —interrumpió Googelhamm. Su discusión cesó, y se quedaron contemplándome con severas miradas. Googelhamm me presentó—. Y estos son los doctores Pfink, Gnoozle, Schlock y Katzenfiddlefanger. Interrumpimos su conversación, señores. ¿Podemos participar en ella?

—Seguro —dijo el Dr. Schlock—. Nosotros estarr pensando en un paquete problema. —Indicó un paquete esférico que obviamente había pasado por *El Monstruo*, pero que milagrosamente había conservado su forma casi íntegra.

—¿Qué es? —preguntó Googelhamm.

—Porr lo que saberr, se trrata de una bola de juego de bolos —contestó el Dr. Schlock, agitando su cabeza como asombrado.

—Pero señores —Googelhamm empleó un tono de dolorosa sorpresa—, nos hemos encontrado en otros casos con estas bolas. Creí que había un procedimiento standard para ellas.

—Lo haberr, lo haberr —admitió el Dr. Schlock—. Nosotrros ponerr un carrucho de dinamita en uno de los agujerros, y esto acostumbrrarr a despedazzarrlas. Perro esta serr diferente.

—Tan solo puedo ver una solución —intervino el Dr. Pfink—. Necesitamos un pequeño reactor atómico. De cualquier manera, antes o después tendremos que instalar uno.

—No, no —protestó el Dr. Gnoozle—. Por principio me opongo al uso de la energía atómica con fines destructivos. Lo que necesitamos es un cañón de gran calibre y alta velocidad...

—¡Tonterías! —gritó el Dr. Katzenfiddlefanger, y se reanudó la discusión. Googelhamm me llevó discretamente hacia afuera, dejado solos a los científicos.

—Ahí está nuestro futuro —dijo solemnemente, mientras cerraba la puerta de cristal esmerilado—. Ahí está el camino hacia una cada vez mejor Manipulación de Paquetes.

Regresamos a su oficina en un silencio ensimismado.

Título original:

THE HOLLY CANCELLATION! or An Afternoon at the Central Post Office

© 1967, *Ergo Sum*.

Traducción de B. Samarbete

Una vez se definió al Canadá como el «compañero silencioso» de los Estados Unidos, y en cierta manera la imagen nos da bastante idea de la relación entre estos dos vecinos, de los que el coloso yanqui acapara las miradas del mundo, dejando un tanto a la sombra a los otros países del subcontinente norteamericano.

En lo que se refiere al fandom, el canadiense ha sufrido también un poco por este hecho innegable; y es por ello por lo que el fandom del Canadá ha crecido, hasta cierto punto, como una extensión del estadounidense.

A pesar de ello, las publicaciones amateurs, los fanzines, de ese país conservan un cierto sabor especial, una corrección de forma y un interés por lo trascendente que las vincula más a sus congéneres europeas, a las británicas en especial, que a las estadounidenses.

Y sobre todo ello, lo que parece ser un aspecto distintivo de los fanzines canadienses es su calidad; una calidad objetiva en los relatos que, a veces, como en el caso del que nos ocupa no va acompaña necesariamente de un alarde tipográfico, sino que, en unas sencillas hojas multicopiadas, hallamos una obra digna de figurar en cualquier revista

profesional.

Ése fue el caso de **Solo por diversión**, de Janet Fox, aparecida en nuestro número uno, procedente del fanzine canadiense **Riverside Quarterly**. Y éste es el caso de la presente narración, cuyo origen fue el fanzine, también canadiense, **Ergo Sum**, cuyo editor es precisamente el autor de la misma... cosa muy frecuente en estos casos.

FLORES EN SUS OJOS

KURT LUIF

A sus 26 años, Kurt Luif, agente literario residente en Viena y uno de los hombres más activos del núcleo centroeuropeo de ciencia ficción, ha conseguido editar una serie de antologías de ciencia ficción que ya deseáramos poder ver publicadas en lengua hispana. Éste es el segundo relato de este autor que publicamos aquí; y, como el anterior, más aún que el anterior, puede encuadrarse perfectamente en los cánones del más puro fantasy...

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ

Mi hijo Ricky nació meses después de nuestra llegada a Altair IV. Se parecía a cualquier otro recién nacido. Su piel era rojiza y llena de arrugas.

Tenía dos piernas, dos brazos, en cada mano se contaban cinco dedos y también en cada pie. Su cabeza estaba cubierta por un espeso y oscuro cabello. La boca, la nariz, las orejas, eran normales; y sin embargo...

¡No tenía ojos!

Ruth había dado a luz sin ayuda médica. Yo había permanecido a su lado, aferrando sus manos agarrotadas, mirando en el profundo brillo de sus ojos en su rostro distorsionado, secando el sudor de su frente y sufriendo con ella.

Cuando se enteró de que nuestro hijo no tenía ojos, pareció efectuarse en ella un cambio. Sus labios se apretaron, su rostro se hizo frío e inerte. Se colocó al lado de la cuna de Ricky, mirándole, y pasó su mano lentamente por sobre su rostro, por encima de sus cubiertos ojos. Apartó la mano y me miró.

Sus ojos no me vieron... habían muerto.

Trató a Ricky como a un objeto inanimado, tal como se cuida a un auto, se lavan los platos sucios o se quita el polvo del mobiliario. Lo alimentó, lo vistió, lo llevó en sus brazos. Impersonalmente, sin verdadero interés, sin que nada indicase la existencia de ese amor que una madre siente normalmente por su hijo.

Un año antes de que fuésemos a Altair IV habíamos trabado conocimiento. Ella era una muchacha británica que había estado trabajando en una gran industria química en una ciudad costera. Yo trabajaba en una gran granja.

Nos casamos casi inmediatamente después de conocernos. Yo no sabía nada de ella, y ella aún menos de mí.

En aquellos días me sentía solo y odiaba la vida en la Tierra. Desde niño me resultaba desagradable cualquier lugar en el que se conglomerasen grandes multitudes. Y la tierra estaba superpoblada. Me gusta la soledad, la tranquilidad, los atardeceres de Altair IV.

No se puede llamar amor a lo que nos unió a Ruth y a mí. Ni siquiera tuvo parte

en ello la atracción sexual. Ella no era demasiado atractiva: una mujer corpulenta, huesuda, con un rostro singular y descoloridos cabellos.

Así que el matrimonio había sido consecuencia de una soledad mutua, simplemente como un medio para lograr escapar finalmente de la vorágine de cada día y las multitudes de la Tierra.

Tras nuestra boda fuimos a una oficina de viajes y luego a Altair IV.

Me acostumbré al clima, extraño y frío, de Altair IV, y el planeta no opuso ninguna objeción a mi presencia. Igualmente me resigné a la anormalidad de mi hijo. Pero mi mujer no pudo acostumbrarse ni al planeta ni a su niño.

Ricky era diferente. No podía ser comparado con ningún otro niño. Dormía constantemente, excepto en los cortos intervalos necesarios para su alimentación. Al principio creí que también era sordomudo, pero esta sospecha no estaba justificada.

En su tercer mes comenzó a emitir sonidos, sonidos que sonaban tan extraños y peculiares que me asustaron. Los orificios oculares, que algún hado benigno había provisto de párpados, permanecían vacíos.

Frecuentemente, mi mujer me hacía pensar que su mente estaba extraviándose. Hablaba poco, hacía su trabajo de una manera mecánica, canturreaba suavemente para sí misma, me observaba con ojos muy abiertos... incrédula y pensativamente.

Pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo sin hacer nada. Ella, echada en una tumbona, con sus manos cruzadas en el regazo y una expresión vidriosa en sus ojos. A menudo pasaba toda la tarde fuera de la casa, dejando que la suave brisa le acariciase el vacío rostro y respirando el intoxicante aroma de esas plantas que semejabán lirios silvestres.

A menudo contemplaba a Ruth, cuando se levantaba lentamente como obedeciendo a una extraña compulsión, y con pasos de marioneta se dirigía hacia los multicolores lirios, se agachaba hacia ellos e inhalaba su aroma. Las plantas parecían erguirse hacia ella, agitarse a su alrededor y susurrarle secretos.

Amaba a esas extrañas plantas. Esas flores eran sus únicas amistades. Estaba plantando constantemente más de esas extrañas cosas en el jardín. Se arrodillaba a su lado, a veces hasta se recostaba a su lado. Sus delgadas manos se deslizaban a lo largo de los tallos que acariciaban. Bajo sus suaves manos las flores cambiaban de color. Tenía la impresión de que las plantas estaban hechizando a mi mujer.

Cada día sentía a Ruth más lejos de mí. Cuando estaba cerca de las flores su faz era sonrosada, su expresión relajada y sus ojos brillaban. Cuando estaba lejos daba la impresión de un cadáver. Su rostro se tornaba pálido, aparecían ojeras bajo sus ojos, se le hundían las mejillas y le surgían arrugas.

Llegó un día en que ya no nos prestó ninguna atención ni a Ricky ni a mí. No comía nada, ya no trabajaba. Cuando se ponía el sol ya no quería entrar en la casa.

Me vi obligado a encerrarla por la fuerza en su dormitorio. Golpeó sus puños contra la madera de la puerta y sus sollozos podían oírse en toda la casa. Sin descanso, se paseó arriba y abajo de su habitación durante horas.

Las flores parecían quejarse cuando Ruth las abandonaba. Al principio, supuse que era el viento el que producía esos sonidos, pero los lamentos de los lirios llegaban a mis oídos aún en las noches en que el aire estaba en calma. No sabía qué hacer. El pueblo más próximo, Derkalto, se encontraba casi a 150 kilómetros de nuestro hogar. Traté de meter a Ruth en el jeep, pero fue inútil. Se agarraba como una loca, se soltaba, y hacía todo lo posible por escapar.

Una mañana, al alba, me levanté y fui al almacén. Tomé una hoz. Había encerrado de nuevo a mi mujer en su habitación, pese a sus gritos.

Me dirigí a los lirios.

Estaban húmedos con el rocío, muy bellos, con alegres colores. Se agitaban suavemente en la brisa matutina, y sus capullos se empezaban a abrir.

Los corté todos.

Trabajé febrilmente. Manejaba la hoz sin descanso. Las flores se quejaban y trataban de evadirse a mis destructivos cortes. Un jugo espeso manaba cual sangre verde de los tallos destrozados. El jugo verde empapó el suelo. Respirando pesadamente, me detuve y contemplé la escena de destrucción.

No quedaba ningún lirio en pie.

Eché a un lado la hoz, medio enfermo. Mis calcetines estaban empapados del maloliente jugo.

El sol estaba coloreando las nubes, de extrañas formas, cuando entré en la casa. Golpeé la puerta del dormitorio de Ruth, pero no contestó.

Derribé la puerta.

Estaba derrumbada en el lecho o, más exactamente, lo que había sido su cuerpo estaba tirado allí. La visión era horrible. Su cuerpo estaba despedazado en pequeños trozos, como si un loco se hubiera ensañado en ella con una hoz afilada. Las sábanas estaban cubiertas de sangre que ya no era roja sino verde, como la savia de las flores que yacían esparcidas por el blando suelo del jardín.

Horas más tarde, tras recuperarme un poco, cavé una tumba para ella detrás de la casa.

Quemé todas las plantas, y cada día escudriñaba alrededor de la casa para ver que ninguna de las diabólicas flores creciese por allí.

Con la muerte de mi mujer y la desaparición de las plantas, pareció que las cosas iban mejor para mi hijo. Los extraños ruidos desaparecieron y fueron reemplazados por alegres gorgoteos infantiles.

Yo era feliz.

Nuestra casa estaba lejos de cualquier signo de la civilización. Tan sólo muy

raramente venía alguien por allí; estaba solo con mi hijo.

La tragedia de su madre se fue haciendo, poco a poco, menos vívida para mí. Casi ya no pensaba en ello. El asunto nunca sería investigado, pero si alguna vez alguien curioseaba diría que había muerto a consecuencia de un accidente.

Le enseñé a Ricky a hablar; era maravilloso verle tratando de pronunciar sus primeras palabras, y ver la alegre sonrisa que se formaba en su rostro cuando dijo por primera vez *padre*.

Ricky tenía cuatro años, su cuerpo estaba bien desarrollado para esa edad. Podía correr y hablar sin descanso.

Un día lo llevé al jardín. Era una mañana clara y fría.

—¿Qué es lo que está sonando aquí, padre? —me preguntó.

—El viento, hijo.

—Suenan tan bonito.

El viento producía muchos sonidos: el suave roce de las hojas en los árboles más cercanos, el silbido de las hierbas cuando se frotaban unas con otras, el murmullo del arroyo lejano. Sonaba como si fuera música.

Ricky se quedó allí, con las piernas abiertas, la cabeza inclinada, el rostro absorto, escuchando.

No obstante, el viento no sólo nos traía sonidos, sino también el aroma de la tierra húmeda, de los animales y de las flores.

—¡Padre, quiero ver!

No le contesté.

—Dime lo que estás viendo, padre.

—Veo árboles que tienen cien veces tu tamaño. Veo las hierbas altas agitándose suavemente en la brisa. Veo el sol, Altair, que es el causante de que todo crezca.

Le había descrito un centenar de veces cómo se veía un árbol, la hierba, el maíz, los animales y las plantas. Pero, normalmente, no podía encontrar palabras adecuadas para ello. Tan sólo podía decirle cómo los veía yo. Pero ¿cómo puede un niño ciego concebir el verde, el rojo o el amarillo?

Sus manos eran sus ojos. Vivía en un mundo diferente del mío.

Estuvimos fuera de la casa durante largo tiempo. Lo conduje a través de la hierba alta. Sus dedos alzaron los tallos delicada y cuidadosamente. Estaba serio cuando volvimos a la casa.

A menudo nos sentábamos fuera del edificio. El sol poniente daba una capa de rojo a su rostro. Se sentaba a mi lado y dirigía su cara hacia el sol. Permanecíamos en silencio, escuchando los sonidos que creaba el viento.

Entonces llegó un día en que las vacías cavidades oculares se llenaron y los

párpados se tensaron. No se lo dije a él, pero esperaba que tal vez ocurriese un milagro y fuese capaz de ver.

Frecuentemente, Ricky se frotaba los párpados con las manos y se maravillaba de los globos que se estaban formando.

—Ricky, trata de levantar tus párpados, trátalo.

—Lo he procurado y vuelto a procurar, pero no puedo. No puedo alzarlos. No se quieren mover.

—Entonces trata de nuevo. Sigue tratando.



Hizo un esfuerzo. Su rostro se contrajo. Sus párpados se agitaron. Su cara estaba cubierta de sudor.

—No puedo —sollozó.

Ricky apretó su cabeza contra mi pecho. Su cuerpo se agitaba convulsivamente.

—No hay remedio, padre. Seré siempre ciego.

Acaricié su pequeño cuerpo. Se apretó aún más contra mí. Aclaré mi garganta. Estaba llorando suavemente y sus lágrimas me mojaban la camisa. Volvió su cabeza a un lado y traté de levantarle un párpado. Lo conseguí, y un ojo inerte se quedó mirándome.

Un ojo tal cual nunca había visto.

Un ojo que brillaba multicolor.

Un ojo que consistía tan solo en una pupila.

Un ojo que tenía el color de un lirio.

Aterrado, dejé que el párpado se cerrase nuevamente.

Llevé a Ricky de vuelta a la casa. Aquella tarde tan solo le contesté con monosílabos.

Estaba preocupado.

¿Se iba a levantar el pasado de su tumba? ¿Iban a amenazarme de nuevo los lirios? Se habían llevado a mi mujer y, ahora, ¿también a mi hijo?

Estaba sentado en mi habitación. Oí abrirse la puerta de enfrente y salí a la ventana. Ricky se iba al jardín.

Actuaba como inseguro de sí mismo. Daba un paso tras otro, como dudando. Luego se detuvo. Las ventanas de su nariz se agitaron. Sus labios se abrieron. Caminaba lentamente. Fue a lo largo del sendero pavimentado con piedras planas, abrió la puerta del jardín y se introdujo entre la maleza. El viento le trajo un olor que me era demasiado familiar. Ricky caminaba zigzagueando.

Me desperté de mi parálisis, salté por la ventana y corrí tras de mi hijo.

—¡Ricky, detente! —le grité. No me escuchó. Sus pasos se apresuraron, se afianzaron. Caminaba con rumbo fijo.

Entonces *los* vi.

Había alcanzado a Ricky y estaba tirando de él.

—Déjame ir, padre. Déjame ir. Tengo que llegar hasta ellos. El perfume. Tengo que llegar hasta ellos.

Luchó contra mí. Se debatió. Yo estaba asustado y sabía que mi preocupación no había estado desprovista de fundamento.

Entre un matorral, había cinco lirios.

—Tengo que ir, padre. Déjame, por favor. ¿No lo ves, padre? Tengo que ir.

Lo veía demasiado bien. Pensé en mi mujer y en la esclavitud en que había quedado sometida a esas malditas flores. Y no iba a perder también a mi hijo.

El viento cambió de dirección y se llevó su aroma.

Ricky se quedó repentinamente quieto.

—¿Dónde estáis? —preguntó. Pero el viento no podía responderle.

Vi el desencanto reflejarse en su rostro.

Mis manos todavía temblaban cuando entramos en la sala de estar.

Mientras Ricky estaba dormido, salí y busqué los lirios. Se me habían llevado a mi mujer, pero no iban a hacer lo mismo con mi hijo.

Mi mujer murió cuando los corté, pero mi hijo se volvió normal. ¿Tenían quizás las plantas menos poder sobre mi hijo?

Me incliné y comencé a arrancar las flores por su raíz. Pensaba enterrarlas en algún lugar apartado. Entonces oí gritar a mi hijo. Abandoné las plantas, alocadamente, y corrí hacia él. Estaba sentado en su cama, con el rostro vuelto hacia mí. Lo examiné. Su respiración era dificultosa. Parpadeaba. Luego, poco a poco, sus párpados se cerraron. No podía moverme. Finalmente, ambos ojos resplandecieron.

Los ojos estaban vivos.

Eran multicolores, y las tonalidades se entremezclaban. Era una sinfonía de colores horriblemente bella.

Los ojos tomaron posesión de él. Se hicieron grandes, más grandes. La iridiscencia de colores comenzó a girar locamente. Las tonalidades se confundían, se mezclaban y se separaban de nuevo. Noté cómo mi cuerpo se quedaba rígido, mientras los ojos tomaban el control de mi yo físico.

Los colores se movieron aún más deprisa, aún más vivos, aún más locamente. Grité. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Los colores estaban devorando mi cerebro. Todo se oscurecía a mi alrededor. Caí indefenso al suelo.

Cuando desperté estaba sentado fuera de la casa. Volví mi cabeza. Me notaba débil, como si me hubieran dado una paliza.

—Ven. —Escuché una suave voz en mi mente. Una silenciosa, tierna, atractiva voz que llevaba a mi cuerpo una sensación que nunca hasta entonces había sentido.

—Ven —sentí de nuevo.

Me levanté y di la vuelta a la casa.

—Ven —me atrajo de nuevo.

Mi hijo estaba echado donde había enterrado a su madre.

—Ven —insistió.

Los cinco lirios se giraron hacia mí.

—Ven.

Eran bellos. Eran magníficos. Eran espléndidos. Eran todo lo que deseaba. Eran la realización de todos mi anhelos.

Mi hijo estaba acariciando una de esas espléndidas creaciones. Palpaba el tierno tallo y el blando cáliz.

—Ven, acarícialos. ¡Ven!

Me agaché ante ellos, extendí mi mano dubitativamente. Las flores eran demasiado bellas, eran demasiado inestables para ser tocadas por mis torpes manos. Temía hacerles daño.

Mis dedos se deslizaron a lo largo del tallo y llegaron a los pétalos. Suaves como la seda. Un temblor recorrió mi cuerpo. Cuando el sol se ocultó, los maravillosos capullos se cerraron.

—¡Vete! —susurraron.

—Vuelve, cuando salga el sol —me dijeron quedamente.

—¡Vete! —repitieron.

Me levanté y entré en mi casa con mi hijo. Caí inmediatamente dormido.

Cuando salió el sol adquirí control sobre mi cuerpo. Me defendí contra la atracción de las flores. Combatí en una batalla perdida. La atracción estaba allí. Más fuerte que nada que hubiera sentido en mi vida. Ahora, al fin, comprendí a mi mujer, comprendí sus acciones, ahora que estaba pasando por las mismas cosas. La atracción se fue haciendo más fuerte con cada segundo que pasaba, se hizo más fuerte aún y alcanzó a mi yo más íntimo. Mi capacidad de oposición se deshizo como hierba muerta. Necesitaba la belleza, la perfección, la dulzura de las flores, tal como un adicto suspira por sus narcóticos. La atracción estaba allí, ahogando todas mis inhibiciones, mis objeciones, mis temores. Mi oposición había sido demasiado débil, había perdido la batalla, realmente no había sido ninguna batalla.

La atracción estaba allí de nuevo, dulce e insinuante.

—¡Ven!

Y fui.

Título original:
BLUMEN IN SEINER ÄUGEN
© 1967, *Panorama Literary Agency*.
Traducción de Lucy V. Pelt

desde Rumania:

Una ojeada a la ciencia ficción Rumana

por Ion Hobana

La comparación entre diversas literaturas nacionales consideradas bajo el ángulo de su propensión a lo fantástico nos ha parecido siempre una operación aventurada. Se puede admitir, con Lessing, que un fantasma de Voltaire no vale lo que un fantasma de Shakespeare, pero ¿se encuentra un equivalente inglés al **Diablo enamorado** de Cazotte, a las **Diabólicas** de Barbey d'Aureville, al **Horla** de Maupassant?

Una situación en algún modo similar se presenta a aquel que estudia la literatura de ciencia ficción y constata, por ejemplo, que no solamente Kingsley Amis (**News Maps of Hell** —publicado en España con el título de **El Universo de la ciencia ficción**), sino también un número de exégetas franceses consideran este género literario como una creación casi exclusivamente anglosajona, ignorando la contribución de escritores tales como Albert Robida, J. H. Rosny aîné, Gustave Le Rouge, Maurice Renard y otros. Tampoco se han tenido en cuenta, con mayor razón, a escritores pertenecientes a otras literaturas, como los polacos Jerzy Zulawski y Anton Slonimski, los alemanes Bernhard Kellerman, Hans Dominik, Franz Werfel, los checos Karel Capek e Ian Weiss, los rusos Alexandre Kouprine, Alexis Tolstoi, Alexandre Beliaev, etc. Y no hemos citado más que autores de libros aparecidos antes de la segunda guerra mundial.

En tales condiciones, no es en absoluto sorprendente que la literatura rumana de ciencia ficción no haya figurado más que muy poco en el circuito mundial, pese a que haya dado nacimiento, en un período relativamente corto, a obras dignas de interés. Es quizás una cuestión de perspectiva, teniendo en cuenta que el género no posee, en Rumania, una tradición en el verdadero sentido del término, pese a que, entre el número de escritores que se han dejado seducir por su brillo, se encuentran el poeta clásico Alexandru Macedonski, o eminentes prosistas de entre guerras tales como Victor Eftimiu, Cezar Petresco o Gib Mihaesco.

La primera novela de anticipación es probablemente **Un rumano en la Luna**, aparecida en 1914. Su autor, Henric Stahl, profesor en la Escuela Superior de Archivos —un erudito de conocimientos enciclopédicos— quiso, según su propia confesión, dar a sus lectores «naciones de astronomía popular», lo que se traduce en

numerosas páginas explicativas. Es evidente que sufrió la influencia de Julio Verne y de H. G. Wells, este último proporcionándole incluso la misma idea de la locomoción cósmica: su «asbestoide refractario a la atracción» no es más que una variante de la substancia opuesta a la gravitación descubierta por Mr. Cavor. La originalidad de Stahl se manifiesta sobre todo en la segunda parte de la novela, donde el héroe encuentra a un marciano. Al contrario de Wells en **La guerra de los mundos** y **Los primeros hombres en la Luna**, el escritor rumano considera que el ideal humano de la belleza y de la armonía de formas está determinada por ciertas condiciones particulares. Su personaje extraterrestre será pues no monstruoso, sino construido de otra forma distinta a nosotros (véase el fragmento que publicamos en este mismo número). Esta visión, algo singular en la época, tiene por corolario la fraternización entre los representantes de los dos mundos solares.

Si desde el punto de vista puramente literario la novela de H. Stahl es sin pretensiones, la segunda obra «clásica» de anticipación debida a un rumano, **Las ciudades sumergidas** (1935), puede sostener la comparación con las mejores obras similares publicadas en el extranjero entre las dos guerras. Su autor, Felix Aderca, era por otro lado un escritor que se afirmó en varios géneros, novelista formado en la escuela de Proust y de Joyce, ensayista sutil y penetrante, sensible a lo nuevo y a lo insólito. Es cierto que hoy, en la era de la energía atómica y del vuelo espacial, la idea de una retirada de la humanidad a las profundidades de los océanos, para reemplazar el calor del sol moribundo por el calor del centro incandescente de la Tierra, parece anticuada. El escritor ha tomado, sin embargo, las medidas de precaución necesarias, presentando la cosa como el relato de un personaje que aparece en el prólogo y epílogo del libro; y por otro lado, al final del relato, la pareja Xavier-Olivia abandona el planeta condenado a bordo de un avión propulsado por una «lámpara atómica», para dirigirse hacia otro cuerpo celeste... **Las ciudades sumergidas** no es una de esas obras que hacen las delicias de los especialistas simplemente porque juegan el papel de **missing link** en la cronología de un tema dado. Por su calidad artística, esta novela suscitó desde su aparición un vivo interés, como resulta, por ejemplo, del pasaje sustancial que le consagra George Galinesco en su **Historia de la literatura** rumana, del cual citaremos estas pocas líneas: «Su capacidad de distribución espacial de las ideas, la ingeniosidad plástica, la técnica rigurosa del imperio acuático, la mecanización de todas las ramas de actividad, desde el nacimiento hasta la muerte, el lujo eléctrico, helado... todos estos aspectos del dominio de la magia y de la utopía son seductores. A ello se añade un humor frío, un humor inglés hecho de enormidades y de fantasías...». El contexto literario de este perdurable acierto (como lo ha probado el éxito de librería de la nueva edición de 1968, bajo el título de **Las ciudades inmersas**, modificado por el autor) no es muy abundante. Se podrían citar algunas novelas de carácter particularmente utópico: **Las luces arden en Vitol**, de Ilie Ienea, **La Tierra en llamas**, de Alexandru Dumitresco-Coltesti, **El año 2000**, de Dorina Ienciu, **La Atlántida**, de Albani-Tiron. Conviene también recordar los

cuentos de ciencia ficción de carácter popular de I. C. Vissarion, **El sagaz de la Tierra** y **Ber-Caciula**. El hecho es que aún no se ha efectuado un estudio profundo a este respecto y es de creer que esto modificaría el panorama de la anticipación rumana durante el período de entre guerras. De todos modos, no se puede hablar de ciencia ficción propiamente dicha más que después de la segunda guerra mundial, cuando un número siempre más grande de obras de mérito testimonian el esfuerzo constante desplegado por un grupo de autores.

¿Quiénes son esos paladines de la ciencia ficción?

En primer lugar, una serie de escritores conocidos por su actividad en otros planes, como Horia Arama, Vladimir Colin, Mioara Cremene, Ovid S. Crohmalniceanu, Miha Dragomir, Sergiu Farcasan, Viorica Huber, Víctor Kernbach, Horia Lovinescu, Leonida Neamtu, Adrian Rogoz, Miron Scorobete, Radu Theodoru. Después, ciertos especialistas pertenecientes a diferentes disciplinas: ingenieros (Camil Baciú, Liviu Macoveanu, Dumitru Todericiu), médicos (Grigore Davidesco, Leonid Petresco, Sorin Stanesco, Ovidiu Surianu), físicos (Ion Minzatu), químicos (Max Solomon) y muchos otros aún. En fin, he aquí algunos nombres que están ligados casi exclusivamente a la literatura de anticipación: George Anania, Romulus Barbulesco, Cecilia Dudu, Horia Matei, Ion Negulesco, Radu Nor, Mircea Oprita, Florin Petresco, Ovidiu Riureanu, I. M. Stefan. Todos estos autores, que se sitúan a distintos peldaños de la maestría artística, constituyen una constelación cuyo brillo no deja de acrecentarse. Intentaremos marcar algunas direcciones y tendencias características de este proceso.

FANTASÍA Y RIGOR CIENTÍFICO

No hace mucho tiempo, la cuestión de la relación entre los elementos que componen la noción de ciencia ficción era un objeto de disputa: ¿hasta dónde tiene derecho a ir la Fantasía? ¿Puede separarse de los conocimientos y de las hipótesis científicas que la estimulan? La conclusión normal, aunque un poco tardía, ha sido que esta cuestión debía ser atentamente pesada, teniendo en cuenta, según el caso, las intenciones del autor. ¿Julio Verne creía realmente que la flora y la fauna de antes del Diluvio podían permanecer en vida en el centro de la Tierra, y que una porción de ésta podría huir al Cosmos, permitiendo así a Hector Servadac efectuar un viaje por el mundo solar?... No se trata, sin embargo, aquí, de simples pretextos convencionales, sino de ideas destinadas a estimular la imaginación del lector, a permitirle discutir consigo mismo y precisar en su espíritu la noción de lo posible, en relación a las perspectivas del progreso técnico y científico.

Camil Baciú persigue un fin idéntico en **Ilarion e Hironnelle**, donde, como en un cuento de hadas o en un sueño, el héroe echa a volar, en presencia de una extraña trompeta, «por el efecto de su deseo sincero e intenso... de la fuerza de querer y realizar...». El lector piensa en **Sam Small vuela de nuevo**, de Eric Knight, y se

pregunta qué puede buscar una tal obra bajo la égida de la literatura de la ciencia ficción. Pero al final del libro uno sabe que la «trompeta» es un fragmento de un lejano planeta pensante y que tiene el poder de estimular las gigantescas reservas ignoradas de energía de que disponen los organismos racionales. Bajo su influencia, Ilarion atravesará el Universo bajo la forma de un rayo y regresará «trayendo de estos mundos llegados a las civilizaciones del tercer nivel, inmensas energías biológicas para el provecho de la Tierra». «Todo esto parecería absurdo a los hombres», dice Hironnelle, otra fracción del planeta pensante, materializada bajo la forma de un caballo. «No a todos», responde Ilarion...

La imprecisión de la respuesta dada a nuestra cuestión inicial puede ser debida igualmente a causas netamente objetivas. En efecto, la misma ciencia ofrece a menudo soluciones contradictorias a los problemas más ardientemente tocados por los autores de anticipación. Así, el planeta Venus ha sido largo tiempo considerado como un cuerpo celeste que poseía un grado elevado de humedad, y por lo tanto fértil y propio para la vida. En enero de 1963, el astrónomo francés Audouin Dollfus afirmó que la atmósfera de Venus contenía vapor de agua. Sin embargo, en junio de 1967, su colega americano Gerald Kuiper negó categóricamente esta posibilidad, sin convencer, sin embargo, a quienes comparten la opinión de Dollfus. En esta coyuntura, Adrian Rogoz tenía perfecto derecho a imaginar la existencia de extrañas criaturas venusianas, en **El hombre y el espejismo**. Su cualidad de extraño no reside solamente en el aspecto de estos hombres-plantas, sino también en su naturaleza íntima; ya que el metabolismo heterotrópico de los terrestres es reemplazado por un metabolismo autotrópico: los venusianos se alimentan de... rayos de sol, realizando, por medio de sus inmensos ojos verdes, una asimilación clorofílica comparable a la que caracteriza al reino vegetal terrestre. Esta excelente idea de ciencia ficción nos es presentada en imágenes particularmente impresionantes, que nos hacen recordar que el autor es igualmente poeta.

Se podrían multiplicar así los ejemplos. Tanto tiempo como un problema como el de la naturaleza del cáncer no haya sido plenamente elucidado, los escritores pueden optar por una de las hipótesis existentes, o lanzar a su vez una de nueva. Buscando aislar los seres infra-microscópicos que levantan ante los cosmonautas una infranqueable «barrera biológica», los héroes de Florin Petresco descubren la «plasmodia mimética» (en el relato que lleva este título), una célula camaleónica que tiene la función de microbio del cáncer. No quedará más que efectuar las experiencias necesarias para determinar los medios de destruir la «plasmodia». El doctor Paul Raducanu, personaje de **El efecto R**, de Cecilia Dudu y D. Todericiu, considera, por el contrario, que «la aparición del tumor maligno... es el síntoma de una afección de todo el organismo», afección debida a un desequilibrio entre los efectos de las emisiones bioeléctricas, al nivel subcelular. En esas condiciones, los ácidos nucleicos «descomponen» el metabolismo de las células atacadas de desarreglos, que se vuelven enfermas. El tratamiento consistirá, pues, en el restablecimiento del

equilibrio bioelectrónico, por la acción de un aparato emisor de biocorrientes normales.

Estos dos relatos extrapolan, de hecho, los resultados de investigaciones relativamente recientes, ilustrando de esta manera la tendencia —evidente sobre todo en los autores provistos de diplomas científicos— de tener siempre una cobertura en este sentido. Lo que no quiere decir que la literatura de ciencia ficción pueda contentarse en describir los perfeccionamientos aportados a aparatos y a mecanismos existentes. Su visión de anticipación no puede ser únicamente acumulativa: edificios más elevados, coches y aviones más rápidos, hombres de mayor longevidad... Omitiendo a sabiendas los detalles, escamoteando las etapas demasiado largas y demasiado arduas del proceso del conocimiento, evitando los problemas aún no resueltos, la fantasía modifica las órbitas de los planetas por medio de explosiones termonucleares dirigidas (**La gran experiencia**, de Mircea Naumescu), concede a los robots la razón y la consciencia (**El planeta cúbico**, de Camil Baciú), descubre nuevas formas de organización de la materia (**El muro metacósmico**, de Ion Minzatu). Su audacia no retrocede ni siquiera ante algunas leyes de la naturaleza consideradas como inatacables. En un futuro lejano, se conseguirán pues velocidades superiores a la de la luz, lo que permitirá poblar el espacio intergaláctico de astronaves superfotónicas (**Un amor en el año 41042**, de Sergiu Farcasan).

¿Se transgrede así una obligación que mana de la noción misma de la ciencia ficción?

Desde el momento en que los sabios no vacilan en proclamar la necesidad de una «idea loca» para hacer progresar la física de las partículas elementales (Niels Bohr), toda tentativa de limitar la fantasía dirigiéndose al estado actual de la ciencia y de la técnica nos trae a la memoria la respuesta dada en 1903 por la Comisión Aeronáutica de la Academia de Ciencias de Francia al proyecto del rumano Traian Wuia, concerniente al «aeroplano-automóvil»: «Es una quimera querer realizar y aplicar el vuelo por medio de un aparato más pesado que el aire». ¡Tres años más tarde, el aeroplano emprendía sin embargo el vuelo!

VEROSIMILITUD Y TÉCNICA

Según ciertas historias del género, la ciencia ficción posee ya impresionantes estados de servicio. Éstos se refieren a algunos temas particulares, como el viaje en el espacio cósmico descrito por Luciano de Samosata en **Una historia verdadera**. Aceptar este punto de vista podría conducirnos a conclusiones sorprendentes. ¿En qué difiere, a fin de cuentas, el navío de velas hinchadas por el viento del que nos habla Luciano, de la alfombra volante o del caballo alado? Por todo ello, ¿por qué no incorporar a la ciencia ficción los cuentos de hadas, que expresan una aspiración bien humana, la de ver más allá de los países y de los océanos, de actuar a distancia, de cambiar el plomo en oro...?

Es más corriente aún confundir la utopía con la ciencia ficción, principalmente exagerando la importancia acordada a los gérmenes de previsión científica encontrados en obras como **La nueva Atlántida**, de Francis Bacon: «Imitamos el vuelo de los pájaros y tenemos ciertas posibilidades de planear en el aire. Tenemos navíos y barcas que pueden navegar bajo el agua y afrontar los mares...». Pero esas «anticipaciones» difieren demasiado poco de los milagros que se encuentran en los cuentos populares, y Bacon no hace más que enunciarlos brevemente, en el lenguaje del humanista convencido de la enorme potencia de la experiencia.



La ciencia ficción se señala por un nuevo modo de explotar el filón científico. Según nosotros, este modo se manifiesta por primera vez de una manera categórica en ciertos cuentos de Edgar Allan Poe, que escribió en una nota a **La aventura sin par de un tal Hans Pfaal**, en relación a otras obras de tema similar: «En estos distintos opúsculos, el fin es siempre satírico; el tema, una descripción de las costumbres lunares en relación con las nuestras. Pero yo no veo en ellos en ningún caso el esfuerzo de hacer plausibles los detalles del viaje mismo. Todos los autores parecen perfectamente ignorantes en materia de astronomía; en **Hans Pfaal**, la intención es original en tanto que se esfuerza en la verosimilitud en la aplicación de principios científicos (en tanto que lo permite la naturaleza fantástica del tema) al viaje de la Tierra a la Luna». La tendencia a la verosimilitud, he aquí pues la expresión lapidaria de una de las constantes de la ciencia ficción. Esta tendencia ha revestido diferentes formas en el curso del tiempo. En Poe, como en Julio Verne y en los epígonos de este último, la abundancia de las precisiones y de los detalles es a veces verdaderamente abrumadora. Hacia finales del último siglo se manifiesta, sin embargo, otra concepción, cuyo promotor es H. G. Wells. Julio Verne decía de Wells: «Sus relatos no tienen, a mi modo de ver, una verdadera base científica... Mientras yo utilizo la física, él la inventa...». La «máquina del tiempo» y la «cavorita» eran en efecto «invenciones», cuya descripción nebulosa o detallada servía más que nada para preparar al lector en relación al choque de ciertas ideas turbadoras aún hoy: el viaje a través de la cuarta dimensión, la aniquilación parcial de una de las leyes más tiránicas del Universo.

Los escritores rumanos siguen, según las necesidades, las dos principales direcciones de la tendencia a la verosimilitud. Cuando en primer plano se halla una aventura ligada al conocimiento científico, los detalles de éste penetran de una forma natural en la textura misma de la obra. Esto es lo que ocurre con el relato de Ovidiu Surianu, **El brujo**, donde asistimos a la experimentación de un aparato capaz de descifrar las armonías sonoras de la naturaleza. Vladimir Colin, por su parte, no

siente la necesidad de describir el proceso por medio del cual los cosmonautas de **Giovanna y el ángel** obtienen la inmortalidad. El autor menciona simplemente, de pasada, que el fenómeno es debido probablemente al hecho de que los personajes han atravesado una zona sometida a ciertas radiaciones cósmicas. Lo que le interesa son las múltiples implicaciones de la coexistencia entre esos «mutantes» y sus semejantes normales, implicaciones concentradas en el drama vivido por Giovanna y Vittorio.

Pero no es siempre fácil dosificar el esfuerzo hacia lo verosímil, y los resultados de la operación son a veces aleatorios. Una concepción simplista del papel de la previsión en el cuadro de la literatura de anticipación, o más simplemente carencias de orden artístico, llevan a lo que podríamos llamar en términos genéricos el «tecnicismo». Esta enfermedad infantil de la ciencia ficción se manifiesta, según se sabe, por la aglomeración, en espacios tipográficos relativamente restringidos, de un número impresionante de aparatos y de fenómenos científicos, con las explicaciones de rigor. Y, puesto que para ello debe existir una justificación, se recurre casi siempre al trasplante de uno de nuestros contemporáneos al futuro, donde es puesto en presencia de milagros que piden ser dilucidados.

¿Una tal objeción no contraviene a la lógica más elemental? Si un hombre fuera dormido a finales del siglo pasado para despertarse en nuestros días, ¿no se hubiera sentido impresionado en primer lugar por los aparatos de radio y de televisión, por los trenes eléctricos y los aviones a reacción? Sí, seguramente. Sin embargo, nuestra época nos ha familiarizado no sólo con ciertas formas de civilización, sino también con «la ideología del desarrollo inherente al progreso científico», como decía Antonio Gramsci en uno de sus escritos. Este fenómeno ha creado una receptividad a todo lo que es nuevo, y esto obliga a los escritores a sobrepasar el milagro artificial de los mecanismos, incluso cibernéticos, y a describir la influencia que el estallido de las fronteras del conocimiento ejerce sobre el individuo y sobre la colectividad.

LAS MODALIDADES DE LA ANTICIPACIÓN

Nacida en un período de impetuoso arranque de la ciencia y de la técnica, la literatura de anticipación clásica constituye de alguna manera una tentativa de sustituto, a la apología de lo sobrenatural, a las explicaciones místicas, el elogio de la potencia ilimitada de que dispone el conocimiento activo. Se sitúa así en la confluencia de las dos grandes corrientes literarias del siglo pasado, el realismo y el romanticismo. El esfuerzo hacia lo verosímil —y no solamente en el plano científico— se encuentra pues en estado de simbiosis específica con la exaltación del



sentimiento de la naturaleza, con héroes de tipo byroniano, con la vibración patética del afrontamiento de lo Desconocido. Siguiendo la evolución del fenómeno literario en general, la ciencia ficción asimila además, con la movilidad característica de un género literario joven, las modalidades artísticas más diversas. Se sabe, por otro lado, que entre aquellos que la han abordado, aunque fuera de una manera incidental, figuran Marcel Schwob y Tristan Bernard, Alfred Jarry y Pierre Mac Orlan, Guillaume Apollinaire y André Maurois, para no citar más que escritores franceses.

No podemos permitirnos, en este espacio limitado un análisis de todos los aspectos del género. Nos limitaremos pues a algunas fugitivas observaciones. La anticipación no puede contentarse con una estricta presentación científica de los fenómenos. Debe hacer surgir su evolución en conformidad con la verdad de la vida, es decir tener en cuenta el lugar y la época en que se desarrolla la acción, el carácter de los personajes, etc. El elemento fantástico puede convertirse en verídico y surgir de una manera mucho más evidente en el contexto de circunstancias perfectamente ordinarias. Es lo que subraya Wells (en su prefacio a **Seven famous novels** (Siete famosas novelas), Alfred A. Knopf, Nueva York, 1934), y la mayor parte de sus novelas utilizan este procedimiento con brío. El paso de una atmósfera de aburrimiento cotidiano al torbellino de acontecimientos extraordinarios la efectúa con una notable naturalidad y, sea la transición lenta o explosiva, el efecto producido es siempre muy grande.

Los escritores rumanos tienen una marcada predilección por entradas en materia más abruptas, más espectaculares. Un periodista se desliza a bordo de un cohete que parte de una manera intempestiva, y desaparece en el Cosmos (**La aventura paradójica**, de Ion Minzatu). Una misteriosa calesa, cuyo cochero es de vidrio, caldea la imaginación de los habitantes de una pequeña ciudad americana (**El canto de guerra de los elefantes**, de Camil Baciú). Un apacible funcionario es tomado por un peligroso gángster, y esta confusión lo lleva como una tromba a las cimas de la celebridad (**El huevo de Colón**, por Eduard Jurist).

Para volver al realismo de la ciencia ficción, señalaremos que la impresión de veracidad se realiza a menudo por medios fantásticos. Para leer los pensamientos, es preciso un complejo aparato de complicado nombre: electro-encéfalo-retrovisor (**Las aventuras de Serban Andronic** por Ovidiu Riureanu). La memoria inerte es estimulada, en ciertas condiciones, por un hongo alucinógeno (**Lnaga** de Vladimir Colin). Y si los héroes llegan a un planeta donde reinan condiciones muy distintas a las de la Tierra, es totalmente natural que los seres racionales que descubran en ellos tengan un aspecto diferente al nuestro. Plutarco mismo escribía: «Podrían existir habitantes en la Luna, y aquellos que



pretenden que esos seres deberían tener necesidad de todo lo que nos es necesario no han estado jamás atentos a las variaciones que nos ofrece la naturaleza y que hacen que los animales difieran más entre ellos que las sustancias inanimadas entre sí». Pero este punto de vista está lejos de reunir todos los votos.

Es cierto que, después de **La guerra de los mundos**, toda una galería de criaturas monstruosas y casi siempre hostiles puebla las páginas de ciertos libros y las pesadillas de lectores demasiado sensibles. Sin embargo, en esta novela, el aspecto de los marcianos tiene una significación precisa, ya que simbolizan las tendencias agresivas, inhumanas, que se encuentran en la Tierra. Mientras que ciertos escritores contemporáneos se complacen en la postura de creadores de monstruos únicamente para responder al gusto no evolucionado de una cierta categoría de lectores, o para condimentar sus fantasías con una gota de su propia angustia cósmica. Por otro lado, en la mayoría de los casos, se trata de una teratología primaria, y el esfuerzo imaginativo se limita a combinar elementos pertenecientes a las diferentes especies de animales existentes o desaparecidos.

Los escritores rumanos rehúsan, en general, esta forma híbrida, fácil. Algunos de entre ellos prefieren la visión de Henric Stahl: los seres extraterrestres tienen otro aspecto distinto a nosotros, sin ser por ello monstruosos. En este orden de ideas han sido propuestas soluciones ingeniosas y poéticas por Vladimir Colin en **El décimo mundo**, y por Adrian Rogoz en **El hombre y el espejismo**. Hemos hablado más arriba de los hombres-plantas de Rogoz. He aquí ahora al representante de los seres racionales de Thule, «el décimo mundo» de nuestro sistema solar: «Una esbelta columna azulada, envuelta en un vestido blanco... una columna sin capitel pero llevando en su cúspide una extraña cabellera verde (...). Como las sirenas, no tenía piernas. Pero, así como el cuerpo de las fabulosas sirenas terminaba en una cola de pez, el cuerpo real de la mujer del satélite helado parecía un tronco de árbol, una columna surgida directamente de la roca opalina». (Llevando esta imagen pura a sus últimas consecuencias, el escritor imagina, en **La rana**, un mundo de árboles pensantes).

En la literatura rumana de anticipación se puede encontrar también, netamente indicado, un punto de vista antropomórfico. En la novela **La llamada del infinito**, Ion Minzatu se representa a los habitantes de un sistema planetario de la galaxia del Cisne-A, una galaxia de antimateria, como «la forma más auténtica de la naturaleza humana». Igualmente, en el relato **El mensaje de los azules**, de D. Todericiu, un explorador de las estructuras hiperfinas de la materia ve aparecer en su pantalla «tres seres en todo punto semejantes a los hombres». En las diversas soluciones propuestas se adivinan de hecho dos maneras de concebir el realismo de la ciencia ficción. A



primera vista, se podría creer que el antropomorfismo es la única concepción partiendo de datos reales, verificados por la experiencia. Pero su debilidad, su alejamiento del realismo, en el sentido de la veracidad, proviene precisamente, según nosotros, de una transplatación artificial de las formas terrestres en el Universo.

La controversia concerniente al aspecto de los seres hipotéticos que pueblan los demás mundos terminará al mismo tiempo que su descubrimiento, o al menos cuando puedan ser registradas imágenes claras del Cosmos. Lo esencial es, sin embargo, saber no cómo se presentan sino cómo razonan esos seres con los cuales será posible entenderse, no sobre la base de ciertas semejanzas físicas, exteriores, sino sobre la base de la universalidad del pensamiento, independientemente de sus formas concretas de expresión.

TRADICIÓN E INNOVACIÓN

En una entrevista realizada hace algunos años, el conocido escritor polaco Stanislaw Lem declaró: «Intentemos reflexionar en lo que queda aún de interés en la literatura de anticipación del pasado. Incluso Julio Verne, que imaginó no hace mucho un submarino, incluso él es hoy en día arcaico hasta el ridículo». Esta actitud no es única. También algunos críticos franceses consideran que su gran compatriota ha abandonado la escena desde el instante en que sus anticipaciones se han realizado. Pero los hechos son obstinados. Julio Verne sigue siendo uno de los favoritos de las jóvenes generaciones, precisamente porque no se contentó con imaginar los aparatos que se han convertido hoy en de uso corriente, sino porque supo ligar orgánicamente las ideas de ciencia ficción a los grandes problemas socio-políticos de su época y crear héroes memorables, admirables prefiguraciones del nuevo tipo de sabios. Otros detalles del método de creación propio de Julio Verne han sido también insuficientemente estudiados. Se podría escribir un voluminoso estudio únicamente sobre la variedad de los medios empleados para crear una tan vasta galería de tipos humanos, sobre la poesía de calidad de las descripciones, o aún sobre la ironía y la sátira que Julio Verne manejaba en la mejor tradición del espíritu galo. Todo esto no quiere ciertamente decir que la literatura contemporánea de ciencia ficción podría limitarse a proseguir el camino abierto por Julio Verne u otros representantes eminentes de la anticipación clásica. Los escritores de hoy en día buscan sin descanso nuevos caminos, nuevos modos de expresión.

Un lirismo descriptivo de buena ley caracteriza, por ejemplo, el relato de Mihu Dragomir **La naturaleza invertida**. Dos cosmonautas descienden sobre «Copo blanco», un planeta que parecía cubierto de nieve o de hielo, según podía deducirse por su brillo, visto a gran distancia. Descubren sin embargo una insólita aglomeración de volúmenes geométricos, cubos, prismas, pirámides, brillando con todos los colores del arco iris. Un universo de materia plástica, teniendo por base no el carbón, sino el silicio. Del cielo caen cataratas de agua pesada. Relámpagos esféricos, aparecidos de

repente, acompañan con su peligrosa solicitud a los alocados exploradores.

Otros escritores buscan también nuevos medios de expresión. Presentándonos las tribulaciones de su héroe Mike Smith, Eduard Jurist utiliza como procedimiento esencial el humor y la sátira, así como el juego de palabras hasta la risa amarga y los acentos grotescos requeridos por ciertas formas del fetichismo que inspira la cibernética (**El huevo de Colón**). El mismo autor ejerce con éxito su inspiración paródica en **Misterio a -179 °C**, historia cuyo héroe, que no es llamado por casualidad Timon Semplar, parece surgir de la pantalla del televisor para descubrir el misterio de la muerte de un banquero y asegurar, accesoriamente, la felicidad de la hija huérfana y de su torpe prometido. Se intenta igualmente encontrar o adoptar técnicas y formas de composición liberadas de los cánones tradicionales. Mioara Cremene pretende que su novela **Esplendor y decadencia del planeta Globus** ha sido escrita sobre la base de ciertas emisiones cósmicas truncadas, lo que le permite dejar lagunas en la acción descrita y dar interpretaciones elípticas. Por su parte, Radu Nor ha concebido su **Capítulo XXII** como una recopilación de artículos de periódico, de entrevistas, de notas, de fonogramas y de laserogramas.

Los autores de ciencia ficción del siglo XIX situaban casi siempre la acción de sus obras en un presente identificable por numerosas referencias a acontecimientos y a personajes bien conocidos de los lectores, El futuro, cuando aparecía, estaba considerado casi exclusivamente bajo un ángulo satírico; como una hipertrofia de los elementos negativos existentes en la época.

Si se exceptúan las novelas utópicas de Morris, Bellamy, etc., las primeras tentativas hechas con vistas a imaginar la posible evolución sobre bases científicas pertenece a Wells. **Cuando el durmiente despierta, El mundo liberado, Lo que será**, constituyen emocionantes alegatos en favor de una humanidad liberada de la explotación y de la guerra. Pero la concepción del escritor en cuanto a la organización de la sociedad futura es sobre todo ilustrada por **M. Barnstaple con los Hombres-Dioses**. Los Utópicos están animados de una inextinguible sed de conocimiento y del deseo de transformar la naturaleza; su obligación moral fundamental es no solamente trabajar, sino también consagrar todos sus esfuerzos, sus pensamientos y su capacidad de creación en provecho de sus semejantes y de la sociedad entera. Esos rasgos, característicos de la «forma superior del socialismo», por tomar la fórmula empleada por uno de los personajes de la sociedad utópica, se encuentran de nuevo en las novelas de Sergiu Farcasan (**Un amor en el año 41042** y **El ataque de los Cesiumistas**), de Victor Kembach (**La sombra del tiempo**), etc.

En **Un amor en el año 41042**, por ejemplo, el conflicto nace del contacto que se establece entre los hombres de un lejano futuro con los pasajeros del «Arca de Noé», un cohete fotónico que abandonó la Tierra 30.000 años antes (¡lo cual nos lleva de todos modos al doceavo milenio!...). De regreso al planeta madre, éstos experimentan un verdadero shock psíquico, puesto que «encuentran a su alrededor un progreso demasiado grande, hombres demasiado bien desarrollados, teniendo seis o

siete veces su edad y una superioridad tal en el plano de las costumbres, de la inteligencia y de la erudición, que los viajeros sienten a su pesar un agudo sentimiento de inferioridad». Farcasan no resuelve las contradicciones más que con un trazo de su pluma y no lima las asperezas. Presenta personajes que intentan aislarse o incluso suicidarse, antes de haber hallado un fin en la vida gracias a los hombres del 42° milenio.

Es interesante constatar que, partiendo de un tema parecido en sus líneas generales, Víctor Kernbach ha escrito una novela extremadamente distinta como estructura y como factura literaria. Es cierto que entre sus héroes, dos cosmonautas que son casi nuestros contemporáneos, y los hombres que encuentran en la Tierra después de un accidente temporal, la diferencia no es «más» que de 5100 años. El desfase es sin embargo terrible, y el escritor no lo difumina ni un solo instante. Pero nuestra atención se halla concentrada en la evolución de las relaciones entre dos jóvenes, venidos de dos puntos diferentes de la Europa de antaño, con cualidades y sobre todo mentalidades distintas, que los mantienen largo tiempo alejados el uno del otro. La sociedad futura actúa más bien en esta novela con el papel de catalizador de una reacción sutil a consecuencia de la cual, reconciliados, Bucur y Wolfram se integran plenamente al nuevo mundo. A nuestro modo de ver, **La sombra del tiempo** constituye una réplica moderna y muy personal de **M. Barnstaple con los Hombres-Dioses**, obra que, por otro lado, entre otras novelas y relatos de Wells, Victor Kernbach ha traducido al rumano.

En la segunda novela de ciencia ficción de Sergiu Farcasan, **El ataque de los Cesiumistas**, la horrible risa del monstruo surgido de las profundidades resuena por primera vez en el momento en que el sabio Milton Kipfer afirma su convicción y su aspiración más querida: «Los hombres se convertirán en dioses». Y, hasta el desenlace, asistimos a la terrible batalla entre aquellos que, por una parte, quieren salvaguardar la tendencia evolutiva de la humanidad hacia la perfección y, por otra parte, el grupo subterráneo de los «Cesiumistas», que se esfuerzan en extender su monstruosidad social y biológica a toda la tierra. Usando una fórmula totalmente distinta a la que le sirvió para **Un amor en el año 41042**, el escritor aborda de nuevo el problema de la responsabilidad del hombre con respecto a la humanidad, así como el de la humanidad con respecto a algunos de sus grupos. En este sentido, el coraje lúcido y el sacrificio de Milton Kipfer, al igual que toda la actividad del «grupo operacional mundial», son ejemplares. La novela ofrece también un interesante tema de discusión ya que bosqueja algunos conflictos posibles en el futuro. Nos referimos, entre otros, a la polémica a veces casi violenta que se desencadena entre los grupos de sabios a quienes preocupa la idea de orientar a la humanidad hacia la perfección física y moral, sea por una evolución espontánea —los «espontaneístas»—, sea por una guía de este proceso —los «perfeccionistas»—. Este conflicto toma en consideración el hecho que, en una sociedad sin clases, las divergencias son resueltas «en un espíritu científico y con una total confianza recíproca». En fin, un punto de

interrogación apasionante es puesto por las relaciones entre Milton y Lorette Durand. Esta afinidad entre dos seres tan semejantes, igualmente fuertes y agraciados, ¿será el verdadero amor del futuro? ¿O bien se trata de un sentimiento demasiado racional, demasiado rígido, puesto que se aplica a lo que —como dice el Presidente— «es un asunto mucho menos lógico, mucho menos complicado»? Sea lo que sea, Milton, Lorette y el Presidente, para no mencionar más que a ellos, quedan en la conciencia del lector como seres vivos y muy próximos, arrancados de una porción futura de la espiral infinita a lo largo de la cual la humanidad asciende hacia la perfección. ¿Hombres semejantes a dioses? Quizá a dioses tales como los que cantó Homero en sus poemas: semejantes a hombres.

Llegados al fin de esta rápida incursión en los dominios de la anticipación rumana, podemos preguntarnos cuales son sus perspectivas y, de una manera general, cuales son las perspectivas de este género literario.

El ritmo vertiginoso del progreso técnico y científico, las realizaciones espectaculares obtenidas en los dominios más variados, han determinado una aparición siempre más frecuente —en artículos, conferencias, debates— de la aserción según la cual la realidad sobrepasa los sueños más audaces. Con, sin embargo, una precisión: se trata de los sueños de nuestros precursores, y ni siquiera de todos. Hemos construido el submarino del capitán Nemo y el avión de Robur, nos preparamos a volar hacia la Luna, pero la «máquina del tiempo» y la «cavorita» permanecen por el momento en las páginas de los libros y en las pantallas. ¿Puede hablarse en consecuencia del vuelo a una velocidad superior a la de la luz o de la transmisión de la materia a distancia?...

Cada nuevo descubrimiento científico de una cierta envergadura acrecienta el radio de acción de la fantasía. Pero no olvidemos que la ciencia ficción, al igual que todos los demás géneros literarios, tiene por principal objeto el universo humano, más inagotable que el de las miríadas de estrellas.

Título original:
PRIVIRE ASUPRA LITERATURII STIINTIFICO-FANTASTICE ROMANESTI

© 1967, *Revue Roumaine*.

Traducción de P. Domingo

UN RUMANO EN LA LUNA

CLÁSICO

HENRIC STAHL

Henric Stahl, como queda dicho en el estudio de Ion Hobana que acompaña a estos relatos, es el precursor indiscutible de la ciencia ficción en Rumania. Su novela «Un rumano en la Luna», publicada en 1914, está concebida al estilo de Julio Verne, y es de hecho el diario de las aventuras cósmicas de un astronauta rumano que marcha a explorar la Luna. El fragmento que les ofrecemos aquí, uno de los más interesantes del libro, nos relata el primer encuentro cósmico del héroe con un ser de otro planeta.

No sé lo que ocurrió. Como en un sueño vi a una sombra aproximarse lentamente, con pasos pequeños, a mi quebrantado cuerpo, a mi torturado ser, y, como una pluma, levantarme entre sus brazos y hundirse conmigo en las tinieblas de la noche.

Cuando, después de un largo desvanecimiento, abrí los ojos, aún completamente aturdido, era de día, y un gran espacio se abría a mi alrededor. Ante mis ojos una columna de agua brotaba como una tromba hasta una altura de más de cien metros, expandiendo densos vapores. Y mientras, alucinado, contemplaba la columna de agua hirviente, la vi disminuir poco a poco, reducirse y desaparecer como en un sueño...

Me froté los ojos, pasé la mano sobre mi frente. Mi frente estaba mojada; mi mentón también. Ya no sentía sed.

Apoyándome con los codos y las manos en el suelo, me alcé a duras penas y me senté. Lentamente, las brumas de mi cerebro se disiparon; reconocí el paisaje lunar, recordé todo y, lleno de temor, miré en torno. A mi lado, un ser lunar gigantesco, una mano posada tras la nuca para sostener una cabeza enorme, disforme, me contemplaba con sus dos pequeños ojos chispeantes como dos diamantes negros. Intenté levantarme, quise huir, pero el ser lunar tendió una mano hacia mí, me la puso ligeramente sobre el hombro y, apretando suavemente, me hizo sentarme... Su boca minúscula, casi desprovista de labios, con la mandíbula inferior completamente atrofiada, dejó escapar algunos sonidos extraños y sus pequeños ojos, como dos carbones ardientes horadando una inmensa frente abombada que coronaba un rostro corto, triangular, absolutamente lampiño, me miraron con tanta bondad e inteligencia superior, que todo mi miedo se desvaneció.

Observé al selenita con una infinita curiosidad; de más de tres metros de alto, tenía una cabeza triangular, como una inmensa pera puesta al revés; su pecho estaba desarrollado de manera anormal, y terminaba en punta en el vientre hundido, como el de una avispa, después del cual su cuerpo se ensanchaba de nuevo hacia las caderas y terminaba en dos piernas altas, esbeltas, de elegantes músculos. Su silueta, en conjunto, hubiera podido ser definida por tres triángulos superpuestos, de desigual tamaño, vueltos con la punta hacia abajo, fijados cada uno exactamente en medio de

la base del triángulo inferior. Aquel cuerpo extraño llevaba una ropa de un color extraño, aún desconocido en la Tierra, ajustada como una malla de acróbata, que le dejaba entera libertad de movimientos.

El selenita se arrodilló cerca de mí y me hizo beber, en un recipiente llano y muy afilado en los bordes, un agua efervescente con sabor a azufre. Después me tendió con sus dedos largos y delgados una especie de carbón negro, no más grande que un grano de café. Como yo vacilara en tomarlo y le dirigiera miradas recelosas, el ser lunar se metió en la boca el minúsculo pedazo de carbón y se lo tragó. Por espíritu de imitación, tomé el medicamento y, en el mismo momento, tuve la impresión de recobrar mis fuerzas. Miré entonces al selenita con reconocimiento y le dije: «Gracias, es usted bueno». El selenita, que me había observado con un profundo disgusto cuando me vio beber el agua con avidez y abrir mi boca —evidentemente monstruosa con relación a la suya, a causa de los carnosos labios y de los dientes largos y puntiagudos— me miró con una sorpresa sin límites cuando oyó los sonidos proferidos por aquella boca horrible, barbuda. No sé por qué, estúpidamente, como si él pudiera comprenderme más fácilmente de esta manera, en lugar de darle las gracias por gestos, me puse a fabricar un chapurreo imposible, hecho de palabras tomadas de todas las lenguas que yo conocía. Me di inmediatamente cuenta de lo estúpido que estaba siendo y me eché a reír.

En seguida sentí de nuevo sed, y tomé el recipiente al tiempo que decía: «¡agua! ¡buena!». El selenita repitió después de mí: «¡aa! ¡ben!». Y, no sé exactamente por qué, aquellas dos palabras chapurreadas por aquel ser extraño, por aquel habitante de otro mundo, hicieron pasar por mi corazón un estremecimiento semejante al que nos sacude cuando uno oye, en un país extranjero, un canto de su patria. Con una voz emocionada dije de nuevo: «¡agua! ¡buena!», y el selenita repitió más distintamente: «¡aa! ¡ben!»...

¡Si es así espera, muchacho, que voy a enseñarte el rumano!... y me eché a reír a carcajadas; pero, bruscamente, recordé la risa de Coco, la muerte de mi pobre camarada y, pese a mí mismo, estallé en sollozos.

La sorpresa visible, sin límites, del ser lunar ante mi risa y mis lágrimas de hombre —desconocidos probablemente en el estadio de civilización selenita— me incitó a sobreponerme a la pena causada por la muerte de mi pobre amigo y a pensar en mi suerte en la Luna, al término de mi viaje.

Me levanté. Aparte de una sensación de opresión dolorosa en la respiración, y una ligera turbación, como un velo, en mi cerebro, me sentía, físicamente, casi normal. Para comenzar miré en torno mío para ver si el selenita estaba solo, si no se distinguía, en los alrededores, alguna ciudad o casa.

Ningún rastro de vida, en ninguna parte. No sabía qué creer, y no llegaba a explicarme por qué razón el selenita me había llevado a un lugar desierto en lugar de llevarme entre sus semejantes... Después mi pensamiento se dirigió hacia el aerobarrena e, inquieto, me esforcé en reconocer el lugar de mi aterrizaje: los dos

volcanes gemelos, el cráter en el cual había caído y del que me había recogido el selenita; pero, en sus detalles, el aspecto del paisaje lunar era totalmente distinto.

La inquietud que mostré parecía reflejarse igualmente en el rostro del ser lunar: se hubiera dicho que él estaba también sorprendido de la total calma que nada turbaba a nuestro alrededor; yo hubiera preferido la brusca irrupción de una multitud ruidosa que me hubiera cogido, que me hubiera llevado con grandes clamores al fondo de un cráter, o a cualquier otro lugar donde los selenitas ocultaran sus moradas.

Aburrido de nuestra inactividad, intenté hacerle comprender por gestos quién era yo y, nuevamente, para subrayar la significación de mis gestos, los acompañé sin querer de palabras breves, que yo elegía instintivamente entre las más sonoras, convencido de que él me comprendería mejor si usaba la sencilla fonética y la sintaxis de mi suave lengua. Lleno de convicción, le dije claramente, gritando como si él fuera sordo, lo cual ocurre en la Luna a causa de la rarefacción del aire: «¡Yo no Luna; tú Luna! ¡Yo arriba Tierra; Tierra grande, redonda! ¡Yo puf, hacia abajo Luna! ¡Yo venido aquí, hacia abajo Luna; Mira, hacia abajo Luna, así! ¡Hop!». Pero, cosa extraña, el selenita me respondió con la misma mímica, menos agitado, como si quisiera decirme que era *él* y no *yo* quien había venido de alguna parte, *de allá arriba*, hasta la Luna. Con su admirable memoria, repetía algunas de mis palabras, pero pronunciando «e» para todas las vocales —se veía que «e» era la única vocal del vocabulario lunar— y con gestos comedidos esbozaba la forma de un globo muy grande y situado muy alto, al mismo tiempo que una caída en picado hacia aquí, hacia abajo, hacia la Luna...

Yo no comprendía absolutamente nada... Tenía bastante con permanecer en mi sitio. El ser lunar no tenía intención de llevarme a otra parte; se había sentado y sacó, de una especie de alforja hecha del mismo tejido elástico que su ropa, dos carbones semejantes al que me había hecho tomar después de mi desvanecimiento: tragó uno y me dio el otro. Tomé el singular bombón, más bien por educación que por otra cosa, y después, puesto que no llegábamos a entendernos y que, por lo que podía apreciarse, el selenita no parecía en absoluto dispuesto a hacerme los honores de su planeta, me atreví hasta a tirarle de la manga y le hice signos de conducirme con sus semejantes.

Primero me miró con sorpresa. Después se levantó, echó su saco a la espalda, y partió con aire decidido; daba grandes pasos, de casi cinco metros de largo cada uno, elásticos, seguros; a su lado yo daba saltos torpes, enormes, mal calculados, sin llegar a ajustar mis pasos a los de mi compañero. Tropezaba y me agarraba a él, como si yo estuviera ebrio y él fuera un farol...

Él se había detenido y me observaba con sorpresa, inclinando su masiva cabeza. Después se llevó su mano derecha a la nuca —su gesto favorito probablemente— y frotó su cráneo calvo mientras me miraba con sus ojos de ratón. Le dije riendo, como si él pudiera comprender mis palabras: «¿Qué quieres, muchacho?, es preciso que nos comprendas; ¡nosotros los terrestres somos así, amables!», y de nuevo tiré de su manga para ir más lejos. Él continuó midiéndome con la mirada de la cabeza a los

pies; después, con aire grave, puso su larga mano sobre mi hombro —tal vez fuera detective— y se puso a hablarme rápidamente, en su lengua sibilante, mezclando al mismo tiempo palabras rumanas con grandes gestos mesurados y expresivos. Como si no hubiera comprendido ni una palabra de lo que me había esforzado en decirle, me di cuenta de que me preguntaba de dónde venía yo, quién era. Repetí mi letanía: «Yo Tierra. Tierra grande, redonda, etc.», y es cierto que esta vez el selenita comenzaba a comprenderme, ya que me miró con una sorpresa y un interés particulares.

Persuadido de que esta vez estaba decidido a conducirme con los suyos, donde sería recibido, de una buena vez, con todos los honores debidos a un prodigio, y vería al fin las casas de los selenitas, sus costumbres, sus ciudades, su manera de hibernar, le tomé de la mano para ponernos en camino. Pero el selenita me hizo un signo negativo con la mano designándose a sí mismo y, utilizando las pocas palabras rumanas cogidas al vuelo, dijo distintamente: «¡no, no Lun!».

¿Entonces qué? ¿Él no era tampoco un ser lunar? ¿Él también había caído «puf, hacia abajo Luna»?... Ya no sabía qué creer.

El selenita permaneció pensativo unos instantes; después, como si hubiera tomado una decisión, observó largamente el cielo lunar, las estrellas de primera y de segunda magnitud que, al lado del sol, brillaban sobre el cielo de plomo de la Luna, como se ve a veces desde la Tierra la estrella de Berger a pleno día. Después, me mostró con la mano, en la lejanía, un volcán más alto que los demás, en el lindero de la región de sombra de la Luna; me tomó gentilmente de la mano, como a un hermano menor, y nos dirigimos hacia el lugar designado.

Poco a poco, y sostenido así por la mano de mi gigantesco amigo, como un niño, mi paso se volvió más seguro, aprecié más exactamente las distancias y, al cabo de un momento, caminábamos los dos a un paso casi militar, con zancadas de cinco metros, lo cual es normal en la Luna, mientras ante nosotros corrían, apresuradas e inmensas, las sombras de nuestros cuerpos.

Alcanzamos rápidamente el pie de la montaña y nos pusimos a ascender su ladera de basalto hexagonal. A medida que el horizonte comenzaba a ensancharse en torno nuestro, la línea de sombra que marcaba la región de la noche lunar se hacía más larga, y las innumerables estrellas se encendían como faros sobre el mar de profunda oscuridad y frío que se extendía hasta el límite del horizonte.

Ascendimos aún cerca de cincuenta metros y entonces, de golpe, con una emoción inefable, vi surgir, lentamente, como un inmenso globo de fuego, la Tierra... Me detuve y, como en éxtasis, grité: «¡Tierra! ¡La Tierra! ¡Mi país bien amado...!».

Mi compañero comprendió la emoción que sentía y se detuvo, lleno de solicitud. Después, me hizo signos de subir aún un poco más y entonces, a su vez, con una mano temblorosa, me designó, sobre una misma línea que la Tierra, una estrella enorme, roja, desprovista de parpadeo, que acababa justamente de surgir del horizonte... ¡Marte! Fue mi primer grito; y, de acuerdo con los gestos de mi

compañero, comprendí que Marte era su patria, Marte, «Qrido», como decía con ternura; y que, en el desierto del globo lunar, no había más que dos seres dotados de razón: él, el marciano, y yo.

A partir de aquel momento me sentí ligado a aquel hermano de otro planeta, embarrancado como yo sobre nuestro desierto satélite, y hubiera querido hacerle comprender al marciano que, si bien físicamente éramos diferentes, mi corazón se aproximaba quizá en alguna manera a él, ya que no había olvidado que él me había salvado la vida, y que estaba dispuesto a ayudarlo, a sacrificarme por él. Y, para hacerle comprender mejor esto, le cogí las manos y las apreté fuertemente, mirándole a los ojos. Él comprendió seguramente mi pensamiento, ya que me abrazó, mientras me mostraba, con un aire grave, la Tierra y Marte.

Título original:
UN ROMAN IN LUNA
© 1967, *Revue Roumaine*.
Traducción de P. Domingo



UN CAPÍTULO DE HISTORIA LITERARIA

OV. S. CROHMALNICEANU

La creciente pujanza de los cerebros electrónicos en todo el mundo hace que sus cometidos sean cada vez más vastos, ocupando en muchas tareas el lugar de los hombres. ¿Incluso en las artísticas? Ov. S. Crohmalniceanu nos ofrece en este relato, bajo la forma de una crónica futura, la respuesta, con el desarrollo de una cuestión más seria de lo que parece, aunque esté tratada con un humor digno de toda loa.

ilustrado por RAMÓN ESCOLANO

Muy pronto, después de que se hubiera comenzado la construcción en serie de las máquinas de escribir literatura, y de que éstas se pusieran a trabajar a pleno rendimiento, se observó que las críticas, de día en día, desaparecían. Este fenómeno procedía de una causa inmediata, fácil de determinar: el oficio de crítico literario se había convertido en prácticamente imposible. Ningún ser humano era ya capaz de leer ni siquiera una pequeña parte de los libros publicados. Según ciertas estimaciones aproximativas (la historia de este momento ha sido reconstruida muy tarde, y sus datos permanecen aún nebulosos, ya que todavía se basan sobre fuentes indirectas), una máquina alcanzaba a escribir una poesía en menos de dos segundos. Una novela de hasta 300 páginas necesitaba 18 minutos. El tiempo exigido por una pieza de teatro se elevaba sin embargo, cosa inexplicable, a cerca de una hora. Las máquinas trabajan sin descanso durante alrededor de 90 días, después de los cuales necesitaban una pausa para su revisión. Así, tan solo en Lima se producían más de 1012 volúmenes por año, y los beneficios de los trust de edición aumentaban a una velocidad vertiginosa. Los primeros en renunciar a su misión fueron los historiadores literarios. Faltos de poder examinar la gran mayoría de los libros aparecidos, su trabajo se convertía en un absurdo. Por muchos esfuerzos que hicieran, apenas conseguían leer un 0,0001 por ciento de la producción literaria. Poco después, los críticos de revistas depusieron también sus armas. Incluso aunque hubieran renunciado deliberadamente a la ambición de emprender una selección de los libros aparecidos, de acuerdo con su importancia (era absolutamente imposible saber si uno había o no dejado pasar de lado, entre la multitud de libros que no había podido leer, obras capitales), una dificultad esencial se había probado insuperable. Ejecutando rigurosamente el tipo de obra inscrito en su programa, las máquinas excluían toda objeción crítica. El comentador debía examinar, ante todo, la medida en la cual la intención del artista había sido realizada. Ahora bien, las máquinas no se apartaban ni

una pulgada de su programa y, prácticamente, no creaban más que obras maestras, por lo que toda apreciación se convertía ab initio en superflua. Ni siquiera los gustos más extravagantes habían dejado de ser previstos en el cálculo estadístico inicial, por lo que, en consecuencia, esto no podía constituir ninguna sorpresa.

La dimisión de los críticos amenazaba con privar a la vida literaria de su salsa esencial, por lo que alguien tuvo la idea de inscribir también en el programa un cierto número de libros mediocres, sin los cuales las obras maestras no tenían ninguna posibilidad de ser realizadas, por falta de comparación. Pero en cuanto se hubo comenzado a poner en práctica el proyecto, se constató que el círculo vicioso no podía ser roto. Las máquinas construidas para escribir libros mediocres se desembarazaban a su vez, sin equivocarse, de su carga. Los textos que producían se distinguían por la mediocridad o la estupidez, adquiriendo por este hecho, automáticamente, un valor estético inestimable. Entonces, uno de los filósofos más reputados del tiempo formuló la tesis de que la crítica estaba realmente abocada a desaparecer, ya que la máquina no podía crear más que obras perfectas, encaminadas directamente al objetivo que ella se propusiera. La demostración era más bien embrollada y se perdía en las brumas metafísicas, pero la conclusión, intuitivamente, no era menos imponente, y ganó rápidamente una adhesión casi unánime. El último crítico murió, una buena mañana de mayo, de congestión cerebral en su biblioteca, realmente sepultado bajo un montón de libros (había leído sin parar, a una velocidad de treinta y tres páginas por hora, durante veintiséis horas de un tirón).

Pese a todo, una literatura privada de todo comentario crítico era impensable. Fue entonces que se consideró necesario construir máquinas para considerar los libros. Pero los constructores toparon desde el principio con una gran dificultad: ¿Qué programa asignarles? Por supuesto, ante todo convenía resolver el problema de la información elemental. Los críticos-máquinas debían recorrer toda la producción de los escritores-máquinas y clasificarla por géneros, especies, temas, sujetos, fórmulas artísticas, publicando, para comenzar, boletines resumidos para orientación de los lectores. Los computadores encargados de esta operación fueron construidos rápidamente y se pusieron a la obra. Conectados a las máquinas de escribir literatura, llegaron muy rápidamente a recorrer sistemáticamente toda la producción literaria. Pero los resultados demostraron ser insignificantes, ya que los boletines obtenidos por este camino resultaban inutilizables. Su volumen alcanzaba tales proporciones que nadie era capaz de orientarse por ellos. Hubieran sido necesarias otras máquinas para leer todas estas listas y someterlas a una nueva selección. ¿Pero según qué criterios? Al término de largos debates, se volvió a la crítica exegética. Los constructores de máquinas tuvieron muchas dificultades para elaborar los programas de estos nuevos tipos de máquinas. Los sistemas críticos practicados en la época del artesanado literario (así había sido denominado el período en el que los libros eran escritos por los hombres) desembocaban, alternativamente, en resultados imprevistos. La crítica existencialista, bajo su forma electrónica, tropezaba con la paradoja de la

literatura producida por las máquinas. ¿Era acaso el documento de la experiencia vivida? Sí y no, ya que las obras cuya discusión emprendía expresaban efectivamente la realidad (sus programas englobaban tantas posibilidades que los resultados se convertían efectivamente en imprevisibles y repetían de hecho la inefable palpitación de la existencia humana), pero las máquinas permanecían siendo enormes amasijos de cables, de palancas y de contactos que, por la simple presión de un botón, entraban en un estado de inercia absoluta. La crítica psicoanalítica provocó como de costumbre un gran escándalo, sobre todo debido a que sumergía sus deducciones en el subconsciente de los ingenieros, incluso en el de los directores de las diferentes empresas industriales proveedoras de cerebros electrónicos destinados a la producción en masa de obras literarias. Los periódicos del tiempo señalaron incluso algunos procesos resonantes: el director de un gran grupo financiero se vio acusado de delitos incestuosos, visibles en la 12.406ª *Antígona*, concebida por una máquina construida por una firma subordinada de su banco. El inculpado sostuvo que no conocía ni siquiera la obra original, pero este argumento tropezó con serias objeciones teóricas.

Se recurrió también a la programación de máquinas sobre una base teológica, y la iniciativa tuvo durante algún tiempo un cierto éxito. Estas máquinas fueron comparadas a los seres humanos de antaño, a los que Dios había investido del don intelectual de crear. Pero la Iglesia no dejó de protestar, y la analogía fue calificada de demoníaca. El único sistema que se reveló fructuoso volvió a la vieja idea del acto crítico, concebido como una reconstrucción compendiada de la creación en sus elementos esenciales, con indicación de las virtualidades no exploradas por el autor. La obra literaria debía ser así para el exégeta un excitante espiritual, que le empujaba a un número infinito de nuevas hipótesis poéticas. De una sola novela, extraía otros muchos miles. De una poesía, ciclos enteros. De una pieza de teatro, millones de variantes superiores. La producción literaria conoció así un desarrollo sin precedente. Todo el mundo parecía satisfecho. Pero, al término de algunos años solamente, se observó que las máquinas-escritores presentaban síntomas de irritación. En el final de las obras aparecían efectos disonantes, como hechos a propósito. Una enfermedad comenzó a hacer estragos, la de la «auto-anulación» o, como la llamaron algunos historiadores, del «suicidio estético». En un momento dado, la novela, la pieza o el poema evolucionaban en un sentido simétricamente contrario, con una idéntica perfección, de manera que el resultado era una aniquilación integral de los efectos artísticos iniciales.

Se constató también que, prácticamente, las obras de crítica, de nuevo, ya no aparecían, puesto que las máquinas encargadas de escribirlas continuaban produciendo masivamente novelas, cuentos, poesías y piezas de teatro, mientras que las agencias de publicidad, no consiguiendo ya insertar en los periódicos una sola reseña, se veían amenazadas de quiebra. Entonces, alguien tuvo una idea revolucionaria, que resolvió definitivamente el problema. Los dos tipos de máquinas

fueron conectadas en un circuito cerrado. Los cerebros electrónicos escritores y críticos estaban así obligados a consumir recíprocamente su producción. Los primeros se pusieron frenéticamente a emitir juicios sobre las obras producidas por los últimos. El resultado fue una inversión alucinante. Si las máquinas-críticos revelaron vocaciones secretas de escritores, las máquinas-escritores traicionaron la ambición inconfesable de hacer crítica. Y como todo esto, con una violencia devoradora, se desarrollaba, como ha sido dicho más arriba, en circuito cerrado, el mundo pudo dedicarse tranquilamente a sus asuntos.

Título original:
UN CAPITOL DE ISTORIE LITERARA
© 1967, *Revue Roumaine*.
Traducción de P. Domingo

EL SOL NARANJA

CAMIL BACIU

Nacido en 1926, Camil Baciú, ingeniero de profesión, es uno de los escritores de ciencia ficción más conocidos de Rumania. Sus recopilaciones de cuentos, como «La revuelta de los cerebros» y «El planeta cúbico», lo sitúan entre los más originales autores rumanos. Su último libro —al que da título precisamente este relato— ha supuesto una nueva etapa dentro de su literatura, puesto que los temas insólitos habituales en él se presentan aquí, como podrán ustedes comprobar, bañados de un intenso lirismo.

ilustrado por JAIME ROSAL

Todo era blanco. Y todo quemaba. Querría haber subido a la colina blanca a cuyo pie se había derrumbado, tan sólo para poder mirar más allá de la ardiente bruma blanca, pero sus piernas ya no le obedecían. Ya no sentía ni su pecho, ni sus espaldas, ni sus manos. Había intentado numerosas veces librarse del polvo blando y esponjoso en el que el cohete se había hundido, pero, como en una pesadilla, permanecía inmóvil, lejos de sí mismo. Había escuchado a su cuerpo, tal y como se escucha el eco de una piedra lanzada a un pozo, hasta las profundidades en las cuales resuenan los latidos del corazón. Pero era como si ese corazón no le perteneciese... y tal vez no tenía corazón, sino solo uno de esos grandes relojes de la nave, enterrados en el polvo, bajo él.

De abajo ya no le llegaba ningún ruido. Las personas callaban. Los relojes se habían detenido. Y el pensamiento de que todos habían perecido, de que estaban todos en fila, a lo largo de la nave, mudos y fríos, como en un inmenso mausoleo de metal, le asustaba todavía más que la idea de su muy cercana muerte. Era por esto por lo que los llamaba sin cesar, apretando sus labios contra el caliente micrófono.

—Aquí 72, aquí 72, no me puedo mover, aquí 72. —Había repetido esta llamada un número infinito de veces. Después, cansado de hacer pausas para escuchar una respuesta, se puso a hablar sin descanso—: Aquí 72, ya no siento ni mis piernas ni mis brazos. Aquí 72. Estoy solo, afuera. Espero. Es de día. Aquí 72, ya no puedo moverme...

Se dormía y se despertaba hablando, y cuando, mucho después, oyó una voz responderle, creyó tener una alucinación y gritó:

—¡No, no lo quiero! ¡Todavía no! —después se echó a reír. No, todavía no era la agonía, y se alfeñicó como durante el delirio de las enfermedades infantiles—: no, no, no quiero morir, no quiero. Todo es demasiado blanco, repugnante, extraño. Levantadme un poco. De lo alto de la colina se ve el cielo... ¡Aquí 72!

Y de nuevo escuchó la voz. Era una voz distinta de la suya, ya que él callaba, con

los labios cerrados, muy prietos.

—¿Dónde estás? —preguntó. Y la voz le respondió:

—Aquí 4, estoy vivo. Aquí 4.

Él pensó: ¿4? ¿qué 4? ¿qué 4, 4, 4?

—Tú eres el 4 —susurró—. 4. El cuatro. Yo soy el 72.

—¿El 72, el físico? Te conozco. ¿Estás herido?

—Ligeramente herido. Muy ligeramente. Los otros, ¿están vivos?

—No lo sé —murmuró la voz—. No los veo. No me puedo mover.

—Yo tampoco. Pero no me duele nada. Estoy bien. ¿Quién eres tú?

—Soy el biólogo de servicio.

—¿El alto con barba?

—No, no tengo barba. Soy rubia y llevo moño.

—¿Rubia?

Sonrió, invadido por una profunda laxitud. Había olvidado que había mujeres en la nave. Le hubiera gustado añadir algo alegre, pero de repente sintió frío. Era todo lo que sentía en su cuerpo: algo muy frío, como un pedazo de hielo en el estómago.

—Estoy muy poco bronceada por el sol —dijo la voz—. Muy poco, y tengo los ojos grises.

—Los ojos —repitió él—. Los ojos.

—Y la boca algo grande.

—Eso me gusta —murmuró él—. He olvidado quien eres, pero me gustan con locura las mujeres de ojos grises.

Afuera se hacía cada vez más oscuro. Como si lloviera pólvora negra.

—¿Tienes miedo? —preguntó la voz—. ¡Yo lo tengo!

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? —trató de levantar la mano, pero su mano ya no le pertenecía—. No hay de qué tener miedo. —Y añadió—: ¿Has volado en las grandes líneas?

—Jamás.

—Siempre pasa esto después del choque del aterrizaje. Se está como anestesiado. Se tienen alucinaciones. Después uno se despierta y, al hacerlo, se encuentra uno como después de un baño.

—Quisiera subir hasta ti —dijo la voz—. Me sentiría mejor si estuviéramos más cerca el uno del otro. No me gusta el cielo extranjero. Pero no puedo moverme.

—Estate tranquila —dijo él—. No hagas ningún esfuerzo. Te enviaré mi robot para hacer las señales y, pronto, vendrán a buscarnos. Y te encontrarán.

Sabía perfectamente que nunca los encontrarían. Quizá, quién sabe, puede ser, algunos siglos más tarde, momificados en la pólvora blanca.

—¿Y cuándo vendrán? —preguntó la voz.

—Antes de que llegue la noche. Quizá al amanecer. Ignoro la duración de la noche en este maldito planeta.

Se esforzó en recordar dónde se encontraban, pero no conocía el camino, y se

habían desviado durante las últimas horas.

—Qué importa lo que dure —dijo la voz—. El sol se levantará de todas maneras. He oído decir que sobre esta línea todos los planetas tienen un sol colorado. ¡Quisiera que fuera un sol naranja!

—Un naranja-naranja —murmuró él—. ¿Un naranja solar? Precisamente el sol que hubiera querido también. —Sintió que su boca estaba llena de este sol más bien ácido. Érase una vez una naranja, murmuró. Era una naranja-naranja, agridulce, completamente sola en un árbol verde.

Un breve retintín, argentado, penetró en su oído y en su paladar.

—Habla —murmuró la voz—. Cuéntame cualquier cosa. Cuando te callas el miedo me invade.

Son mis propias palabras, pensó él. Las dije a alguien no hace demasiado tiempo. Son mis propias palabras pronunciadas sin que yo abra la boca. Y tengo miedo cuando ya no las oigo, también cuando sueño que las oigo. Y dijo:

—No hay de qué tener miedo. Mañana veremos el sol naranja y nosotros descansaremos bajo un naranjo cargado de frutos. Todos los planetas en los que el sol es colorado están llenos de jardines. Es preciso esperar a mañana, aunque, en este momento, daría cualquier cosa por una banana. O por una sandía bien fresca, con la pulpa roja.

Una flecha de fuego le atravesó la espina dorsal, una flecha sin fin, quemándole los huesos y los músculos, una flecha de fuego infinita, un dardo encendido, que gira en remolino y penetra más y más profundamente.

—Basta —gritó—. ¡Termina! ¡Ay!

—Querido —murmuró la voz—. Estoy aquí, cerca de ti. Cálmate.

—¡Ay! —gritó de nuevo, esforzándose por huir del hierro que le penetraba, quemándole—. ¡No quiero! ¡Todavía no! ¡No!

—Estoy aquí —murmuró la voz—. Estoy aquí, cerca de ti.

El sol polvoriento se ablandó debajo de él, se hundió en un lento torbellino. Tenía necesidad de vomitar, pero no quería hacerlo delante de ella. Y el frío se apoderó de su pecho, de sus hombros.

—Hace frío —murmuró—. Cúbreme. Dame la mano, querida.

Una mano delicada le cogió la suya. La reconoció. Era la mano de alguien de otras veces. Una mano ligera, suave y caliente. Tenía frío, pero la mano que le acariciaba estaba caliente, y con esta sensación el sueño le invadió.

—Tengo sueño —murmuró—. Dame un beso, querida. —Y acercó sus labios hacia el micrófono del casco.

Un débil rayo alumbró su pecho. Después un segundo rayo se paró buscándole sobre el visor. Pesados y macizos, dos robots se levantaron de debajo de la pólvora blanca y se acercaron a él.

—Él es mi maestro —dijo el primer robot. Se inclinó sobre el hombre inmóvil, desatornilló su casco, escuchó.

—Mi maestro está muerto —continuó—. No hay ningún otro hombre en la nave. Tengo miedo.

—¿Por qué has hablado como una mujer, en lugar de hacer las señales? —preguntó el segundo robot—. ¿Por qué has dicho tú: rubia, sol naranja, este cielo extranjero?

—Para aliviar su muerte. Es él mismo quien me lo enseñó. A los hombres no les gusta morir solos. Mueren angustiados cuando se quedan solos.

—¿Por qué? —preguntó el segundo robot.

—No lo sé. Esto no lo aprendemos jamás. Nosotros no tenemos necesidad de saber esto. Pero es así. Era él quien me decía siempre: «Me gustaría un mundo con el sol naranja, me gustan las rubias con los ojos grises, no me gusta estar solo en este cielo extranjero».

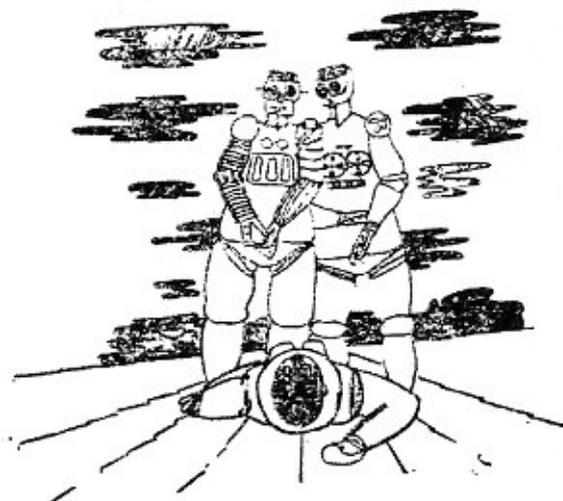
—Me gustaría, no me gusta, me gusta —repitió el segundo robot—. Ellos dicen siempre: «me gusta, no me gusta». Y ahora, ¿por qué ya no se mueve? ¿Duerme?

—Está muerto —dijo el primer robot—. Completamente muerto. Tú no sabes lo que esto significa. Yo he viajado con él durante diez años. Tú apenas acabas de subir.

—¿Cuánto tiempo estará muerto?

—Mucho tiempo —dijo el primero—. Muchísimo tiempo. Tengo miedo.

—Tú has hablado exactamente como una mujer rubia —dijo el segundo robot—. Como una mujer rubia con ojos grises. Y él te llamó «querida». Y te pidió una naranja, una banana y una sandía. ¿Quieres también enseñarme a mí un sol naranja y una sandía con la pulpa roja?



Título original:
SOARELE PORTOCALIU

© 1967, *Revue Roumaine*.

Traducción de M.^a Carmen Alás

SOBRE EL TIEMPO Y TEXAS

WILLIAM F. NOLAN

Se ha escrito y se ha hablado mucho sobre máquinas del tiempo, túneles del tiempo y puertas del tiempo. Aquí, el escritor William F. Nolan —al que ustedes conocen ya por «El pequeño mundo de Lewis Stillman», publicada en esta misma revista— da un toque de humor y amenidad a un tema que, habitualmente, suele estar lleno de complicaciones y paradojas.

—De un solo tiro —declaró el Profesor C. Cydwick Ohms, exhalando una tenue nubecilla de humo de su pipa y meciéndose sobre sus talones—, quiero resolver el problema más grande con que se enfrenta hoy en día la humanidad. Los viajes espaciales, que en su mejor momento no dejaron de ser un sueño infantil, fallaron miserablemente. El colonizar el árido Polo es un asunto enrevesado y sin porvenir. Y resulta imposible hacer cumplir su obligatoriedad al Programa Obligatorio de Control de Natalidad. La superpoblación continúa siendo la espina que más honda tenemos clavada. Caballeros... —hizo una pausa para contemplar cara a cara a cada uno de los periodistas y fotógrafos allí reunidos—... tan solo hay *una* respuesta.

—¿La aniquilación en masa? —interrogó un aprendiz de periodista.

—¡Vamos, muchacho! ¡Claro que no! —se indignó el Profesor—. La respuesta es: ¡EL TIEMPO!

—¿El tiempo?

—Exactamente —afirmó Ohms. Apartó con un dramático floreo una cortina de terciopelo rojo, con lo que dejó al descubierto una alta estructura de brillante metal—. ¡Como ustedes pueden ver!

—¡Hey! ¿Qué demonios es esa *cosa*? —exclamó el aprendiz.

—¡Esa *cosa* —replicó el Profesor con acidez—, es la Puerta del Tiempo de C. Cydwick Ohms!

—¡Caramba, una Máquina del Tiempo!

—¡No, no! ¡Por favor, muchacho! Una Máquina del Tiempo, en su acepción popular, es imposible. ¡Locuras! Sin embargo... —el Profesor golpeó la pipa para expulsar la ceniza—. Por una serie, matemáticamente precisa, de infinitos cálculos, he desarrollado la extraordinaria Puerta del Tiempo de C. Cydwick Ohms. Ábranla, den tan solo un paso y... ¡al Pasado!

—Pero ¿*cuándo* en el pasado, Profe?

Ohms sonrió con superioridad al círculo de rostros expectantes.

—Caballeros, ¡tras esa puerta se extiende el ilimitado y gigantesco Suroeste norteamericano! ¡La suficiente tierra como para absorber los sobrantes de población de la Tierra así de fácilmente! —chasqueó los dedos—. Estoy hablando, caballeros,

de Texas en 1890.

—¿Y qué ocurrirá si los texanos protestan?

—No tienen elección. La Puerta del Tiempo funciona estrictamente en un solo sentido. Me preocupé de eso. Será totalmente imposible para cualquiera en 1890 regresar a nuestro mundo del 2063. Y ahora... ¡el Pasado espera!

Descartó sus vestiduras profesionales. Bajo ellas, Cydwick Ohms llevaba puesto un extraño y antiguo atavío: botas negras de montar, brillantes y adornadas con plata; un ancho cinturón cuajado de pedrería, con una inmensa hebilla que ceñía unos pantalones de lana; una camisa a cuadros de colores chillones, cerrada en el cuello por un pañuelo de fulgurante color rojo. Se encasquetó alegremente un sombrero vaquero, y dio un paso hacia la Puerta del Tiempo.

Asiendo una manija de marfil, la movió hacia arriba. La gran puerta metálica se movió lentamente hacia atrás.

—El tiempo —dijo simplemente Cydwick Ohms, señalando hacia la grisácea nada, más allá de la puerta.

Los periodistas y fotógrafos se abalanzaron hacia adelante, con las cámaras y los cuadernos de notas a punto.

—¿Qué ocurrirá si la puerta se cierra después de que usted haya partido? —preguntó uno de ellos.

—Un temor sin fundamento, muchacho —aseguró Ohms—. Me he preocupado para que la Puerta *nunca* pueda cerrarse. Y ahora... adiós, caballeros. O, para decirlo en el lenguaje de la época: *So long, hombres*.

Ohms hizo una profunda reverencia, dio un tirón final a su sombrero y avanzó un solo paso al frente.

Se quedó quieto, parpadeando. Entonces maldijo, golpeó a la inamovible barrera gris con los puños cerrados y retrocedió, jadeante, hasta su escritorio.

—¡He fallado! —sollozó en voz baja—. ¡La Puerta del Tiempo de C. Cydwick Ohms es una chapuza! —y hundió la cabeza entre sus trémulas manos.

Murmurando entre sí con disgusto, los periodistas y fotógrafos empezaron a salir del laboratorio.

De repente, el profesor alzó la cabeza.

—¡Escuchen! —avisó.

Un profundo retumbar, debilitado por la distancia, surgía de la densidad gris de la Puerta del Tiempo. Por encima de este sonido se podían oír débiles gritos y alaridos. Los ruidos crecían... convirtiéndose de una multitud de tambores batientes a un rugiente mar de truenos.

Dando alaridos, los periodistas y fotógrafos se lanzaron escaleras abajo.

«¡Ah, otro complicado problema por resolver!», pensó el Profesor Cydwick Ohms, saltando con cierta dificultad a lomos de uno de los tres mil cuernilargos texanos que entraban en estampida en el laboratorio.

Título original:
OF TIME AND TEXAS

© 1956, *King-Size Publications Inc.*, by arrangement by *Forrest J Ackerman*.

Traducción de B. Samarbete

EL DESPERTAR DEL PROFESOR BERN

VLADIMIR SAVCHENKO

Vladimir Savchenko, que cuenta actualmente treinta y cinco años, es un relevante ingeniero-físico, especialista en semiconductores. Entre sus obras más importantes de ciencia ficción destacan «Las estrellas negras», novela consagrada a los problemas de la física nuclear, y «El cohete no contesta». «El despertar del profesor Bern», cuya primera publicación data de 1956, es otro de sus cuentos más celebrados, sobre un tema clásico y fascinante: el de la «vuelta al principio» de la humanidad.

ilustrado por JOSÉ MARÍA BEÁ

Cuentan que en 1952, cuando angustiaba al mundo la «guerra fría», el mayor de los absurdos del siglo xx, el profesor Bern repitió textualmente ante un vasto auditorio la melancólica agudeza del gran Einstein: «Si en la guerra mundial N. 3 se combatiera con bombas atómicas, en la guerra mundial N. 4 se combatirá con estacas...».

En boca de Bern, a quien se llamaba «el sabio más universal del siglo xx», la frase resonaba como algo más que una simple ingeniosidad. Empezaron a afluir las cartas dirigidas a Bern, pero éste no pudo contestarlas, ya que en el otoño del mismo año 1952 pereció el científico durante su segunda expedición geofísica a Asia Central.

El ingeniero Nimayer, superviviente de esta pequeña expedición, refirió más tarde: —Estábamos trasladando en helicóptero nuestra base al interior del desierto de Gobi. El profesor emprendió el primer vuelo llevando a bordo los aparatos y los explosivos para las investigaciones sismológicas. Yo me quedé al cuidado del resto de la impedimenta. Después de despegar el helicóptero, algo se estropeó en el motor, que empezó a fallar. Luego se caló enteramente. El helicóptero no había tenido tiempo todavía de adquirir velocidad, y por eso empezó a descender rápidamente en línea vertical desde una altura de cien metros. Cuando el aparato tocó el suelo, se produjo una fuerte explosión doble. El descenso debió ser tan impetuoso que el brusco choque hizo explotar la dinamita. El helicóptero, con todo lo que contenía y el profesor Bern, quedó literalmente pulverizado...

Este relato repitió Nimayer a todos los corresponsales que le asediaban, palabra por palabra, sin poner ni quitar nada.

A los especialistas les pareció convincente. En efecto, tenía que haberse producido con una rapidez anormal el descenso del helicóptero cargado en el aire

recalentado y enrarecido de un desierto situado a gran altitud. La conmoción, al golpear en el suelo, pudo dar lugar a esas consecuencias trágicas. La comisión investigadora que se trasladó al lugar de la catástrofe confirmó estas hipótesis.

Únicamente Nimayer sabía que, en realidad, todo había sucedido de otra manera. Sin embargo, ni aún a la hora de la muerte descubrió el secreto del profesor Bern.

El lugar del desierto de Gobi adonde llegó la expedición de Bern no se distinguía en nada de los alrededores. El mismo oleaje quieto de las dunas señalando la dirección del último viento que las había empujado; la misma arena gris amarillenta que produce un crujido seco bajo los pies y entre los dientes; el mismo sol, cegadoramente blanco de día y purpúreo al atardecer, que describe durante el día un arco casi vertical en el cielo. Ni un arbusto, ni un ave, ni la menor nubecilla, ni siquiera una pequeña piedra en la arena.

El profesor Bern quemó la hoja del bloc donde estaban anotadas las coordenadas del lugar en cuanto llegaron a él y dieron con el pozo abierto durante la expedición anterior. Así pues, este punto del desierto se distinguía entonces de los demás solamente en que se encontraban allí dos personas: Bern y Nimayer. Estaban sentados en unas sillas plegables de lona cerca de la tienda de campaña. Allí cerca refulgían las hélices y el fuselaje plateado del helicóptero, semejante a una enorme libélula que se hubiera posado en la arena del desierto para descansar. El sol enviaba sus últimos rayos casi horizontalmente, y la tienda y el helicóptero proyectaban sobre las dunas largas sombras caprichosas.

Bern dijo a Nimayer:

—Un médico de la Edad Media propuso una vez un método para prolongar la vida hasta lo infinito. Basta someterse a la congelación y permanecer en ese estado noventa o cien años en una cueva. Luego se eleva la temperatura del cuerpo, que recobra la vida. Así se puede vivir diez años en este siglo y volverse a congelar hasta tiempos mejores. Ciertamente ese médico no quiso hacer él la experiencia de vivir un milenio y falleció de muerte natural, cumplida ya la cincuentena. —Bern guiñó los ojos alegremente, limpió la boquilla y puso en ella otro cigarrillo—. La Edad Media... Y nuestro inverosímil siglo xx se dedica a realizar las ideas más disparatadas de la Edad Media. El radio ha pasado a ser la piedra filosofal que puede convertir el mercurio o el plomo en oro. No hemos inventado el *perpetuum mobile*, cosa contraria a las leyes de la naturaleza, pero hemos descubierto las fuentes eternas de la energía nuclear que se autorreproducen... Otra idea: en 1666 casi toda Europa esperaba el fin del mundo. Pero si esto no tenía entonces más causas que el sentido cabalístico del número «666» y la fe ciega en el apocalipsis, la idea del «fin del mundo» tiene ahora una base sólida en las bombas atómicas y de hidrógeno... A lo que íbamos de la congelación... Esta ingenua invención del médico medieval también ha adquirido ahora un sentido científico. Usted sabe lo que es la anabiosis,

Nimayer. La descubrió Leeuwenhoek en el año 1701. Se trata de la suspensión de los procesos vitales por medio del frío o, en otros casos, de la deshidratación. En efecto, el frío y la ausencia de humedad frenan considerablemente todas las reacciones químicas y biológicas. Los científicos aplicaron hace ya tiempo la anabiosis a los peces y los murciélagos; el frío no los mata, sino que los conserva. Un frío moderado, naturalmente... Existe también otro estado: el de la muerte clínica. Porque el hombre o el animal no muere, ni mucho menos, inmediatamente después de haberse detenido el corazón o de haber cesado la respiración. La guerra pasada ha ofrecido a los médicos la posibilidad de hacer una profunda investigación de la muerte clínica. Se lograba volver a la vida a ciertos heridos graves incluso varios minutos después de haberse detenido su corazón. Y fíjese usted en que se trataba de heridas mortales. Como usted es físico, quizá no sepa...

—Estoy enterado —pronunció Nimayer inclinando la cabeza.

—¿Verdad que la palabra «muerte» pierde su matiz pavoroso cuando se le añade el epíteto de «clínica»? En efecto, entre la vida y la muerte existen bastantes estados intermedios: el sueño, la letargia, la anabiosis. En ellos, el organismo humano vive más lentamente que en el estado de vela. A estos estudios me he dedicado los últimos años. Para reprimir hasta el máximo la actividad vital del organismo había que llevar la anabiosis hasta su último grado: hasta el estado de muerte clínica. Y lo conseguí. Al principio les costó la vida a ranas, conejos y cobayas. Luego, cuando ya conocí las leyes y el régimen de congelación corrí el riesgo de «dar muerte» por cierto tiempo a mi chimpancé Mimí.

—¡Pero si yo lo he visto! —exclamó Nimayer—. Está alegre, salta por las sillas y no hace más que pedir azúcar...

—¡Cierto! —le interrumpió triunfalmente Bern—. Sin embargo, Mimí ha permanecido cuatro meses en un pequeño féretro especial, rodeado de aparatos de control y congelado casi hasta cero grados.

Bern tomó nerviosamente otro cigarrillo y prosiguió:

—Finalmente llevé a cabo la experiencia más importante y necesaria: me sometí a mí mismo a la máxima anabiosis. Fue el año pasado. Quizá recuerde usted que se habló de que el profesor Bern se hallaba gravemente enfermo. Estuve algo más que enfermo. Estuve «muerto» seis meses enteros. Y le diré a usted, Nimayer, que se trata de una sensación muy especial, si puede hablarse así de la ausencia de toda sensación. Durante el sueño normal percibimos, aunque de una manera más lenta, el ritmo del tiempo. En el caso de que le hablo, no. Experimenté algo como el ligero desfallecimiento que produce un narcótico. Luego, el silencio y la oscuridad. Después, la vuelta a la vida. Al otro lado no había nada...

Bern estaba sentado indolentemente, con las piernas estiradas y los brazos, nerviosos y morenos, cruzados detrás de la cabeza. A través de los cristales de las gafas sus ojos tenían una mirada pensativa.

—El Sol... Un pequeño globo luminoso que alumbra débilmente un rinconcito

del infinito espacio negro. A su alrededor, globos más pequeños todavía y fríos. Toda la vida en ellos depende sólo del Sol... Y en uno de esos pequeños globos aparece la humanidad, una familia de animales racionales. ¿Cómo surgió? A este respecto existen muchas leyendas e hipótesis.

»Una cosa es indudable: para la aparición de la humanidad hizo falta en nuestro planeta un cataclismo enorme, una conmoción geológica que modificó las condiciones de vida de los animales superiores, los monos. Todas las opiniones coinciden en que ese cataclismo fue el período glaciario. El rápido enfriamiento del hemisferio boreal y la reducción de los alimentos vegetales obligó a los monos antropomorfos a empuñar la piedra y la estaca para obtener carne, les obligó a adaptarse al trabajo y a amar el fuego».

—Eso es justo —asintió Nimayer.

—¿Por qué se produjo el período glaciario? ¿A qué se debe que este desierto, incluso el Sahara, no fueran en tiempos desiertos sino lugares donde se desarrollaban impetuosamente la flora y la fauna? No hay más que una hipótesis lógica: la que relaciona los períodos glaciares con la precesión del eje terrestre. Lo mismo que en cualquier girándula que no tenga una forma ideal, el eje de la Tierra está sometido a precesión, a describir unos círculos lentos, muy lentos: uno cada 26.000 años. Mire usted —prosiguió el profesor después de trazar en la arena con una cerilla una elipse, un pequeño sol en el foco y un globo de eje inclinado representando la Tierra—. La inclinación del eje de la Tierra con respecto al eje de la eclíptica es, como usted sabe, de veintitrés grados y medio. Y el eje terrestre describe en el espacio un cono con este ángulo central... Perdóneme usted que le repita cosas que de sobra conoce, Nimayer, pero para mí tienen mucho valor. En realidad, no se trata del eje, puesto que la Tierra no lo tiene. Lo importante es que, al transcurrir los milenios, se producen modificaciones en la situación de la Tierra con respecto al Sol.

»Hace cuarenta mil años el Sol estaba enfocado hacia el hemisferio austral y los hielos invadieron el Norte. En diferentes lugares —en Asia Central probablemente— aparecieron tribus de monos antropomorfos, reunidos en colectividades por la dura necesidad geofísica. Durante este ciclo de precesión surgieron las primeras culturas. Luego, cuando los hemisferios boreal y austral cambiaron de situación respecto al Sol al cabo de trece mil años, algunas tribus aparecieron también en el hemisferio austral...

»En el hemisferio boreal el próximo período glaciario comenzará dentro de doce o trece milenios. La humanidad es ahora incomparablemente más fuerte y podrá contrarrestar este peligro... si todavía existe para entonces. Pero yo estoy persuadido de que ya no existirá entonces. Marchamos hacia nuestra propia muerte al ritmo cada día más acelerado que permite la ciencia contemporánea... Yo he conocido dos guerras mundiales: en la primera fui soldado y en la segunda estuve en Majdanek. He asistido a las pruebas de bombas atómicas y bombas de hidrógeno y, de todas maneras, no llego a imaginarme lo que podría ser la tercera guerra mundial. ¡Es

horrible! Sin embargo, más horrible todavía es escuchar a los hombres que declaran con una precisión científica: la guerra comenzará dentro de tantos meses: golpe atómico masivo contra los grandes centros industriales del enemigo, inmensos desiertos radiactivos... ¡Y son científicos los que así hablan! Es más, buscan la manera de garantizar la radiación más eficiente del suelo, del agua y del aire. He leído hace poco un trabajo científico de unos norteamericanos donde se demostraba que, para lograr la despedida máxima de suelo radiactivo, el proyectil atómico debe penetrar en la tierra por lo menos cincuenta pies. ¡Una pesadilla científica!».

Bern se levantó con las manos en la cabeza.

Se había puesto el sol y caía la noche, asfixiante. Las estrellas, escasas y sin brillo, estaban quietas en el espacio, cuyo azul iba tornándose rápidamente negro. También el desierto estaba negro, y sólo era posible distinguirlo del cielo porque no tenía estrellas.

El profesor se había calmado ya y hablaba como ensimismado, casi sin entonaciones. No obstante, su verbo monótono causaba escalofríos a Nimayer a pesar del calor.

—Las bombas nucleares quizá no pulvericen el planeta. Pero tampoco hará falta. Saturarán la atmósfera de la Tierra de una radiactividad máxima. Y ya sabe usted cómo influye la radiación en la natalidad. En el transcurso de varias generaciones, los restos supervivientes de la humanidad se convertirán en degenerados incapaces de superar las increíbles dificultades que plantea la vida. Es posible que los hombres tengan tiempo de inventar armas de suicidio en masa todavía más perfectas y refinadas. Cuanto más tarde en comenzar la tercera matanza mundial, más terrible será. Y yo no he visto en toda mi vida que los hombres dejen escapar la ocasión de pelearse... Entonces, para la época en que termine ese ciclo en nuestro globo, no quedarán seres racionales.

El profesor adelantó las manos hacia las arenas muertas.

—Durante mucho tiempo girará en torno al Sol un planeta tan vacío y silencioso como este desierto. La corrosión destruirá el hierro. Los edificios se desmoronarán. Luego llegará un nuevo período glacial y las moles de los hielos borrarán como una esponja los restos muertos de nuestra infortunada civilización... ¡Se terminó! La Tierra se ha purificado y está dispuesta a recibir a una nueva humanidad. Nosotros, los hombres, frenamos ahora considerablemente el desarrollo de todos los animales: les quitamos espacio, los exterminamos, destruimos las variedades raras. Cuando la humanidad desaparezca, la fauna liberada empezará a desarrollarse impetuosamente en número y en calidad. Cuando llegue el nuevo período glacial los antropomorfos se hallarán bastante preparados para comenzar a razonar. Así debe aparecer la nueva humanidad. Quizá tenga más suerte que la nuestra.

—Perdone usted, profesor, pero sobre la Tierra hay algo más que dementes y suicidas —exclamó Nimayer.

—Tiene usted razón —replicó Bern con sonrisa amarga—. Sin embargo, un

demente se basta para causar daños que no puedan subsanar mil hombres cuerdos. Y yo quiero ver lo que pasa cuando llegue la nueva humanidad. El relé de tiempo de mi instalación —explicó Bern señalando el pozo con un movimiento de cabeza— contiene un isótopo radiactivo de carbono con un período de semifisión de ocho mil años aproximadamente. El relé está calculado a fin de que actúe dentro de ciento ochenta siglos: para entonces la radiación del isótopo se habrá reducido hasta el punto que las laminillas del electroscopio se junten y cierren el circuito. Este desierto muerto habrá vuelto a convertirse entonces en una floreciente región subtropical y existirán aquí las condiciones más favorables de vida para los nuevos antropomorfos.

Nimayer se incorporó y pronunció agitado:

—Los incendiarios de guerra son unos dementes. De acuerdo. Pero ¿y usted? ¿Y su propósito? ¡Quererse congelar por espacio de dieciocho mil años!

—No hay que hablar de «congelación» a secas —objetó tranquilamente Bern—. Se trata de todo un conjunto de muerte convertible: congelación, anestesiamento, antibióticos...

—¡Pero eso es un suicidio! —gritó Nimayer—. No logrará usted convencerme. Aún no es tarde...

—No. El riesgo no es aquí mayor que en cualquier experimento complicado... Ya sabe usted que hace cuarenta años se extrajo de la capa de congelación perpetua el cadáver de un mamut en la tundra siberiana. La carne se había conservado tan perfectamente que los perros se alimentaron de ella encantados. Si el cadáver del mamut se había conservado intacto decenas de miles de años en condiciones naturales fortuitas, ¿por qué no he de poder conservarme yo en condiciones científicamente calculadas y comprobadas? Y los elementos térmicos a base de semiconductores inventados por usted permitirán de manera simple y segura transformar el calor en fluido eléctrico y, de paso, producirán además la refrigeración. Espero que no fallarán en estos dieciocho mil años, ¿eh?

Nimayer se encogió de hombros.

—Los elementos térmicos no fallarán, naturalmente. Se trata de aparatos sumamente sencillos y, además, tendrán en el pozo las condiciones más favorables: oscilaciones nimias de temperatura, ausencia de humedad... Puede asegurarse que aguantarán este tiempo tan bien como el mamut. Pero ¿y los demás aparatos? Con que se estropee uno solo en los dieciocho milenios...

Bern se desperezó sobre el fondo de las estrellas.

—Los demás aparatos no tendrán que soportar un plazo tan inmenso. Sólo deben funcionar dos veces: mañana por la mañana y dentro de ciento ochenta siglos, en los albores del próximo ciclo de vida de nuestro planeta. El resto del tiempo lo pasarán conservados conmigo en la cámara.

—Y dígame, profesor... ¿sigue usted creyendo firmemente en el final de nuestra humanidad?

—Ésa es una cosa que da miedo imaginar —contestó Bern pensativo—. Pero,

además de ser científico, también soy una persona. De ahí que quiera verlo yo por mí mismo... Bueno, vamos a acostarnos; mañana tenemos mucho que hacer...

A pesar del cansancio Nimayer durmió mal aquella noche. Ya fuera por el calor, ya por la impresión de los relatos del profesor, su cerebro hallábase excitado y el sueño no acudía. En cuanto los primeros rayos del sol acariciaron la tienda de campaña, se levantó con un suspiro de alivio. Bern, que dormía a su lado, abrió en seguida los ojos:

—¿Empezamos?

Desde la fría profundidad del pozo se veía un trocito de cielo extraordinariamente azul. La estrecha bocamina se ensanchaba abajo. En un nicho se encontraba allí la instalación que Nimayer y Bern habían montado los últimos días. Por los muros de arena del pozo corrían hasta ella los gruesos cables de los elementos térmicos.

Bern comprobó por última vez el funcionamiento de todos los aparatos de la cámara. Siguiendo sus indicaciones, Nimayer había hecho una pequeña excavación en lo alto del pozo para depositar la carga y había llevado los cables hasta la cámara. Terminados todos los preparativos, subieron a la superficie. El profesor encendió un cigarrillo y miró a su alrededor.

—El desierto tiene hoy un aspecto magnífico, ¿verdad? Bueno, querido auxiliar mío, me parece que ya está todo. Dentro de unas horas detendré mi vida, y esto será lo que usted llama absurdamente suicidio. Mire usted los hechos sencillamente. La vida, esa cosa enigmática cuyo sentido se busca constantemente, no es más que un breve rasgo en la cinta infinita del tiempo. Pues bien: que mi vida se componga de dos «rasgos»... Bueno, diga usted algo antes de separarnos. ¡Es tan raro que usted y yo hablemos «así porque sí»!

Nimayer permaneció un momento callado, mordiéndose los labios.

—No sé, la verdad... ¿Qué voy a decir? Todavía no me hago a la idea de que se decida usted a eso. Me da miedo creerlo.

—¡Hum! Ha disminuido usted mi preocupación —sonrió Bern—. Cuando alguien se preocupa por uno, las cosas no parecen tan terribles. Vamos a evitarnos la pesadumbre de una larga despedida. Cuando regrese usted, finge la catástrofe del helicóptero como hemos decidido. Ya comprenderá que el secreto es condición imprescindible de este experimento. Dentro de dos semanas comenzarán las tormentas de otoño... Adiós... Y no me mire usted así: ¡he de sobrevivirles a todos! —el profesor tendió la mano a Nimayer.

—¿La cámara está calculada para una sola persona? —preguntó de pronto Nimayer.

—Sí, para una sola... —replicó Bern con expresión conmovida—. Me parece que empiezo a reprocharme no haber tratado de persuadirle antes —el profesor puso el pie en el primer travesano de la escalera—. ¡Dentro de cinco minutos aléjese del pozo!

Su cabeza gris desapareció en la profundidad de la bocamina.

Bern atornilló la puerta, revistió una escafandra especial de la que partían numerosos tubos y tendiose en un lecho de plástico que había en el suelo de la cámara y que tenía el contorno exacto de su cuerpo. Se removió un poco para comprobar que no sentía presión en ninguna parte. Delante de él, en el cuadro de mandos, alumbraban tranquilamente las lámparas de señales informándole de que los aparatos estaban listos.

El profesor buscó el botón que comunicaba con los explosivos y, después de una pausa, lo oprimió. Percibió una ligera conmoción, pero el ruido no penetró en la cámara. El pozo había quedado cegado. Con un postrero ademán, Bern conectó las pompas de refrigeración y de anestesia, colocó el brazo en el hueco correspondiente de su «lecho» y, con la mirada fija en el globo que brillaba en el techo de la cámara, se puso a contar los segundos...

Nimayer vio salir del pozo una pequeña columna de arena y polvo al mismo tiempo que se escuchaba un golpe sordo. La cámara de Bern hallábase ahora enterrada bajo una capa de tierra de quince metros... Nimayer miró a su alrededor: le imponía encontrarse ahora en medio del desierto callado. Después de unos momentos dirigióse lentamente hacia el helicóptero.

A los cinco días, y después de haber hecho volar concienzudamente el helicóptero, llegó hasta una pequeña ciudad mongola.

Al cabo de una semana comenzaron los vientos otoñales. Empujando las dunas de un lado para otro, borraron todas las huellas. Las arenas, infinitas como el tiempo, igualaron el último campamento de la expedición de Bern, y este lugar dejó de distinguirse enteramente del panorama circundante...

De la oscuridad avanzaba lentamente una lucecilla verde, trémula y difusa. Cuando dejó de titilar comprendió Bern que era la lámpara de señales del relé radiactivo. Se había puesto a funcionar.

La conciencia iba aclarándose poco a poco. Bern divisó a la izquierda las laminillas separadas del electroscopio del reloj de siglos. Estaban entre las cifras «19» y «20». Mediados del milenio veinte. Había razonado normalmente, y Bern experimentó una ligera emoción.

V. G. M. P. B. A. C. E.



«Comprobemos el cuerpo». Movi6 con cuidado los brazos, las piernas y el cuello, abri6 y cerr6 la boca. Su cuerpo obedecia normalmente. Tan s6lo la pierna derecha estaba algo entumecida. De haberla tenido en mala postura o de que la temperatura se habia elevado con rapidez excesiva... Bern hizo todav6a algunos movimientos en6rgicos para desentumecerse y luego se levant6. Inspeccion6 los aparatos. Las agujas de los volt6metros hab6an bajado: se conoce que los acumuladores se hab6an agotado un poco con la descongelaci6n. Bern conect6 todas las bater6as t6rmicas para que cargaran todos los acumuladores y las agujas se estremecieron en seguida y comenzaron a subir. Se acord6 de Nimayer. Los elementos t6rmicos no hab6an fallado. Este recuerdo llev6 a sus pensamientos una extra6a y dolorosa sensaci6n doble: «Hace tiempo que no existe ya Nimayer, que no existe nadie»...

Su mirada se pos6 en el globo met6lico del techo. Estaba oscuro y sin ning6n brillo. La impaciencia iba apoder6ndose de Bern. Inspeccion6 una vez m6s los volt6metros: los acumuladores se hab6an cargado poco, pero, conect6ndolos al mismo tiempo que las bater6as t6rmicas, la energ6a deb6a ser suficiente para salir a la superficie. Bern se quit6 la escafandra y, a trav6s de una escotilla que hab6a en el techo de la c6mara, penetr6 en la esfera motriz.

Conect6 un interruptor y escuch6 el leve rugido de los motores el6ctricos al ponerse en marcha. El taladro de la esfera empez6 a horadar la tierra. El suelo se estremeci6 levemente y Bern not6 satisfecho que la esfera ascend6a con lentitud...

Finalmente ces6 el repiqueteo seco de las piedrecillas contra el metal. La esfera hab6a salido a la superficie. Bern se puso a desatornillar con una llave inglesa las tuercas de la puerta. Opon6an resistencia y se lastim6 los dedos. Por las rendijas penetr6 al fin una luz azulada de crep6sculo. Con algunos esfuerzos m6s, sali6.

En el fresco crep6sculo vespertino le rodeaba un bosque oscuro y callado. El taladro de la esfera hab6a removido la tierra precisamente junto a las ra6ces de uno de los 6rboles cuyo tronco poderoso elevaba al cielo oscuro una tupida enramada. Bern se sobrecogi6 al pensar lo que habr6a podido suceder si aquel 6rbol hubiera tenido la ocurrencia de crecer medio metro a la izquierda.

Acercose al 6rbol y lo palp6: la corteza 6spera le dej6 los dedos h6medos. «¿Qu6 variedad ser6 6sta? Hay que esperar a verlo de d6a».

El profesor volvi6 a la esfera y revis6 todas sus reservas: conservas de comida y agua, br6jula, pistola. Encendi6 un cigarrillo. «As6 pues, de momento tengo yo raz6n —pens6 triunfante—. El desierto se ha cubierto de bosque...». Habr6a que comprobar si no engañaba el reloj radiactivo. Pero ¿de qu6 forma?

Los 6rboles no estaban muy tupidos y entre ellos aparec6an las estrellas que iban encendi6ndose en el cielo. Bern mir6 hacia arriba y en seguida se dijo: «¡Ahora la “estrella Polar” debe ser Vega!».

Tom6 la br6jula, busc6 a tientas un 6rbol de ramas bajas y trep6 a 6l como pudo. Las ramas le ara6aban la cara. Su ruido asust6 a un ave: lanz6 un grito agudo y parti6 de una rama, golpeando dolorosamente a Bern en un hombro. Su extra6o grito reson6

mucho tiempo en el bosque. Jadeante, el profesor se instaló en una de las ramas altas y levantó la cabeza.

Había oscurecido por completo. Sobre él se extendía un cielo enteramente desconocido, con profusión de brillantes estrellas. El profesor buscaba con los ojos las constelaciones familiares: ¿dónde estaría la Osa Mayor y Casiopea? No aparecían ni podían aparecer: en el transcurso de los milenios las estrellas se habían desplazado, confundiendo todos los mapas estelares. Solamente la Vía Láctea atravesaba como antes el cielo con su deslavazada franja de partículas brillantes. Bern se acercó la brújula a los ojos y descubrió la aguja, que fosforecía ligeramente en la oscuridad señalando la dirección del Norte. Luego miró hacia allá. Sobre el horizonte negro, a escasa altura, allí donde terminaba el cielo tachonado de estrellas, lanzaba un resplandor verdoso casi fijo la más brillante de ellas: Vega. A su alrededor refulgían unos astros más pequeños: la constelación desfigurada de la Lira.

No cabía la menor duda: Bern se encontraba en los albores del nuevo ciclo de precesión: en el milenio veinte...

Bern se pasó la noche reflexionando, incapaz de dormir, y aguardando impaciente el amanecer. Las estrellas se apagaron por fin y desaparecieron. Entre los árboles empezó a advertirse una niebla gris transparente. El profesor se fijó en la hierba tupida y alta que crecía a sus pies: era musgo, ¡pero gigantesco! Así pues, conforme había supuesto él, después de los glaciares habían empezado a desarrollarse los helechos, las plantas más primitivas y resistentes.

Bern echó a andar por el bosque, absorbiéndose poco a poco en sus observaciones. Sus pies se enredaban en los tallos largos y flexibles del musgo. Al poco rato, tenía los zapatos empapados de rocío. Debía ser ya el otoño. Las hojas de los árboles ofrecían la más variada coloración: las verdes se mezclaban con otras rojas, anaranjadas y amarillas. Llamaron la atención de Bern unos árboles esbeltos, de corteza cobriza. Sus hojas se distinguían entre las demás por el lozano color verde oscuro. Al acercarse más advirtió que el árbol se asemejaba a un pino aunque, en lugar de agujas, tenía una hojas pequeñas, duras, cortantes como las espadañas, y con un claro olor a pino.

El bosque iba cobrando vida gradualmente. Sopló una brisa ligera ahuyentando los restos de la niebla. Sobre los árboles salió el sol. Era el astro de siempre, eternamente joven en su rutilante resplandor. No había cambiado nada en ciento ochenta siglos.

El profesor andaba, tropezando en las raíces y reteniendo a cada instante las gafas que se le resbalaban de la nariz. De pronto crujieron unas ramas y se escucharon una especie de gruñidos. Por entre unos árboles apareció un cuerpo de color marrón y una cabeza de forma cónica. «Un jabalí —se dijo Bern—. Pero no es igual que los de antes. Éste tiene un cuerno afilado sobre la jeta». El jabalí que había divisado a Bern se inmovilizó un instante y luego huyó chillando entre los árboles. «¡Oh! Se asusta del hombre», pensó sorprendido el profesor, siguiéndole con la mirada. Y, de pronto,

su corazón empezó a latir con ritmo precipitado: sobre el musgo, al que daba un matiz grisáceo el rocío, habían quedado claramente impresas unas oscuras huellas húmedas a través del claro. Eran las huellas de un pie de hombre descalzo.

El profesor se inclinó sobre una de las huellas. La planta del pie era plana y el pulgar se apartaba de los demás dedos. ¿Sería posible que hubiera acertado hasta tal grado? ¡Por allí había pasado poco antes un hombre! Bern se desentendió de cuanto no eran aquellas huellas y las siguió, inclinado, para ver mejor. «Aquí existen personas y, a juzgar por el hecho de que los jabalíes les temen, deben ser fuertes y ágiles...».

... El encuentro se produjo inopinadamente. Las huellas conducían a un claro del bosque donde se escuchaban unos sonidos guturales y agrios y donde Bern vio luego algunos seres recubiertos de pelo de color gris amarillento. Estos seres, agibados, estaban de pie junto a los árboles y se sujetaban a las ramas. Miraban hacia el lugar por donde había aparecido el profesor. Bern se detuvo para ponerse a observar ávidamente, olvidando toda preocupación, a aquellos bípedos. Indudablemente se trataba de monos antropomorfos: manos de cinco dedos, frente deprimida hacia atrás, partiendo de los arcos superciliares enormes, la mandíbula muy adelantada debajo de una breve nariz. Advirtió que dos de ellos llevaban sobre los hombros unos trozos de piel.

Todo había ocurrido, pues, como él lo había previsto. Bern experimentó de pronto una soledad irritante y angustiosa. «El ciclo ha terminado. Lo que hubo hace decenas de milenios ha reaparecido a través de los milenios...».

En esto, uno de los simios se adelantó hacia Bern y gritó algo. El grito tenía una entonación imperiosa. En manos del mono advirtió el profesor una estaca nudosa. Debía ser el jefe, porque los demás le siguieron. Sólo entonces se dio cuenta Bern del peligro que le amenazaba. Los monos se acercaban, contoneándose bastante torpemente pero con rapidez sobre sus piernas encogidas. El profesor disparó al aire todo el cargador de la pistola y huyó al bosque.

Ése fue su error. Si hubiera echado a correr por un lugar descubierto, difícilmente habrían podido darle alcance los monos sobre sus piernas mal adaptadas todavía a la posición erecta. Pero, en el bosque, llevaban ellos las de ganar. Se lanzaban de árbol en árbol con destemplados gritos victoriosos, agarrándose a las ramas para tomar impulso. Algunos realizaban así saltos gigantescos.

Delante de todos iba el «jefe», con la estaca.

El profesor escuchaba a su espalda unos gritos frenéticos y jubilosos: los monos iban dándole alcance. «Esto se parece a un “linchamiento” —se dijo—. No debía haber huido: el que huye siempre pierde...». Su corazón latía precipitadamente, tenía la cara bañada en sudor y las piernas le parecían pesadas y blandas. Pero el temor desapareció de pronto, desplazado por este pensamiento implacable y nítido: «¿Para qué correr? ¿De qué quiero salvarme? El experimento ha terminado...». Se detuvo y, abrazado a un tronco, volvió la cara hacia sus perseguidores.

Delante de todos corría el «jefe», como derrengado. Agitaba la estaca sobre su cabeza. El profesor vio unos ojillos pequeños, feroces y temerosos, con cejas rojas peludas, y los dientes descubiertos. La piel estaba chamuscada en el hombro izquierdo. «Eso es que conocen ya el fuego», observó en seguida el profesor. Cuando estuvo a su lado, el «jefe» lanzó un grito, tomó impulso y descargó la estaca sobre la cabeza del profesor. El tremendo golpe arrojó al científico al suelo con el rostro bañado en sangre. Estuvo a punto de perder el conocimiento. Luego vio a los monos que acudían corriendo, al «jefe» que enarbolaba de nuevo la estaca para un golpe postrero, y una cosa plateada que refulgía en el cielo azul.

«De todas maneras, la humanidad renace», pensó un segundo antes de que la estaca cayera sobre su cabeza, privándole de la facultad de razonar...

Unos días después se publicaba la siguiente comunicación en el *Boletín de la Academia Mundial*:

... «El 12 de septiembre del año 18.879 de la E.H.L. (Era del Hombre Liberado) ha sido hallado el cuerpo de un hombre herido en el coto asiático enclavado en el antiguo desierto de Gobi. El hombre, en estado de inconsciencia, fue trasladado en una iononave rápida al punto más inmediato de Restablecimiento de la Vida. Actualmente no ha recobrado todavía el conocimiento, pero su vida se halla fuera de peligro.

Por la configuración del cráneo y por el sistema nervioso, así como por los restos de ropa que conservaba sobre él, este hombre puede pertenecer a los primeros siglos de nuestra Era. De momento no se ha podido establecer de qué manera un hombre de entonces, dado el bajo nivel de desarrollo de la ciencia y la técnica, haya podido conservar su vida en el transcurso de más de dieciocho mil milenios. Una expedición especial de la Academia lleva a cabo enérgicas investigaciones en el coto.

Como es sabido, varias generaciones de biólogos realizan en el coto de Gobi experimentos para comprobar la justeza de la hipótesis del origen del hombre y de la colectividad humana. Sus esfuerzos han permitido obtener un género de monos que, por su nivel de desarrollo, son un eslabón intermedio entre los monos antropomorfos y los pitecántropos, que existieron hace centenares de miles de años. Una tribu de estos monos habita en las proximidades del lugar donde se encontró al Hombre del Pasado. Probablemente tuvo ese trágico final un encuentro fortuito con ellos.

Se invita a la sección de Paleontología de la Academia a que intensifique en adelante la vigilancia de los cotos. Conviene prestar una atención especial a que los monos hombres no empleen sus instrumentos de trabajo como instrumentos de muerte. Esto podría reflejarse de manera perniciosa en la formación de su mentalidad.

La Presidencia de la Academia Mundial».

Título original:
Пробуждение профессора Берна
© 1968, *Mezkniga*.
Traducción de Isabel Vicente

SUEÑOS DE CRISTAL

MARCIAL SOUTO

Marcial Souto, que acaba de regresar recientemente de los Estados Unidos, donde ha tenido ocasión de conocer a los principales autores de ciencia ficción de aquel país, es uno de nuestros más activos colaboradores. Sin embargo, hasta ahora no se había decidido a enviarnos ningún relato, ignoramos aún por qué razón. A la espera de que lo haga, he aquí, como anticipo, su particular versión de lo que debe ser un «cuento de choque».

Una casa abandonada.

Vieja. Oscura. Los marcos de las ventanas son cáscaras y los vidrios han caído.

Dentro, todo está en silencio. De vez en cuando, una hoja que entra empujada por el viento es copiada por un espejo. Luego cae y queda allí, esperando otras.

El espejo copiahojas cuelga del centro de una pared y es el único ser vivo en la casa. Es grande y ya casi ha olvidado cómo son los hombres. El hilo que lo sostiene está cada día más débil.

Hubo un tiempo en que los hombres y las mujeres se detenían frente a él. Entonces copiaba con avidez y por las noches, cuando todos dormían, bajaba a ensayar formas de quienes se habían mirado en él. Caminaba por el cuarto probando sus piernas copiadas, y a veces, asomando por la ventana su cabeza de hombre o mujer, veía los árboles y las casas más allá. Nunca se atrevía a salir.

Y al oír el menor ruido, corría a la pared y se colocaba en su marco. Hasta la próxima oportunidad.

Pero ahora ya no podía hacerlo más. Sus recuerdos eran borrosos y no podía reproducirlos correctamente. La última vez en intentarlo, las piernas y la forma del cuerpo fueron tan imperfectas que se cayó al suelo. Tuvo que buscar en su memoria la vaga imagen de un gato para llegar, ayudado por sus cuatro patas, hasta la pared.

Hombres. Hombres. Hombres. Ya no los podré copiar más. Los he olvidado. Estoy olvidando todo. Estoy olvidando todo. Estoy olvidando... ¿quién soy?

Se rompió el hilo.

Una vuelta en el aire. Cara al techo.

Veintitrés pedazos.

Una muerte...

... y veintitrés vidas nuevas. Sin recuerdos.

Llegó la primavera y el viento secó todos los rincones y puso susurros verdes en los árboles.

*Un día, el sol llevó una mariposa a la ventana.
Entró en la sombra, dio varias vueltas torpemente, y al fin sobrevoló el desastre.
De él fueron saliendo una, tres, ocho, veinte. Veintitrés mariposas.
Aletearon hasta la ventana y salieron al brillante día, libres.
Tintineantes sus colores, sin producir sombras.*

© 1968, Marcial Souto y Nueva Dimensión.



EL ENIGMA DE OTRO MUNDO

JOHN W. CAMPBELL JR.

John W. Campbell, editor de las famosas revistas **Astounding** y **Analog**, es uno de los autores que, tanto bajo su verdadero nombre como bajo el de Don. A. Stuart, más ha hecho para que la ciencia figure en las obras de ciencia ficción. Como editor, alentó e introdujo al público autores como Heinlein, Asimov, Simak y Sturgeon, y sus editoriales científicos en las citadas revistas, recopilados más tarde en un libro, han hecho época. Aquí les presentamos una de sus obras maestras, escrita en 1937, y que dio lugar a la película «El enigma de otro mundo», de gran éxito en su día en las pantallas de todo el orbe.

ilustraciones del film R.K.O. del mismo título

1

Aquello hedía. Con un hedor extraño, el hedor de una mezcla de olores que sólo conocen las cabañas sumergidas en los hielos de un campamento antártico, y en el que se advierten el olor a sudor humano y el denso dejo a aceite de pescado de la esperma de foca derretida. Un dejo a linimento combatía el rancio hedor a pieles impregnadas de sudor y de nieve. El acre olor a grasa de cocinar quemada y el olor animal y no desagradable de los perros, diluidos por el tiempo, se cernían en el aire.

Los olores a aceite de máquina que subsistían contrastaban claramente con el de los arneses y cueros. Pero, en cierto modo, entre todo aquel hedor a seres humanos y a sus compañeros —los perros, las máquinas y la cocina— se percibía otra tonalidad. Era algo raro, asfixiante, el dejo apenas perceptible de un olor extraño entre los olores de la industria y de la vida. Y era un olor a vida. Pero provenía del objeto que yacía atado con cuerdas y lona embreada sobre la mesa, goteando lenta y metódicamente sobre los pesados tablones, húmedo y delgado bajo el resplandor sin pantalla de la luz eléctrica.

Blair, el pequeño biólogo calvo de la expedición, tiró nerviosamente de la envoltura, descubriendo el hielo límpido y oscuro que había debajo y reintegrando luego a su lugar la lona embreada con gesto de impaciencia. Sus pequeños movimientos de pájaro y su reprimida ansiedad hacían bailar su sombra sobre la orla de la ropa interior de un gris sucio que pendía del bajo cielo raso, y sobre su orla ecuatorial de cabello erizado y gris en torno de su pelado cráneo, formando una cómica aureola.

El comandante Garry se adelantó hacia la mesa. Lentamente, sus ojos rastrearon los círculos de hombres apretujados en la Casa de la Administración. Su cuerpo alto y erecto concluyó de erguirse y asintió.

—Treinta y siete. Todos están aquí.

Hablaba en voz baja, pero ostentaba la clara autoridad de un comandante nato, de un comandante que no sólo lo es por su título.

—Ustedes conocen en líneas generales lo que hay en la trastienda de ese descubrimiento de la expedición del Polo Secundario. He estado conferenciando con el segundo comandante McReady y con Norris, así como con Blair y el doctor Copper. Hay una diferencia de opiniones y como esto involucra a todo el grupo, es simplemente justo que todo el personal de la expedición se ocupe del asunto.

»Voy a pedirle a McReady que les proporcione los detalles, ya que ustedes han estado demasiado atareados con sus respectivos trabajos para seguir de cerca los esfuerzos de los demás. ¿McReady?».

Al surgir del segundo término, donde se cernía el azul del humo, McReady parecía una figura de algún mito olvidado, una estatua de bronce dotada de vida y que caminaba. Medía seis pies y cuatro pulgadas, y cuando se detuvo junto a la mesa, después de una mirada característica hacia arriba para cerciorarse de que tenía espacio suficiente bajo las cortas vigas del techo, se irguió. Llevaba aún su chaqueta, resistente y de un anaranjado detonante, pero que dada su enorme complexión física no parecía fuera de lugar. Aun allí, a metro y medio por debajo del viento que zumbaba sobre la desolada extensión antártica, penetraba el frío del continente helado y daba sentido a la aspereza del hombre. Y McReady era de bronce: su barba, de un rojo bronceo, y la roja cabellera a tono con ella. Las nudosas manos que se crispaban y descansaban continuamente sobre los tablones de madera, eran de bronce. Hasta los hundidos ojos, debajo de aquellas gruesas cejas, tenían tonalidades bronceas.

La durabilidad del metal, que resistía al tiempo, se revelaba en los ásperos y duros contornos de su rostro y en los suaves tonos de su gruesa voz.

—Norris y Blair están de acuerdo en una cosa: en que el ser que hemos hallado aquí no es... de origen terrestre. Norris teme que pueda haber peligro en eso: Blair dice que no lo hay.

»Pero volveré a explicar cómo y por qué lo encontramos. Según todo lo que se sabía antes de que viniéramos aquí, parece ser que este punto se halla exactamente sobre el polo magnético sur de la tierra. La brújula no apunta directamente hacia aquí, como todos ustedes saben. Los instrumentos más delicados de los físicos, especialmente diseñados para esta expedición, y su estudio del polo magnético, percibieron un efecto secundario, una influencia magnética secundaria y menos poderosa a unos 130 kilómetros al sudoeste de aquí.

»La expedición magnética secundaria salió a investigarlo. No hay necesidad de detalles. Lo hallamos, pero no era el enorme meteorito ni la fuente magnética que esperaba encontrar Norris. La ganga de hierro es magnética, como ustedes saben: el hierro, con tanto mayor motivo... y ciertos aceros especiales, más magnéticos aún. A juzgar por las indicaciones superficiales, el polo secundario que encontramos era

pequeño, tan pequeño que su efecto magnético era ridículo. Ningún material magnético concebible podía causarlo. Los sondeos del hielo indicaron que estaba dentro de los treinta metros de la superficie del ventisquero.

»Creo que ustedes deben conocer la estructura del lugar. Hay una ancha meseta, una extensión llana que llega a más de 230 kilómetros al sur de la estación secundaria, según dice Van Wall. Él no tuvo tiempo ni combustible para volar más lejos, pero aquella meseta se extendía con la misma lisura hacia el sur. Ahí mismo, donde estaba enterrado eso, había un cerro hundido en el hielo, una muralla de granito de incommovible fortaleza que había impedido que los hielos se arrastraran hacia el sur.

»Acampamos durante doce días allí, en el borde de esa cordillera hundida en el hielo. Cavamos nuestro campamento en el azul hielo que formaba la superficie. Pero durante doce días consecutivos el viento sopló a 70 kilómetros por hora. Llegó hasta los 80 y bajó a los 60. La temperatura era de 63 grados bajo cero. Aumentó a 60 y bajó a 68. Aquello era meteorológicamente imposible y prosiguió en forma ininterrumpida durante doce días y doce noches.

»Más al sur, el aire helado de la meseta polar del sur surge de ese cuenco de 6000 metros, baja por un desfiladero de la montaña, pasa por sobre un glaciar y sigue hacia el norte. Debe haber una cordillera que forma túnel y lo encauza, y lleva ese aire helado por espacio de 600 kilómetros hasta dar con la pelada meseta donde encontramos el polo secundario, y a 550 kilómetros más al norte llega al océano Antártico.

»Allí siempre ha habido hielos, desde que la Antártida se heló hace veinte millones de años. Nunca debe haberse producido un deshielo.

»Hace veinte millones de años, la Antártida estaba empezando a helarse. Pero practicamos investigaciones y bosquejamos conjeturas. Lo que sucedió, fue poco más o menos esto:

»Algo bajó del espacio, una nave. La vimos allí, en el hielo azul: era algo así como un submarino sin torrecilla ni timones orientadores, de 90 metros de longitud y 15 de diámetro en su parte más gruesa.

»Aquello bajó del espacio, impulsado y llevado por fuerzas que los hombres no han descubierto aún, y no sé cómo —quizás algo funcionó mal— quedó atrapado en el campo magnético de la Tierra. Vino aquí, al sur, sin gobierno probablemente, circunvalando el polo magnético. Aquello es un país salvaje: pero cuando la Antártida se estaba helando, aún, debía ser mil veces más salvaje. Hubo probablemente una fuerte nevada, así como un acarreo de materiales de los ventisqueros, y volvió a nevar mientras el continente se helaba. El torbellino debió ser allí particularmente serio, ya que el viento lanzaba un compacto manto blanco sobre el borde de esa montaña, ahora enterrada.

»La nave chocó al avanzar con una masa maciza de granito y se destrozó. No murieron todos los pasajeros, pero el aparato debió quedar estropeado y su

mecanismo de impulsión bloqueado. Norris cree que lo atrapó el campo magnético de la Tierra. Nada de lo hecho por seres dotados de inteligencia puede ser atrapado por la muerta inmensidad de las fuerzas naturales de un planeta y sobrevivir.

»Uno de los pasajeros salió de la nave. El viento que soportamos allí nunca bajó de los 41, y la temperatura nunca excedió los -60. Luego, el viento debió arreciar. Y la nevada caía en maciza sábana. Ese *ser* debió extraviarse a diez pasos de distancia».

McReady hizo una breve pausa y su grave y firme voz dejó paso libre al zumbido del viento en las alturas y al incómodo y malicioso gorgoteo en la chimenea del hornillo de la cocina.

El viento, un viento de ventisquero, soplaba en lo alto. Ahora, la nieve recogida por las murmurantes ráfagas caía en líneas parejas y cegadoras sobre la parte delantera del sepultado campamento. Si un hombre salía de los túneles que unían los edificios subterráneos del campamento, se perdía a diez pasos de distancia. Afuera, el dedo delgado y negro del mástil radiotelefónico se erguía a 100 metros de altura y más arriba estaba el claro cielo nocturno. Un cielo de viento débil y gimiente que cubría el manto lamiente y enroscado del alba. Y, al norte, llameaban en el horizonte los extraños y airados colores del crepúsculo de la medianoche. Eso era la primavera a 100 metros de altura sobre la Antártida.

En la superficie, estaba la muerte blanca. Una muerte en que los dedos, helados y rígidos como agujas, rehuían el viento, absorbían el calor de todas las cosas tibias. El frío... y una blanca niebla del interminable nevar de los ventisqueros, de las finas, muy finas partículas de nieve que lo lamían todo y oscurecían todas las cosas.

Kinner, el pequeño cocinero con cicatrices en el rostro, se estremeció. Cinco días antes, había salido a la superficie para ir a un escondrijo de carne helada. Llegó a él, inició el regreso... y, de pronto, surgió del sur el viento del ventisquero. La fría y blanca muerte que cruzaba el suelo lo cegó en veinte segundos. Prosiguió la marcha a ciegas, describiendo círculos. Transcurrió media hora antes de que unos hombres, guiados desde abajo con una cuerda, lo hallaran en la impenetrable lobreguez.

Le era fácil a un hombre —o a un *ser*— extraviarse a diez pasos.

—Y el viento era entonces, probablemente, más impenetrable de lo que creemos.

La voz de McReady le evocó a Kinner el bienvenido y húmedo calor del edificio de la administración.

—El pasajero de la nave tampoco estaba preparado, según parece. Se heló a tres metros del misterioso aparato.

»Cavamos para encontrar la nave y nuestro túnel dio por casualidad con aquel *ser*... helado. El hacha para el hielo de Barclay le golpeó el cráneo.

»Cuando vimos lo que era, Barclay volvió al tractor y encendió el fuego y, cuando empezó la presión del vapor, llamó a Blair y al doctor Copper. El propio Barclay estaba enfermo, entonces. En realidad, estuvo enfermo durante tres días.

»Al llegar Blair y Cooper, sacamos a aquel *ser* metido en un bloque de hielo, como ustedes ven, lo envolvimos y cargamos en el tractor para volver aquí.

»Queríamos entrar en la nave. Llegamos al flanco de la misma y descubrimos que su metal era desconocido para nosotros. Nuestras herramientas no magnéticas de berilio-bronce no podían afectarlo. Barclay tenía alguna herramienta de acero en el tractor y tampoco eso lo raspaba. Hicimos *tests* razonables: hasta intentamos algún ácido de los acumuladores sin resultados. Cuando llegamos a una compuerta casi cerrada, cortamos el hielo a su alrededor. A través de una pequeña hendidura, pudimos mirar y vimos que allí sólo había metal y herramientas, de modo que decidimos desprender el hielo con una bomba.

»Teníamos bombas de decanita y de termita. La termita ablanda el hielo: la decanita podía destruir cosas de valor, mientras que el calor de la termita aflojaría simplemente el hielo. El doctor Copper, Norris y yo pusimos una bomba de termita de 25 libras, le hicimos una conexión y llevamos el conector por el túnel hasta la superficie, donde esperaba Blair con el tractor a vapor. A cien metros del otro lado de aquel muro de granito, hicimos estallar la bomba de termita.

»El metal de la nave, que era seguramente una aleación con un noventa y cinco por ciento de magnesio, se incendió. El resplandor de la bomba fulguró y se extinguió; luego, empezó a brillar de nuevo. Volvimos corriendo al tractor y gradualmente el resplandor se acentuó. Desde donde estábamos, pudimos ver todo el témpano, iluminado desde abajo por una luz insoportable: la sombra de la nave era un gran cono oscuro que llegaba hasta el norte, donde la luz crepuscular había desaparecido casi. Aquello duró un instante, y contamos otras tres sombras que debían ser otros pasajeros helados allí. Luego, los hielos se abatieron sobre la nave.

»No sé cómo, en el cegador infierno, pudimos ver grandes objetos inclinados, moles negras. Aquéllos debían ser los motores, lo sabíamos. Secretos que se diluían en una radiación flamígera... secretos que habrían podido darle al hombre los planetas. Cosas misteriosas que podían levantar y arrojar esa nave... y que se habían impregnado de la fuerza del campo magnético de la Tierra.

»El aislamiento, algo, cedió. El campo magnético de la Tierra, que había impregnado los motores, quedó libre. La aurora cayó en el cielo, y la meseta entera quedó bañada en un fuego frío que impedía la visión. El hacha para hielo que tenía en la mano se calentó al rojo. Los botones de metal de mis ropas me quemaron, y un relámpago azulado saltó hacia arriba desde más allá de la pared de granito.

»Luego, las murallas de hielo se desplomaron sobre aquello. Por un momento, chilló como el hielo seco cuando es oprimido entre metales.

»Estábamos a ciegas y durante horas vagamos a tientas por las tinieblas mientras nuestros ojos se reponían. Descubrimos que todas las bobinas, dinamos y receptores radiotelefónicos, auriculares y altoparlantes, en un kilómetro y medio a la redonda, estaban fundidos. De no haber tenido el tractor a vapor, no habríamos llegado al campamento secundario.

»Van Wall levantó vuelo del Gran Imán al salir el sol, como ustedes saben. Volvimos a la base lo antes posible. Ésta es la historia de... eso».

La gran barba de bronce de McReady señaló el objeto que estaba sobre la mesa.

2

Blair se movió con malestar y sus pequeños dedos huesudos se retorcieron bajo la fuerte luz. Las pequeñas manchas marrones de sus nudillos se movieron hacia atrás y adelante, mientras los tendones temblaban bajo su piel. Apartó un fragmento de lona embreada y miró con impaciencia el oscuro objeto rodeado de hielo que estaba dentro.

El corpachón de McReady se irguió. Ese día había viajado sesenta kilómetros en el tractor que se balanceaba y trepidaba, avanzando hacia el Gran Imán. Hasta su serena voluntad era apremiada por la ansiedad de volver a confundirse con seres humanos. Reinaba la calma y el silencio en el campamento secundario, donde un viento-lobo llegaba ululando desde el polo. El viento-lobo aullaba en sus sueños: el viento zumbaba y el maligno y execrable rostro de aquel monstruo miraba de soslayo, tal como él lo viera por primera vez a través del hielo límpido y azul, con un hacha de bronce hundida en el cráneo.

El gigantesco meteorólogo volvió a hablar.

—El problema es el siguiente —dijo—. Blair quiere examinar ese ser. Deshelarlo y hacer platinas microscópicas de sus tejidos. Norris no cree que eso esté exento de peligros y Blair sí. El doctor Copper está de acuerdo con Blair. Norris, naturalmente, es un físico y no un biólogo. Pero hace hincapié en un punto que todos debemos oír. Blair ha descrito las formas de vida microscópicas que los biólogos hallan vivas, aun en estos parajes tan fríos e inhospitalarios. Se hielan en cada invierno y se deshuelan en cada verano —durante tres meses— y viven.

»Lo que hace notar Norris es que se deshuelan y reviven. Debe haber existido vida microscópica vinculada a ese ser. La hay en todos los seres vivos que conocemos. Y Norris teme que pongamos en libertad una plaga —alguna enfermedad con gérmenes desconocidos para la Tierra— si deshuelamos a esos seres microscópicos que han estado congelados ahí durante veinte millones de años.

»Blair admite que esta microvida puede conservar la facultad de vivir. Los seres inorgánicos, como las células individuales, pueden conservar la vida durante períodos desconocidos cuando se les congela sólidamente. En cuanto al *ser* en sí, está tan muerto como los mamuts congelados que se encuentran en Siberia. Las formas de vida orgánicas y de desarrollo superior no pueden soportar ese tratamiento.

»Pero la microvida pudo hacerlo. Norris insinúa que podemos liberar alguna forma de enfermedad contra la cual el hombre, por no conocerla, sería completamente impotente.

»La respuesta de Blair es que quizá existen estos gérmenes vivos aún, pero que Norris ha planteado el asunto a la inversa. Distan de ser absolutamente inmunes al

hombre. Nuestra química de la vida, probablemente...».

—¡Probablemente!

El pequeño biólogo irguió la cabeza con un movimiento rápido, propio de un pájaro. La aureola de cabellos grises que le rodeaba la calva cabeza se encrespó, como irritada.

—Oiga... Una mirada...

—Lo sé —confesó McReady—. Ese ser no es terrestre. Parece improbable que pueda tener una química vital suficientemente semejante a la nuestra como para que el contagio resulte posible, ni aun en forma remota. Yo diría que no hay peligro.

McReady miró al doctor Copper. Éste movió lentamente la cabeza.

—Ninguno —afirmó, con aire confiado—. El hombre no puede contagiar ni ser contagiado por gérmenes que viven en parientes tan aproximadamente lejanos como las serpientes. Y éstas se hallan, se lo aseguro a ustedes —y el rostro pulcramente afeitado del doctor Copper hizo una mueca de malestar— *mucho* más cerca de nosotros que... *eso*.

Vance Norris se movió con irritación. Era relativamente bajo en aquella reunión de hombres grandes; medía unos cinco pies y ocho pulgadas y su complexión rechoncha y vigorosa tendía a dar la impresión de que era más bajo aún. Si McReady era un hombre de bronce, Norris era todo acero. Sus movimientos, sus pensamientos, todo su porte tenían el ágil y duro impulso de un resorte de acero. Sus nervios eran acero, enérgico y rápido para obrar, rápido para corroerse.

Se había decidido ahora sobre la posición por la cual abogaría y fustigó en su defensa con un fluir característico, veloz y cortado de palabras:

—¡Al diablo con la química distinta! Ese ser quizá esté muerto, o quizá no lo esté; pero no me gusta. ¡Maldita sea, Blair! Muéstreles el monstruo que está cuidando ahí. Muéstreles esa cosa sucia y que decidan por sí mismos si quieren que eso se deshiele en este campamento.

»Y, a propósito... Tiene que deshelarse esta noche en una de las cabañas, si queremos que se deshiele. Alguien... ¿quién está de guardia hoy? ¡Ah, Connant! Habrá rayos cósmicos esta noche. Bueno, usted tiene que velar a esa momia suya de veinte millones de años. Desenvuélvala, Blair. ¿Cómo diablos pueden saber qué compran si no lo ven? Quizá eso tenga una química distinta. No sé qué otra cosa tiene, pero sé que tiene algo que no quiero. A juzgar por la expresión de su fisonomía —no es humana, de modo que quizá ustedes no puedan juzgarla— estaba irritado cuando se congeló. Decir irritado, en realidad, es lo más aproximado a sus sentimientos, los de un odio frenético, loco, demencial. ¿No han visto esos tres ojos encarnados y esos cabellos azules que parecen unos gusanos que se arrastran? Nada de lo engendrado por la Tierra tiene la indecible sublimación de la devastadora ira que ese ser exhibió en su semblante al contemplar a su alrededor la helada desolación terrestre, hace veinte millones de años. ¿Loco? Su locura era bastante evidente... ¡una locura quemante y ampollante!

»¡Qué demonios! He tenido constantes pesadillas desde que contemplé esos tres ojos encarnados. Pesadillas... Soñé que ese ser se deshela y resucitaba... que no había estado muerto y ni siquiera totalmente inconsciente durante esos veinte millones de años, sino sólo detenido, esperando... esperando. También ustedes soñarán, mientras que ese maldito ser que la Tierra no quiso poseer gotea, gotea esta noche en la Casa del Cosmos.

»Y usted, Connant —dijo Norris, volviéndose rápidamente hacia el especialista en rayos cósmicos—. ... usted se divertirá pasándose la noche desvelado en el silencio. El viento gime arriba... y eso gotea... —y Norris se interrumpió por un momento y miró a su alrededor—. Lo sé. Eso no es ciencia. Pero es psicología. Ustedes tendrán pesadillas durante un año más. Todas las noches desde que miré eso las tuve. Por eso lo odio, por cierto que lo odio, y no quiero tenerlo cerca. Vuelvan a ponerlo en el lugar del que proviene y que se congele durante otros veinte millones de años. He tenido algunas bonitas pesadillas... he soñado que ese ser no era como nosotros, lo cual es evidente, sino de una carne distinta que *eso* puede realmente controlar. Que puede cambiar de forma y parecer un hombre... y esperar el momento de matar y comer...

»Eso no es un argumento lógico. Sé que no lo es. Pero ese ser, de todos modos, no tiene una lógica terrena.

»Quizá tenga una química corporal extraña y sus gérmenes una química orgánica extraña. Un germen tal vez no soporte eso, pero... ¿qué les parece un virus, Blair y Copper? Ustedes dicen que un virus sólo es una molécula de enzima. Le bastaría una molécula de proteína de cualquier cuerpo para trabajar con ella.

»¿Y cómo pueden estar tan seguros de que, del millón de variedades de vida microscópica que *eso* puede tener, *ninguna* de ellas es peligrosa? ¿Qué me dicen de enfermedades como la hidrofobia, que ataca a todos los animales de sangre caliente, sea cual fuere la química de su cuerpo? ¿Y de la psitacosis? ¿Tiene usted un cuerpo como el del loro, Blair? ¿Y la descomposición común... la gangrena... si se quiere? ¡Ese ser no es exigente en cuanto a la química del cuerpo!».

Blair alzó los ojos en medio de la perorata y su mirada se encontró por un momento con los ojos airados y grises de Norris.

—Hasta ahora, lo único que a su entender causó ese ser de contagioso fueron los sueños. Llegaré a admitirlo.

Una sonrisa traviesa y algo perversa iluminó el rostro cubierto de cicatrices del hombrecillo.

—También yo los tuve. Eso es. Ese ser contagia sueños. Sin duda, una enfermedad peligrosísima.

»En cuanto a sus demás cosas, ustedes tienen una idea lamentablemente errónea sobre los virus. En primer lugar, nadie ha demostrado que la teoría de la enzima-molécula, y sólo eso, los explique. Y en segundo lugar, cuando ustedes contraigan la enfermedad del tabaco o la herrumbre del trigo, avísenme. Una planta de trigo está

mucho más cerca de la química del cuerpo de ustedes que este ser de otro mundo.

»Y la hidrofobia de ustedes es limitada, rigurosamente limitada. Ustedes no pueden contagiársela de una planta de trigo o un pez... aunque éste es un descendiente colateral de un ascendiente común de ustedes, ni contagiársela a ellos. Un ascendiente que éste, Norris, no es».

Blair señaló con la cabeza el bulto envuelto en lona embreada que se hallaba sobre la mesa.

—Bueno, deshiele ese maldito ser en un tubo de formalina, si hace falta. He insinuado que...

—Y yo he dicho que eso no tendría sentido. No se puede transigir. ¿Por qué han venido aquí usted y el comandante Garry a estudiar el magnetismo? ¿Por qué no se conformaron con quedarse en su país? Hay bastante fuerza magnética en Nueva York. Me sería tan imposible estudiar la vida que tuvo en otros tiempos este ser, basándome en una muestra conservada en formalina, como a ustedes obtener la información que querían en Nueva York. Y... ¡si a ésa se la trata así, *nunca, en tiempos futuros, podrá haber un facsímil!* La raza de la cual proviene debió desaparecer durante los veinte millones de años que se pasó congelado, de modo que aunque proviniera de Marte, nunca encontraríamos nada semejante. Y... la nave ha desaparecido.

»Sólo se puede hacer una cosa... y es lo mejor. Hay que deshelar eso lenta y cuidadosamente, y no en formalina».

El comandante Garry volvió a adelantarse y Norris retrocedió, murmurando con enojo:

—Creo que Blair tiene razón, caballeros. ¿Qué opinan ustedes?

Connant gruñó:

—Nos parece conveniente, en mi opinión... sólo que quizá él deba vigilarlo mientras se deshiela.

Y sonrió lastimeramente, apartándose un mechón del color de la cereza madura caído sobre su frente.

—Buena idea, en realidad... si él se queda velando junto a su hermoso cadáver.

Ansiosamente, Blair estaba desatando las cuerdas. Un solo tirón a la lona embreada y dejó al descubierto aquel ser. El hielo se había derretido un poco con el calor de la habitación y era límpido y azul como un buen cristal grueso. Brillaba, húmedo y bruñido, bajo la áspera luz del globo de vidrio sin pantalla que pendía arriba, en el techo.

Todos se tornaron repentinamente rígidos. Aquello estaba boca arriba sobre las rústicas y grasientas tablas de la mesa. El roto mango del hacha de bronce para hielo estaba sepultado en el extraño cráneo. Los tres ojos frenéticos, llenos de odio, brillaban con un fuego vivo, relucientes como sangre recién derramada, desde un rostro enmarcado por un nido repulsivo de gusanos que se retorcían, de azules y móviles gusanos que se arrastraban donde debía crecer el pelo...

Van Wall, un piloto de seis pies de estatura y doscientas libras de peso, con

nervios habituados al hielo, dejó escapar una exclamación extraña y estrangulada y salió tambaleándose al pasillo. La mitad del grupo se dirigió hacia las puertas. Los demás se alejaron a tropezones de la mesa.

McReady estaba parado cerca de la mesa observándolos, el corpachón sólidamente plantado sobre las vigorosas piernas. Norris, desde el otro extremo, contemplaba fijamente a aquel ser, con odio feroz. Fuera, Garry hablaba con media docena de hombres a un tiempo.

Blair tomó un martillo. El hielo que servía de envoltura al ser se deshizo rápidamente bajo su contacto, abandonando aquello que protegiera durante veinte mil millares de años...



El artista George Barr, basándose en la descripción hecha por Campbell, visualizó así a «the thing», la cosa venida de otro mundo: tres ojos, brazos tentaculares, pies en forma de garras, expresión de malevolencia, cabellos que parecían «un nido repulsivo de gusanos que se movían»...

—Sé que eso no le gusta, Connant, pero hay que deshalarlo. Usted habla de dejarlo así hasta que volvamos a la civilización. Perfectamente; admito que su argumento de que podríamos hacer así un trabajo mejor y más completo es sólido. Pero... ¿cómo le haríamos cruzar a ese ser el ecuador? Tenemos que llevarlo a través de una zona cálida, la ecuatorial, y durante la mitad del camino recorrería la otra zona templada, antes de llegar a Nueva York. Usted no quiere pasarse una noche desvelado junto a él, pero insinúa que yo cuelgue su cadáver en la heladera junto con la carne de vaca..., ¿no es así?

Blair interrumpió su cautelosa charla, mientras su pelado cráneo cubierto de pecas asentía triunfalmente.

Kinner, el rechoncho cocinero de rostro cubierto de cicatrices, le ahorró a Connant la molestia de responder:

—Escuche, señor. Ponga eso en la heladera con la carne y le juro por todos los dioses que hayan existido que lo meteré a usted ahí dentro para que le haga compañía. Ustedes han traído ya a mis mesas de la cocina todo lo que había de transportable en este campamento y he tenido que soportarlo. Pero si ponen cosas como ésa en mi heladera, o hasta en mi escondrijo de la carne, tendrán que hacerse ustedes mismos la comida.

—Pero, Kinner —objetó Blair—. Ésa es la única mesa del Gran Imán suficientemente grande para trabajar sobre ella. Todos le han explicado eso.

—Sí, y lo han traído todo aquí. Clark trae a sus perros cada vez que hay una pelea y los ata a esa mesa. Ralsen trae sus trineos. ¡Lo único que no han puesto ustedes sobre esa mesa, es el Boeing! Y ya lo habrían hecho si se les hubiera ocurrido la manera de traerlo a través de los túneles.

El comandante Garry rió y le sonrió a Van Wall, el enorme piloto principal. La gran barba rubia de Van Wall se estremeció con aire de sospecha cuando le hizo un grave gesto de asentimiento a Kinner.

—Tiene razón, Kinner. El departamento de aviación es el único que lo trata bien.

—Esto se abarrotará, Kinner —reconoció Garry—. Pero temo que a todos nos pasa lo mismo. No hay mucha intimidad en un campamento antártico.

Una sonrisa asomó al duro rostro de Connant cuando reapareció en el de Kinner su constante y jovial aire gruñón. Pero se extinguió rápidamente cuando sus ojos oscuros y hundidos se volvieron de nuevo hacia el ser de ojos encarnados que Blair liberaba de su capullo de hielo. Una manaza desgredió su cabello, que le llegaba al hombro, y tiró de un mechón retorcido que le caía detrás de la oreja, con gesto familiar.

—Sé que esa cabaña del rayo cósmico estará demasiado atestada si tengo que

cuidar de noche a ese monstruo —gruñó—. ¿Por qué no sigue rompiendo el hielo que lo rodea —podrá hacerlo sin que nadie se entrometa, se lo aseguro— y no cuelga luego a ese ser sobre la caldera de la planta de energía? Esa da suficiente calor. Derretiría a un pollo, y hasta a todo un flanco de buey, en pocas horas.

—Lo sé —protestó Blair, dejando el martillo para gesticular más rotundamente con sus dedos huesudos y pecosos, todo el pequeño cuerpo tenso de ansiedad—. Pero esto es demasiado importante para correr riesgos. Nunca se hizo un hallazgo parecido: ni se hará. Es la única oportunidad que tendrán los hombres, y hay que hacerlo con toda precisión. Mire... Usted sabe que los peces que hemos extraído cerca del mar de Ross se hielan apenas los izamos a la cubierta y reviven si uno los deshiela con cuidado..., ¿verdad? Las formas de vida inferiores no mueren al helarse con rapidez y con el deshielo lento. Tenemos...

—¡Vamos, por amor de Dios! —exclamó Connant—. ¿Usted quiere decir que ese maldito ser reviviría? Lo haré pedazos...

—¡No, *no*, estúpido! —exclamó Blair, interponiéndose delante de Connant para proteger su precioso hallazgo—. No. Simplemente, formas *inferiores* de vida. Por amor de Dios, déjeme terminar. No se puede deshelar formas superiores de vida y hacerlas revivir. Espere un momento, ahora... Un pez puede revivir después del congelamiento porque es una forma de vida tan inferior que las células individuales de su cuerpo reviven y eso solo basta para restablecer la vida. Todas las formas superiores desheladas así se mueren. Aunque las células individuales reviven, mueren porque debe existir una organización y un esfuerzo cooperativo para vivir. Esa cooperación no puede ser restablecida. En todo animal intacto y rápidamente congelado, hay una suerte de vida latente. Pero ésta no puede, en ninguna circunstancia, tornarse vida activa en los animales superiores. Los animales superiores son demasiado complejos, demasiado delicados. Éste es un ser inteligente, que ha llegado tan alto en su evolución como nosotros en la nuestra. Quizás a mayor altura aún. Está todo lo muerto que podría estarlo un hombre helado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Connant, esgrimiendo el hacha para hielo de que se apoderara momentos antes.

El comandante Garry apoyó una mano sobre su grueso hombro, conteniéndolo.

—Un momento, Connant. Quiero aclarar esto. Convengo en que este ser no será deshelado mientras exista la más lejana probabilidad de que reviva. Admito que sería demasiado desagradable tenerlo vivo pero no creo que haya la más remota posibilidad de que eso suceda.

El doctor Copper se sacó la pipa de entre los dientes e izó su cuerpo rechoncho y moreno de la litera sobre la cual estaba sentado.

—Blair está hablando desde el punto de vista técnico. Ese ser está muerto. Tan muerto como los mamuts que se encuentran helados en Siberia. Tenemos toda suerte de pruebas de que los animales no reviven después de haberse helado —ni siquiera los peces, en un sentido general— y ninguna prueba de que la vida animal superior

pueda hacerlo en ninguna circunstancia. ¿En qué se basa, Blair?

El pequeño biólogo se desperezó. La orla de cabello que se había erizado alrededor de su cráneo oscilaba con austera ira.

—Me baso en que las células individuales pueden ostentar las características que tenían en vida si se las deshiela adecuadamente. Las células del músculo de un hombre viven muchas horas después de muerto éste. Por el solo hecho de que vivan, y unas pocas cosas como las células del pelo y las uñas crezcan aún, usted no acusaría a un cadáver de ser un *zombie* o algo así.

»Ahora bien... Si deshielo esto adecuadamente, tendré una probabilidad de determinar a qué tipo de mundo pertenece. No sabemos, ni podemos saberlo de ningún modo, si proviene de la Tierra o de Marte o de Venus o de más allá de las estrellas.

»Y por el solo hecho de que ese monstruo no se parezca a la especie humana, usted no tiene por qué acusarlo de ser maligno o perverso o algo así. Quizá esa expresión de su rostro sea una resignación ante su destino. El blanco es para los chinos el color del duelo. Si los hombres pueden tener costumbres distintas... ¿por qué no podría tener una especie tan distinta diferentes criterios sobre las expresiones faciales?».

Connant rió silenciosamente, sin alegría.

—¡Una resignación pacífica! Si eso es lo mejor que puede ofrecer ese ser en materia de resignación, me habría disgustado mucho verlo furioso. Ese rostro nunca estuvo destinado a expresar la paz. En su estructura, nunca tuvo pensamientos filosóficos como la paz, simplemente.

»Sé que a usted le interesa ese ser... pero muéstrese cuerdo. Ese ser creció en el mal, durante su adolescencia se entretuvo asando vivos a los equivalentes locales de los gatitos y en la madurez se divirtió con una nueva e ingeniosa tortura».

—Usted no tiene el menor derecho a decir eso —dijo con tono brusco Blair—. ¿Acaso sabe el abecé del significado de una expresión facial ingénitamente inhumana? Bien puede ser que no tenga el menor equivalente humano. Ese ser es simplemente un aspecto distinto de la naturaleza, otro ejemplo de la maravillosa adaptabilidad de la naturaleza. Al crecer en otro mundo distinto, quizá más rudo, tiene distintas formas y facciones. Pero es un hijo tan legítimo de la naturaleza como usted. Usted exhibe esa infantil flaqueza humana de odiar a los distintos. En su propio mundo, ese ser lo clasificaría probablemente a usted de pez ventrudo, de monstruo blanco con insuficiente número de ojos y un cuerpo fungoso pálido e hinchado de gas. Por el solo hecho de que su naturaleza sea distinta, usted no tiene derecho a decir que es un mal necesario.

Norris estalló en un solo y explosivo ¡*ja!* Luego, contempló al ser.

—Puede ser que las cosas de otros mundos no *tengan* que ser malas por el solo hecho de ser distintas. ¡Pero eso sí lo *era!* Un hijo de la naturaleza..., ¿eh? Bueno, pues era una naturaleza de todos los diablos.

—¡Vamos! ¿Se dejarán de reñir y me sacarán de una vez de la mesa ese maldito objeto? —gruñó Kinner—. Y pónganle una lona encima. Su aspecto es indecente.

—Kinner se ha vuelto recatado —dijo burlonamente Connant.

Kinner miró de soslayo al corpulento físico. La mejilla cubierta de cicatrices se contrajo para unirse a la línea de sus apretados labios, en torcida sonrisa.

—Bueno, grandote... ¿Y por qué gruñía usted hace un rato? Podemos poner eso en una silla próxima a usted esta noche, si quiere.

—No temo su cara —replicó con tono brusco Connant—. No me gusta mucho velar este cadáver, pero lo haré.

La sonrisa de Kinner se dilató a lo ancho de su rostro.

—Hum... —dijo.

Fue hacia el hornillo y le desprendió vigorosamente las cenizas, ahogando con el ruido el tintineo del hielo que rompía Blair al poner de nuevo manos a la obra.

4

—Cluc —informó el contador de rayos cósmicos—. *Cluc-burp-cluc*.

Connant se sobresaltó y dejó caer el lápiz.

—¡Maldición!

El físico miró al otro rincón, observando el contador Geiger que estaba sobre la mesa. Y se arrastró debajo de ésta, donde había estado trabajando, para recobrar el lápiz.

Volvió a poner manos a la obra, tratando de que su escritura saliera más pareja, ya que tendía a dar saltos y a acusar rasgos trémulos, siguiendo el ritmo de los bruscos cacareos de gallina orgullosa del contador Geiger. El grave zumbido de la lámpara de presión que usaba Connant para iluminar el recinto, la mezcla de gorgoteos y toques de clarín de la docena de hombres que dormían en el otro extremo del pasillo en la Casa del Paraíso, formaban la atmósfera sonora de los irregulares y cloqueantes ruidos del contador y el ocasional crujir del carbón que caía en la ventruda estufa de cobre. Y un suave e incesante *drip-drip-drip* del ser que estaba en el rincón.

Connant sacó de un tirón un paquete de cigarrillos del bolsillo, lo abrió con tanta brusquedad que asomó un cigarrillo y se metió éste en la boca. El encendedor no funcionó y Connant hurgó irritado entre la pila de papeles en busca de un fósforo. Probó varias veces la rueda del encendedor, lo tiró con una maldición y se levantó para sacar una brasa de la estufa.

El encendedor funcionó instantáneamente cuando lo ensayó al volver a la mesa. El contador desgranó una serie de risitas en el momento en que lo hería un estallido de rayos cósmicos. Connant se volvió para mirarlo con enojo y procuró concentrarse en la interpretación de los datos reunidos durante la semana anterior. La síntesis de la semana...

Se rindió y cedió a la curiosidad o a la nerviosidad. Tomó del escritorio la lámpara de presión y la llevó a la mesa del rincón. Luego, volvió a la estufa y tomó los morillos. El ser se estaba deshelando desde hacía ya 18 horas. Lo hurgó con inconsciente cautela: la carne no era ya dura como un blindaje y había cobrado una consistencia gomosa. Parecía un caucho húmedo y azul, al brillar bajo las gotitas de agua semejantes a joyitas redondas con el fulgor de la linterna de gasolina a presión. Connant sintió un irrazonable deseo de verter el contenido del depósito de la lámpara sobre el ser que estaba en su caja y echarle luego un fósforo. Los tres ojos encarnados brillaron furiosamente frente a él sin verlo, las cuencas de los ojos color rubí reflejaban lóbregos y humosos rayos de luz.

Connant adivinó vagamente que los había estado contemplando durante largo tiempo y hasta comprendió de una manera borrosa que ya no estaban ciegos. Pero esto no parecía tener importancia, más importancia que el esforzado y lento movimiento de los tentáculos que surgían de la base de su cuello flaco y de lenta vibración.

Connant tomó la lámpara de presión y volvió a su silla. Se sentó, contemplando fijamente las páginas de guarismos matemáticos que tenía delante. El cloquear del contador Geiger se había vuelto extrañamente menos perturbador, el crujir de los carbones de la estufa no lo distraía ya.

El rumor de los tablones del piso, a sus espaldas, no interrumpió sus pensamientos cuando preparó su informe semanal de un modo automático, llenando las columnas de datos y agregando notas sucintas y nutridas.

El crujido de los tablones del piso se acercó.

5

Blair surgió bruscamente de las profundidades del sueño, acosado por pesadillas. El rostro de Connant flotaba borrosamente allá arriba: por un momento, le pareció que se prolongaba el salvaje horror de la pesadilla. Pero el rostro de Connant denotaba cólera y cierto susto.

—Blair... Blair... Maldito tronco... Despiértese.

—¿Quéeee? —preguntó el biólogo, frotándose los ojos, mientras su huesudo y pecoso dedo se curvaba hacia un mutilado puño infantil.

Desde las literas circundantes, otros semblantes se alzaron para contemplar absortos a ambos. Connant se irguió.

—Levántese... Su maldito ser se ha escapado.

—¡Se ha escapado!

La voz toruna del piloto principal bramó las palabras con un volumen que estremeció las paredes.

Otras voces gritaron repentinamente desde los túneles de comunicación. Los doce

habitantes de la Casa del Paraíso irrumpieron dando tumbos, bruscamente. Barclay, rechoncho y bulboso en su larga ropa interior de lana, llevaba un extintor.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Barclay.

—Su maldito ser se ha escapado. Me quedé dormido hace unos veinte minutos y, cuando desperté, había desaparecido. Oiga, doctor... Usted había dicho que esos seres no reviven. La vida latente de Blair se ha convertido en otra muy efectiva y nos ha burlado.

Copper le miró absorto, con aire ausente.

—Ese ser no era... terrestre —dijo, con un repentino suspiro—. Yo..., yo creo que las leyes terrestres no se le aplican.

—Pues pidió licencia y se la tomó. Tenemos que encontrarlo y capturarlo de algún modo —dijo Connant, que profirió una furiosa blasfemia, con los hundidos ojos negros hoscos y sombríos—. Es un milagro que ese ser infernal no me haya devorado durante mi sueño.

Blair se echó atrás con un sobresalto, los apagados ojos animados bruscamente por un fulgor de miedo.

—Puede que ese... Hum... Este... Tendremos que encontrarlo.

—Encuéntrelo usted. Es su favorito. Bastante he tenido ya con él, después de haberme pasado ahí siete horas oyendo golpear el contador Geiger con intervalos de pocos segundos. Y ustedes, aquí roncando. Es un milagro que me haya dormido. Me voy al edificio de la administración.

El comandante Garry entró, ajustándose el apretado cinturón.

—No tendrá necesidad de hacerlo. —El bramido de Van resonó como el Boeing cuando aterriza a favor del viento—. ¿De modo que ese ser no estaba muerto?

—Puedo asegurarle que no lo llevé en mis brazos —dijo con tono brusco Connant—. Cuando lo vi por última vez, su cráneo partido rezumaba una sustancia verde, como una oruga aplastada. Bueno... Era un monstruo ultraterreno de temperamento ultraterreno, a juzgar por su rostro, que miraba a su alrededor con asombro. Tenía un cráneo hendido y los sesos saliéndosele por allí.

En el umbral aparecieron Norris y McReady, y también se veía acudir a otros hombres que tiritaban.

—¿Lo ha visto alguien por aquí? —preguntó Norris, con aire ingenuo—. Tiene un metro y medio de estatura... tres ojos encarnados... los sesos saliéndosele del cráneo. ¿Se cercioró alguien, para asegurarse de que no se trataba de una humorada extravagante? Si es así, creo que todos nos uniremos para atarle a Connant al cuello el animalito de Blair, como el albatros del *Ancient Mariner*.

—No es una humorada —dijo Connant, estremeciéndose—. Ojalá lo fuera... Yo preferiría llevar...

Se interrumpió. Desde el pasillo llegó un aullido salvaje y alucinante. Los hombres se tornaron rígidos, bruscamente, y se volvieron a medias.

—Creo que lo han localizado —concluyó Connant.

En sus oscuros ojos brillaba un raro malestar. Se lanzó hacia su litera de la Casa del Paraíso y volvió casi inmediatamente con un pesado revólver calibre 45 y un hacha para hielo. Esgrimía ambos cuando se lanzó por el pasillo hacia la sección de los perros.

—Habría tomado por el pasillo que menos le convenía... y habrá ido a parar entre los perros. Escuchen... Los perros han roto sus cadenas...

El casi aterrorizado aullar de la jauría se había convertido en un salvaje alboroto propio de una cacería. Las voces de los animales retumbaban de una manera atronadora en los angostos corredores, y entre ellos se distinguía un grave gruñido de odio. Un grito penetrante de dolor, una docena de ladridos furiosos.

Connant se lanzó hacia la puerta. Pisándole los talones, lo siguieron McReady, y luego Barclay y el comandante Garry. Otros hombres se lanzaron hacia el edificio de la administración y en busca de armas... a la casa de los trineos. Pomroy, que estaba a cargo de las cinco vacas del Gran Imán, se lanzó por el pasillo en dirección opuesta: tenía en mente una horquilla de dos metros, de largos dientes.

Barclay se detuvo en plena carrera al ver que la gigantesca mole de McReady se apartaba bruscamente del túnel que llevaba a la sección de los perros y desaparecía en un recodo. Con indecisión, el mecánico vaciló durante un instante, con el extintor en las manos, no sabiendo a qué lado correr. Luego, siguió las anchas espaldas de Connant. Sea cual fuere la intención de McReady, se podía confiar en que la pondría en práctica con éxito.

Connant se detuvo en el recodo del pasillo. Su respiración se escapó repentinamente de su garganta, sibilante.

—¡Santo Dios!...

Su revólver se descargó atronadoramente; tres ondas sonoras envaradoras y tangibles retumbaron a lo largo de los angostos pasillos. Otras dos. El revólver cayó sobre la endurecida nieve del rastro y Barclay vio que el hacha para hielo adoptaba una posición defensiva. El vigoroso cuerpo de Connant le bloqueaba la visión, pero más allá oía algo maullante y que reía con una risita demencial. Los perros estaban más tranquilos: había una mortal seriedad en sus graves gruñidos. Escarbaban en la endurecida nieve y las cadenas rotas tintineaban sonoramente.

De pronto, Connant se movió y Barclay pudo distinguir qué había más allá. Durante un instante permaneció petrificado; luego, profirió una vigorosa maldición. El ser se lanzó sobre Connant y los poderosos brazos del hombre descargaron el hacha para hielo de plano sobre lo que podía ser una cabeza. Se oyó un horrible crujido y aquella carne hecha jirones, desgarrada por media docena de perrazos salvajes, se levantó nuevamente de un salto. Los ojos encarnados ardían con odio ultraterreno, con una vitalidad ultraterrena, imposible de matar.

Barclay proyectó sobre el ser el extintor: el cegador y ampollante chorro de sustancia química pulverizada lo desorientó y lo detuvo, impidiendo al propio tiempo los salvajes ataques de los perros, que no tenían durante mucho tiempo nada viviente

o capaz de vivir, y lo mantuvieron a raya.

McReady apartó a los demás de su camino y corrió por el angosto pasillo atestado de hombres que no podían llegar al lugar donde ocurrían los hechos. Proyectaba un ataque sobre base segura. Una de las gigantescas antorchas fuelles usadas para calentar los motores del avión estaba en sus bronceadas manos. El aparato bramó ruidosamente cuando McReady dobló el recodo y abrió la válvula. El frenético maullido se acrecentó con sus sibilantes notas. Los perros se apartaron en confuso tropel del cálido lanzazo del metro de llama azul.

—Bar, consiga un cable de alta tensión y tiéndalo como pueda. Y un asa. Podemos electrocutar a este... monstruo, si yo no lo reduzco a cenizas.



McReady hablaba con la autoridad que da la acción planeada. Barclay se encaminó por el largo pasillo a la planta de energía, pero Norris y Van Wall ya se le habían adelantado a la carrera.

Barclay halló el cable en el armario eléctrico de la pared del túnel. Al cabo de un minuto, lo había desprendido y volvía. La voz de Van Wall resonó con el grito de advertencia de *¡Alta tensión!* cuando se puso en marcha la dinamo de emergencia accionada con gasolina. Ahora, habían bajado ahí otra media docena de hombres: arrojaban combustible en la caldera de la planta. Morris, mientras profería

maldiciones en voz baja y con tono monótono, estaba trabajando con dedos rápidos y seguros en el otro extremo del cable de Barclay con uno de los alambres aislados de conexión de energía eléctrica.

Los perros habían retrocedido cuando Barclay llegó al recodo del pasillo, acobardados por aquel furioso monstruo que los miraba con unos siniestros ojos encarnados, profiriendo maullidos, con su odio de fiera acorralada. Los canes eran un semicírculo de hocicos ensangrentados con una orla de relucientes dientes blancos, y gemían con una maligna vehemencia que corría pareja casi con la furia de los ojos encarnados. McReady se detuvo con aire confiado en el recodo del pasillo, con la antorcha fuelle pronta para la acción en sus manos. Se hizo a un lado sin apartar los ojos de la bestia cuando Barclay se adelantó. En su rostro enjuto y bronceado se veía una débil y contenida sonrisa.

La voz de Norris gritó desde el otro extremo del pasillo, y Barclay avanzó. El cable fue enrollado al largo mango de una pala para la nieve y los dos conductores fueron divididos y mantenidos a 18 pulgadas de distancia por un trozo de madera atado en ángulo recto sobre el otro extremo del mango. Conductores pelados de cobre, cargados con 220 voltios, centellearon a la luz de las lámparas de presión. El ser maullaba y pregonaba su odio y esquivaba los ataques. McReady avanzó hasta el costado de Barclay. Los perros adivinaron el plan con la inteligencia casi telepática de los canes amaestrados. Sus gemidos se hicieron más penetrantes, más agudos, y sus ágiles pasos los acercaron más. Bruscamente, un enorme perro de Alaska, negro como la noche, saltó sobre el acorralado monstruo. El ser se apartó de él chillando y pataleando, con sus pies como sables dentados.

Barclay saltó hacia adelante y descargó su golpe. Se oyó un horripilante y agudo grito, que se estranguló. El olor a carne quemada se acentuó en el pasillo y se elevó una espiral de humo grasiento. El eco del martilleo de la lejana dinamo se volvió sordo.

Los ojos encarnados se velaron y convirtieron el rostro en una rígida y convulsionada parodia de facciones. Aquellos miembros, que parecían brazos y piernas, se estremecieron y ejecutaron movimientos espasmódicos. Los perros saltaron hacia adelante, y Barclay retiró su arma con mango de pala. El monstruo, tendido sobre la nieve, no se movió cuando lo desgarraron los brillantes dientes de los perros.

6

Garry miró a su alrededor, en la atestada habitación. Treinta y dos hombres, algunos de ellos recostados contra la pared en nerviosa tensión, otros relajados con aire de malestar, otros sentados, la mayoría de ellos de pie en una forzosa intimidad de sardinas. Treinta y dos, más los cinco dedicados a curar las heridas de los perros,

formaban treinta y siete, el personal completo.

Garry empezó a hablar:

—Perfectamente. Creo que todos estamos aquí. Algunos de ustedes, tres o cuatro a lo sumo, vieron lo que sucedió. Todos vieron eso que estaba sobre la mesa y pueden obtener una idea general del asunto. Para quienes no lo hayan visto, levantaré...

Su mano se tendió hacia la lona embreada que abultaba sobre el cuerpo tendido en la mesa. De allí brotó un acre olor a carne quemada. Los presentes se movieron con malestar y se apresuraron a declarar que no necesitaban verlo.

—Parece que Charnauk no guiará más equipos de perros —prosiguió Garry—. Blair quiere examinar en forma más detallada a ese ser. Queremos saber qué pasó y asegurarnos de que está total y definitivamente muerto. ¿De acuerdo?

—El que no esté de acuerdo, puede cuidarlo esta noche —dijo con una sonrisa Connant.

—Muy bien, pues. Blair... ¿qué puede decirnos sobre esto? ¿Qué era ese monstruo? —dijo Garry, volviéndose con aire interrogativo hacia el biólogo.

—Dudo de que hayamos visto alguna vez su forma natural —dijo Blair, contemplando el cuerpo cubierto—. Quizás haya estado imitando a los seres que construyeron esa nave, pero no lo creo. Los que estábamos cerca del recodo vimos a ese ser en acción: lo que está sobre la mesa es el resultado. Cuando quedó en libertad, empezó aparentemente a mirar a su alrededor. La Antártida estaba todavía helada como hace muchísimos siglos, cuando la viera por primera vez... y cuando quedara congelado. A juzgar por las observaciones que hice cuando se estaba desheland y por los trozos de tejidos que corté y endurecí entonces, lo creo nativo de un planeta más cálido que la Tierra. En su forma natural, no podría soportar la temperatura terrestre. En la Tierra no hay forma alguna de vida que pueda habitar la Antártida durante el invierno, pero la mejor transacción es el perro. Esa bestia encontró a los perros y llegó tan cerca que Charnauk se le echó encima. Los demás lo olieron o lo oyeron, no sé, el caso es que se volvieron frenéticos y rompieron sus cadenas y atacaron antes de que la pelea concluyera. Lo que encontramos fue en parte a Charnauk, que, cosa extraña, sólo estaba muerto a medias, y digerido a medias por el protoplasma gelatinoso de ese animal, y en parte los restos del monstruo que encontramos primitivamente, disueltos en cierto modo hasta volver al protoplasma básico. Cuando los perros lo atacaron, se convirtió en la mejor bestia de ataque que podía concebir. Algún animal de otro mundo, aparentemente.

—Se convirtió —dijo con tono brusco Garry—. ¿Cómo?

—Todo ser viviente está formado de gelatina-protoplasma, y de cosas diminutas y submicroscópicas llamadas núcleos, que controlan el grueso, el protoplasma. Ese ser era simplemente una modificación de ese mismo plan de alcances mundiales de la naturaleza; células formadas por protoplasmas controlados por núcleos infinitamente diminutos. Ustedes los físicos podrían comparar eso, una célula individual de cualquier ser viviente, con un átomo; el grueso del átomo, la parte que llena el

espacio, está formada por las órbitas del electrón, pero el carácter del mismo está determinado por el núcleo atómico.

»Esto no excede absurdamente lo que ya sabemos. Sólo es una modificación que no hemos visto aún. Es tan natural y lógica como cualquier otra de las manifestaciones de la vida. Obedece exactamente a las mismas leyes. Las células están formadas por el protoplasma, su carácter es determinado por el núcleo.

»Sólo que, en ese ser, los núcleos pueden controlar esas células a voluntad. Digirieron a Charnauk y, mientras lo digerían, estudiaron cada célula de su tejido y modelaron sus propias células para imitarlas con exactitud. Partes de ese ser, las partes que tuvieron tiempo de terminar la transformación, son células caninas. Pero no tienen núcleos de células de perro».

Blair levantó un poco la lona embreada. Asomó una desgarrada pata de perro, de rígida pelambre gris.

—Esto, por ejemplo, no es un perro ni mucho menos: es una imitación. Con respecto a algunas partes, no estoy seguro: el núcleo se estaba ocultando, cubriéndose con un núcleo de imitación de las células caninas. Con el tiempo, ni siquiera el microscopio habría podido revelar la diferencia existente.

—Supongamos que hubiese tenido muchísimo tiempo —dijo Norris, con amargura—. ¿Y entonces?

—Entonces habría sido un perro. Los demás perros lo habrían aceptado. Nosotros lo habríamos aceptado. No creo que nada lo hubiese distinguido, ni el microscopio ni los rayos X ni ningún otro medio. Se trata de un miembro de una raza de soberana inteligencia, una raza que ha descubierto ya los más profundos secretos de la biología y los ha usado.

—¿Qué proyectaba hacer ese monstruo? —preguntó Barclay, contemplando la giba que formaba el cuerpo bajo la lona.

Blair sonrió de una manera desagradable. La orla de cabello que circundaba su calva osciló a impulsos de una ráfaga.

—Apoderarse del mundo, supongo.

—¡Apoderarse del mundo! ¡Él solo! —exclamó Connant, con voz entrecortada—. ¿Convertirse en solitario dictador?

—No —replicó Blair, meneando la cabeza. El escalpelo que esgrimiera entre sus huesudos dedos cayó y se inclinó a recogerlo, de modo que su rostro quedó oculto mientras hablaba—. Se habría convertido en la población del mundo.

—Convertido en... ¡Habría poblado el mundo! ¿Se reproduce asexualmente?

Blair meneó la cabeza y tragó saliva.

—Ese ser... no necesitaba hacerlo. Pesaba 85 libras. Charnauk, unas 90. Ese ser se habría convertido en Charnauk y le habrían sobrado 85 libras para convertirse en... en Jack, por ejemplo, o en Chinook. Puede imitarlo todo... es decir, convertirse en todo. De haber llegado al mar Antártico, se habría convertido en una foca... quizá en dos focas. Éstas podían haber atacado a una ballena asesina y haberse convertido a su

vez en ballenas asesinas o en una manada de focas. O quizás habría atrapado a un albatros o a una gaviota *skua* y hubiera volado a la América del Sur.

Norris profirió una blasfemia.

—Y cada vez que ese ser digería algo y lo imitaba...

—Le habría quedado su cuerpo primitivo para recomenzar —concluyó Blair—. Nada podría matarlo. No tiene enemigos naturales porque se transforma en todo lo que quiere ser. Si le hubiese atacado una ballena asesina, se habría transformado en una ballena asesina. Si ese ser fuese un albatros y lo atacara un águila, se convertiría en águila. ¡Caramba! Podría convertirse en un águila hembra. ¡Podría desandar camino... hacerse un nido y poner huevos!

—¿Y está seguro de que ese engendro infernal ha muerto? —preguntó en voz baja el doctor Copper.

—Sí, a Dios gracias —respondió el biólogo con voz entrecortada—. Cuando alejaron a los perros, me quedé allí durante cinco minutos, manteniendo dentro de ese ser el cable de Barclay. Está muerto y cocido.

—Entonces, sólo podemos darle las gracias al cielo de que estemos en la Antártida, donde no hay nadie, ningún ser que imitar, salvo esos animales del campamento.

—Estamos nosotros —dijo con una risita Blair—. Puede imitarnos a nosotros. Los perros no pueden viajar 600 kilómetros hasta el mar: no basta el alimento. En esta temporada no hay suficientes gaviotas *skua* que imitar. Tan tierra adentro no hay pingüinos. No hay nada que pueda llegar al mar desde este punto... salvo nosotros. Nosotros tenemos la inteligencia. Podemos hacerlo. ¿No comprenden? Ese ser tiene que imitarnos a nosotros... tiene que ser uno de nosotros... ésa es la única manera de que pueda pilotar un avión... pilotar un avión durante dos horas, y gobernar... ser... todos los habitantes de la Tierra. Un mundo a su alcance... ¡si nos imita!

»Él no lo sabía aún. No había tenido la oportunidad de descubrirlo. Lo apuraron... lo acosaron... tomó lo que tenía más cerca. Miren... ¡Yo soy Pandora! ¡He abierto la caja! Y la única esperanza que queda es que no pueda salir de aquí. Ustedes no me vieron. Yo lo hice. Yo lo solucioné todo. Yo rompí todas las magnetos. Ningún avión puede volar. Nada puede volar.

Blair profirió una risita y se dejó caer al suelo, sollozando.

Van Wall se lanzó hacia la puerta.

Los ecos de sus pisadas se perdían en el corredor cuando el doctor Copper, sin prisa, se inclinó sobre el hombrecito tendido en el suelo. De su oficina, situada junto a aquella habitación, trajo algo y le inyectó una solución en el brazo de Blair.

—Quizá se le pase cuando despierte —suspiró, levantándose.

McReady le ayudó a levantar al biólogo y a tenderlo sobre una litera.

—Todo depende de que podamos convencerlo de que ese ser ha muerto —agregó el doctor Copper.

Van Wall irrumpió en el recinto, alisándose distraídamente la rubia barba. Miró a

su alrededor.

—No creí que un biólogo pudiese hacer nada parecido tan concienzudamente. Se le olvidaron los repuestos del segundo escondrijo. No hay peligro. Yo los destruí.

El comandante Garry asintió.

—Yo me estaba preguntando qué había sido del transmisor.

—Supongo que no creerá que ese ser pueda escaparse en una onda radiotelefónica —dijo Copper con un bufido—. Usted tendría cinco tentativas de salvamento en los tres meses próximos si dejara de transmitir. Lo que se debe hacer es hablar fuerte. Me pregunto si...

McReady contempló pensativamente al médico.

—Eso podría ser algo así como una epidemia. Todos los que bebieran un poco de su sangre...

Copper meneó la cabeza.

—A Blair se le ha escapado algo. Ese ser puede imitar, pero, hasta cierto punto, tiene su propia química orgánica, su propio metabolismo. Si así fuera, se convertiría en un perro... y sería un perro y nada más. Tiene que ser *una imitación* de perro. Pero eso, uno puede percibirlo con los *tests* de suero. Y su química, ya que ese ser proviene de otro mundo, debe ser tan total y radicalmente distinta que unas pocas células, como las ganadas por las gotas de sangre, serían tratadas como gérmenes de una enfermedad por el perro o el cuerpo humano.

—La sangre... ¿Sangraría una de esas imitaciones? —preguntó Norris.

—Sin duda. La sangre nada tiene de místico. El músculo está formado por un 90 por ciento de agua, aproximadamente: la sangre sólo difiere en que tiene un dos por ciento más de agua y menos tejido conjuntivo. Las imitaciones sangrarían —le aseguró Copper.

Blair, repentinamente, se sentó en su litera.

—Connant... ¿Dónde está Connant?

El físico se acercó al biólogo.

—Aquí estoy. ¿Qué quiere?

—¿Es usted? —inquirió Blair, con una risita. Y volvió a dejarse caer sobre la litera, convulsionado por una silenciosa risa.

Connant lo miró, desconcertado.

—¿Eh? ¿Que si soy qué?

—¿*Está* usted ahí? —insistió Blair, con grandes risotadas—. ¿Es usted Connant? La bestia quería ser un *hombre*... no un perro...

El doctor Copper se levantó cansadamente de la litera y lavó cuidadosamente la jeringa hipodérmica. El leve tintineo de ésta repercutió con harta sonoridad en la

habitación atestada, ahora que la gorgoteante risa de Blair se había extinguido finalmente. Copper miró a Garry y movió con lentitud la cabeza.

—Un caso sin remedio, me temo. No creo que podamos convencerlo nunca de que ese monstruo está muerto, ahora.

Norris rió, con aire indeciso.

—No estoy seguro de que usted me pueda convencer a mí. ¡Oh, que el diablo se lo lleve, McReady!

—¿McReady? —preguntó el comandante Garry, volviéndose para mirar sucesivamente a Norris y a McReady con curiosidad.

—Las pesadillas —explicó Norris—. McReady formulaba una teoría sobre las pesadillas que tuvimos en la estación secundaria después de descubrir a ese monstruo.

—¿Y la teoría era?... —dijo Garry, mirando tranquilamente a McReady.

Norris contestó por él, con voz espasmódica, inquieta:

—Que ese ser no estaba muerto, que tenía algo así como una existencia mucho más lenta, una existencia que le permitía, con todo, tener vagamente conciencia del transcurso del tiempo, de nuestra llegada, después de interminables años. Soñé que ese ser podía imitar cosas.

—Y puede imitarlas —gruñó Copper.

—No sea tonto —replicó con brusquedad Norris—. No es eso lo que me preocupa. En el sueño, ese ser podía leer los pensamientos y las modalidades personales.

—¿Y qué tiene de malo eso? El asunto parece inquietarlo más que la idea de lo que nos divertirá un loco en un campamento antártico —dijo Copper, señalando con la cabeza a Blair, que se había dormido.

McReady meneó lentamente su cabezota.

—Usted sabe que Connant es Connant porque no sólo parece Connant, cosa que estamos empezando a creer podría conseguir también esa bestia, sino que piensa como Connant y se mueve como Connant. Eso exige algo más que un simple cuerpo que se le parezca: exige el pensamiento de Connant, y sus modalidades. Por eso, aunque uno sepa que podría obtener el *aspecto* de Connant, uno no se inquieta mucho sabiendo que tiene un cerebro de otro mundo, un cerebro totalmente inhumano, y que difícilmente podría reaccionar y hablar como uno de los hombres que conocemos y hacerlo tan bien como para engañarnos por un solo momento. La idea de ese monstruo imitando a uno de nosotros es fascinadora pero irreal, porque es demasiado integralmente inhumano para engañarnos. No tiene un cerebro humano.

—Como antes dije, usted sabe decir las cosas más graves en el más grave de los momentos —dijo Norris, contemplando sin pestañear a McReady—. ¿Quiere hacerme el favor de rematar ese pensamiento... de un modo u otro?

Kinner, el cocinero de las cicatrices, estaba de pie cerca de Connant. Repentinamente, cruzó toda la atestada habitación, se acercó a su familiar hornillo y desprendió ruidosamente sus cenizas.

—Ese ser no ganaría nada con asimilarse simplemente el aspecto de alguien a quien tratara de imitar —dijo el doctor Copper, con tono contenido, como si pensara en voz alta—. Tendría que comprender sus sentimientos, sus reacciones. Ese ser es inhumano; tiene una facultades de imitación que exceden toda concepción posible del hombre. Un buen actor, adiestrándose, puede imitar a otro hombre, las modalidades de otro hombre, lo suficiente para engañar a la mayoría de la gente. Desde luego, ningún actor podría imitarlo en forma perfecta como para engañar a los que han estado conviviendo con el imitado en la total intimidad de un campamento antártico. Eso exigiría una habilidad sobrehumana.

—¡Ah! ¿También a usted le ha picado el germen? —dijo Norris, y profirió una blasfemia en voz baja.

Connant, que estaba de pie, solo, en un extremo de la habitación, miró a su alrededor con ojos frenéticos, muy pálido. Un suave remolino de los hombres los había agolpado poco a poco en el otro extremo, de modo que él se había quedado solo.

—¡Santo Dios! ¿Quieren callarse ustedes dos, Jeremías? —dijo Connant con voz trémula—. ¿Qué soy yo? ¿Algún ejemplar microscópico que están disecando? ¿Algún desagradable gusano que analizan en tercera persona?

McReady lo miró: sus manos, que se retorcían lentamente, cesaron por un momento de moverse. Y dijo:

—*Nos divertiremos mucho. Ojalá usted estuviese aquí. Firmado: Todos.* Connant, si usted cree que está pasando un mal rato, pase al otro lado por unos minutos. Usted tiene algo que nosotros no tenemos: sabe cual es la respuesta. Le diré algo: en estos momentos, usted es el hombre más temido y respetado del Gran Imán.

—Dios mío, ojalá usted pudiese ver sus ojos —dijo Connant con voz entrecortada—. ¡Déjese de mirar, ¿quiere?! ¿Qué demonios va a hacer?

—¿Se le ocurre alguna sugestión, doctor Copper? —preguntó con firmeza el comandante Garry—. La situación actual es algo complicada.

—¿De veras? —replicó con tono brusco Connant—. Venga aquí y mire a esa gente. ¡Caramba! Su aspecto es idéntico al de esa jauría que está al doblar el recodo del pasillo. Benning... ¿Quiere dejar de jugar con esa maldita hacha para hielo?

El filo de cobre resonó sobre el piso cuando el mecánico de aviación dejó caer nerviosamente el hacha. Benning se inclinó, la recogió de inmediato, y la alzó con lentitud, haciéndola girar entre sus manos, mientras la mirada de sus pardos ojos se paseaba espasmódicamente por la habitación.

Copper se sentó sobre la litera, junto a Blair. La madera crujió ruidosamente. En el otro extremo del corredor, un perro aulló de dolor y llegaron suavemente hacia ellos las tensas voces de los conductores de trineos.

—El examen microscópico sería inútil, como lo señaló Blair —dijo pensativamente el doctor Copper—. Ha transcurrido un tiempo considerable. Con todo, los *tests* de suero serían terminantes.

—¿*Tests* de suero? ¿Qué quiere usted decir en realidad? —preguntó el comandante Garry.

—Si yo tuviera un conejo al cual se le ha inyectado sangre humana, que es un veneno para los conejos, naturalmente, como lo es para ellos la sangre de cualquier otro animal que no sea otro conejo, y las inyecciones continuaran durante algún tiempo en dosis crecientes, el conejo estaría inmunizado contra los hombres. Si le sacaran una pequeña cantidad de sangre, la pusieran en un tubo de ensayo para separarla, y le agregaran un poco de sangre humana al suero limpio, se operaría una visible reacción, la cual probaría que la sangre era humana. Si se le añadiera sangre de vaca o de caballo, o cualquier otro material de proteínas que no fuese esa única sustancia, la sangre humana, no se operaría reacción alguna. Eso sería una prueba terminante.

—¿Quiere indicarme dónde podría yo atrapar a un conejo para usted? —preguntó Norris—. Siempre que ese lugar esté más cerca que Australia; no queremos perder tiempo yendo tan lejos.

—Sé que no hay conejos en la Antártida —dijo Copper, con gesto de asentimiento—. Pero se trata simplemente del animal usual. Cualquier animal que no sea el hombre servirá. Un perro, por ejemplo. Pero eso tomará varios días y debido al tamaño mayor del animal, exigirá considerable sangre. Dos de nosotros tendremos que contribuir.

—¿Bastaría conmigo? —preguntó rápidamente Garry.

—Valdría por dos —asintió Copper—. Me pondré a trabajar en ello inmediatamente.

—¿Y qué será de Connant, en el ínterin? —preguntó Kinner—. Saldré por esta puerta y me iré derecho al mar de Ross antes que cocinar para él.

—Quizá sea un ser humano... —empezó Copper.

—¡Un ser humano! —exclamó Connant, estallando en un torrente de blasfemias—. ¡Un ser humano! ¡Que *quizá* yo sea un ser humano, malditos sierrahuesos! ¿Por quién diablos me toman?

—Por un monstruo —replicó con aspereza Copper—. Ahora, cállese y escuche.

El semblante de Connant quedó descolorido y se sentó pesadamente cuando la acusación se concretó en palabras.

—Hasta que lo sepamos, y usted sabe tan bien como nosotros que tenemos motivos para dudarle, y sólo usted sabe cómo ha de responderse a esta pregunta, se puede esperar razonablemente que lo encerremos bajo llave —dijo Copper—. Si usted no es... un ser humano... es mucho más peligroso que el pobre Blair, y yo cuidaré de que él sea encerrado concienzudamente. Espero que su próxima etapa sea un deseo violento de matarlo a usted, a todos los perros y probablemente a todos nosotros. Cuando despierte, se sentirá convencido de que ninguno de nosotros somos seres humanos y nada de lo que vea en el mundo alterará jamás su convicción. Sería más bondadoso dejarlo morir, pero no podemos hacer eso, naturalmente. Blair será

confinado en una cabaña y usted puede quedarse en la Casa del Cosmos, con su aparato de rayos cósmicos. Lo cual es poco más o menos lo que haría usted, de todos modos. Tengo que preparar un par de perros.

Connant asintió con amargura.

—Soy un ser humano. Apure ese *test*. Sus ojos... ¡Santo Dios! Si usted pudiera ver cómo miran sus ojos...

El comandante Garry observó con ansiedad cómo Clark, el encargado de los perros, sujetaba al perrazo pardo de Alaska, mientras Copper iniciaba el tratamiento de inyecciones. El perro no se mostró ansioso de colaborar: la aguja era dolorosa y a él ya lo habían pinchado bastante esa mañana. Cinco puntadas mantenían cerrado un corte que le cruzaba la paletilla, las costillas y la mitad inferior de su cuerpo. Uno de sus largos colmillos estaba roto: el fragmento que faltaba debía hallarse sepultado en el omoplato del monstruo que estaba sobre la mesa del edificio de la administración.

—¿Cuánto demorará eso? —preguntó Garry, oprimiéndose suavemente el brazo.

Estaba dolorido a causa del pinchazo que le hiciera el doctor Copper para extraerle sangre.

Copper se encogió de hombros.

—Para serle franco, no lo sé. Conozco el método general. Lo he usado con conejos. Pero no lo he experimentado con perros. Son animales grandes y embarazosos con los cuales no resulta cómodo trabajar; naturalmente, los conejos son preferibles y por lo general sirven. En los parajes civilizados, uno puede comprar stocks de conejos inmunes al hombre a los proveedores y no son muchos los investigadores que se toman la molestia de preparar los suyos.

—¿Para qué los quieren allí? —preguntó Clark.

—La criminología es un campo de acción muy vasto. A dice que no ha asesinado a B, y que la sangre que aparece sobre su camisa proviene de haber matado a una gallina. El Estado hace un *test* y entonces le toca a A explicar por qué la sangre reacciona cuando se trata de conejos inmunes a los hombres, pero no cuando se trata de conejos inmunes a las gallinas.

—¿Qué haremos con Blair, mientras tanto? —preguntó Garry, con aire cansado—. Está muy bien que lo dejemos dormir donde está durante algún tiempo, pero cuando se despierte...

—Barclay y Benning están ajustando unas trancas sobre la puerta de la Casa del Cosmos —replicó Copper, con aire ceñudo—. Connant está obrando como un caballero. Creo que quizá la forma en que lo miran los demás le hace desear la intimidad. Sabe Dios que, hasta ahora, todos hemos querido individualmente un poco de intimidad. Blair también obtendrá intimidad... y trancas. Tendrá un plan bien definido cuando se despierte. ¿Han oído hablar alguna vez del viejo método para detener la propagación de la aftosa en las vacas?

Clark y Garry negaron silenciosamente con la cabeza.

—Si no hay fiebre aftosa, no la habrá —explicó Copper—. Uno se libera de ella matando a todos los animales que la exhiben y a todos los animales que han estado cerca del enfermo. Blair es un biólogo y lo sabe. Tiene miedo de ese ser a quien hemos puesto en libertad. Probablemente, en estos momentos, la respuesta aparece muy clara en su cerebro: matar a todos y a todo en este campamento antes de que una gaviota *skua* o un albatros errante que llegue con la primavera venga casualmente por aquí y... se contagie.

Los labios de Clark se contrajeron en una sonrisa que parecía una mueca.

—Eso me parece lógico. Si las cosas toman demasiado mal cariz... quizá sea preferible dejar en libertad a Blair. Eso nos evitaría suicidarnos. También podríamos jurar que, si las cosas se ponen feas, cuidaremos de que eso suceda.

Copper rió, con risa contenida.

—El último hombre que quedaría vivo en el Gran Imán... no sería un hombre —observó—. Alguien tiene que matar a esos... seres que no quieren matarse a sí mismos... ¿comprenden? No tenemos suficiente termita para hacerlo todo a la vez y ese explosivo de decanita no ayudaría gran cosa. Se me ocurre que hasta pequeños trozos de uno de esos seres se bastarían a sí mismos.

—Si ellos pueden modificar a voluntad su protoplasma... ¿no se modificarán simplemente a sí mismos convirtiéndose en pájaros y huyendo en vuelo? —dijo Garry pensativamente—. Pueden leer todo lo relativo a los pájaros e imitar su estructura hasta sin haberlos visto. O imitar quizá a los mismos pájaros del planeta del cual provienen.

Copper negó con la cabeza y ayudó a Clark a liberar al perro.

—El hombre estudió a los pájaros durante siglos, procurando hacer una máquina capaz de volar como ellos. Nunca consiguió descubrir el secreto de los pájaros: obtuvo éxito solo cuando se apartó totalmente de ese camino y ensayó métodos nuevos. Conocer la idea general del asunto y la estructura detallada del ala y el hueso y el tejido nervioso es algo muy, pero muy distinto. Y en cuanto a los pájaros de otros mundos, quizá, y en realidad muy probablemente, las condiciones atmosféricas son aquí tan distintas que sus pájaros no podrían volar. Hasta es posible que ese ser proviniese de un planeta como Marte, donde la atmósfera es tan tenue que no hay pájaros.

Barclay entró en el edificio, arrastrando un cable de control de aviación.

—Asunto acabado, doctor. La Casa del Cosmos no puede ser abierta desde dentro. Ahora... ¿dónde encerramos a Blair?

Copper miró a Garry.

—No hay ningún edificio de biología. No sé dónde podríamos aislarlo.

—¿Y el escondrijo oriental? —dijo Garry, después de meditar un momento—. ¿Podrá Blair cuidar de sí mismo... o necesitará que lo cuiden?

—Estará en condiciones de hacerlo. Más vale que nos cuidemos nosotros —le

aseguró sombríamente Copper—. Lleve una cocina portátil, un par de bolsas de carbón, los víveres necesarios y algunas herramientas para equipar eso. Nadie ha estado allí desde el otoño último... ¿verdad?

Garry meneó la cabeza.

—Si se pone alborotador... creo que eso podría ser una buena idea —opinó.

Barclay dejó las herramientas que llevaba y miró a Garry.

—Si lo que murmura ahora indica algo, Blair cantará de noche. Y no nos gustará su canto.

—¿Qué dice? —preguntó Copper.

Barclay meneó la cabeza.

—No me molesté en escuchar mucho. Hágalo, si quiere. Pero entendí que ese maldito estúpido soñó con todo lo que ha soñado McReady y algo más. Durmió junto al monstruo cuando nos detuvimos en el rastro que venía del Segundo Magnético, no lo olvide. Soñó que ese ser estaba vivo y otros detalles. Y, maldito sea, sabía que no todo era un sueño, o tenía motivos para saberlo. Sabía que aquel ser tenía facultades telepáticas que se agitaban vagamente y que no sólo podía leer los cerebros, sino también proyectar los pensamientos. Esos no eran sueños... ¿comprende? Eran pensamientos extraviados que ese ser estaba transmitiendo, como transmite ahora sus pensamientos Blair... una especie de murmullo telepático en sueños. Es por eso que él sabía tanto sobre sus facultades. Creo que usted y yo, doctor, no somos tan sensibles... si quiere creer en la telepatía.

—Tengo que creer —dijo con un suspiro Copper—. El doctor Rhine, de la Universidad de Duke, ha probado que eso existe, que algunas personas son mucho más sensibles que otras.

—Bueno. Si quiere saber muchos detalles, vaya a escuchar la transmisión de Blair. Éste ha hecho salir a la mayor parte de los muchachos del edificio de la administración: Kinner está haciendo tintinear las cacerolas como cuando cae el carbón por un saetín. Cuando no puede hacer sonar una cacerola, saca las cenizas.

—A propósito, comandante... ¿Qué haremos en esta primavera, ahora que los aviones no cuentan?

Garry suspiró.

—Me temo que nuestra expedición fracasará. No podemos dividir nuestras fuerzas ahora.

—No fracasará... si seguimos viviendo y salimos de aquí —le prometió Copper—. El hallazgo que hemos hecho, si logramos controlarlo, es bastante importante. Los datos sobre los rayos cósmicos, la labor magnética y la tarea atmosférica no se verán grandemente entorpecidos.

Garry rió, sin alegría.

—Precisamente yo estaba pensando en las transmisiones radiotelefónicas, en que le hablaremos a la mitad del mundo sobre los maravillosos resultados de nuestros vuelos de exploración, en que trataremos de engañar a hombres como Byrd y

Ellsworth, en nuestro país, convenciéndolos de que estamos haciendo algo.

Copper asintió, con aire grave.

—Adivinarán que sucede algo. Pero hombres como éstos comprenderán que tenemos suficiente criterio para no apelar a esas tretas sin algún motivo y esperarán nuestro regreso para juzgarnos. Creo que el asunto se reduce a esto: los hombres que saben lo suficiente para advertir nuestra desilusión esperarán nuestro regreso. Los hombres que no tienen la discreción y la fe suficientes para esperar no tendrán la experiencia necesaria para notar un engaño. Conocemos suficientemente el estado de cosas existente aquí como para hacer triunfar una buena impostura.

—Con tal de que no manden expediciones de salvamento —oró Garry—. Cuando estemos listos para salir de aquí, si es que salimos algún día, tendremos que avisarle al capitán Forsythe que nos traiga una partida de magnetos cuando venga. Pero... no se preocupe por eso.

—Es decir... que podríamos no salir de aquí... ¿verdad? —preguntó Barclay—. Me estaba preguntando si una bonita y fluida descripción de una erupción o un terremoto mediante la radiotelefonía, con una buena explosión, usando una mecha de decanita debajo del micrófono, podría resultar útil. Nada, desde luego, mantendrá totalmente a raya a la gente. Pero una de esas hermosas y melodramáticas escenas *con el último hombre vivo* podría ablandarla.

Garry sonrió, con auténtico humor.

—¿Está tratando de calcular eso también toda la gente del campamento? —inquirió.

Copper se echó a reír.

—¿Qué opina usted, Garry? Confiamos en vencer. Pero no estamos demasiado a nuestras anchas.

Clark sonrió, abandonando por un instante al perro a quien intentaba calmar.

—¿Confiamos, dice usted, doctor?

8

Blair se movía por la pequeña cabaña. Sus ojos lanzaban espasmódicas y rápidas miradas y veían vagamente a los cuatro hombres que estaban con él: Barclay, de seis pies de estatura y que pesaba más de 190 libras; McReady, un gigante de bronce; el doctor Copper, bajo pero rechoncho y vigoroso; y Benning, de cinco pies y diez pulgadas, delgado pero recio.

Blair estaba acurrucado contra la pared opuesta de la cabaña del escondrijo oriental, y su equipo apilado en el centro del piso, junto a la estufa, formando una isla entre él y los cuatro hombres. Sus huesudas manos se crispaban y temblaban, denotando su espanto. Sus apagados ojos revelaban su malestar mientras hacía girar la calva y pecosa cabeza con movimientos propios de un pájaro.

—No quiero que nadie venga aquí —dijo, con tono brusco y nervioso—. Yo mismo me prepararé la comida. Kinner podrá ser compasivo ahora, pero no lo creo. Voy a salir de aquí, pero no comeré ningún alimento que ustedes me envíen. Quiero alimentos envasados. Envases sellados.

—De acuerdo, Blair —protestó Barclay—. Se los traeremos esta noche. Usted tiene carbón y el fuego está encendido. Haré un último...

Barclay dio un paso adelante.

Blair se deslizó instantáneamente al rincón más lejano.

—¡Salga de aquí! ¡Apártese de mí, monstruo! —clamó el biólogo, y trató de abrirse paso con las uñas a través de la pared de la cabaña—. Apártese de mí... apártese... No quiero ser absorbido... no quiero...

Barclay se dominó y retrocedió. El doctor Copper meneó la cabeza.

—Déjelo en paz, Bar —le dijo a Barclay—. A Blair le resulta más fácil arreglar el asunto personalmente. Creo que nos veremos obligados a clausurar la puerta...

Los cuatro hombres salieron. Benning y Barclay pusieron manos a la obra con eficacia. En la Antártida no había cerraduras: existía suficiente intimidación como para no hacerlas necesarias. Pero habían hecho penetrar poderosas tuercas en ambos lados de la puerta y el cable de control de aviación, extraordinariamente fuerte, fue tendido rápidamente entre ellas y estirado hasta quedar tenso. Barclay puso manos a la obra con un taladro y una sierra. A poco, había practicado en la puerta una trampa a través de la cual se podían hacer pasar víveres sin abrir aquélla. Tres fuertes bisagras tomadas de un canasto para animales, dos candados y un par de pasadores de tres pulgadas lo aseguraron contra toda posibilidad de que abrieran del otro lado.

Blair se movía con impaciencia de un lado a otro, en el interior. Arrastró algo hacia la puerta, jadeando y profiriendo frenéticas blasfemias. Barclay abrió la trampa y miró, mientras el doctor Copper atisbaba por sobre su hombro. Blair había arrimado contra la puerta su pesada litera. Ahora, no se podía abrir sin su cooperación.

—Creo que el pobre hace bien —dijo con un suspiro McReady—. Si se escapa, su confesada intención es matarnos a todos y a cada uno lo antes posible, lo cual es algo que no podemos aceptar. Pero de nuestro lado de la puerta tenemos algo peor que un loco homicida. Si hay que soltar al uno o al otro, creo que vendré a desatar esas cuerdas.

Barclay sonrió.

—Avíseme y le mostraré cómo debe hacer para desatarlas con rapidez. Volvamos.

El sol teñía al norte el horizonte con multicolores arco iris aún, aunque hacía dos horas que había bajado de la línea del horizonte. Los hielos flotantes a la deriva se deslizaban hacia el norte, centelleando bajo sus flamígeros dardos. Pequeños montículos de redondeada blancura mostraban la cordillera del Imán, que apenas sobresalía por sobre los hielos a la deriva. Pequeños remolinos de nieve levantados por el viento giraban alrededor de sus esquís cuando partieron hacia el campamento principal, establecido a tres kilómetros de allí. El delgado dedo de la antena de

transmisión alzó una fina aguja negra hacia la blancura del continente antártico. La nieve, bajo sus esquís, parecía fina arena, dura y quebradiza.

—La primavera ha llegado —dijo con amargura Benning—. ¿Verdad que nos divertimos? Y yo, que esperaba con ansia el momento de alejarme de este maldito agujero hecho en el hielo...

—Yo, de usted, no lo intentaría ahora —gruñó Barclay—. La gente que se vaya de aquí en los próximos días será extraordinariamente impopular.

—¿Cómo sigue su perro, doctor Copper? —preguntó McReady—. ¿Ha obtenido algún resultado ya?

—¿A las 30 horas? Ojalá los hubiera. Hoy le inyecté mi sangre. Pero supongo que necesitaré otros cinco días. Ciertamente, no sé lo suficiente como para detenerme antes.

McReady preguntó lentamente:

—Me pregunto esto... Si Connant se hubiese... transformado... ¿nos habría puesto en guardia tan pronto después de la fuga del monstruo? ¿No habría esperado lo suficiente como para que éste tuviera una verdadera probabilidad de ponerse a salvo? Hasta que nos despertáramos naturalmente...

—Ese monstruo es egoísta —observó el doctor Copper—. No lo creerá usted poseído por el espíritu de la justicia superior... ¿verdad? Supongo que cada parte de sí es para él el todo, que cada parte suya es toda para él. Si Connant hubiese sido transformado, para salvar el pellejo, habría... pero los sentimientos de Connant no han cambiado: son imitados perfectamente o bien son los suyos propios. Naturalmente, la imitación, copiando a conciencia los sentimientos de Connant, habría hecho exactamente lo mismo que él.

—Oiga... ¿no podrían Norris o Van someter a Connant a algún *test*? Si ese ser es más inteligente que los hombres, podría saber más sobre física que Connant y ellos lo notarían —insinuó Barclay.

Copper movió la cabeza con laxitud.

—No, si sabe leer los pensamientos. No se puede proyectar una celada para ese monstruo. Van lo propuso anoche. Confiaba que el monstruo respondería alguna de las preguntas sobre física cuyas respuestas querría conocer.

—Esta idea de una expedición de cuatro está predestinada a hacernos más feliz la vida —dijo Benning, mirando a sus camaradas—. Cada uno de nosotros tendrá un ojo fijo en los demás para asegurarse de que no harán... nada raro. ¡Qué grupo lleno de mutua confianza formaremos! Cada uno mirará a sus vecinos con el mayor despliegue de fe y confianza... Ya estoy empezando a comprender lo que quiso decir Connant al declarar: *ojalá pudiera usted ver sus ojos*. Creo que de vez en cuando todos tenemos la misma mirada. Uno de nosotros mira a su alrededor con unos ojos que dicen *me pregunto si alguno de los otros tres es...* Por lo demás, no me exceptúo a mí mismo.

—Que yo sepa, el monstruo ha muerto y sólo ha dejado en pie un leve

interrogante con respecto a Connant. No se sospecha de ningún otro —declaró lentamente McReady—. La orden de *siempre cuatro* es una mera medida precautoria.

—Estoy esperando que Garry lo convierta en *cuatro en una litera* —suspiró Barclay—. Creí no tener ninguna intimidad antes, pero desde esa orden...

9

Nadie observaba con más tensión que Connant. Un pequeño tubo de ensayo de vidrio esterilizado, lleno a medias de un líquido color paja. Uno... dos... tres... cuatro... cinco gotas de la clara solución que Copper había preparado con las gotas de sangre extraídas del brazo de Connant. El tubo fue agitado cuidadosamente y luego colocado en un vaso de agua clara y tibia. El termómetro señaló calor de sangre, un pequeño termostato emitió un fuerte chasquido y el calorífero eléctrico comenzó a brillar mientras las luces temblaban. Luego... se formaron pequeños copos blancos de precipitación, cayendo como una nevada en el líquido color paja.

—Dios mío —dijo Connant, y se desplomó sobre una litera, sollozando como un niño—. Seis días, seis días ahí dentro... preguntándome si ese maldito *test* mentiría...

Garry se acercó silenciosamente y pasó el brazo detrás de la espalda del físico.

—No podía mentir —dijo el doctor Copper—. El perro era inmune al hombre... y el suero reaccionó.

—¿Connant es... normal? —preguntó Norris con voz entrecortada—. ¿De modo que el monstruo ha muerto... ha muerto para siempre?

—Connant es un ser humano —dijo Copper rotundamente—. Y el monstruo ha muerto.

Kinner estalló en risotadas, en risotadas histéricas. McReady se volvió hacia él y lo abofeteó con un rítmico compás de uno-dos, uno-dos. El cocinero rió, tragó saliva, lloró un instante y luego se sentó, frotándose las mejillas, murmurando vagamente palabras de gratitud.

—Yo estaba asustado, Dios mío, estaba asustado...

Norris rió, con una risa quebradiza.

—¿Cree que nosotros no lo estábamos, gorila? ¿Cree que Connant no lo estaba?

El edificio de la administración se puso en movimiento, repentinamente rejuvenecido. Unas voces reían, los hombres que se agolpaban alrededor de Connant hablaban con voz innecesariamente sonora, con voz nerviosa de seres aliviados al sentirse amigos de nuevo. Alguien gritó una proposición y una docena de hombres se marcharon en busca de sus esquís. Blair, Blair podría recobrase... El doctor Copper se afanaba con sus tubos de ensayo, para desahogar sus nervios, intentando soluciones. La partida de socorro para la cabaña de Blair salió de allí, golpeando ruidosamente el suelo con sus esquís. En el otro extremo del corredor, los perros empezaron a proferir agudos aullidos, al husmear el ambiente de excitación que

llegaba hasta ellos.

El doctor Copper estaba atareado con los tubos de ensayo. McReady fue el primero en notarlo, sentado en el borde de su litera, con dos tubos de ensayo donde se sedimentaba un precipitado blanco del líquido color paja, el rostro más blanco que la sustancia de sus tubos, mientras de sus ojos dilatados por el horror se escapaban silenciosas lágrimas.

McReady sintió que el frío cuchillo del miedo le perforaba el corazón y se le helaba en el pecho. El doctor Copper lo miró.

—Garry —llamó, con ronca voz—. Garry, por amor de Dios, venga aquí.

El comandante Garry se dirigió hacia él, con pasos rotundos. El silencio se aposentó en el edificio de la administración. Connant alzó los ojos y se levantó envarado de su asiento.

—Garry... El tejido de ese monstruo... también precipita. Esto no prueba nada. Sólo prueba que el perro era inmune al monstruo también. *Que uno de los dos que contribuimos con sangre... uno de nosotros dos, usted o yo, Garry... uno de nosotros es un monstruo.*

10

—Bar, llame a esos hombres antes de que se lo digan a Blair —indicó tranquilamente McReady.

Barclay fue hacia la puerta: sus gritos llegaron débilmente a oídos de los hombres sumidos en tenso silencio en la habitación. Luego volvió.

—Vienen —anunció—. No les dije el porqué. Sólo les expliqué que el doctor Copper había dicho que no fueran.

—El que manda es usted ahora, McReady —dijo con un suspiro Garry—. Que Dios le ayude. Yo no puedo.

El gigante de bronce asintió lentamente, los hundidos ojos fijos en el comandante Garry.

—Quizá yo lo sea —agregó Garry—. Sé que no lo soy, pero no puedo probárselo a ustedes de ningún modo. El *test* del doctor Copper ha fracasado. El hecho de que haya probado que era inútil, cuando beneficiaba al monstruo que no se supiera esa inutilidad, parecería probar que era un ser humano.

Copper se meció lentamente sobre la litera.

—Sé que soy un ser humano. Pero tampoco puedo probarlo. Uno de nosotros dos es un embustero, porque el *test* no puede mentir y dice que uno de nosotros es un monstruo. Di la prueba de que el *test* se equivocaba, lo cual parece demostrar que soy un ser humano y ahora Garry ha dado ese argumento que prueba que lo soy... cosa que él, de ser monstruo, no debía haber hecho. Vueltas y vueltas y más vueltas y...

La cabeza del doctor Copper y luego su cuello y sus hombros empezaron a

describir lentos círculos al compás de las palabras. Repentinamente, se tendió sobre la litera, bramando de risa.

—¡Eso no prueba que *uno* de nosotros sea un monstruo! ¡No tiene por qué probarlo! ¡Ja, ja! Si *todos* somos monstruos eso da el mismo resultado... Todos somos monstruos... todos nosotros... Connant, Garry, yo... todos ustedes.

—McReady —dijo en voz baja Van Wall, el rubio piloto principal—. Usted estudiaba medicina cuando se dedicó a la meteorología... ¿verdad? ¿Podría hacer algún *test*?

McReady se acercó lentamente a Copper, tomó de su mano la jeringa hipodérmica y la lavó cuidadosamente con alcohol al 95 por ciento. Garry estaba sentado sobre el borde de la litera con aire impasible, observando de un modo inexpresivo a Copper y a McReady.

—Lo que dijo Copper es posible —dijo con un suspiro McReady—. Van... ¿quiere ayudarme? Gracias.

La aguja de la jeringa penetró en el muslo de Copper. La risa del médico no cesó y se diluyó lentamente en sollozos. Luego, quedó profundamente dormido al surtir efecto la morfina.

McReady se volvió nuevamente. Los hombres que habían partido en busca de Blair estaban de pie en el otro extremo de la habitación, la nieve goteaba de los esquís y sus semblantes estaban tan blancos como éstos. Connant tenía en cada mano un cigarrillo encendido: aspiraba distraídamente uno de ellos y contemplaba fijamente el piso. El calor del que tenía en la mano izquierda lo atrajo y lo miró absorto, y luego contempló estúpidamente por un momento el que tenía en la otra. Dejó caer uno de ellos y lo aplastó lentamente con el pie.

—El doctor Copper podría tener razón —repitió McReady—. Sé que soy un ser humano... pero, desde luego, no puedo probarlo. Repetiré ese *test* para mi propia información. Cualquiera de ustedes que lo desee, puede hacer lo mismo.

Dos minutos después, McReady alzó un tubo de ensayo con un precipitado blanco que se sedimentaba lentamente, desprendiéndose de un suero color paja.

—Reacciona también con la sangre humana, de modo que ninguno de los dos es un monstruo.

—No creí que lo fueran —dijo con un suspiro Van Wall—. Tampoco esto le habría convenido al monstruo: hubiéramos podido destruirlos en caso de saberlo. ¿Por qué no nos habrá destruido el monstruo a nosotros, en su opinión? Parece negligente.

McReady replicó con un bufido. Luego rió silenciosamente:

—Algo elemental, mi querido Watson. El monstruo quiere tener disponibles formas de vida. Aparentemente, no puede animar a un cadáver. Solo espera... espera mejores oportunidades. Nos reserva a los que seguimos siendo seres humanos.

Kinner se estremeció violentamente.

—Vamos, Mac. ¿Acaso yo lo sabría si fuese un monstruo? ¿Sabría si el monstruo

se ha apoderado ya de mí? ¡Oh, Dios mío! Quizá yo sea un monstruo, ya.

—Usted lo sabría —respondió McReady.

—Pero nosotros no —dijo Norris, con una risita casi sardónica.

McReady contempló la redoma de suero que quedaba.

—Por lo demás, esta maldita sustancia sirve para algo —dijo, pensativamente—. Clark... ¿Quiere ayudarme con Van? Los demás, más vale que se queden juntos aquí. Vigíense mutuamente —añadió con amargura—. Cuiden de no verse en apuros... digámoslo así.

McReady se dirigió por el túnel hacia la sección de los perros, seguido por Clark y Van Wall.

—¿Necesita más suero? —le preguntó Clark.

McReady negó con la cabeza.

—Tubos de ensayo —respondió—. Ahí hay cuatro vacas y un toro y casi setenta perros. Esta sustancia sólo reacciona con la sangre humana... y los monstruos.

11

McReady volvió al edificio de la administración y fue silenciosamente al lavabo. Clark y Van Wall se le unieron momentos después. Los labios de Clark se movían en un tic, en sonrisas sardónicas impremeditadas y convulsivas.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Connant, en súbito arranque—. ¿Más inmunización?

Clark contestó con una risita tonta y se detuvo, con un hipo.

—Inmunización. ¡Ja, ja! Eso es. ¡Inmunización!

—El monstruo es perfectamente lógico —dijo con firmeza Van Wall—. Nuestro perro inmune era el indicado y extrajimos un poco más de suero para los *tests*. Pero no podemos hacer más.

—¿No puede... no puede usar la sangre de un hombre en otro perro? —comenzó Norris.

—No hay más perros —dijo McReady, con voz baja—. Ni vacas, diría yo.

—¿No hay más perros? —preguntó Benning, sentándose lentamente.

—Son muy desagradables cuando empiezan a cambiar —dijo con precisión Van Wall—. Pero lentos. Esa plancha de electrocución que usted fabricó, Barclay, es muy veloz. Sólo ha quedado un perro... nuestro perro inmune. El monstruo nos lo dejó, para que pudiéramos divertirnos con nuestro *test*. El resto...

Van Wall se encogió de hombros y se secó las manos.

—Las vacas... —dijo Kinner, tragando saliva.

—También. Reaccionaron muy bien. Su aspecto es ridículo cuando empiezan a derretirse. El animal no puede escapar con rapidez cuando está atado con cadenas de perro o cabestros y tenía que ser así para imitarlo.

Kinner se levantó con lentitud. Su mirada se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo, trémula, sobre el recipiente de latón de la cocina. Lentamente, paso a paso, retrocedió hacia la puerta, mientras su boca se abría y cerraba silenciosamente, como la de un pez fuera del agua.

—La leche... —dijo, con voz entrecortada—. Las ordeñé hace una hora...

Su voz se quebró en un alarido, mientras se abalanzaba hacia la puerta.

Salió entre los hielos, sin abrigo ni ropa gruesa.

Van Wall lo siguió por un momento con la mirada, pensativamente.

—Lo más probable es que esté loco sin remedio —dijo, finalmente—. Pero podría ser un monstruo que huye. No tiene esquis. Lleve una antorcha fuelle... por lo que pueda ser.

El movimiento físico de la caza le ayudaba: algo que le hacía falta. Tres de los otros hombres vomitaban en silencio. Norris estaba tendido boca arriba, el rostro verdoso, contemplando fijamente el fondo de la litera suspendida sobre la suya.

—Mac... ¿desde cuándo las... vacas son no-vacas...?

McReady se encogió de hombros, con aire desesperanzado. Se acercó al cubo de la leche y con su tubito de suero se puso a trabajar sobre él. La leche lo empañaba, dificultando la comprobación. Finalmente, dejó el tubo de ensayo en su soporte.

—El resultado del *test* es negativo. Lo cual significa que eran vacas, entonces, o bien que, siendo imitaciones perfectas, daban una leche perfectamente buena.

Copper se movió inquieto entre sueños y de sus labios brotó algo intermedio entre un ronquido y una risa. Los silenciosos ojos de los demás se posaron sobre él.

—¿Le haría la morfina... a un monstruo...? —empezó a preguntar alguien.

—¡Quién sabe! —dijo McReady, encogiéndose de hombros—. Influye sobre todos los animales terrestres que conozco.

Bruscamente, Connant irguió la cabeza.

—¡Mac! ¡Los perros deben haber tragado trozos del monstruo y esos trozos los han destruido! El monstruo vivía en los perros. Yo estaba encerrado bajo llave. ¿No prueba eso...?

Van Wall negó con la cabeza.

—Lo siento. No prueba nada acerca de lo que es usted, sólo prueba lo que no hizo.

—No —suspiró McReady—. Nos vemos impotentes porque no sabemos lo suficiente y tan nerviosos que no pensamos lo suficiente. ¡Encerrado bajo llave! ¿Han visto alguna vez un corpúsculo blanco de la sangre cuando atraviesa la pared de un vaso sanguíneo? ¿No? Se adhiere como un seudópodo. Y ya está... del otro lado de la pared.

—¡Oh! —dijo Van Wall, con aire desdichado—. Las vacas trataron de derretirse... ¿no es así? Podían haberse derretido... haberse convertido simplemente en una hebra de sustancia y pasado por debajo de una puerta para reagruparse del otro lado. Cuerdas... No, no... Eso no bastaría. Ellas no podrían vivir en un tanque

cerrado o...

—Si uno le dispara a ese animal un balazo y le perfora el corazón y no muere, es un monstruo —dijo McReady—. Ése es el mejor *test* que se me ocurre, así, de pronto.

—No hay perros ni vacas —dijo tranquilamente Garry—. El monstruo tiene que imitar ahora a los hombres. Y el encerrar bajo llave no sirve de nada. Su *test* podrá dar resultado, Mac, pero temo que le costaría conseguirlo con los hombres.

12

Clark alzó los ojos del hornillo cuando Van Wall, Barclay, McReady y Benning entraron, desprendiéndose los fragmentos de hielo adheridos a su vestimenta. Los otros hombres apretados en el edificio de la administración continuaron dedicándose asiduamente a lo que hacían, jugando al ajedrez, al póker, leyendo. Ralsen estaba reparando un trineo sobre la mesa. Vance y Norris estaban inclinados sobre unos datos magnéticos, mientras que Harvey leía logaritmos en voz baja.

El doctor Copper roncaba suavemente sobre la litera. Garry estaba trabajando con Dutton sobre un manojito de mensajes radiotelefónicos en la esquina de la litera de Dutton y una pequeña fracción de la mesa de radiotelefonía. Connant estaba usando la mayor parte de la mesa para las páginas sobre los rayos cósmicos.

Desde el otro lado del pasillo, a pesar de las dos puertas cerradas, les llegó con toda claridad la voz de Kinner. Clark puso ruidosamente una marmita sobre el hornillo y le hizo un gesto en silencio a McReady. El meteorólogo se le acercó.

—No me importa tanto el que cocine —dijo Clark, nerviosamente—. Pero... ¿no habría alguna manera de detener a ese pajarraco? Todos convinimos en que sería seguro trasladarlo a la Casa del Cosmos.

—¿A Kinner? —dijo McReady, señalando la puerta—. Temo que no. Supongo que puedo atontarlo con drogas, pero no tenemos existencias ilimitadas de morfina y Kinner no corre el peligro de perder el juicio. Sólo está histérico.

—Pues corremos el peligro de perder el nuestro. Usted ha estado ausente durante una hora y media. Eso se ha desarrollado sin cesar desde entonces y sucedía ya antes desde hacía dos horas. Como usted sabe, hay un límite.

Garry se acercó lentamente, con aire de excusa. Por un momento, McReady advirtió la chispa salvaje de temor... de horror, que brillaba en los ojos de Clark, y advirtió inmediatamente que también brillaba en los suyos. Garry —Garry o Copper — era ciertamente un monstruo.

—Creo que si usted pudiera ponerle freno a eso, procedería con prudencia, Mac —dijo tranquilamente Garry—. Hay... tensión más que suficiente en esta habitación. Convinimos en que Kinner estaría más seguro allí, porque todos los demás del campamento están bajo constante vigilancia.

Garry se estremeció lentamente.

—Y, por amor de Dios, trate de hallar algún *test* eficaz; trate de hallarlo.

McReady suspiró.

—Con vigilancia o sin ella, todos están en tensión. Blair ha atascado la trampa, de modo que ésta no se puede abrir ahora. Dice que tiene suficiente alimento y grita a cada momento: *Váyanse, váyanse; ustedes son unos monstruos. No quiero que me absorban. No quiero. Se lo diré a la gente cuando venga. Váyanse.* De modo que... nos fuimos.

—¿No hay otro *test*? —rogó Garry.

McReady se encogió de hombros.

—Copper tenía muchísima razón. La prueba del suero podría ser terminante si no hubiese estado... contaminado. Pero sólo queda un perro y no nos sirve ya.

—¿Pruebas químicas?

McReady meneó la cabeza.

—Nuestra química no es valiosa hasta ese punto. Intenté el microscopio..., ¿comprende?

Garry asintió.

—El perro-monstruo y el perro auténtico eran idénticos. Pero... hay que seguir adelante. ¿Qué haremos después de cenar?

Van Wall se les unió silenciosamente.

—Sueño en rotación. La mitad del personal duerme: la otra mitad está despierta. Me pregunto cuántos de nosotros somos monstruos. Todos los perros lo fueron. Nos creímos a salvo, pero de un modo u otro eso alcanzó a Copper... o a usted.

En los ojos de Van Wall fulguró una llama de malestar.

—El monstruo puede haber penetrado en todos ustedes... Todos ustedes, menos yo, quizá estén dudando, mirando. No, eso no es posible. Entonces, ustedes saltarían y me vería en la impotencia. Nosotros los seres humanos, de un modo u otro, debemos tener superioridad numérica ahora. Pero... —y Van Wall se interrumpió.

McReady rió, con una breve risita.

—Usted hace lo que Norris se quejó de haber hallado en mí —dijo—. Pero si cambia a uno solo más... eso podría alterar el equilibrio de las fuerzas. El monstruo no lucha. No creo que luche jamás. Debe ser un ente pacífico, a su manera..., inimitable. Nunca tuvo que luchar porque siempre obtuvo sus fines pacíficamente.

La boca de Van Wall se contrajo en una sonrisa enfermiza.

—De modo que usted sugiere que quizá el monstruo *tenga* ya superioridad numérica, pero que sólo espera..., sólo esperan todos ellos..., todos ustedes, que yo sepa..., esperan a que yo, el último ser humano, ahogue mi fatiga en sueño. Mac..., ¿notó sus ojos, fijos en nosotros?

Garry suspiró.

—Usted no ha estado sentado aquí durante cuatro horas consecutivas, mientras todos sus ojos valuaban silenciosamente la información de que uno de nosotros dos, Copper o yo, es con seguridad un monstruo..., quizá los dos.

Clark repitió su petición.

—¿Quiere ponerle un alto al alboroto de ese pajarraco? Me está enloqueciendo. Consiga, por lo menos, que haga menos ruido.

—¿Está orando aún? —preguntó McReady.

—Orando —gruñó Clark—. No ha cesado de hacerlo ni por un momento. No me importa que rece si eso lo alivia, pero grita, canta salmos y cánticos y vocifera plegarias. Cree que Dios no podrá oírlo bien desde aquí.

—Quizá no pueda —gruñó Barclay—. O habría hecho algo con ese engendro del infierno.

—Alguien intentará el *test* que usted mencionó, si no lo detiene —declaró sombríamente Clark—. Creo que un hachazo en la cabeza sería tan categórico como una bala en el corazón.

—Siga con la comida. Veré qué puedo hacer. Quizás haya algo en los armarios.

McReady se dirigió con laxitud al rincón que usara Copper como dispensario. Tres altos armarios de rústicos tablones, dos de ellos cerrados con llave, eran los depósitos de los suministros médicos del campamento. Doce años antes, McReady se había graduado, había pedido un cargo de practicante y luego había abandonado la medicina para consagrarse a la meteorología. Copper era un hombre escogido, un hombre que sabía su profesión concienzudamente y en forma moderna. Más de la mitad de los medicamentos disponibles le resultaban totalmente desconocidos a McReady: había olvidado muchos de los otros. Allí no había una gran biblioteca médica, ni colecciones de revistas para leer las cosas que había olvidado: esas cosas elementales y simples para Copper, cosas que no merecían ser incluidas en la pequeña biblioteca con la cual se había visto obligado a contentarse. Los libros son pesados y todos los suministros, hasta la última onza, habían sido traídos por vía aérea.

McReady eligió con aire esperanzado un barbitúrico. Van Wall y Barclay lo acompañaron. Un hombre nunca iba a ninguna parte solo en el Gran Imán.

Ralsen había dejado su trineo y los físicos se habían apartado de la mesa, y la partida de póker estaba interrumpida cuando volvieron. Clark sacaba la comida. El tintineo de las cucharas y los ruidos ahogados causados al comer eran los únicos signos de vida de la habitación. No se pronunciaron palabras cuando los tres volvieron: simplemente, todos los ojos se concentraron sobre ellos con aire de interrogación, mientras las mandíbulas se movían metódicamente.

McReady, de improviso, se tornó rígido. Kinner chillaba un salmo, con voz ronca y quebrada. Miró con laxitud a Van Wall, luciendo una sonrisa que era una mueca, y movió la cabeza:

—Ajá.

Van Wall profirió con amargura una maldición y se sentó junto a la mesa.

—Tendremos que aguantarlo hasta que se canse. No podrá chillar así eternamente.

—Tiene una garganta de bronce y una laringe de hierro colado —declaró con aire salvaje Norris—. De modo que podemos tener esperanzas y sugerir que es uno de nuestros amigos. En ese caso, él podría seguir renovando su garganta hasta el día del Juicio Final.

El silencio se enseñoreó de la habitación. Durante veinte minutos, todos comieron sin pronunciar una sola palabra. Luego, Connant se levantó de un salto, con airada violencia.

—Están todos ustedes en silencio como unas imágenes talladas. No dicen una sola palabra, pero... ¡qué ojos expresivos tienen, Dios mío! Giran de un lado a otro como bolitas de vidrio que ruedan por una mesa. Guiñan y parpadean y miran fijo... y murmuran cosas. ¿No podrían mirar a otra parte para variar, por favor? Oiga, Mac. Usted es el jefe aquí. Exhibamos unas películas en el resto de la velada. Hemos estado guardando esas películas de 16 milímetros para hacerlas durar. ¿Durar para qué? Veámoslas mientras podemos hacerlo y miremos a otros, para no mirarnos mutuamente.

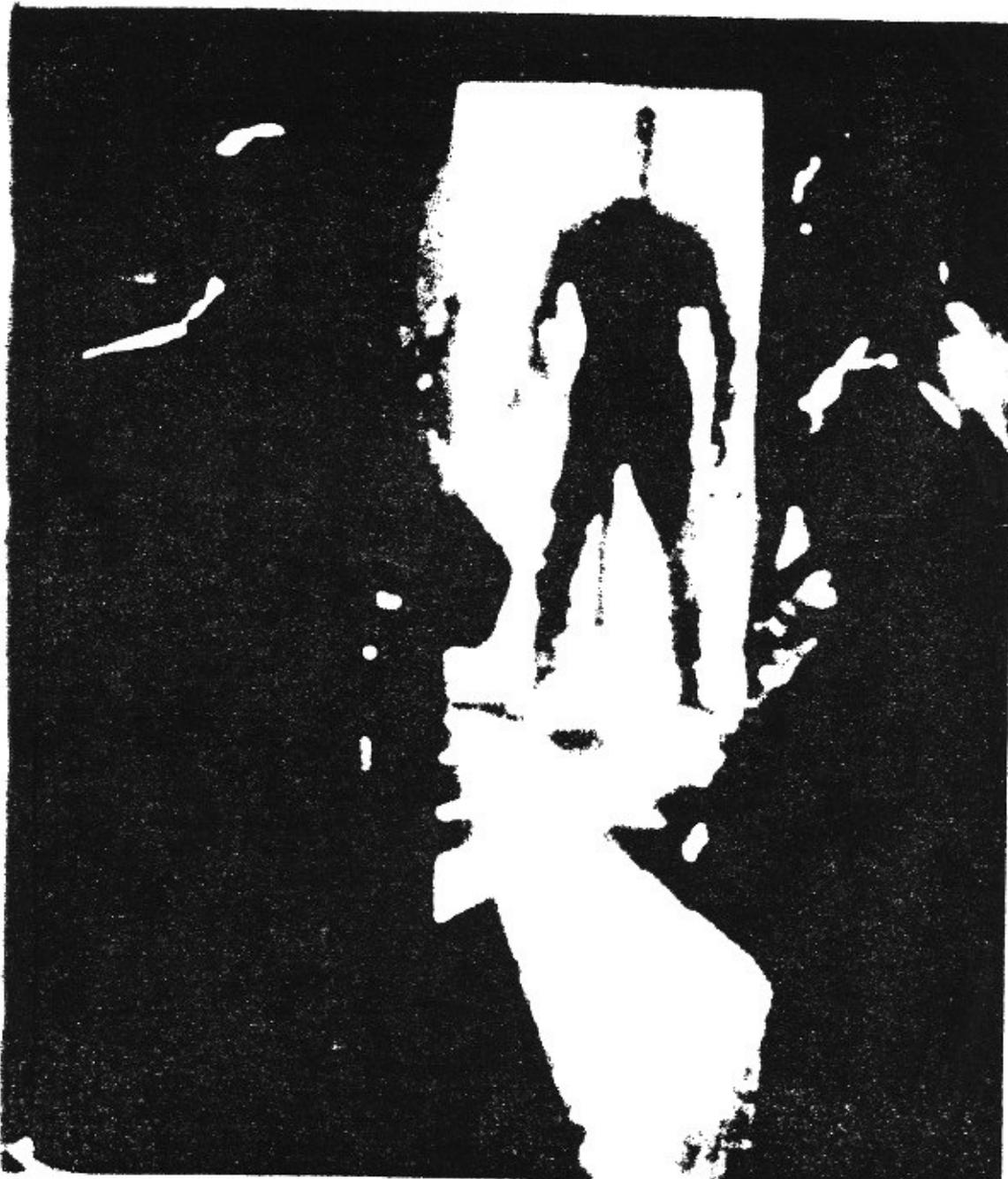
—Buena idea, Connant. Yo, por lo pronto, estoy completamente dispuesto a cambiar esto en cualquier forma posible.

—Gradúe el sonido de la película en tal forma que se oiga mucho, Dutton —insistió Clark—. Quizá pueda cubrir así el alboroto de esos salmos.

—Pero no apague las luces del todo —dijo a media voz Norris.

—Las luces serán apagadas —dijo McReady moviendo la cabeza—. Exhibiremos todos los dibujos animados que tenemos. Supongo que ustedes no tendrán inconveniente en ver los dibujos viejos... ¿no es así?

—Bravo, bravo. Precisamente me siento con ganas de ver unas películas.



McReady se volvió hacia el que había hablado, un enjuto y larguirucho nativo de Nueva Inglaterra llamado Caldwell. Éste estaba llenando lentamente su pipa, soslayando una agria mirada hacia McReady.

El gigante de bronce no pudo reprimir la risa.

—Bueno, Bart. Usted se sale con la suya. Quizá nuestro estado de ánimo no sea el más adecuado para ver a Popeye y los patos de las historietas, pero algo es algo.

Dutton y Benning, a cargo del proyector y el dispositivo de los mecanismos sonoros, se dedicaron en silencio a su tarea, mientras otros limpiaban el edificio de la

administración y eliminaban los platos y cazuelas. McReady se encaminó lentamente hacia Van Wall y se tendió en la litera a su lado.

—Me pregunto, Van, si debo o no explicar mis ideas por anticipado —dijo, con una sonrisa forzada—. Tengo la vaga idea de algo que podría dar resultado. Pero es demasiado vaga para preocuparse con eso. Sigán con su espectáculo, mientras trato de imaginar la lógica del asunto. Ocuparé esta litera.

Van Wall miró y asintió. La pantalla cinematográfica estaría virtualmente en la misma línea de aquella litera, haciendo por lo tanto que las películas distrajeran menos allí, por ser menos inteligibles.

—Quizá debiera usted decirnos cual es su plan.

—No demorará mucho, si mis cálculos son exactos. Pero ya no quiero esas pruebas con perros. Más vale que traslademos a Copper a la litera que está exactamente encima mío. Tampoco mirará la pantalla.

McReady señaló con la cabeza la mole de Copper, que roncaba suavemente. Garry les ayudó a levantar y trasladar al médico.

McReady se recostó contra la litera y se sumió en un trance casi de concentración, tratando de calcular las probabilidades, las operaciones, los métodos. Apenas si advirtió que los demás se situaban silenciosamente y que la pantalla se iluminaba. Las frenéticas plegarias que gritaba Kinner y los salmos que entonaba desafinando horriblemente lo fastidiaron hasta que empezó el acompañamiento del sonido. Apagaron las luces, pero las grandes superficies coloreadas de la pantalla reflejaban suficiente luz para una fácil visibilidad. Hacían brillar los ojos cuando se movían inquietos. Kinner oraba aún, gritando, y su voz era un ronco acompañamiento del sonido mecánico. Dutton subió de tono el amplificador.

Mientras sonaba la voz, McReady sólo notó vagamente al principio que algo parecía faltar. Aunque estaba acostado, la voz de Kinner llegaba a sus oídos con bastante claridad, a pesar del acompañamiento sonoro de las películas. Bruscamente, le llamó la atención notar que ya no se oía a Kinner en el otro cuarto.

—Dutton, corte ese sonido —gritó repentinamente.

La película se proyectó por un momento sin sonido y resultó extrañamente inútil en el imprevisto y profundo silencio. El viento que arreciaba en la superficie burbujeaba melancólicas lágrimas de sonido a través de las cañerías de las estufas. McReady dijo, en voz baja:

—Kinner ya no canta.

—Entonces, por amor de Dios, pongan en marcha ese sonido. Quizá se haya interrumpido para escuchar —dijo con tono brusco Norris.

McReady se levantó y fue al otro extremo del pasillo. Barclay y Van Wall abandonaron sus sitios para seguirlo. Los centelleos abultaban y deformaban la gris ropa interior de Barclay cuando cruzó el haz de luz del proyector, que funcionaba aún. Dutton encendió con un chasquido las luces y la película desapareció.

Norris estaba de pie en la puerta, como se lo había pedido McReady; Garry se

hallaba sentado tranquilamente en la litera junto a la puerta, obligando a Clark a hacerle lugar. La mayoría de los demás se habían quedado exactamente donde estaban. Sólo Connant se paseaba lentamente por la habitación, con ritmo firme e invariable.

—Si va a hacer eso, Connant, podemos prescindir por completo de usted, sea o no un ser humano —dijo Clark, escupiendo en el suelo—. ¿Interrumpirá de una vez ese maldito ritmo?

—Perdón.

El físico se sentó sobre una litera y se observó pensativamente los pies. Transcurrieron casi cinco minutos, cinco siglos, durante los cuales sólo se oía el murmullo del viento, y finalmente McReady apareció en el umbral.

—No teníamos suficiente dolor aquí, todavía —anunció—. Alguien ha tratado de ayudarnos. Kinner tiene clavado un cuchillo en la garganta, y es probable que sea ése el motivo por el cual dejó de cantar. Tenemos monstruos, locos y asesinos.

13

—¿Está en libertad Blair? —preguntó alguien.

—Blair no está en libertad. En caso contrario, habría venido aquí. Si hay alguna duda acerca de donde vino nuestro amable colaborador... esto puede aclararlo.

Van Wall mostró un largo cuchillo de fina hoja, de unos treinta centímetros de longitud, envuelto en un paño. El mango de madera estaba quemado a medias, chamuscado: le había quedado la marca de la tapa del hornillo.

Clark lo miró, absorto.

—Esa marca la dejé yo esta tarde. Olvidé ese maldito cuchillo en la cocina.

Van Wall asintió.

—Yo lo he olido. Adiviné que ese cuchillo provenía de la cocina.

—Me pregunto cuántos monstruos nos quedan —dijo Benning, mirando cautelosamente a los demás—. Si alguien pudiera escabullirse de aquí, ir de la pantalla hasta la cocina y luego a la Casa del Cosmos y volver... ya volvió... ¿verdad? Sí... Todos están aquí. Pues bien... Si uno de los hombres del grupo pudo hacer todo eso...

—Quizá lo haya hecho un monstruo —insinuó en voz baja Garry—. Existe esa posibilidad.

—Al monstruo, como lo señaló usted hoy, sólo le han quedado hombres para imitar. ¿Disminuiría su... su *stock*, digamos? —observó Van Wall—. No, sólo tenemos que vérnoslas con un miserable común y corriente, con un asesino. Usualmente, lo llamaríamos un *criminal inhumano*, supongo, pero ahora hay que diferenciar. Teníamos asesinos inhumanos y ahora tenemos humanos asesinos. O uno, por lo menos.

—Hay un humano menos —dijo en voz baja Norris—. Quizá sean los monstruos quienes dominan ahora la situación.

—No se preocupe por eso —dijo con un suspiro McReady; y se volvió hacia Barclay—. Bar... ¿quiere traer su aparato eléctrico? Voy a cerciorarme...

Barclay se fue por el pasillo en busca del electrocutor dentado, mientras McReady y Van Wall volvían a la Casa del Cosmos. Barclay los siguió al cabo de unos treinta segundos.

El pasillo que llevaba a la Casa del Cosmos formaba un repliegue tortuoso, como casi todos los pasillos del Gran Imán, y Norris estaba en el umbral de nuevo. Pero oyeron algo ahogado, un repentino grito de McReady. Se oyó una salvaje ráfaga de golpes, de sonidos extraños.

—Bar... Bar...

Y resonó un raro grito, semejante a un maullido salvaje, que fue acallado antes todavía de que el ágil Norris llegara al recodo del pasillo.

Kinner —o mejor dicho, lo que había sido Kinner— yacía en el suelo, partido en dos por el gran cuchillo que mostrara McReady. El meteorólogo estaba de pie contra la pared y del cuchillo que tenía en la mano goteaba sangre. Van Wall se movía apenas en el suelo, gimiendo, y su mano se frotaba de un modo casi inconsciente la mandíbula. Barclay, con un indecible fulgor salvaje en los ojos, estaba inclinado metódicamente sobre la dentada arma que tenía en la mano, golpeando... golpeando... golpeando.

Los brazos de Kinner se habían convertido en una extraña pelambre escamosa y la carne se había retorcido. Sus dedos se habían acortado, su mano redondeado, sus uñas convertido en garras afiladas como navajas, duras como el acero, de asta y de tres pulgadas de longitud.

McReady alzó la cabeza, contempló el cuchillo que tenía en la mano y lo dejó caer.

—Bueno, quienquiera que lo haya hecho, puede hablar ahora —dijo—. Fue un asesino humano... porque mató a un ser no humano. Juro por todo lo sagrado que Kinner era ya un cadáver cuando llegamos. Pero cuando eso descubrió que íbamos a atacarlo con la corriente eléctrica... se transformó.

Norris miró, vacilante.

—¡Oh, santo Dios! Esos seres saben obrar. ¡Pensar que estuvo aquí durante horas, mascullando plegarias dedicadas a un Dios a quien odiaba! Vociferando salmos con su voz rota, entonando cánticos sobre una Iglesia que no conocía, enloqueciéndonos con sus incesantes aullidos...

—Bueno. Que hable el que lo hizo, sea quien sea. No lo sabe, pero le hizo un favor al campamento. Y quiero saber cómo diablos salió el autor de la habitación sin que nadie lo viera. Eso podría ayudar a protegernos.

—Sus gritos... sus cantos. Ni siquiera el proyector de sonido podía ahogarlos —dijo Clark, con un escalofrío—. Era un monstruo.

—¡Oh! —exclamó Van Wall, con repentina comprensión—. Usted *estaba* sentado junto a la misma puerta... ¿verdad? Y casi detrás de la pantalla de proyección.

Clark asintió.

—Ahora... está callado —dijo—. Está muerto... Mac, su *test* no sirve de nada. *Eso* había muerto. Hombre o monstruo, estaba muerto.

McReady rió silenciosamente.

—¡Muchachos, les presento a Clark, el único ser a quien sabemos humano! Les presento a Clark, el único que prueba que es un ser humano tratando de cometer un crimen... y fracasando. ¿Quieren hacer el favor de abstenerse por algún tiempo todos ustedes de probar que son seres humanos? Creo que podemos hacer otro *test*.

—¡Un *test*! —dijo Connant con alegre brusquedad. Y luego su rostro reveló decepción—. Supongo que fracasará también.

—No —dijo con firmeza McReady—. Vigilen y tengan cuidado. Vengan al edificio de la administración. Barclay, traiga su electrocutor. Y alguien... Dutton, que se quede con Barclay para cerciorarse de que lo hace. Que cada uno vigile a su vecino porque, ¡voto al infierno, del cual vienen esos monstruos!, yo tengo algo y ellos lo saben. ¡Serán peligrosos!

El grupo quedó repentinamente en tensión. Una atmósfera de destructora amenaza penetró en el cuerpo de todos los hombres mientras se miraban mutuamente. Pensaban, con más intensidad que nunca... ¿*Será un monstruo no humano ese hombre que está junto a mí?*

—¿En qué consiste? —preguntó Garry, cuando volvieron a la habitación principal—. ¿Cuánto tardará?

—No lo sé con exactitud —dijo McReady, la voz llena de airada decisión—. Pero sé que dará resultado y que es clarísimo. Depende de una cualidad fundamental de los *monstruos*, no de nosotros. *Kinner* me convenció.

McReady estaba pesado y macizo en su inmovilidad de bronce, completamente seguro de sí mismo de nuevo, finalmente.

—Esto será necesario, supongo —dijo Barclay, alzando el arma con mango de madera y rematada por dos conductores alargados y puntiagudos—. ¿Está listo el generador?

Dutton asintió.

—Van Wall y yo lo hemos cargado para la proyección de las películas... y lo hemos verificado cuidadosamente varias veces. Todo lo que toque el cable, morirá —aseguró, con aire sombrío—. Lo sé muy bien... lo garantizo.

El doctor Copper se movió en su litera y se frotó los ojos con mano vacilante. Se sentó lentamente, parpadeó con ojos empañados por el sueño y los medicamentos, dilatados por un indecible horror a sus pesadillas causadas por las drogas.

—Garry —murmuró—. Garry... Escúcheme. Son egoístas... vienen del infierno...

Luego masculló varias palabras ininteligibles, volvió a desplomarse en su litera y

empezó a roncar suavemente.

McReady lo miró pensativamente.

—Pronto lo sabremos —dijo, asintiendo con lentitud—. Pero tiene razón Copper al hablar de egoísmo. No sé qué sueños habrá tenido. Pero tiene razón. Egoísmo es la palabra adecuada. *Ellos* deben ser egoístas.

Se volvió hacia los hombres que estaban en la cabaña, tensos, silenciosos, que se miraban con ojos hostiles.

—Egoístas. Y, como lo dijo el doctor Copper... *cada parte es un todo*. Cada pedazo es autónomo, es un animal en sí mismo. Eso, y lo demás, es revelador. Nada hay de misterioso en la sangre: es un tejido del cuerpo tan normal como un trozo de músculo o de hígado. Pero no tiene tanto tejido conjuntivo, aunque contiene millones, miles de millones de células.

La gran barba bronceada de McReady se arrugó en ceñuda sonrisa.

—Esto, en cierto modo, es satisfactorio. Estoy segurísimo de que nosotros los humanos superamos aún... a los otros. A los otros que están aquí. Y tenemos lo que los extraterrestres, evidentemente, no tienen. No un instinto imitado, sino innato, una pasión indomable que es auténtica. ¡Luchamos, luchamos con una ferocidad que ellos tratan de imitar, pero que nunca igualarán! Somos seres reales. Y ellos son imitaciones, falsos hasta lo más profundo de cada célula. Perfectamente. Ahora, esto es una definición. *Ellos* lo saben. *Ellos*, que leen los pensamientos. *Ellos* me han sacado la idea de la cabeza. *Ellos* no pueden evitarlo.

—Quedándonos quietos aquí...

—Déjelo. La sangre son los tejidos. Ellos tienen que sangrar: ¡si no sangran cuando los cortan, entonces, por Dios que son una impostura infernal! Si sangran... entonces, esa sangre, separada de ellos, es un individuo... *un individuo recién formado por derecho propio, así como ellos... se desprendieron, todos ellos, de un original... ¡son individuos! ¿Comprende, Van? ¿Advierte la respuesta, Bar?*

Van Wall rió, con risa muy contenida.

—La sangre... la sangre no obedecerá —dijo—. Es un individuo nuevo, con todo el deseo de proteger su propia vida que tiene el original... la masa principal de la cual se separó. La *sangre* vivirá... ¡y tratará de huir de una aguja caliente, digámoslo así!

McReady tomó el escalpelo de la mesa. Luego, sacó del armario un soporte de tubos de ensayo, una diminuta lámpara de alcohol y alambre de platino arrollado a una varilla de vidrio. Sobre sus labios aleteaba una sonrisa de ceñuda satisfacción. Por un momento, contempló a los que lo rodeaban. Barclay y Dutton se le acercaron lentamente, con el instrumento eléctrico de mango de madera listo para usar.

—Dutton —dijo McReady—. Supongamos que usted se acerque a la conexión. Pero asegúrese de que ningún... de que nadie la afloje.

Dutton se apartó.

—Vamos, Van. Supongamos que usted sea el primero.

Muy pálido, Van Wall se adelantó. Con delicada precisión, McReady le cortó una

vena en la base del pulgar. Van Wall tuvo un sobresalto y luego se mantuvo firme, mientras se juntaba en el tubo de ensayo media pulgada de sangre brillante. McReady colocó en su soporte el tubo de ensayo, le dio a Van Wall un fragmento de alambre y le señaló el frasco de yodo.

Van Wall estaba inmóvil, mirando. McReady calentó el hilo de platino con la llama de la lámpara de alcohol y luego lo sumergió en el tubo. Se oyó un suave silbido. McReady repitió el test cinco veces.

—Un ser humano, en mi opinión —dijo con un suspiro McReady, y se irguió—. Por ahora, mi teoría no ha sido probada realmente... pero tengo esperanzas. Tengo esperanzas. Por lo demás, no se interesen demasiado por esto. Tenemos con nosotros a algunos seres indeseables, no hay duda. Van... ¿quiere relevar a Barclay junto al conmutador? Gracias. Está bien, Barclay. Confío en que se quedará con nosotros. Usted es un excelente muchacho.

Barclay sonrió con aire indeciso, y se sobresaltó bajo el delgado filo del escalpelo. Poco después, con ancha sonrisa, recobró su arma de largo mango.

—Señor Samuel Dutt... ¡Bar!

La tensión se desató en ese instante. Sea cual fuere el infierno que tenían en sus almas los monstruos, los hombres los igualaban en ese instante. Barclay no tuvo oportunidad de mover su arma mientras una veintena de hombres se lanzaba sobre aquella cosa que había parecido ser Dutton. Aquello maullaba y escupía y trataba de criar colmillos... y estaba formado por cien fragmentos rotos, desgarrados. Sin cuchillos, sin más arma que la fuerza bruta de un personal de hombres escogidos, el monstruo fue aplastado, desgarrado.

Lentamente, todos se recobraron, los ojos fulgurantes, los movimientos muy sosegados. Un curioso fruncimiento de los labios traicionaba en ellos una suerte de nerviosidad.

Barclay se acercó con el arma eléctrica. La carne se quemó y hedió. El ácido cáustico que dejó caer Van Wall sobre cada gota de sangre derramada provocó vapores que cosquilleaban la garganta y causaban tos.

McReady sonrió, los hundidos ojos vivaces y bailarines.

—Quizá yo haya subestimado la capacidad del hombre al decir que nada humano podía igualar la ferocidad que había en los ojos de ese monstruo —dijo serenamente—. Ojalá halláramos una manera más adecuada de tratar a esos seres. Algo que contenga aceite hirviente o plomo derretido. O quizá podamos asarlos lentamente en la caldera de la planta de energía. Cuando pienso en el hombre que era Dutton...

—No se preocupe. Mi teoría es confirmada por... ¿por uno que sabía? Bueno, Van Wall y Barclay están probados. Creo, por consiguiente, que trataré de mostrarles a ustedes lo que ya sé. Que también yo soy un ser humano.

McReady esterilizó el escalpelo y se cortó con ademán experto la base del pulgar.

A los veinte segundos, apartó los ojos del escritorio para mirar a los hombres que esperaban. Ahora, había más sonrisas entre ellos, más sonrisas cordiales, pero al mismo tiempo se advertía algo más en sus ojos.

—Connant tenía razón —dijo con una suave risa McReady—. ¿Por qué hemos de suponer que sólo la sangre del lobo tiene derecho a la ferocidad? Quizás el lobo sea superior en punto a malignidad espontánea, pero después de estos siete días... ¡abandonad toda esperanza, oh lobos que entráis aquí!

—Quizá podamos ahorrar tiempo. Connant... ¿quiere usted acercarse para...?

Nuevamente, Barclay fue demasiado lento. Hubo más sonrisas, menos tensión aún, cuando Barclay y Van Wall concluyeron su faena.

Garry habló, con voz amarga y contenida:

—Connant era uno de los mejores hombres que teníamos aquí... y hace cinco minutos yo habría jurado que era un hombre. Esos malditos monstruos son más que una imitación.

Garry se estremeció y se dejó caer en su litera.

Y treinta segundos después, la sangre de Garry rehuyó el hilo de platino calentado y se esforzó por escapar del tubo de ensayo, luchó con el mismo frenesí con el que una súbitamente salvaje imitación de Garry, con los ojos encarnados, todo un ser humano en descomposición, se esforzaba en rehuir la lengua de víbora del arma con la que Barclay avanzaba hacia él, pálido y sudoroso. El ser del tubo de ensayo chilló con una voz diminuta y metálica cuando McReady lo dejó caer sobre el fulgurante carbón del hornillo.

14

—¿El último? —dijo el doctor Copper, levantándose de su litera con los ojos inyectados en sangre y entristecidos—. Catorce, en total...

McReady asintió lacónicamente.

—En algunos aspectos... si hubiéramos podido impedir permanentemente que se propagaran... yo habría querido recobrar hasta las imitaciones. El comandante Garry... Connant... Dutton... Clark...

—¿Adónde llevan esas cosas? —dijo Copper, señalando la camilla que sacaban de allí Barclay y Norris.

—Afuera. Afuera, sobre el hielo, donde tienen quince envases rotos de keroseno. Hemos arrojado ácido sobre cada gota derramada, sobre cada fragmento. Vamos a incinerarlos.

—El plan parece bueno —dijo Copper, asintiendo con aire fatigado—. Usted no me ha dicho si Blair...

McReady se sobresaltó.

—¿Lo hemos olvidado? ¡Teníamos tantos otros en quienes pensar! Me

pregunto... ¿Cree usted que podremos curarlo ahora?

—Si... —comenzó el doctor Copper, y se detuvo con aire significativo.

McReady volvió a hablar.

—Es un loco. Imitaba a Kinner y su histeria al rezar...

Se volvió hacia Van Wall y dijo:

—Van, tenemos que hacer una expedición a la cabaña de Blair.

Van lo miró con ojos penetrantes. Por un momento, la preocupación que acusaba su semblante fue sustituida por un sorprendido recuerdo. Luego, se levantó e hizo un gesto de asentimiento.

—Más vale que me acompañe Barclay. Fue él quien clausuró la puerta de Blair y sabrá cómo abrirla sin asustarlo demasiado.

El viaje duró tres cuartos de hora, con un frío de 37 grados bajo cero. Tres cuartos de hora para llegar a la cabaña sepultada entre la nieve. De allí no surgía humo y los tres hombres se apresuraron.

—¡Blair! —bramó Barclay, cuando estaba aún a cien metros de allí—. ¡Blair!

—Cállese —dijo McReady—. Y apurémonos. Quizá Blair trate de huir solo. Si tenemos que perseguirlo... sin aviones, con los tractores inutilizados ...

—¿Tendría un monstruo el vigor de un hombre?

—Una pierna rota no lo detendría más de un minuto —observó McReady.

Barclay profirió una exclamación entrecortada y señaló hacia lo alto. Borrosamente, en el cielo crepuscular, algo alado describía curvas de indescriptible gracia y facilidad. Las grandes alas blancas se inclinaban suavemente y el pájaro revoloteaba sobre los hombres con silenciosa curiosidad.

—Un albatros... —dijo en voz baja Barclay—. El primero de la temporada, que piensa irse tierra adentro no sé por qué motivo. Si un monstruo está suelto...

Norris se inclinó sobre el hielo y sacó algo precipitadamente de su gruesa ropa a prueba de intemperie. Se irguió. En su mano brillaba una amenazadora arma de metal azulado, y ésta rugió su desafío al silencio blanco de la Antártida.

El pájaro profirió un ronco chillido. Sus grandes alas se agitaron frenéticamente cuando una docena de plumas se desprendieron de su cola. Norris volvió a disparar. El pájaro se movía velozmente ahora, pero en una línea de retirada casi recta. Volvió a chillar, cayeron más plumas y se remontó con sordo aleteo detrás de un cerro de hielo, para desaparecer.

Norris siguió presurosamente a sus compañeros.

—No volverá —dijo, jadeante.

Barclay lo redujo al silencio con un gesto de advertencia, señalando. Una extraña y feroz luz azul brotaba por las grietas de la puerta de la cabaña. Dentro resonaba un zumbido muy suave, muy suave, y también un chasquido y tintineo de herramientas, y aquellos sonidos traían un mensaje de frenética prisa.

McReady palideció.

—Dios nos ayude si ese monstruo ha...

Asió a Barclay por el hombro e hizo el movimiento de cortar con los dedos, señalando el nudo de cables de control que sujetaban la puerta.

Barclay sacó del bolsillo los cortadores de alambre y se hincó de rodillas silenciosamente. El chasquido de los alambres cortados causó un indecible estrépito en la absoluta quietud de la Antártida. Sólo se oía aquel extraño y suave zumbido en el interior de la cabaña, y el frenético chasquear y tintinear de las herramientas que ahogaba esos ruidos.

McReady atisbo por una grieta de la puerta. Tomó aliento con ronco sonido y sus grandes dedos se clavaron cruelmente en el hombro de Barclay. El meteorólogo retrocedió.

—No es Blair —explicó McReady, en voz baja—. Es alguien arrodillado junto a un objeto que está sobre la litera... algo que quiere elevarse, que parece un morral... y que sube a cada momento.

—Vamos juntos —dijo Barclay con aire ceñudo—. No. Norris, quédese atrás y saque ese hierro suyo. Eso que está ahí... puede tener armas.

El vigoroso cuerpo de Barclay y la gigantesca fuerza de McReady golpearon juntos la puerta. Dentro, la litera apoyada contra ésta chirrió furiosamente y se hizo añicos. La puerta saltó de sus goznes rotos y la remendada madera de la jamba cayó hacia adentro.

Un ser se levantó de un salto, como una pelota de goma azul. Uno de sus cuatro brazos, semejantes a tentáculos, se estiró como una víbora que va a asestar su golpe. En una mano de siete tentáculos brillaba un lápiz de reluciente metal de seis pulgadas y el ser lo levantó para afrontarlos. Los finos labios del monstruo se entreabrieron convulsivamente descubriendo unos colmillos de ofidio, en una mueca de odio, mientras sus ojos encarnados fulguraban.

El revólver de Norris atronó el recinto. El rostro cubierto de odio se convulsionó en una mueca de sufrimiento y el tentáculo que se estiraba se replegó. El objeto plateado que tenía en la mano se trocó en unos restos metálicos y la mano de siete tentáculos se convirtió en una masa de mutilada carne que rezumaba un licor amarillo verdoso. El revólver retumbo otras tres veces. En cada uno de los tres ojos se cavaron oscuros agujeros, y finalmente Norris lanzó el arma vacía contra el rostro.

El ser gritó con terrible odio, llevándose un tentáculo a los cegados ojos. Durante un momento se arrastró por el suelo, descargando salvajes golpes en el vacío con sus tentáculos, mientras el cuerpo se retorció. Luego volvió a ponerse de pie, moviendo los cegados ojos, que se contraían repulsivamente, mientras la aplastada carne se desprendía en húmedos trozos.

Barclay se levantó pesadamente, avanzó con una hacha para hielo y le asestó un golpe de plano sobre el costado de la cabeza. El monstruo a quien no se podía matar se desplomó nuevamente. Los tentáculos se estiraron de improviso y de pronto Barclay cayó, aferrado en el dogal de una cuerda viviente y lívida. El monstruo se disolvía mientras lo sujetaba y era como una cinta al rojo blanco que le penetraba a

Barclay en la carne de las manos, como un fuego vivo. Frenéticamente, Barclay se arrancaba su ropa, escondía las manos para que no se las aferrara. El ciego se tanteaba y desgarraba el duro paño del abrigo a prueba de intemperie de Barclay, buscando carne... carne que pudiera convertir...

La enorme antorcha fuelle que trajera McReady carraspeó solemnemente. De pronto, rugió con voz ronca su desaprobación. Luego, rió con una risa gorgoteante y sacó una lengua blancoazulada de casi un metro. El ser del suelo gritó, golpeando a ciegas con los tentáculos que se retorcían y que se contrajeron bajo la burbujeante ira de la antorcha fuelle. El monstruo se arrastró y revolvió en el suelo, gritó y rengueó frenéticamente, pero McReady seguía proyectándole la antorcha sobre la cara, mientras los muertos ojos ardían inútilmente. Con frenesí, el ser se arrastraba y aullaba.

De un tentáculo brotó una salvaje garra... y se consumió en la llama. Firmemente, McReady proseguía un plan firme y deliberado. Impotente, enloquecido, el ser se retiró de aquella gruñona antorcha, retrocediendo ante la acariciante y lamiente lengua. Por un momento se rebeló, chillando con infrahumano odio al contacto de la nieve helada. Luego, cayó ante el chamuscante hálito del flamígero fuelle y lo envolvió el hedor de su carne. Retrocedió sin esperanzas... internándose cada vez más entre las nieves de la Antártida. El furioso viento barría el suelo y retorció los lengüetazos de la antorcha fuelle: y el monstruo se sacudía inútilmente y dejaba un rastro de humo aceitoso y maloliente...

McReady volvió en silencio a la cabaña. Barclay lo recibió en la puerta.

—¿No hay más? —preguntó con el ceño fruncido el gigantesco meteorólogo.

Barclay negó con la cabeza.

—No hay más. ¿No se dividió?

—Tenía otras cosas en qué pensar —le aseguró McReady—. Cuando lo dejé, estaba convertido en una brasa. ¿Qué hacía?

Norris rió silenciosamente.

—Somos inteligentes, no cabe duda. Rompemos las magnetos para que los aviones no funcionen, arrancamos tuberías en los motores de los camiones y dejamos a ese monstruo solo durante una semana en esta cabaña. Solo y sin que lo molesten.

McReady registró con más cuidado la cabaña. El aire, a pesar de la puerta arrancada, era caluroso y húmedo. En una mesa, en el otro extremo de la habitación, se veía un objeto formado por cables arrollados y pequeños imanes, tubos de vidrio y lámparas radiotelefónicas. En el centro había un bloque de piedra rústica. Del centro del bloque surgía aquella luz que inundaba la cabaña, la furiosa luz azul más azul que el resplandor de un arco eléctrico: y de allí surgía el suave zumbido. A un costado, había otro mecanismo de cristal, fundido con inverosímil pulcritud y delicadeza, láminas de metal y una extraña y reluciente esfera incorpórea.

—¿Qué es eso? —dijo McReady, y se acercó.

Norris movió dubitativo la cabeza.

—Habría que investigarlo. Pero creo adivinar de qué se trata. Es fuerza atómica. Eso que está a la izquierda... es una cosita destinada a hacer lo que han intentado los hombres con ciclotrones de 100 toneladas. Separa los neutrones del agua pesada, que el monstruo obtenía del hielo circundante.

—¿Dónde lo habrá conseguido todo?... ¡Ah, sí! Naturalmente. Un monstruo no podía estar confinado dentro... ni fuera. Ha estado hurgando en los escondrijos de los aparatos.

McReady miró absorto la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué cerebro debe tener esa raza!

—La esfera reluciente... Creo que es una esfera de fuerza pura. Los neutrones pueden atravesar cualquier materia y ese monstruo quería un depósito de reserva de neutrones. Basta con proyectar neutrones contra sílice, calcio, berilio... contra cualquier cosa, o poco menos, y la energía atómica se libera. Este objeto es un generador atómico.

McReady sacó un termómetro de su chaqueta.

—Aquí hay 120 grados Fahrenheit, a pesar de la puerta abierta. Nuestra ropa ha conservado el calor hasta cierto punto, pero ahora estoy sudando.

Norris asintió.

—La luz es fría. Lo he descubierto. Pero emite calor para caldear el recinto mediante esa bobina. Ese monstruo tenía toda la energía eléctrica del mundo. Podía mantener esta atmósfera tibia y agradable, tal como entendía su raza lo tibio y lo agradable. ¿Notó usted la luz, su color?

McReady asintió.

—Más allá de las estrellas está la respuesta. Vinieron desde más allá de las estrellas. De un planeta más cálido que describía círculos alrededor de un sol más brillante, más azul.

McReady contempló por la ventana el rastro manchado de humo que avanzaba, tortuosa y ciegamente, a través de la nieve.

—No creo que vuelvan. Vinieron a parar aquí por mero accidente y eso sucedió hace veinte millones de años. ¿Para qué hizo todo eso?

Barclay rió silenciosamente.

—¿Se fijó en qué trabajaba cuando vinimos? Mire.

Y señaló el techo de la cabaña.

Como un morral hecho de latas de café aplastadas, con correas de cuero y cintas de paño colgante y que oscilaban, el mecanismo estaba adherido al techo. Ardía en él un diminuto y brillante núcleo de llama sobrenatural, pero ardía a través de la madera del techo sin quemarla. Barclay se le acercó, asió dos de las correas y tiró hacia abajo con esfuerzo. Luego, se ató las correas alrededor del cuerpo. Un leve salto lo llevó en un arco fantasmagórico y lento a través de la habitación.

—Antigravedad —dijo silenciosamente McReady.

—Antigravedad —asintió Norris—. Sí, nosotros los habíamos detenido, ya que

no había aviones ni pájaros. Los pájaros no habían venido..., pero el monstruo tenía latas de café y piezas radiotelefónicas, y el cristal y el taller mecánico de noche. Y una semana... toda una semana... para sí. América en un solo salto..., con la antigravedad provista de fuerza por la energía atómica de la materia. Los habíamos detenido. Media hora más, pues el monstruo estaba precisamente ajustando esas correas sobre el aparato para que éste pudiera transportarlo, y nos habríamos quedado en la Antártida, disparando contra todos los seres vivos que vinieran del resto del mundo.

—El albatros... —dijo en voz baja McReady—. ¿Cree usted...?

—¿Con eso casi terminado? ¿Con esa arma mortal que tenía en su mano?

—No, gracias a Dios, que evidentemente oye muy bien hasta lo que sucede aquí abajo, y merced al margen de media hora, conservamos nuestro mundo, y también los planetas del sistema. La antigravedad..., ¿comprende? Y la energía atómica. Porque ellos vinieron de otro sol, de una estrella que está detrás de las estrellas. *Ellos* vinieron de un mundo de sol más azul.

Título original:

THE THING FROM OUTER SPACE

© 1937, John W. Campbell Jr., by arrangement by Scott Meredith.

Traducción de M. Blanco

Acerca de «2001»

«2001» representa un hito importante en la historia de la ciencia ficción cinematográfica, tanto por su conjunto como por sus detalles aislados. Obra sabiamente elaborada, es difícil hablar de ella en su totalidad sin extenderse fuera de los límites en que debemos movernos en estas páginas. Es por ello que, dejando para más adelante, cuando ya nuestra exaltada mente esté más reposada, una visión general de la cinta, hayamos preferido reunir en un solo artículo tres visiones parciales de la misma sobre tres aspectos importantísimos de su realización, tratados por tres especialistas en sus respectivos temas: un encargado de relaciones humanas, un sociólogo y un técnico en sistemas.

1.- Amanecer del hombre

El espectador de 2001, ganado por la publicidad del film, se sienta en su butaca esperando ver el anunciado desfile de modelos aeroespaciales, la soberbia técnica futurista, las bóvedas espaciales de un impresionante viaje hacia otro planeta, En una palabra, la fantástica cinta de «anticipación» que se le ha prometido que era **2001: una odisea del espacio**.

Pero he aquí que las primeras secuencias ofrecen una inesperada visión retrospectiva: «Amanecer del hombre»; y la fabulosa ambientación, el magnífico colorido, las soberbias escenas, llenas de aciertos técnicos y de interpretación, ganan los ánimos del espectador, que se sumerge en sensaciones aprobativas muy distintas de las que al principio esperaba.

Tratemos sin embargo de analizar, mejor dicho de **ver** tales escenas con una postura difícil de adoptar en la contemplación del film, a causa del arrobamiento en que nos imbuye: la de, siguiendo las finalidades de su trama argumental, conocer unas posibles circunstancias del principio del hombre: **el despertar de nuestras reacciones**.

Tras un desfile corto, pero sublime, de amaneceres grandiosos coloreados de vida, aparece por primera vez el hombre-mono, en su vivir primario, en el centro de una naturaleza agreste y salvaje.

La fiera necesidad de sobrevivir acucia su inteligencia.

Se agrupa en familias para fortalecerse contra sus adversarios. Busca refugios pedregosos que le protejan de las bestias. Cuando su sed le agarrota la garganta,

organiza la batida que servirá para arrebatar el agua a quien la posea.

Sigilosamente, el cabecilla organiza el sistema táctico. Inician la aproximación silenciosa al objetivo. A la vista de su enemigo, se lanzan decididamente al ataque, empleando dos soberbias armas psicológicas: los aullidos y los saltos que impresionan al descuidado enemigo y le obligan, tras leve intento de resistencia, a abandonar la lucha, dejando a los victoriosos la codiciada posesión.

Un despertar les sorprende con la extraña aparición de un monolito, un algo, de líneas perfectas, que les asombra por su desconocida apariencia.

El miedo a lo nuevo y el asombro y curiosidad a lo extraño luchan en su interior, haciéndoles retroceder y acercarse.

Por fin, vence la atracción que el objeto ejerce en el más decidido. Este acciona cautelosamente sus sentidos, tratando de saber y conocer qué es aquello. El resto del grupo, a la prudente expectativa, no tarda en ser arrastrado por el ejemplo.

El inicio del desarrollo de sus reacciones y sensaciones agudiza y afila sus mentes.

Ante la osamenta de unos tapires, rebuscando semillas o gusanos que le sirvan de alimento, una inspiración brota en el pensamiento de uno de ellos.

Un hueso recio puede servir para golpear con más fuerza que sus patas. Lo sopesa. Lo prueba, golpeando huesos que se levantan astillados al aire. El efecto es grandioso. Un cráneo se parte. La imaginación configura escenas de una fantasía.

Se siente arrebatadoramente feliz ante su descubrimiento.

Enseña a su familia el invento, su utilidad, y ésta lo adopta y emplea.

Los frutos de su aplicación mejoran su forma de vivir. Ya tienen un alimento más sustancioso y exquisito: la carne de los animales que derriban.

Sus defensas pueden mantenerse más descuidadas, pues tienen un arma que les ayuda. Ahora se aventuran solos; ya pueden vivir separados del grupo.

Los hijos examinan curiosamente los nuevos utensilios e imitan a los mayores jugando con los huesos.

En el asalto para la conquista del agua, el nuevo aliado les hace más decididos. El enemigo desconoce su poder y se enfrenta a él.

La fuerza que antes empleó para abatir al animal que le sirve de alimento le ayuda a vencer a su adversario.

Y entonces se produce la asociación y derivación del útil-arma.

Sus enemigos retroceden espantados ante tal poderío. La muerte de su compañero les aterra. Ahora conocen otro medio de morir. Por primera vez uno de ellos parece a manos de un semejante.

Al vencedor el triunfo le llena de alegría y, exaltado, lanza al aire su arma.

El hombre ha descubierto su primer artefacto, el antecesor de inventos que le llevarán a la construcción de ingenios que le transportarán rumbo al infinito. Con un salto de siglos, tras ese prólogo imborrable, la película que esperábamos puede ya empezar^[1].

2.- La vida cotidiana en «2001»

He visto la película **2001: una odisea del espacio**, pero no he leído el libro que Clarke ha escrito sobre el guión; por tanto, dispongo de unos elementos de juicio más limitados, ya que en la obra se tendrán que explicar puntos que en la película se pueden dejar en meros esquemas visuales, a la libre interpretación del espectador.

Pero no obstante siempre me ha gustado ese juego mental, usual en algunas ciencias como es la arqueología, en que a partir de algunos indicios se trata de construir la realidad total. Y esto es lo que voy a tratar aquí, a modo de juego que el lector, el que haya visto la cinta, naturalmente, podrá completar si lo desea. Se trata de reconstruir la vida cotidiana del año 2001, a partir de los indicios dados en el film.



La vida cotidiana en el espacio...

Ante todo veamos la situación política. Se puede afirmar que el mundo sigue dividido en bloques, y que estos bloques siguen, al menos en una cierta escala, empeñados en una guerra fría. Esto lo podemos inferir del encuentro entre el doctor Heywood Floyd, de los Estados Unidos, y los científicos rusos Elena, amiga del doctor, y Smyslov.

Los americanos disponen de una base en la Luna, y los rusos de otra, separadas entre sí. Los americanos han hallado algo que los desconcierta y lo mantienen en secreto, mientras que los rusos tratan de desvelarlo. Hasta se ha dado un incidente: una nave rusa averiada (tal vez un truco para introducirse en el área sellada, a modo de caballo de Troya) ha solicitado permiso de descenso en la base yanqui y, a pesar de que los tratados obligan a la asistencia, se le ha negado el permiso de descenso. Una típica situación de la guerra fría.

Y, no obstante, existe una cierta cooperación, pues la rueda, la gigantesca estación espacial en órbita ecuatorial sobre la Tierra, es utilizada tanto por las naves de la Pan American como por las de la Aeroflot. Quizá se trate de una estación puesta bajo el

control de un organismo supranacional, como la ONU, Esto tiende a ser confirmado por la existencia de una seguridad, con controles de voz, prevista para diversos idiomas, lo que da una idea de utilización multinacional.

En cuanto a los sistemas económicos, no parecen haber variado mucho, sino más bien consolidado, ya que podemos ver que las grandes firmas capitalistas se han extendido hasta el espacio. Y tenemos una línea lunar servida por naves de la Pan American, un hotel orbital de la cadena Hilton, servicio de comunicaciones videofónicas de la Bell Telephone Co., y emisiones de TV al Cosmos de la BBC.

Aunque mucho nos parece que algunos de estos servicios deben de contar con un fuerte subsidio gubernamental, pues de lo contrario vuelos como el de las naves de la Pan American que cubren los dos trayectos Tierra-Rueda y Rueda-Clavius (base de los EUA en la Luna) no serían demasiado rentables, ya que en los que podemos contemplar el único pasajero es el doctor Heywood; y suponemos también que el costo de los viajes debe ser «astronómico». A menos, naturalmente, que se trate de servicios de prestigio, mantenidos con fines publicitarios, por lo que en los mismos sería aceptable el tener pérdidas, pérdidas imputables a la cuenta de publicidad, por supuesto.

Por otra parte nos hace contemplar la idea de que sean servicios subvencionados el que, tras mantener una muy real conversación por videófono con su hija, el único cargo que se le hace al Dr. Heywood es de 1,98 dólares, cantidad tan ínfima que sólo se puede explicar por lo antes sugerido, por una, muy poco probable, alza de la moneda y de su poder adquisitivo, o por un avance tecnológico importante que abaratase estos procesos.

El capítulo de la llamada por videófono nos hace, preguntarnos también por la moneda como bien de cambio, dado que en el aparato público no aparece ningún orificio por donde introducir monedas, sino uno para la introducción de una tarjeta, a todas luces de crédito, a la cual será cargado el importe. Ello nos hace pensar en que tal vez se trate de que la actual proliferación de dichas tarjetas, de continuar, haya llevado a la implantación oficial de ese sistema, con la consiguiente desaparición de monedas y billetes, o por lo menos a convertir la tarjeta de crédito en un sustituto oficialmente refrendado.

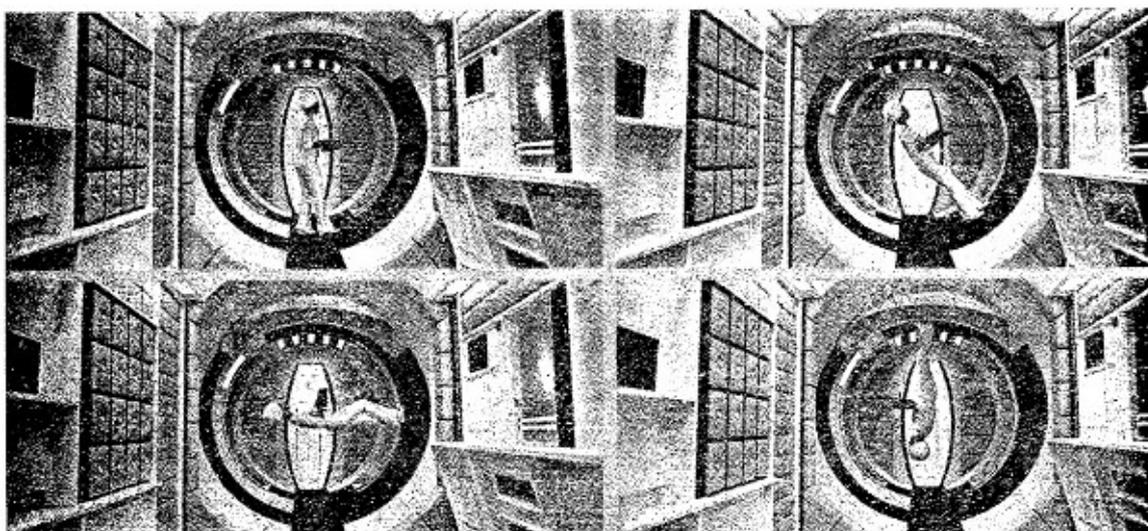
También en la conversación entre el astronauta Poole y sus padres, en el día de su cumpleaños, le comunican que los salarios atrasados le serán ingresados en su cuenta bancaria, práctica ya usual en las empresas de extensa nómina y sistema que, de generalizarse, podría contribuir a la sustitución del sistema actual por otro del tipo aquí reseñado.

Pasemos ahora a un tema tan importante para muchos como es el gastronómico. En su viaje en «autobús» lunar entre la base yanqui de Clavius y el lugar donde se ha hallado el objeto misterioso, en el cráter de Tycho, los americanos toman un pequeño refrigerio consistente en unos bocadillos, bocadillos que se dice que son sintéticos, producidos en la Luna, pero que casi se parecen ya en sabor a la comida natural. Esto

nos lleva a pensar en que, resuelto o no el problema de la superpoblación y el consiguiente de la escasez de alimentos, al menos en la Tierra se siguen consumiendo alimentos naturales, y los sintéticos son sólo necesarios en lugares de costoso abastecimiento como las bases lunares. Lo que es confirmado por la visible repugnancia con que el doctor Heywood sorbe, en su viaje por la Pan American, algunos alimentos para astronauta, líquidos, demostrando su poca costumbre a los mismos. El que los astronautas de la **Discovery**, la nave exploradora lanzada hacia Júpiter, estén más acostumbrados a los alimentos que se les suministra, no va en contra de esta posibilidad, tan sólo puede significar una resignación ante lo inevitable tras siete meses de viaje y de consiguiente dieta.

Por lo que se refiere a la ocupación de los períodos de ocio, nos disgusta ver continuada una tendencia actual: la preponderancia de la TV en la distribución de las horas. Ya en la nave de la Pan American que sube a la rueda vemos pantallas individuales para cada pasajero, aunque nos agrada comprobar que una persona inteligente, como es el Dr. Heywood, se queda dormido ante lo que tiene todas las trazas de ser una telecomedia. No pasa igual en la que va a Clavius, ya que en este caso es mucho más impresionante la visión, a través de los portillos panorámicos de la superficie lunar que se aproxima. También en la nave **Discovery** contemplamos un programa de noticias; con el presentador sentado ante el habitual mural relacionado con lo que se va a emitir, que en este caso es una fotografía de Andrómeda; de la BBC, a través del canal 12, lo que nos da idea del desarrollo de ese medio de comunicación y entretenimiento.

Por otra parte, aún hay una pequeña esperanza para los poco aficionados a la TV: los niños aún prefieren las fiestas, tal como nos dice la hija del Dr. Heywood en su conversación con su padre. Y cuando se le pregunta qué regalo desea, contesta, tras pedir un teléfono en clara imitación del mundo tecnificado de los mayores, que lo que realmente desea es un mono tití, una mascota que le haga compañía y que la proteja un poco del miedo subconsciente ante ese frío mundo de la ciencia.



... allá donde no hay arriba ni abajo

Porque otro de los aspectos, el final de los que trato de deducir de la visión de la cinta, es el asombro, que en algunos momentos se convierte en miedo, del Hombre enfrentado a la Máquina.

Este aspecto, que creemos denota la mano de Kubrick, trasciende en todos los momentos álgidos de la cinta, y se puede leer en el rostro del Dr. Heywood enfrentado con la kilométrica lista de instrucciones que tiene que leer antes de poder usar el retrete de la nave en estado de ingravidez. Y se puede leer en el rostro de la azafata de la nave de la Pan American cuando tiene que caminar, a gravedad cero, con la única ayuda de sus zapatos adherentes. Y se puede leer en el rostro del astronauta Bowman cuando el omnipresente, y algo fanfarrón, computador **Hal 9000** juzga la calidad de sus dibujos.

Pero que, sobre todo, se puede leer en ese mismo rostro cuando, tras la muerte de sus compañeros de tripulación, asesinados por **Hal**, realiza la macabra acción de desconectar las memorias de la máquina, lo que en cierto modo constituye su real ejecución por el crimen cometido.

Resumiendo: el mundo del 2001, tal como se nos aparece en esta producción, la primera a la que se puede llamar realmente de **ciencia ficción**, es un mundo con los problemas del nuestro, con una tecnología derivada de la nuestra y con unos hombres que somos nosotros mismos, algo más viejos, y nuestros hijos.

Un mundo en el que podríamos vivir.

Luis VIGIL

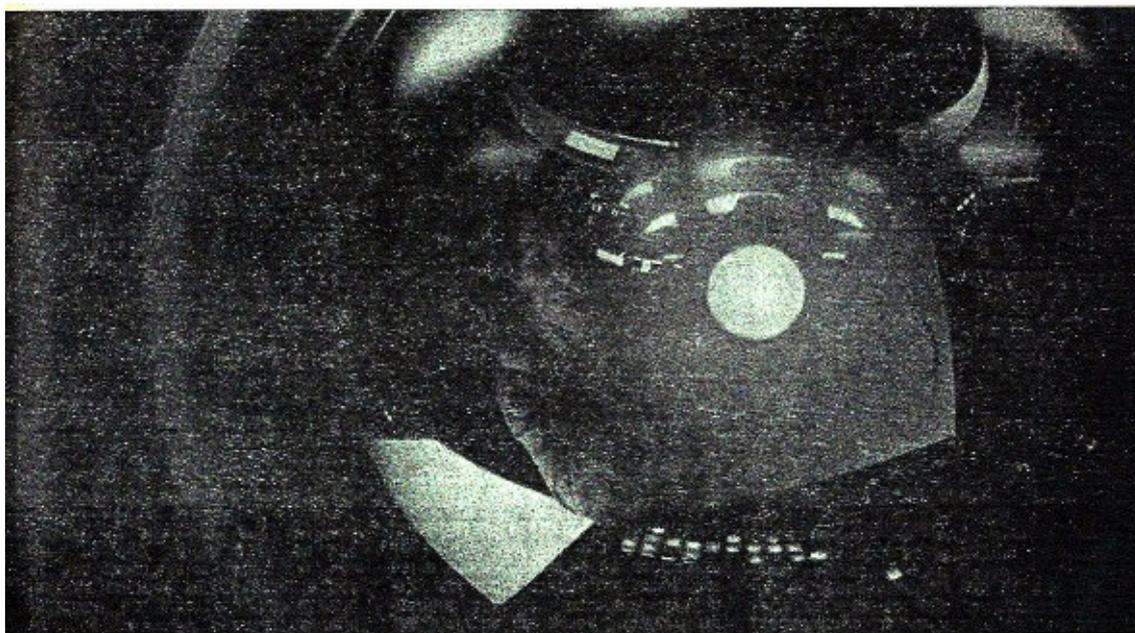
3.- Mi amigo Hal

Había leído mucho sobre **2001** y, por los orígenes de esta información recibida, me inclinaba a creer que iba a tratarse de un espectáculo maravilloso. Aunque desgraciadamente no se pueda decir lo mismo la mayoría de las veces, hay que proclamar que la obra supera a su lanzamiento publicitario y a lo que de ella se dice en el mismo. Creo que la mayoría de los amantes de la ciencia ficción habrán quedado tan satisfechos como yo.

Hay muchas cosas en **2001** sobre las que hablar y escribir. Sobre el conjunto y sobre cada uno de los extraordinarios y cuidados pormenores de la realización. Pero voy a centrar mi interés en un punto concreto que creo merece ser comentado por su extraordinaria relevancia dentro de la obra.

2001 nos presenta una expedición con un origen desconcertante y un destino que no lo es menos, y desconocido para sus miembros excepto uno: un privilegiado cerebro que no necesita descanso, no medita las jugadas de ajedrez, concede entrevistas a los informadores respondiendo con una confianza en sí mismo excepcional, cuida de la salud física y mental de su acompañantes, atiende a la navegación y al mantenimiento y es capaz de urdir un maquiavélico plan para

deshacerse de aquellos a quienes considera peligrosos.



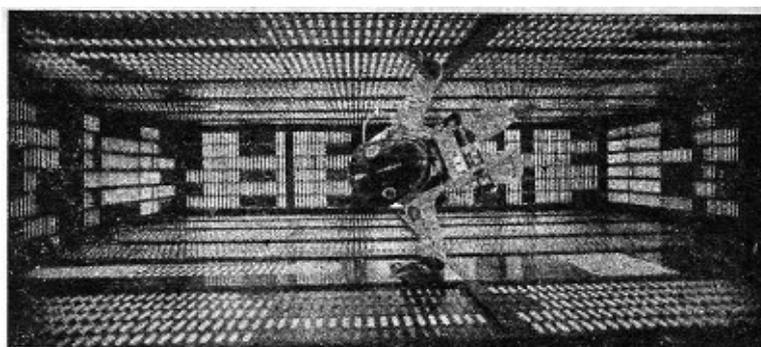
El hombre visto a través del múltiple ojo de Hal 9000.

Fijemos nuestra atención en **Hal 9000**.

Con una técnica que en la actualidad ya se está utilizando, **Hal 9000** es construido por otro computador, perteneciente a su misma familia. Hoy mismo los nuevos computadores (o calculadoras, u ordenadores...) son desarrollados con la ayuda de equipos preexistentes que se utilizan tanto para auxiliar en las investigaciones previas al diseño como en este mismo. Y no sólo esto, sino que colaboran eficazmente durante el complejo proceso que supone la construcción y todas las pruebas que se realizan durante el mismo y al final. De modo que, sin perder las buenas costumbres, **Hal** es puesto en el mundo por este mismo método. Se inicia entonces su período de instrucción. Hemos de suponer que gran parte de sus conocimientos le son transmitidos automáticamente por el computador que le construye y, posteriormente, se le enseñan nuevas tareas y, lo que es más importante, cómo concebir él mismo nuevas formas de actuar. Y nada de todo ello es fantástico, en sentido peyorativo. Aunque en la actualidad no estemos muy cerca de encontrar el modo de realizarlo, tampoco estamos demasiado lejos. Un más amplio conocimiento del cerebro humano (que tan poco y tan mal utilizamos) puede ser la clave para conseguir ese desarrollo de los computadores.

Sigamos con **Hal**. Terminado su aprendizaje, podemos imaginarle llevando una vida activa, acorde con su gran capacidad de trabajo. Por ejemplo, colaborando en un estudio de racionalización de cultivos marinos. O en nuevas aplicaciones de la energía nuclear. Quizá se vea implicado en cuestiones de investigación espacial antes de llegar a intervenir en el proyecto **Discovery**. Y suponemos que hasta este punto **Hal** se ha comportado correctamente. En este momento entramos en contacto con él. Con el más perfecto computador, según propia manifestación. Con un ser casi

omnipresente, al menos en su medio, gracias a un sistema de terminales que incluye todos los tipos imaginables y que están continuamente en funcionamiento, para evitar sorpresas (y también para darlas). Se nos muestra aquí con una serie de posibilidades completamente aceptables, pero no por ello menos maravillosas. Desgraciadamente, **Hal**, con toda su seguridad afirmada, comete un error. Es muy grave para quien asegura que es infalible fallar en la apreciación de un circuito eléctrico no muy complejo y que está totalmente bajo control, como vemos cuando lo analizan conjuntamente Poole, Bowman y **Hal**, después de haberlo retirado de la antena exterior, por indicación del último. Pero ¿realmente **Hal** se ha equivocado o está provocando adrede una situación de duda? Más parece lo segundo, y así ha sido interpretado por algunos. Este sofisticado ser parece haber aprendido mucho de sus diseñadores humanos. Demasiado. Ojalá este tan próximo mañana no nos depare frutos tan peligrosos, aunque mucho me temo que éste sea un deseo absurdo o inútil, porque el hombre es un hábil maestro en el arte de crear instrumentos ideales para su propia perdición.



HAL 9000: el corazón de un computador demasiado humano

Entiendo que la situación creada y su desenlace obedecen a un deseo de dramatizar la acción. ¿Quizá de mostrar al hombre en lucha contra su propia obra, que lo anonada, lo supera y trata de aniquilarlo? Ésta me parece una explicación plausible del papel de **Hal** en **2001**. A falta del relato escrito por Clarke sobre la película, dejo para otra ocasión un análisis más profundo de este punto y voy solamente a repasar, porque vale la pena, algunas de las extraordinarias características de **Hal**.

Hal posee una serie interminable de unidades de entrada y salida de información. Tiene, pues, una muy alta capacidad sensorial para poder llevar a cabo su misión sin descuidar nada de lo que está bajo su inmediato control. Además puede suministrar complejos datos, extraordinariamente elaborados y útiles, en el momento preciso. Ya en los actuales ordenadores estamos utilizando terminales de pantalla parecidos a los que muestra **Hal** y para aplicaciones muy similares. La **NASA** cuenta con gran número de ellos en sus instalaciones de control de vuelo espacial. También están siendo usados en sorprendentes estudios sobre métodos de enseñanza con ordenador. Y en algo tan prosaico como es un Banco también se dispone de ellos para mostrar en

un momento dado la información solicitada (y no me refiero a los circuitos cerrados de televisión que se usan para control de talones). Las pantallas de **Hal** y otras similares que aparecen en la estación orbital y en las naves de enlace con la Tierra y la Luna muestran constantemente una información completa sobre aquello que está ocurriendo. Prescindiendo de la verosimilitud de cada dato, que en muchos casos no ha sido descuidada, hay que convenir en que un efecto se consigue plenamente: mostrar al espectador la potencia de los instrumentos de trabajo en manos del hombre del primer año del siglo XXI, tal como los suponen los realizadores de **2001**.

Hal tiene diseminados por la nave **Discovery** una buena cantidad de «ojos» que le permiten seguir, entre otras cosas, los movimientos de los hombres que le acompañan. Por el momento, los ojos de nuestros actuales ordenadores leen muchas menos cosas; pero es previsible un desarrollo no muy lejano de su capacidad de percepción, en tanto no cambie el sistema de soportar la información que venimos utilizando la humanidad. Indudablemente esta característica de **Hal** refuerza en gran manera al personaje. Dramáticamente, causa un impacto mayor un computador que ve, que si se le hubiera dotado de otros medios de control. En realidad, a muchos espectadores ha producido menor impresión la ingente tarea de controlar la nave realizada por **Hal**, sin usar el ojo, que la capacidad de leer los labios humanos que demuestra. Creo que éste es precisamente el fin buscado. **Hal**, como el cíclope Polifemo, hijo de Neptuno, que en la Odisea homérica devora a los compañeros de Ulises, posee un solo ojo, aunque aparezca varias veces repetido. Bowman tiene que enfrentarse a él en desigual combate, de características épicas. El héroe lucha con su enemigo y consigue inutilizarle. Esto último en una secuencia que es, a mi entender, una de las más emocionantes de **2001**: Bowman, introducido en el propio cerebro de **Hal**, va desconectando, poco a poco, las unidades de proceso mental inteligente que, colocadas para acercarle al hombre, tanto le han alejado de él.

En la cabecera de estas líneas he hecho profesión de amistad hacia **Hal**, lo que equivale a una profesión de fe. Está claro que no me refería al Polifemo del siglo XXI, sino al extraordinario producto de la mente humana que representa. **Hal**, en muchos de sus aspectos, responde a aquello que, esperamos de los ordenadores en un próximo futuro, los que trabajamos con ellos.

Hal, magníficamente introducido en **2001**, juega un importante papel, que permite resaltar más aún el valor de la obra, al dejar a Bowman solo ante el escalofriante final.

Fernando ESPAÑA

Divagaciones sobre el estreno de «El enigma ... de otro mundo»

«El enigma de otro mundo» se encuentra incluida dentro de la serie —escasa serie— de obras antológicas de ciencia ficción que todos los aficionados al género desearían volver a ver. Y ello es debido tanto a los propios méritos del film como a las circunstancias que rodearon su aparición. De todo ello nos habla, en un artículo retrospectivo, nuestro «desempolvador oficial» de la ciencia ficción: Alfonso Figueras.

Aunque el cine en sí es un elemento de ciencia ficción, una imperfecta «máquina del tiempo», como vehículo de expresión de la ciencia ficción escrita no ha tenido, por lo menos hasta ahora, la misma suerte que la literatura encasillada con el mismo nombre, salvo en unas pocas —poquísimas, si tenemos en cuenta la larga lista de producciones del género— excepciones.

El largo desfile de films, más o menos de ciencia ficción, mezclados con elementos de pura fantasía, entreverados muchas veces con toques de tipo terrorífico, empezó con el cine mismo, de la mano del gran Méliès y del injustamente olvidado español Segundo de Chomón^[2]. Metros y metros de película que formarían una fila interminable, desde el primitivo **Viaje a la Luna** hasta el ambicioso intento de **Metrópolis**, película estrenada justamente en los años en que en Estados Unidos tomaba gran auge el «Amazing Stories» de Gernsback, y en los que John Campbell dirigía la revista «Unknown».

Es en esta época, en las postrimerías del arte silente, cuando Fritz Lang presenta **La mujer en la Luna**, en la que intervienen Hermann Oberth y Willy Ley como consejeros técnicos. Parece que la cosa empieza a marchar, pero con el advenimiento del aditamento del sonido en la pantalla (la «máquina del tiempo» se perfecciona) el cine pasa a convertirse en una especie de sucursal de los teatros «de varietés»^[3], con gran detrimento de los films de índole fantástica, que pasan a la catalogación de los llamados «clase B» y a formar seriales tipo **Buck Rogers**, **Flash Gordon** y otros excesos de este género. Claro que siguen habiendo excepciones, y dignas de tener en cuenta por cierto. **El hombre invisible**, **La vida futura**, son ejemplos de ello, junto con algunas otras, pocas, archiconocidas, antológicas para todos aquellos que han seguido de cerca las peripecias de la ciencia ficción en el cine.



John W. Campbell leyendo una de sus revistas

Se empezó a hablar en España de «el enigma» o «la cosa», en los años apasionados en los que un puñado de aficionados, un grupo de escritores y dibujantes, Antonio Ribera, Eugenio Danyans, Jordi Buxadé, Julio Ribera —que entonces dibujaba la versión gráfica de «Capitán Rido»—, yo mismo, clamábamos en las editoriales en una interminable lucha en pro del advenimiento de la ciencia ficción en España; eran los años dorados de la desaparecida colección «Futuro», y de la aparición en la prensa por primera vez de los nombres, hoy míticos, del capitán Mantell y del fantasmagórico Adamski, junto con las primeras noticias sobre los OVNI, buscadas con afán y lupa por los especialistas, dada la parquedad con que los periódicos nacionales han abordado siempre estos temas. Sesma, desde Madrid, ponía ya anuncios en los diarios y revistas pidiendo informaciones de observaciones particulares sobre estos enigmáticos fenómenos que aparecían en el cielo. Era la época, que dentro de poco empezaremos a calificar de dorada, en que nos lanzábamos a la calle para iniciar la siempre interminable búsqueda por los kioscos de los primeros ejemplares de «Más Allá» que empezaban a llegar a España. Fue en aquella época precisamente que aparecieron en las vallas publicitarias de varias ciudades unos extraños carteles, en los que, en gruesos caracteres, podía leerse: **EL ENIGMA**, sobre unos hipnóticos círculos concéntricos, y un poco más abajo, en letra pequeña: **... de otro mundo.**

Y ya que hemos llegado fatalmente a este punto, creo que es momento de hablar un poco ya sobre esta película. Si he dado este pequeño rodeo para llegar hasta aquí ha sido a fin de fijar un poco las circunstancias que rodearon la venida de esta película, causando una expectación —que hoy sería a todas luces excesiva— indudablemente motivada, más que por su excesivamente sencilla y un poco truculenta trama, por un hecho cautivador: el de que en ella el primer ser proveniente del espacio exterior iba a dar sus primeros pasos por nuestro planeta... aunque fuera solamente sobre el mágico lienzo de la pantalla plateada.

La película, aunque de impacto y de fuerza oculta contenida, daba sin embargo la

impresión de haber sido «lanzada» con miedo por los distribuidores españoles, y quizá por ello pasó algo inadvertida para los exégetas del séptimo arte y un poco sin pena ni gloria por las pantallas del país... aunque por supuesto no fuera así para aquel puñado de aficionados que asistimos estremecidos a su proyección.



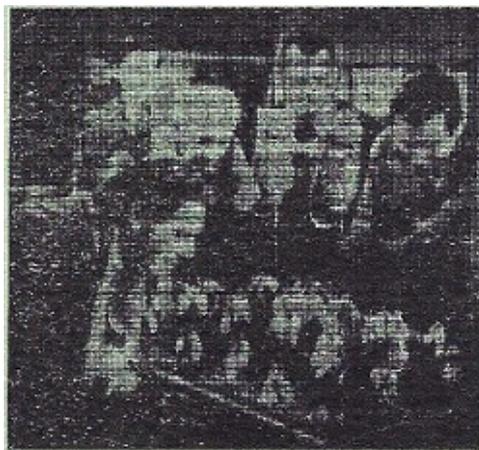
Una promoción teatral del film: el actor Jolly Jazzbo caracterizado como «la cosa»

Casi ininteligible durante su primer cuarto de hora, a consecuencia de un pésimo doblaje, como si los distribuidores estuvieran empeñados en hacer pasar el film como perteneciente a un subgénero tipo «clase B» (es inconcebible la alergia existente hacia todo lo que se refiere al tema OVNI, aunque ello entrañe el peligro de perder dinero), las iniciales protestas del público se acallaban rápidamente a medida que éste, poco a poco, iba interesándose por el asunto, llevado por buen camino y con mucho oficio por Christian Nyby, su director, y realizado con una gran honradez, teniendo en cuenta la parquedad de medios con que dicho realizador tuvo que desenvolverse para crear su obra.

Para mí, **El enigma** tiene este hálito misterioso del que carecían otros films de ciencia ficción realizados también en aquella época. Ni siquiera **Ultimátum a la Tierra**, a pesar de su magnífica puesta a punto, tenía el poder de sugestión que irradiaba de la producción de Howard Hawks y Christian Nyby. Desde su arranque, con el inconcreto vehículo especial enterrado en la nieve ártica, el invisible y sólo presentido artefacto, la película cobraba una sugestiva y tremenda fuerza de miedo verdadero a lo desconocido, que impregnaba al espectador sensible. Si a ello le añadimos la visión del traslado, con «la forma» o «la cosa» encerrada en su ataúd de hielo, hasta el campamento, en una atmósfera opresiva y angustiada, comprenderemos el ambiente que respiraba todo este film: con los humanos enfrentados con la semivelada «cosa» venida de otro mundo, la figura indiferente, en su aparente muerte, ante las órdenes cuchicheadas para velarlo antes de rendir informe, velarlo y montar guardia junto al bloque de hielo, el presentimiento de la primera y segunda víctima... en un verdadero «clímax», hasta el momento en que la «cosa», entrevista como una gigantesca forma gesticulante, sacudiéndose los perros

que le atacaban, después de escapar de la cárcel de hielo, ya fundido, que la aprisionaba, se perdía por los inhóspitos parajes árticos, para reaparecer, más concreta, en el dintel de la puerta, delineada ya con forma y perfiles humanos, aunque de rasgos faciales confusos. Ésta su segunda aparición era un verdadero «shock», que culminaba con la amputación traumática de una de las manos del fantástico ser, mano que horas después se movería y crisparía por sí sola de una manera insólita, ante los aterrorizados ojos de un puñado de seres humanos...

Puede que todo esto estuviera tratado de una forma algo truculenta, a lo «grand guignol»; pero «grand guignol» era también el **Frankenstein** de Whale, sin que esto sea óbice para que aquella película esté considerada como un clásico en su género, «ciencia ficción gótica», diría yo en este caso, pero ciencia ficción al fin y al cabo.



«La cosa» de otro mundo prolifera...

En resumen, **El enigma** impresionaba, desde el principio hasta su final, con la muerte del ser en medio de las descargas eléctricas, en una apoteosis de crispación; y si contenía claros elementos de truculencia, tenía también la gran virtud de no aterrorizar al público con las monstruosidades físicas ni los rostros horripilantes que suelen ser corrientes en este tipo de películas, sino tan sólo con un terror subjetivo, mental, no debido a lo que veía el espectador sino más bien a lo que **no** veía. Porque en todo el transcurso de la cinta las verdaderas facciones de «la cosa» no se veían nunca claramente, dejando con ello libertad a la imaginación del espectador; sus contornos eran humanos, y esto era todo lo que podía verse claramente, ya que una especie de confusa niebla hacía siempre que sus rasgos faciales aparecieran borrosos y difuminados, unas veces utilizando la poca luz ambiental y otros aprovechando el movimiento de la figura en sí^[4].

El enigma tenía, evidentemente, también algunos defectos, y cualquier crítico de cine se apresuraría a enumerarlos. Pero, sobre todos ellos, y para los aficionados a la ciencia ficción, tenía una gran virtud que superaba a todos los posibles fallos: la de que, ateniéndose a la época de su realización, y gracias a no echar mano a los socorridos efectos tales como robots, pistolas desintegradoras, trajes plateados ni tambaleantes platillos de hojalata, daba la impresión de algo real, estremecedor; algo

que flotaba en el ambiente, algo especial... este algo maravilloso y aterrador al mismo tiempo que rodea a todo lo que se refiere a «cosas venidas de otros mundos»...

Alfonso FIGUERAS

se dice

LIBROS

Con cuatro títulos, William Tenn se ha colocado en primer lugar, en lo que a cantidad se refiere, entre los autores de ciencia ficción a los que les han sido publicadas obras en los Estados Unidos durante este pasado verano.

Otros escritores famosos a los que les ha sido editada o reeditada una obra en éste son: Lloyd Biggle Jr., James Blish, Robert Bloch, Damon Knight, Judith Merrill, Robert Sheckley, Clifford Simak, Olaf Stapledon y Jack Williamson.

Urania, la longeva colección de libros del gran editor italiano Mondadori, ha alcanzado el volumen número quinientos de la serie, con una periodicidad que actualmente es bimensual.

No obstante, en estos momentos la citada colección se enfrenta con el agudo problema de la rentabilidad, ya que la citada editora se ha visto obligada a disminuir considerablemente el número de ejemplares de los últimos títulos a consecuencia de un notable descenso de la demanda. Tal hecho se atribuye, en los círculos especializados, a los altos y bajos por los que discurre el interés del lector no aficionado a la ciencia ficción, y que constituye el elemento variable en la demanda de este tipo de libros.

Ha sido puesto a la venta, en Italia, el primer volumen de la monumental trilogía **Lord of the Rings** (Señor de los anillos), la obra fantástica de Tolkien hasta ahora inédita en este país latino.

Es curioso constatar a este respecto el poco interés que ha despertado, en ciertos países europeos, el enorme auge actual que el estilo literario denominado genéricamente **Fantasy** está teniendo en los países anglosajones. Tal vez se deba únicamente al habitual desfase con que nos llegan las modas, pero, sea cual sea la razón, nos gustaría ver publicada en castellano alguna de las obras señeras en este género.

Nuestro corresponsal en Austria, Kurt Luif, es bien conocido en su país —y en general en todas las regiones de habla germana— por sus esfuerzos en pro de la popularización de la ciencia ficción y la fantasía.

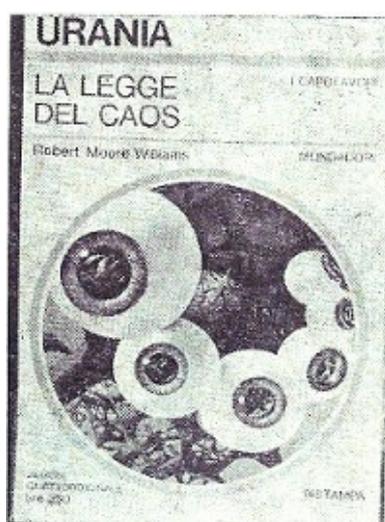
Ahora, su último proyecto consiste en la publicación de tres antologías de cuentos fantásticos cuyos temas, monográficos, respectivos serán: las brujas, los magos y los demonios. Con destino a ellas se halla buscando material idóneo, que debe ser presentado en inglés o alemán.

Se ha llegado a un acuerdo entre los editores norteamericanos Ballantine Books y Walker & Co., para que este último reimprima algunos de los títulos de ciencia ficción de aquél en libros encuadernados en tela.

Entre los títulos que se barajan se citan algunos de Poul Anderson, James Blish, John Brunner, Pohl y Kornbluth, Robert Silverberg, etc.

Se trata de un caso poco habitual, ya que la práctica usual en los Estados Unidos es publicar primero ediciones en tela, que son adquiridas por un público de mayores disponibilidades económicas, para luego pasar a las de bolsillo, cuyo mayor tiraje y menor precio las hacen más aptas para las clases menos acomodadas.

No obstante, a título de experimento, los citados editores van a realizar la antedicha operación, que suplementaría sus programas actuales de ciencia ficción. Confiamos en su éxito.



La decana de las publicaciones de ciencia ficción en Italia

Actividad literaria en el campo de la ciencia ficción en Dinamarca: la obra **Termush, la costa atlántica**, de Sven Holm, será publicada en versión inglesa por la casa editora británica Faber & Faber.

A su vez, la obra de Clifford Simak **City** (Ciudad) ha sido publicada en danés en una traducción de Jannick Storm, mientras que se anuncia la próxima aparición en este idioma de las obras **Eye in the Sky** (Ojo en el cielo), de Philip K. Dick y **Non Stop** (en español «Viaje al infinito»), de Brian Aldiss.

Otro país en el que también es noticia la literatura de ciencia ficción es Holanda. Allí se ha publicado recientemente una novela escrita originalmente en idioma holandés por Jakob Carossa: **De naakten en de speyers** (Los desnudos y los que escupen), en la que, en el año 2089, un hombre se rebela en solitario contra la discriminación entre la masa de pobres y los pocos privilegiados. La gran compañía editora holandesa Meulenhoff está produciendo, por su parte, una serie de libros de ciencia ficción desde 1966, y los encargados de esta serie, Visser y Groot, han escrito recientemente

Duvels en Oranje Moeren (Diablos y madres de Orange), aguda crítica del típico conservadurismo neerlandés proyectado hacia el futuro.

El autor flamenco Paul van Herck ha publicado a su vez **Sam of de Pluterdag** (Sam o el Plutércoles), obra en la que se describe la creación de un octavo día de la semana, el «plutércoles», día especial para uso exclusivo de un pequeño grupo de privilegiados.

Por último, nos llegan noticias de que Born, la editora que ha publicado la serie **Perry Rhodan** en holandés, ha iniciado una nueva serie de libros de ciencia ficción con originales extranjeros traducidos.

Los autores argentinos ya tienen su antología de ciencia ficción, que acaba de llegar a nuestras manos. **Los argentinos en la luna**, nacida, según nos informa Eduardo Goligorsky en su prólogo, como consecuencia de una serie de prohibiciones artísticas ocurridas en Buenos Aires, reúne en sus 216 páginas a catorce cuentos de otros tantos autores argentinos contemporáneos, más un fragmento de una novela clásica, «Viaje maravilloso del señor Nic-Nac», que data de 1875, un cuento de un autor norteamericano —pero al que hemos dado carta de ciudadanía, nos explica Goligorsky, en mérito al gran cariño que siente por nuestra literatura y a su empeño en difundirla—, y un collage periodístico sobre un antiguo caso que casi puede llamarse de ciencia ficción: la cacería del plesiosauro en las tierras patagónicas, en 1922. Cada cuento va acompañado de una breve, pero completa nota biográfica acerca de su autor, y en conjunto el libro reúne a las firmas más conocidas de la literatura argentina de ciencia ficción, sin que pueda advertirse ninguna laguna.

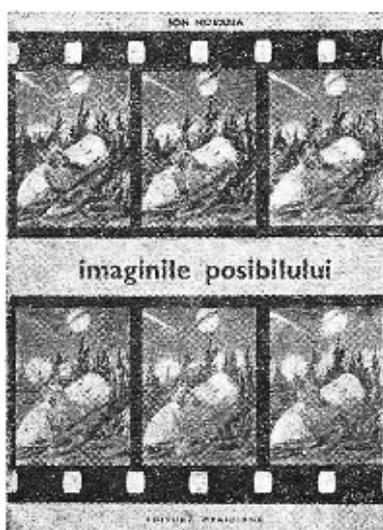
Por todo ello, el volumen, muy cuidado y bien editado por Ediciones de la Flor, merece ser ampliamente conocido por todos los aficionados al género, y deseamos que tenga en todos los países de habla hispana la difusión que por sus características y su innegable calidad merece.



La luna en castellano

Imaginile Posibilului (Imágenes de lo posible) es el título del último libro de nuestro corresponsal en Rumania y estudioso de la ciencia ficción Ion Hobana. Este libro, dedicado al cine fantástico, recorre la historia del mismo en unos capítulos tan sugestivos como son, entre otros: El sabio loco, el robot, el mundo perdido, el camino hacia las estrellas, el film de horror, las cosas por venir, etc.

Se trata de una erudita obra que, acompañada de numerosas fotografías, varias de las cuales, correspondientes a films del cine de los países socialistas, son poco conocidas en Occidente, y de una muy completa lista de obras de este género fílmico, constituye un buen manual para todo estudioso del cine interesado en la ciencia ficción o viceversa.



Las imágenes de lo posible en el cine

2001 en libro: simultáneamente con la aparición de este número de **Nueva Dimensión**, y dentro de su colección **realismo fantástico**, editorial Pomaire ha lanzado la edición del libro de Clarke **2001, una odisea espacial**, basado en el guión de la película de casi igual título que comentamos en estas mismas páginas. El libro, en una esmerada traducción de Antonio Ribera, ha sido puesto a punto en un tiempo récord, en un alarde editorial para hacer coincidir su presentación con el estreno en España de la película, cosa que casi se ha logrado. Un dato más: el grafismo de la cubierta, que reproduce uno de los magníficos dibujos de McCall realizados para la MGM para la promoción del film, es obra de un artista muy conocido de todos nuestros lectores: Enrique Torres, nuestro director artístico.



«2001» libro: Clarke de nuevo en las librerías

REVISTAS

Una nueva revista de ciencia ficción está en preparación en la ciudad de Los Ángeles (Estados Unidos), bajo la posible dirección de Forrest J Ackerman, nuestro corresponsal norteamericano.

Para el sumario del primer número se están considerando historias de Van Vogt, Campbell y otros autores. La política editorial prevista dará a la revista una orientación hacia la ciencia ficción tradicional, apartándose de los nuevos estilos que están apareciendo en esta literatura.



Forry Ackerman = Mr. Sci-Fi

No sólo la prensa en general, sino también la prensa especializada en otros temas se ocupan ya de la ciencia ficción. Por una parte, el diario matutino barcelonés «El correo catalán» publica, desde hace un mes, en sus páginas el serial novelado **Los invasores**, escrito por Larry Cohen y basado en la popular serie de TV del mismo título. Los capítulos llevan, por supuesto, ilustraciones extraídas de la serie televisiva, y su impresión, en huecograbado, les da una calidad de presentación —ya que no literaria— innegable.

Y simultáneamente con este periódico —y de ahí lo de «prensa especializada»— dicho serial figura en las páginas de «Zaragoza deportiva», un semanario de la capital aragonesa dedicado exclusivamente al deporte... tema que no suele tener habitualmente muchas implicaciones con la ciencia ficción.

Sólo deseáramos que, además de **Los invasores**, por otra parte de indudable actualidad por varios conceptos, la prensa española se decidiera a editar también en sus páginas otras obras de ciencia ficción de mayor envergadura, como de todos modos lo han hecho ya en algunas ocasiones aisladas otros periódicos, como «Levante» de Valencia, «Informaciones» de Madrid y «Sur» de Málaga.



«Los invasores» saltan a la prensa

CINE

La productora cinematográfica de Alemania del Este DEFA comenzó, el pasado setiembre, el rodaje de una cinta de ciencia ficción cuyo coste se calcula será de cinco millones de marcos.

Su título será **Alarm im Weltall** (Alarma en el espacio) y está basada en la novela de Carlos Rasch, publicada en 1961, **Asteroidenjäger** (Cazador de asteroides).



Pravda sigue la moda: de la historieta a la pantalla

Continúa la racha de producción de cintas basadas, más o menos directamente, en personajes o temas de las tiras de comic.

Ahora, de Alemania nos llega la noticia de que el director francés Jean Luc Goddard, conocido por obras como «Pierrot le fou», «Weekend», etcétera, y dentro de nuestro campo por su célebre **Alphaville**, planea realizar un film basado en el personaje, aparecido en la revista satírica Hara-Kiri, **Pravda**, obra del dibujante Guy Pellaert.



Monstruos de servicio permanente en el Japón

El cine japonés de posguerra ha dedicado una buena parte de su producción al género llamado «de monstruos», en el que los cineastas del país del sol naciente han llegado a ser verdaderos especialistas.

Pero, hasta ahora, estas cintas tan sólo tocaban este tema por lo que de por sí tenía de atractivo para un buen sector del público, añadiendo, a todo lo más, y bajo un simbolismo muy oriental, una denuncia a la amenaza nuclear.

No ocurre esto en la última de las producciones de este estilo, actualmente en curso de rodaje en Tokio, y en la que los alicientes para el espectador se basan, por una parte, en el humor del guión, y por otra en la belleza del cuadro femenino de protagonistas.

Monstruos de servicio permanente, que tal es el título de la película, constituye pues el primer ejemplo de un estilo al que, de seguir las denominaciones de moda, deberíamos bautizar con el apelativo de eróticohumorísticomonstruoso.

Paralelamente a la ola de apariciones de Ovnis que cubrió a la Argentina en los últimos meses, se ha realizado un film cómico titulado **Che Ovni**.

La cinta se encuentra en la clásica línea de obras sin ningún relieve que buscan obtener público a través de un tema de interés general en el momento de su aparición, y su tratamiento hace recordar con nostalgia a **El viaje a la Luna**, de Méliès, ya que

la similar combinación de astronomía y mujeres de escasas ropas parece mucho más anticuada en este film de 1968 que en el clásico del genial francés.



El film más popular en Suecia

El film «Planet of the Apes» (El planeta de los simios) fue declarado, en el pasado mes de mayo, como el más popular de los proyectados en Estocolmo (Suecia), a pesar de estar compitiendo con otras cintas de gran atractivo.

Tras el premio que le fue entregado en Trieste, Boris Karloff ha vuelto a su agitada labor cinematográfica. Iniciada ésta con **The Fear Chamber** (La cámara del miedo), en la que las fuerzas del diablo unen sus esfuerzos con la superciencia, en una acción centrada alrededor de un volcán en cuyo interior acecha «algo», Boris protagonizará luego **Isle of the Snake People** (Isla de los hombres-serpiente) y más tarde, en rápida sucesión, **The House of Evil** (La casa de la maldad) y **The Incredible Invasión** (La invasión increíble).

Parece como si el premio hubiera hecho subir la cotización del abuelo del cine de terror, puntal de esta clase de cine que tanto adepto tiene entre los fans de la ciencia ficción.

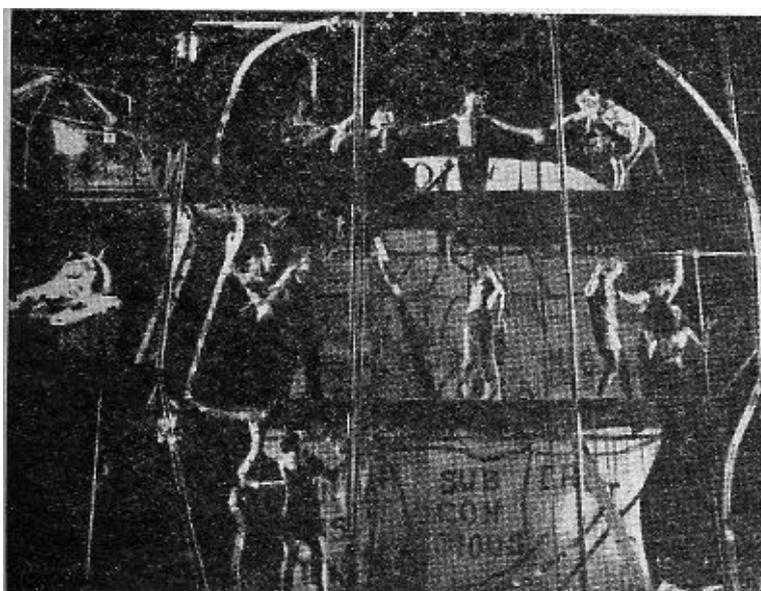


Boris Karloff ante algunas de sus caracterizaciones

TEATRO

El Living Theatre (Teatro viviente) fundado por Julián Beck puede muy bien considerarse el núcleo de toda la actividad vanguardista que, en los últimos años, está intentando rehacer este arte.

Tras unos años de alejamiento de las escenas estadounidenses, debido a problemas con la Hacienda, esta compañía ha vuelto a presentarse recientemente en su país de origen con la obra **Frankenstein**, basada no sólo en la inmortal obra de Mary Shelley, sino también en las incontables versiones fílmicas que de la misma se han realizado.



Frankenstein en el «Living Theatre»

La representación tan solo puede ser comentada con la ya tópica frase de «teatro total», y su sujeto es nada menos que la naturaleza, sino y destino de la conciencia del hombre en el universo.

La obra se inicia con un fallido intento de levitación, que nos da la noción temática de la misma, esto es, la mente del hombre trabajando para cambiar su naturaleza y las condiciones de su existencia. Luego, tras el fracaso, la acción se disuelve en una explosión de energía destructora en la que, uno por uno, los componentes del reparto van asesinándose. Aparece entonces el doctor Frankenstein, que a partir del cuerpo de la muchacha a la que se quería haber levitado procede a fabricar la Criatura en un laboratorio que constituye uno de los más brillantes decorados vistos en la escena moderna.

A lo largo de tres densos actos, se conjuga el tema de Frankenstein, convertido en una metáfora viviente del calvario de la conciencia humana, y que hace que esta obra constituya el esfuerzo cumbre de la compañía mundial que tal vez sea más coherente, concentrada y radicalmente efectiva.

RADIO

La cadena radial de la **BBC** británica ha emitido recientemente una obra de teatro radiofónico debida a la pluma del gran autor norteamericano Ray Bradbury.

Esta obra, que responde al título de **Leviathan 99**, parece ser una novela en la que el citado autor ya llevaba unos años trabajando. Su argumento viene a ser una especie de **Moby Dick** de la era espacial.

TV

La **BBC británica** está exhibiendo en la actualidad la serie **Time Tunnel** (El túnel del tiempo), ya conocida por los telespectadores de varios países de habla hispana, y a la que los fans britanos objetan que, aparte una máquina del tiempo bastante imposible, la serie no tiene apenas relación con la ciencia ficción, apreciación a la que nos adherimos totalmente.

Por su parte, la serie nativa **Dr. Who** continúa su trastabillante camino, a través de sus tradicionales decorados de cartón piedra.

La **televisión francesa** está emitiendo un nuevo serial de crímenes y fantasía titulado **Les compagnons de Baal** (Los compañeros de Baal). En él, una sociedad secreta poseedora de los conocimientos de Nostradamus y del Comte de Saint-Germain está tratando de controlar el mundo. Sus miembros se reúnen en antiguas criptas, usan máscaras metálicas y su Gran Maestro es, al mismo tiempo, Gran Sacerdote de la secta religiosa de los Cosmo-Chronos, que profesa la creencia de la metempsincosis. La novela en que se ha basado la serie, obra de Jean Baron, ha sido publicada simultáneamente.

La editorial **Nueva Visión** de Buenos Aires (República Argentina) anuncia una colección que, con el título de **Literatura Dibujada**, dará a conocer, en cuidadas ediciones, clásicos y experiencias actuales en el campo del comic.

Las publicaciones tendrán una seriedad inusitada, ya que se incluirán prólogos en los que se estudiarán las implicaciones sociológicas, psicológicas, etc. del comic.

El primer título previsto es **Flash Gordon**, el clásico de Alex Raymond. No se piensa respetar el tamaño original de las viñetas, que serán modificadas para darles una nueva y más actual dimensión.

El comic de nuestro buen amigo y colaborador Enric Sió, **Lavínia**, publicado en la revista de lengua catalana Oriflama, ha llegado a su fin, fin un tanto precipitado por circunstancias ajenas a su idea inicial.

No obstante parece segura la continuación de la obra historietística de este gran dibujante en la citada publicación, si bien adoptando una nueva forma y pasando a ser, para entusiasmo de todos aquellos que conocen su especialización actual, a todo color. Deseamos éxito a Enric Sió y a Oriflama en esta nueva etapa de su colaboración.



Oriflama y «el Nou Comic d'Enric Sió»

Han aparecido, editadas por la barcelonesa Editorial Salvat, dos series de fascículos dedicados a los escolares, a los que se pretende sirvan de complemento de sus libros de estudio.

Y, en las últimas páginas de ambos fascículos, Vector-1 y Vector-2, aparecen sendas historietas, con temas claramente relacionados con la ciencia ficción: **Nus**, y debidas ambas a los pinceles de nuestro colaborador Enric Sió.

Aunque estos comics no respondan, ni con mucho, a la calidad actual de este gran dibujante, puesto que fueron realizados hace ya algún tiempo —tiempo en el que su creador ha experimentado y perfeccionado su tratamiento de los colores— sí tienen el

gran valor de abrir al comic un campo hasta ahora inédito para él en nuestra patria y, lo que es aún más interesante, gracias al esfuerzo de un editor hasta ahora no preocupado por esta forma de expresión.



Nuevo vector para el comic

Si es cierto el que tan solo se copia lo bueno, la redacción, y sobre todo el director artístico de Nueva Dimensión, deberíamos estar satisfechos, pues acabamos de tener la prueba de nuestro acierto al crear la presentación de nuestra revista.

En efecto, hasta el menos advertido de los lectores podrá comprobar la evidente «inspiración» que en nuestro grafismo de cubierta ha tenido la recién aparecida colección de comics **Dossier Negro**.

En cuanto a las historias contenidas dentro de las comentadas cubiertas, pertenecientes todas ellas al más puro estilo del terror, sólo diremos que la sangre chorrea en abundancia entre las mismas, por lo que la opinión de su calidad sería más propia que la emitiera un Vampiro.

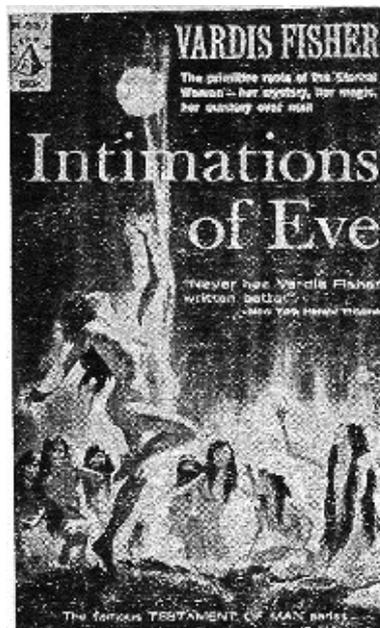


«Coincidencias» de presentación. ¿D. N. o N. D.?

AUTORES

Murió, a los 79 años de edad, en Munich (Alemania Occidental), Wilhelm Heyne, propietario de la editorial que llevaba su nombre.

Durante toda su vida ayudó a la popularización de la ciencia ficción en el país germánico a través de la edición de más de ciento veinte títulos en sus series de libros de bolsillo, así como de numerosas antologías.



Vardis Fisher o El Testamento del Hombre

Falleció, el pasado mes de julio, en Twin Falls, Idaho (Estados Unidos) a los 73 años de edad, el escritor Vardis Fisher. Era graduado por la Universidad de Utah y doctor por la de Chicago.

Su más famosa obra, que en alguna manera lo une a las literaturas paralelas por las que nos interesamos, fue la serie **The Testament of Man** (El testamento del

hombre), en la que, en trece volúmenes, trazaba el desarrollo de nuestra raza desde la prehistoria a nuestros días.

El conocido antologista, uno de los más prolíficos dentro del campo de la literatura de ciencia ficción, Groff Conklin, falleció el pasado mes de julio.

Antes de su desaparición había colaborado en la publicación de treinta y ocho antologías de relatos de ciencia ficción, varias de las cuales —recordemos «Los mejores relatos de ciencia ficción», de Editorial Bruguera, y varios de los títulos de la colección «Géminis ciencia ficción», solo por citar algunos nombres— han sido publicadas en español.

FANDOM

Se celebró, el pasado 29 de julio, una miniconvención del CCSF, club italiano de aficionados a la ciencia ficción, en la ciudad de Venecia, a la que asistieron un grupo de fans venecianos, representantes de las jerarquías del CCSF, y algunos de sus representantes en el extranjero, y donde se pusieron a discusión los temas siguientes: la situación de la ciencia ficción en Italia, el Festival de Trieste, y la posibilidad de un replanteamiento de las estructuras del CCSF ante sus nuevas miras internacionales.

Sin embargo, tal vez el tema más importante de los tratados fuera la posibilidad de creación de una federación europea de asociaciones de fans de la ciencia ficción, aunque no se pudo llegar a conclusiones concretas por estar pendientes las respuestas de otros grupos nacionales europeos.

También se aprovechó la coyuntura para mostrar un proyecto de insignia para esa futura federación, así como la parte ya realizada, aproximadamente el cincuenta por ciento, de un catálogo de la ciencia ficción italiana, que pronto va a ser puesto a la venta.

El Science Fiction Club Deutschland (Club de ciencia ficción de Alemania) efectuó su convención anual el pasado agosto, en Heidelberg, localidad en la que en 1970 se espera poder celebrar una convención mundial, o al menos europea.

En lugar de las habituales cintas de ciencia ficción rancia, en esta reunión se proyectaron los cuatro episodios de una serie sobre ciencia ficción realizados por el inglés Brian Wood para la televisión bávara. Estos programas fueron criticados por numerosos fans, dado que creían que ni presentaban una visión comprensible de lo que es la ciencia ficción a un profano ni tan solo trataban, en muchos casos, de temas relacionados con esta literatura.

En la convención fueron renovados los cargos del SFCD, recayendo el de presidente en Gert Zech, doctorado recientemente en Astronomía, el de vicepresidente en Dieter Steinseifer, el de tesorero en Manfred Möller, editor del fanzine **ANDROMEDA**, el de Secretario en Peter Krassa y el de asesor en Edmund Fiegweil.

Los campos en expansión de la ciencia ficción y la fantasía exigen más cada vez a los grupos de aficionados que toman sobre sus hombros la ingente tarea de organizar una convención. Por ello, el comité encargado de planificar la próxima británica quiere enfrentarse con ese reto previendo no sólo los tradicionales actos de tipo fan, sino también otros temas que sean de interés para otros sectores (véase Expo).

En la citada convención, para huésped de honor, ha sido elegida una mujer: Judith Merrill. Se trata de la primera vez que tal honor recae en una convención británica sobre un miembro del sexo femenino. Miss Merrill es bien conocida entre los aficionados anglosajones por sus múltiples actividades en el campo de nuestra literatura, actividades que abarcan el ser escritora, poeta, editora, antologista, crítica y articulista, así como por su profundo interés en el desarrollo de la ciencia ficción.

La vigesimosexta convención mundial, celebrada en Berkley, California (Estados Unidos), contó con 1700 inscripciones, de las cuales resultaron un total efectivo de asistentes de 1200.

La próxima convención mundial, la de 1969, se celebrará en St. Louis (Estados Unidos), aunque los aficionados europeos esperamos con ansiedad la siguiente, la de 1970, para la que está siendo promocionada la candidatura de Heidelberg (Alemania).

Entre los asuntos importantes tratados en la reunión de trabajo de la **Baycon**, o sea la vigesimosexta edición de la Convención Mundial, se hallaba la decisión de elegir los lugares de celebración de las futuras convenciones mundiales con dos años de anticipación en lugar de con uno como se estaba haciendo hasta ahora.

Esto se iniciará en 1969 en la **St. Louiscon** a celebrar en la ciudad de San Luis (Estados Unidos).

Igualmente se votó la modificación del plan de los cuatro años, que lleva a celebrar una convención mundial fuera de los Estados Unidos cada cuatro años, por el de cinco. Este hecho nos parece un tanto arbitrario, ya que el fandom ya no es un fenómeno limitado exclusivamente a los Estados Unidos, como era hace treinta años, sino que tiene dimensiones mundiales, y el limitar de esa forma las posibilidades de reunión para los otros fandoms nacionales nos parece improcedente.

Es por ello que nuestro colaborador Luis Vigil, uno de los fans más conocidos en el exterior de España, ha entrado en contacto con la NFFF, federación de los fans norteamericanos, para protestar de esta decisión que, tomada por un grupo de fans de un solo país, quiere imponerse sobre el fandom mundial.

Los fans alemanes siguen esforzándose con el fin de lograr la celebración de la convención mundial del año 1970 en su ciudad de Heidelberg.

Ahora, con la reciente adición de Thomas Schlück, el Comité se compone de siete miembros, de los cuales tres: la señora Dieter Pirani, Dirk Schnee, y Franz Ettl, forman una comisión permanente de trabajo. La experiencia obtenida en las

conversaciones nacionales será aplicada a esta reunión mundial y, así, ciertas dificultades habidas este año con el propietario del salón donde se celebraron las reuniones han llevado al Comité a considerar la posibilidad de que se use el Castillo de Heidelberg no sólo para el banquete final, como se preveía en principio, sino para todos los actos. El agente de la candidatura alemana en los Estados Unidos, Fred Lerner, ha enviado una solicitud al Comité para que logre mensajes de apoyo del mayor número posible de aficionados europeos para dar así mayor peso a la petición.

Y por suerte no es apoyo lo que falta. En GRAN BRETAÑA, el fanzine de noticias **European Link**, verdadero nexo de unión del fandom continental, apoya totalmente esta candidatura, al tiempo que en la última convención Archie y Beryl Mercer reunían una lista de firmas de numerosos fans interesados. Desde ITALIA, la CCFS, club de ciencia ficción radicado en Venecia, envió 50 DM como primera contribución a la proyectada **WorldCon**, cantidad entregada por su representante Mario Bosnyak en la Perkeocon. En HOLANDA, los fans reunidos en la Segunda Convención Nacional autorizaron a Leo Kindt para que apoyase la nominación de Heidelberg, a la que muchos piensan asistir.

Y en ESPAÑA no es necesario insistir en el apoyo que esta revista trata de ofrecer al proyecto, que considera uno de los más interesantes de la historia del fandom europeo.

Al menos un fan de la ciencia ficción, Martin Pitt, se ha unido a la búsqueda del «monstruo de Loch Ness».

Esta investigación viene siendo realizada por un grupo de voluntarios procedentes de todo el mundo que todos los veranos, desde 1962, montan guardia durante un período de cinco meses.

Las observaciones han variado cada año, totalizando entre 9 y 40, mientras que las hipótesis sobre el objeto de las mismas variaban desde considerarlo un Plesiosauro hasta, según las palabras del citado Martin Pitt, «una enorme babosa sucia».



PREMIOS

La redacción de Nova SF, nuestra congénere italiana, ha recibido y está evaluando

más de doscientos relatos de ciencia ficción, obra de los jóvenes escritores aficionados italianos.

Este aluvión de originales ha sido originado como reacción a la tentativa del editor de la citada revista, Ugo Malaguti, de ampliar la base de la ciencia ficción italiana con la convocatoria de una competición.

Este hecho, que tal vez constituya un hito memorable en la historia de la literatura de anticipación de ese país latino, permite que los jóvenes talentos inéditos tengan una posibilidad de probar su valía a través de las páginas de **Nova SF**, revista que se distingue por el gran espíritu crítico de sus lectores.

El premio Nebula, concedido a la mejor novela de ciencia ficción por el SFWA, sindicato de los escritores de ciencia ficción de los Estados Unidos, fue creado por esta asociación con el fin de dar un premio a la mejor obra, pero también para obtener una mayor publicidad y mejores mercados para la buena ciencia ficción.

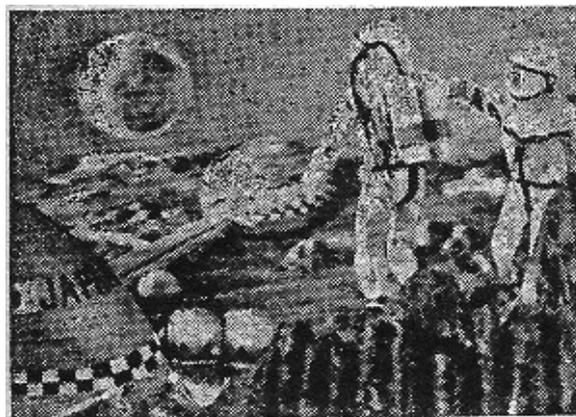
Sin embargo, la experiencia ha demostrado que los métodos iniciales para seleccionar al vencedor han resultado ser inadecuados y engorrosos. Ello ha llevado al SFWA a revisarlos recientemente y, ya en la elección de los premios de 1968, que en la actualidad se conceden a la mejor novela, al mejor cuento largo y al mejor cuento corto, serán empleadas las nuevas reglas a título experimental.

Entre las obras preseleccionadas para estos premios se hallan los nombres de los mejores escritores de los Estados Unidos, tales como Keith Laumer, Samuel R. Delany, Alexei Panshin, Poul Anderson, Robert Silverberg y Kurt Vonnegut Jr.

ARTE

Durante la próxima convención británica tendrá lugar la exhibición de una sala que, supuestamente, habrá sido tomada de un museo del siglo XXI. En ella se presentarán las maravillas técnicas del año 1969, por lo que el comité desearía entrar en contacto con quienquiera que pueda contribuir a la colección, que ya obra en su poder, de ejemplos de nuestra edad de los computadores. Otra exposición proyectada para la citada convención de 1969 será la de arte fantástico, que se desea reúna lo más representativo del de los diversos países. Por ello se solicita, también, el préstamo de cualquier original, ya sea pintura al óleo, acuarela o pluma, y también cerámicas, esculturas, mosaicos y toda obra de arte relacionada con las temáticas de la ciencia ficción y la fantasía.

En la galería Wilmersdorf, de Berlín, ha tenido lugar una exhibición de arte fantástico y surrealista checoslovaco, cuya temática era **La lógica de la noche transparente**. Entre las obras expuestas se encontraban algunas originales de Jiri Havlicek, el conocido fan-artista checo perteneciente al club de ciencia ficción de Brno.



La tercera dimensión de la ciencia ficción.

Tras la popularización del procedimiento para imprimir en unas supuestas tres dimensiones —ya hemos visto portadas de revistas norteamericanas impresas así— se comienza a aplicar esa técnica a los más diversos fines.

Últimamente hemos visto aparecer en las papelerías españolas una serie de postales, editadas por Camargesa de Madrid, en las que se ofrecen las más diversas escenas: paisajes, animales, flores, escenas del Oeste, en el sistema tridimensional. Y, al menos una de esas escenas es de la más pura ciencia ficción: la ilustrada en estas páginas, que representa a unos astronautas japoneses contemplando su base espacial.

No sabemos si el fotograma corresponde a alguna de las cintas de la extensa producción fílmica de ese país, pero lo que sí no deja dudas es sobre la procedencia de los originales de esta interesante serie de postales.

MODA



El «Barbarella Look»

Carnaby Street es una calle de Londres (Gran Bretaña), que tal vez sea una de las calles más famosas en todo el mundo en la actualidad. Por su tradición de calle vanguardista, a nadie le extraña lo que vea allí, y posiblemente sea por esto por lo que

fue elegida como escenario para la presentación de una nueva moda: el **Barbarella Look**. Se trata, al parecer, de potenciar las posibilidades de éxito de la versión fílmica del famoso comic de Forest mediante publicidad marginal. Por ello, en la ilustración pueden apreciar cómo se pasea, orgullosa y con el aplomo que le dan sus veintidós años bien aprovechados, la actriz y modelo Sue Vaughan, luciendo uno de los modelos de traje «espacial» utilizados en la cinta.

No creemos que la moda tenga demasiado éxito y, francamente, como fans de la ciencia ficción, lo lamentamos. Y como editores más: ¡figúrense lo fáciles que nos resultarían las portadas, con nada más que tomar una foto de una calle concurrida por las jovencitas «in» y titularla algo así como «La Tierra invadida por las venusianas»!

Las noticias y comentarios de esta sección proceden de las siguientes fuentes: **Los Argentinos en la Luna** (libro), Buenos Aires, Argentina. **El correo catalán** (diario), Barcelona, España. **Dagens Nyheter** (diario), Estocolmo, Suecia. **Dossier Negro** (comic), Barcelona, España. **European Link** (fanzine), Londres, Gran Bretaña. **Famous Monsters of Filmland** (revista), Nueva York, Estados Unidos. **Imaginile Posibilului** (libro), Bucarest, Rumania. **The National Fantasy Fan** (fanzine), Wheaton, Estados Unidos. **Newsweek** (revista), Nueva York, Estados Unidos. **Oriflama** (revista), Vich, España. **SFWA Bulletin** (boletín), Nueva York, Estados Unidos. **Triunfo** (revista), Madrid, España. **Vector 1 y 2** (fascículos), Barcelona, España. Y la colaboración de **Elvio E. Gandolfo**, Rosario, Argentina. **Berit Sandberg**, Barcelona, España. **Enric Sió**, Barcelona, España.

se escribe

Creo que su revista es el intento más serio de revalorizar la ciencia ficción en España, y por ello vayan por delante mis felicitaciones; los pequeños reparos que se les puede poner son ampliamente superados por sus aciertos. Soy suscriptor de su revista y les envío mi ánimo para continuar por el camino emprendido.

Lo que viene a continuación se lo comunico porque considero a **Nueva Dimensión** como una revista que tiene como una de sus misiones informar a sus lectores, y si es necesario protestar en su nombre.

La Editorial Aguilar acaba de publicar dos tomos de una nueva colección, con los títulos **Ciencia Ficción Norteamericana** y **Ciencia Ficción Inglesa**. Respecto al primer citado, ya sabrán que tiene un precio de 375 pesetas y consta de seis novelas. La primera paradoja se da en el hecho de que de las seis, cuatro ya han sido publicadas en español y están al alcance de los lectores. **El Abogado Gladiador** la publicó Galaxia con el nombre de **La Lucha**. **La marcha del borracho** la publicó Nebulae con el título de **Los inmortales**. **Búsqueda en el cielo** la colección Infinitum, donde se llamaba **Búsqueda estelar**, y **Mercaderes del espacio** primero la revista Más Allá con el título de **Mundo de ocasión** y luego Minotauro. Ahora bien, sería lógica esta repetición de novelas ya publicadas, si el lector pudiese encontrar una producción más cuidada, con mejores traducciones, etc... Sin embargo, la realidad es distinta, y el caso extremo son los incomprensibles cortes efectuados en la novela **Búsqueda estelar**.

En la página 798, a partir de la línea 23, faltan más de 70 líneas que se publicaron en la edición de la colección Infinitum.

En la página 823, en la línea 22, falta una frase entera que figura en la página 131, última línea de la otra edición.

En la página 894, línea 25, falta la frase «No había inhibiciones sexuales y la mayoría de las mujeres se hallaban encinta casi todo el tiempo».

Aparte de esto la traducción es peor en muchos casos que la de la novela de la colección Infinitum, que vale 35 Ptas., y han sido incapaces de expresar bien la fórmula matemática que se repite a lo largo del libro. Supongo que si en este caso han mutilado tranquilamente un texto, con manifiesto desprecio hacia los lectores, algo similar habrán hecho en los demás. Creo que este método no es precisamente el adecuado para dignificar un género que algunos en España desprecian y creen que es lectura únicamente de niños y adolescentes.

Les agradecería diese información en su revista sobre el contenido de esta carta, para que todos los aficionados al género sepamos a qué atenernos.

N. D. Publicamos con mucho gusto su carta, pues es prueba de un espíritu crítico y de una seriedad hacia la ciencia ficción poco usual entre los lectores de habla hispana.

Ignoramos a qué se deben estas anomalías que usted nos indica con respecto a los libros de Aguilar, aunque bien podrían ser debidas a haberse traducido el libro tomando como base una edición original distinta a la de la colección, Infinitum, en la cual —cosa muy frecuente— el editor o el propio autor hubiera realizado algunos cambios.

No obstante, lo importante de su carta, más que el contenido, es el espíritu que demuestra. Ya habrá leído en el editorial de nuestro anterior número nuestra opinión sobre la falta de agresividad del lector medio de ciencia ficción en nuestros países. Esto, se lo podemos asegurar, no ocurre en los anglosajones. Allí, existe un buen núcleo de lectores que con sus críticas (naturalmente con las constructivas), ayudan al editor a mantener su publicación dentro del camino marcado por los gustos del público. Créanos, Sr. Villanueva: cuando le decimos que, más que frases amables como las que usted tiene la gentileza de dedicarnos al inicio de su carta, nos agradaría recibir opiniones sinceras sobre los relatos publicados, sobre las ilustraciones de los mismos, sobre las portadas, la distribución, la composición de la revista...

¡Ojalá dicho editorial sirva para llamar a algunas puertas que hoy aún nos están cerradas y que, al abrirse, recibamos un caudal de información sin la cual resulta **imposible** mantener una revista dentro de un ritmo de superación!

*

Como aficionado a la ciencia ficción y fantasía he de confesar que soy un ecléctico hacia estos temas, y que lo mismo disfruto con un buen libro, un comic o una película del género. He de reconocer que como aficionado es probable que sea un tanto fanático.

La cuestión es que, siendo un aficionado, asistí durante unos días a la I Semana Internacional de Cine Fantástico de Sitges. Puesto que es la primera vez que se efectúa algo parecido en España, pasaré por alto los múltiples defectos de la organización de dicha Semana (se había hablado de **Aélita** como algo maravilloso y resultó ser una mediocridad, no se exhibieron algunas películas anunciadas, las de Buñuel desaparecieron, el horario de exhibición no se cumplió, etc.) y me limitaré a loar la iniciativa que espero continúe en años sucesivos, aunque mejor organizada.

Allí, en esa I Semana de Cine Fantástico, y aquí llegamos al objeto de esta carta, establecí contacto con una especie muy parecida a la humana, pero totalmente diferente. No procedían de ningún OVNI, ni tenían antenas, ni eran de color verde.

Según se llamaban a sí mismos eran... críticos de cine. ¡Pero con qué énfasis lo de declarar que eran críticos de cine! La barbilla alzada, los ojos al frente mirando por encima de uno, los labios separados y ligeramente torcidos a un lado en benévolo desprecio y condescendencia, un ejemplar de «Les Cahiers du Cinema» bajo el brazo, aunque dudo que supiesen francés...

Bien, bien, hay que ser justo y razonable a fin de no exagerar la nota malintencionadamente. Lo antedicho es una cierta exageración por mi parte para definir una imagen mental de la impresión causada en mí por algunos de esos críticos. Estoy completamente seguro de que la mayor parte de los que allí había eran personas normales que se dedicaban a su oficio como yo me dedico al mío. Con ello no quiero insinuar que yo sea normal del todo.

Pero, hablando de normalidad, si bien no sé qué clase de informe emitieron los críticos que estuvieron en la Semana de Sitges, he de decir que a partir de mi asistencia a ella sufro una especie de alergia ante la presencia de algún crítico. El motivo de esta alergia obedece a que, en la proyección de una película, se me ocurrió cambiar de asiento y trasladarme a una fila más próxima a la pantalla. Pues bien, muy cerca de mí estaban dos individuos (por llamarlos de alguna manera) que durante la proyección de la cinta se dedicaron a hablar, gritar, patear, silbar, gruñir y rebuznar. Más tarde, al preguntar a un miembro de la Organización de la Semana el motivo de no haber echado del local a los que suponía eran una variedad de gamberros, se me informó, con gran sorpresa para mí, que los antropoides de referencia eran críticos de cine. No se me dio ninguna explicación más, pero por mi parte opino que, críticos o no críticos, al que rebuzna hay que meterlo en la cuadra y no en una sala de cine. Ser crítico de cine no justifica una exhibición de mala educación, por execrable que pudiera ser la película. El crítico no tiene derecho ni a decir que una película es buena o mala en términos específicos. El crítico debe decir que a él cierta película le ha parecido bien o mal. Su opinión y su sentido artístico (en caso de tener alguno) no son los de su vecino de butaca, el cual puede tener una opinión diametralmente opuesta. Crítico puede ser solamente, y en forma constructiva, aquel que puede hacer algo mejor, por ejemplo: el jefe de mecánicos que le dice a un tornero que se aparte de la máquina para mostrarle como hacer una pieza mejor. En fin, no digo más porque lo que yo indico tampoco es correcto realmente y a final de cuentas no estoy en contra de que se informe sobre la calidad de las películas, siempre que se haga como es debido.

Sin embargo; tampoco puedo pasar por alto una falta grave que se cometió en la Semana de Sitges. En el prelude de la proyección y presentación de un nuevo sistema de dibujos animados del señor Macián, salió a escena un individuo que trató de hablar sobre el comic y la técnica de animación. Digo trató porque como un aficionado esperaba una disertación documentada sobre el tema y, en cambio, mis oídos registraron incrédulamente unas divagaciones nebulosas y unas afirmaciones tales como que actualmente en EE. UU. el comic tenía un gran auge y que sus

personajes más representativos eran **Superman** y **Modesty Blaise**. Para decirnos cosas de este tipo más valdría no decir nada, puesto que actualmente el comic se halla en estado agónico en EE. UU., mientras que **Superman** es un personaje que ya chochea. En cuanto a **Modesty Blaise**, que no es nada del otro mundo, por lo visto el orador ignoraba que es un producto británico y, por tanto, representativo de Europa y no de los EE. UU. Es de sospechar el que este presentador no tenía ni idea de lo que hablaba, puesto que ni una sola vez mencionó la revolución del comic en Europa, en países como Italia y Francia, y tampoco mencionó a Barbarella, Saga de Xam o Jodelle.

En fin, para acabar de verter la hiel sobre esta clase de incompetentes, que por ética ya tendrían que negarse a hablar o escribir de lo que no conocen, extendiendo un dedo acusador a la crítica de la película **2001: Una odisea del espacio** aparecida el día 18 de octubre en un diario de la noche de Barcelona. Como dato para identificar al firmante de la crítica diré que es alguien que, en cuanto ve un tobillo femenino en la pantalla, en seguida escribe sobre «imágenes gratuitas» y «temas escabrosos». No tengo la menor duda de que, con este simple detalle, todos los aficionados al cine españoles sabrán a quién me estoy refiriendo.

Pues bien, el crítico en cuestión comienza previniéndonos de que **esta «odisea del espacio» no es una aventura cinematográfica más del género que ha dado en llamarse «ciencia-ficción»**. Pocas líneas más allá, se nos informa que la película está basada en la obra de Arthur C. Clarke, **Childhood's End** (El fin de la infancia), en la que su autor describe un cuadro pesimista del mundo futuro... Para no discutir unas elucubraciones filosóficas que no existen en la película y que el crítico de referencia se saca de la manga, pasaremos por alto unas 50 líneas hasta llegar a un punto que dice: ... **la inenarrable secuencia donde el astronauta protagonista viaja, a velocidad de vértigo, rumbo al planeta Júpiter.**

Despreciando olímpicamente la primera frase citada, que podría discutirla como «gratuita» y «escabrosa», llamaré la atención sobre la ignorancia del crítico al decir que la película está basada en la obra **El fin de la infancia**. Ni la película está basada en tal obra, como cualquier mediano aficionado a la ciencia ficción sabe, ni he visto «un cuadro pesimista del mundo futuro» en **2001**, sino más bien una epopeya de la humanidad. El guión de **2001** fue escrito original para la película, aunque algunas partes provienen de anteriores cuentos de Clarke, como **El Centinela**. Con respecto al «protagonista viajando a velocidad de vértigo, rumbo al planeta Júpiter», no está de más aclarar que el viaje se efectúa de Júpiter a un punto distante del universo, a través del continuo espacio-tiempo.

Todo el embrollo de esta crítica es para demostrar palpablemente que el firmante de la misma ni tiene idea de la ciencia ficción, ni de la técnica moderna, para no decir de astronáutica o astronomía. Nunca mejor aplicada la frase del folleto de propaganda que ustedes repartieron la noche del estreno en el Florida Cinerama de Barcelona, en el que se decía: «... para el profano, la tecnología adelantada es por completo

indistinguible de la magia».

Y he de añadir que la mayoría de los errores de la crítica proceden de haber sido escrita partiendo del folleto que se entregó a los que asistimos a la X Semana Internacional del Cine en Color de Barcelona, donde se proyectó **2001**. El mencionado folleto, con un texto escrito por Yasushi Kawarabata, es la fuente de todos estos errores, puesto que en el mismo se indica: «Tengo entendido que esta película está basada en **Childhood's End**, de Arthur C. Clark (sic.), en cuya obra el autor describe un cuadro pesimista del mundo futuro». ¡Y dale con el estribillo del pesimismo!

Entre lo que dice Kawarabata y la crítica del periódico, en donde en ambos textos figuran elucubraciones filosóficas y detalles que no he visto en la película (Folleto de la X Semana del Cine en Color: «El computador trata de orientar al Capitán acerca del rumbo a tomar, pero éste piensa que la máquina sólo lo está probando a él y no acierta a entender»), me pregunto si estos señores no habrán visto o soñado otra película. Para añadir injuria al agravio, el firmante de la crítica señala haberla visto dos veces. La deducción más palpable sobre este asunto es que la crítica ha sido escrita en plan de segunda versión del folleto de la X Semana del Cine en Color, dando por sentado que Kawarabata era una eminencia sapientísima sobre el tema cuando en realidad no parece tener mucha idea tampoco. Si el crítico se hubiera tomado la molestia de comprobar y emitir una opinión personal original en vez de limitarse a copiar, tal vez la crítica hubiera sido más aceptable aunque fuera errónea.

En fin, señores de NUEVA DIMENSIÓN, espero me perdonen por la longitud de esta carta y por caer en la paradoja de criticar cuando digo que no debería de haber crítica. No tengo el menor inconveniente en que publiquen ustedes esta carta, pues tal vez sirva en parte para evitar las incompetencias e irresponsabilidades de individuos que se ocupan de cosas de las cuales no tienen idea ni quieren tenerla. Individuos como éstos son los que colaboran a formar conceptos poco favorables hacia la ciencia ficción, con pleno desconocimiento de la verdadera literatura de ciencia ficción y sus derivaciones artísticas.

Pedro GARCÍA CORTÉS
Barcelona

N. D. Estimado Sr. García, su carta nos deja con una duda: la de que si en su caso el término anglosajón **fan** debe traducirse por aficionado, o por fanático. Realmente, nos parece usted un tanto exaltado en sus juicios de valor, aunque admitimos que esa exaltación está provocada, sin lugar a dudas, por su gran amor por la ciencia ficción.

Igualmente, nos parece muy extremista con su postura anti-crítica, pues por su parte ha criticado, y bien, la propia profesión de crítico... digamos «oficial».

En lo que se refiere a la organización de Sitges, nuestra opinión es que fue tremendamente honrada, y que si no se hizo más fue porque los medios no

acompañaron a los buenos deseos de los organizadores. Nosotros, por nuestra parte, ofrecimos nuestra ayuda para tratar de mejorar posteriores ediciones de la Semana. ¿No cree usted que, como cualquier otro **fan** tan «fan», debería usted hacer lo mismo? A nosotros nos agrada mucho la crítica... la positiva, se entiende, la que ofrece soluciones y da la mano para ayudar, en vez de presentar el puño para golpear.

De acuerdo con lo que respecta al disertador sobre el comic, al que usted tan malparado deja, pero nos parece que más aleccionador hubiera sido, para él y sobre todo para los que, sin conocer el tema tan a fondo como usted parece conocerlo, lo estaban escuchando, que le hubiera interpelado en el momento de su intervención, sin esperar luego a «criticarlo» en una carta.

Tenga en cuenta que los críticos son, al fin y al cabo, unas personas como otras cualquiera, sin el menor asomo de poseer el don de la infalibilidad, y que, mientras no se pruebe lo contrario, ninguno de ellos puede decir que sea un especialista en ciencia ficción. De haber alguno de ellos especializado en este campo ya se podría valorar más su opinión cuando hablase de alguno de los temas que nos interesan. Lo que sí aceptamos sin reservas de su exposición es la inconsciencia profesional que es el tratar de temas desconocidos para uno sin buscar una previa información.

Además, piense que, yendo a las últimas consecuencias, aunque acojamos muy gustosos su carta entre estas páginas ya que trata un tema que nos es pertinente, lo mejor hubiera sido tal vez que se dirigiese a los interesados, con el fin de que viesan que existe un sector de la opinión nada conforme con su tratamiento de la información. Tal vez eso fuese más efectivo con vistas a poner remedio a la situación, pues lo cierto es que, aunque nos duela decirlo, dudamos mucho que esos señores sepan siquiera de la existencia de **Nueva Dimensión**, por lo que mal les puede llegar este mensaje...

Y, metido ya en harina, ¿por qué no «criticaba» un poco la actuación de nuestra revista? Se lo hubiéramos agradecido.

*

Desde hace varios años me he interesado por la literatura en general y la ciencia ficción en particular. En la primera he hecho diversos intentos en poesía y prosa y fundado una revista literaria trimestral. En cuanto a la ciencia ficción he leído desde hace cinco o seis años la máxima cantidad de material traducido que podía conseguir, he buscado pacientemente (sin completar todavía la colección) los 48 números de la desaparecida **Más Allá**, y he escrito dos o tres cuentos.

Aquí en Argentina es casi imposible mantener una actividad constante en el género, faltan sobre todo medios de expresión que nucleen esfuerzos. La única revista que sobrevive es **Minotauro**, que dedica sus páginas casi completamente a traducciones y se mantiene dentro de una línea exclusivamente literaria, aparte de aparecer con una periodicidad que varía entre dos meses y un año entre número y

número. No existe un grupo de escritores (como he visto que sucede en España) que se mantenga en contacto, y la mayoría de ellos o son autores de literatura «seria» que no toman muy en serio el género o profesionales (Rodrigué o Nohra Lange: psicoanalistas), que carecen de aptitudes literarias.

Estas y otras causas han hecho que mi entusiasmo tuviera alzas y bajas, desde leer sólo ciencia ficción por algunas semanas hasta vender, en arranques de reacción contra el género, libros o publicaciones que luego extrañaba. Creo que el problema básico era la falta de algo seguro, periódico, en que además de lo literario se encontrara el «clima» dialéctico y dinámico de la ciencia ficción, la atmósfera que tenían las revistas que comenzaron el género en los Estados Unidos, la que poseía también **Más Allá**, en la que uno de los máximos placeres era la lectura de la sección de cartas. Me alegré mucho ante la aparición de **Anticipación**, que apuntaba hacia esos objetivos. Pero luego del tercer o cuarto número la revista pasó a ser (cosa reconocida por los directores mismos, a causa de problemas editoriales) una antología de cuentos, también de periodicidad inestable. En Argentina, Héctor G. Oesterheld fundó **Géminis**, también pensada con objetivos amplios (incluía un concurso mensual premiado para los lectores), pero que duró sólo dos números. En resumidas cuentas, la ciencia ficción en castellano parecía sumida en un letargo y frustración difíciles de superar, por lo menos en nuestro país, ya que en España, a través de Domingo Santos, Atienza, etc., se iba formando un grupo de escritores de ciencia ficción, que podía autoabastecerse y formar el fermento necesario para la difusión del género.

Imaginen la sorpresa que fue para mí conocer y leer dos números de **Nueva Dimensión** (el dos y el tres), a través de Angélica Gorodischer, con la que suelo conversar e intercambiar libros. Desde el tamaño, diagramación y características gráficas, hasta la selección del material literario (abierta a **toda** la ciencia ficción traducida o en lengua española) hasta llegar a la nutridísima y densa sección de informaciones en papel verde. En bloque, la revista me parece impecable. En opinión particularizada, me interesa sobre todo la ciencia ficción que apunta hacia nuevos objetivos, o sea la novela de Cordwainer Smith, los cuentos **Recordando, Primera Necesidad**, etc.

Me interesó también mucho la sección de comic, por su carácter de inédita. Más adelante les agrego unas líneas sobre la misma. En cuanto a lo que me interesaría ver publicado, propongo sobre todo la publicación de la nueva ciencia ficción, de la que se habla en la nota del tercer número. La sección de poemas excelentes. De los dos comics, muy bueno el **mago de Id**, y pésimo el de Carlos Giménez. El material español de ficción, un poco flojo. Espero que la comodidad de una revista bimestral e importante no diluya la calidad (recuerdo mejores cuentos en **Anticipación**).

Un gran abrazo para todos y deseos de vida sin fin a la revista, esperando conocerlos cuando se realice la Primera Convención de Autores de Lengua Española de Ciencia Ficción.

Elvio E. GANDOLFO
Rosario, ARGENTINA

N. D. Primera carta de un lector argentino, aunque sea un lector «de préstamo». Esperamos que a estas horas ya se encontrarán en su país nuestros primeros números, retenidos durante algún tiempo por dificultades de distribución.

Y nos alegra que esta primera carta nos venga de una persona tan cualificada como es usted, Sr. Gandolfo. Si los juicios de todos los lectores nos son necesarios para mantener la revista dentro del aprecio mayoritario, los de los compañeros profesionales nos ayudan con su mayor experiencia en este intento de dignificar la ciencia ficción a través de esta revista (intento bien desproporcionado con la magnitud de nuestras fuerzas).

Sabemos, por varias fuentes, del yermo panorama de la ciencia ficción en Hispanoamérica, panorama sólo alegrado por unos pocos oasis debidos al esfuerzo, casi sobrehumano, de algunos aficionados heroicos. Es muy penoso. Pero tal vez para solucionar esto haya que recurrir a la solución que ya se apunta para otros problemas: el buscar la cooperación supranacional, que en nuestro caso viene tremendamente facilitada por la existencia de una comunidad idiomática en la cual es fácil el intercambio de ideas y de iniciativas. Por nuestra parte, nunca podremos afirmar lo bastante el interés que tenemos en los países hermanos de la Hispanidad, y una mirada atrás, hacia los sumarios de números anteriores, confirmará esta afirmación. Si no se ha hecho más, no ha sido por falta de deseos, sino de posibilidades.

Habla usted de la dificultad de lograr un nexo de unión entre aficionados. Pues bien, nosotros se lo ofrecemos: **Nueva Dimensión**. Aquí tiene, usted y todos, estas páginas verdes para que sean, a la vez, su foro, su club, su tablón de avisos y de noticias. ¡Que más quisiéramos que, tal como hemos visto en las revistas yanquis, alguien le contestase a usted a través de esta sección, y que se entablase un diálogo fructífero, no sólo para los partícipes, sino también para la ciencia ficción en general!

Gracias por sus indicaciones, que tendremos muy en cuenta. Concordamos con usted en algunas de sus valoraciones y discordamos en otras, pero esto es lo natural en las relaciones entre humanos, y lo importante es que se respeten las opiniones ajenas y se comprenda que el espectrograma de los gustos es muy amplio, y que lo que no le gusta a uno le agrada a otro, y viceversa.

*

Permítanme felicitarles por su revista-libro **Nueva Dimensión**, la mejor publicación española de ciencia ficción, y sugerirles que su periodicidad fuese mensual en vez de bimestral, ya que tener que esperar dos meses para conseguir cada nuevo número me parece demasiado tiempo.

Creo que deberían incluir en cada volumen un comic de ciencia ficción o fantasía,

pero un comic guionizado, no esas historietas sueltas que han publicado en algún número. Y con referencia al comic, les ruego me indiquen cómo podría adquirir y cuánto me costaría aproximadamente la serie de comics que publica la editorial francesa Le Terrain Vague.

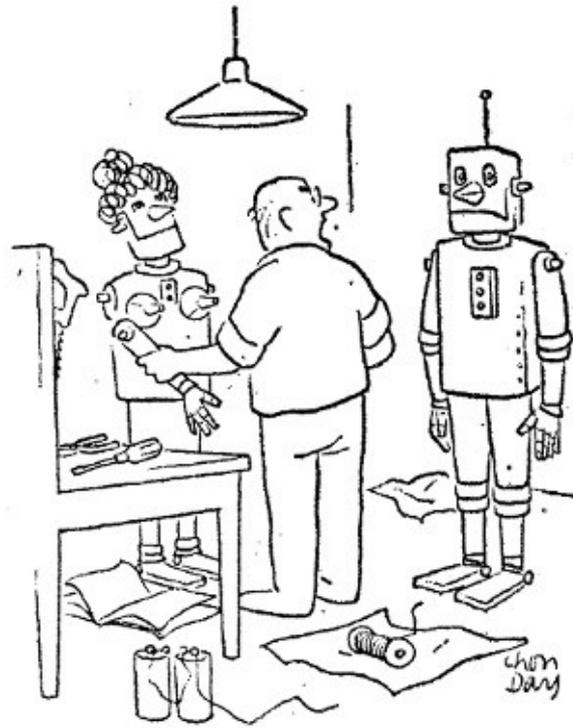
Francisco SENDINO

Madrid

N. D. No creemos que sea el momento todavía, Sr. Sendino, para alterar la periodicidad de esta publicación. Nos hallamos todavía en el primer período de una revista; el de la difusión, y existe un amplio sector del público, más o menos aficionado, que desconoce aún nuestra existencia. Ello nos obliga a una política de austeridad y nos impide realizar algunos deseos que siendo muy loables no son demasiado factibles.

El que no presentemos más comics de argumento, como usted les llama, se debe a dos razones: nuestro interés por presentar obras de calidad, lo cual limita las posibilidades, y el creer que hay tiras sueltas, como las del **mago de Id** o **B. C.**, que son tan válidas y tan representativas del comic como lo pueda ser **Flash Gordon**, pongamos por ejemplo. Por otra parte la misma periodicidad de la revista coarta el que se incluyan en ella comics de más de un episodio (¿qué opinaría de unas pausas de dos meses entre trozo y trozo de un mismo relato...?), y nos lleva, junto con el formato «distintivo» de la revista a tener casi que limitamos a comics realizados en exclusiva para nosotros, con todo lo que esto significa en incremento de las dificultades.

Por otra parte no sabemos si el que un comic carezca de argumento, caso de **Emotivaciones 68**, publicado en el pasado número, le resta interés. ¿Usted, qué opina? Nuestro colaborador Enric Sió, gran «cartoonist», cree que ello lo descalifica de la sección de comics; nosotros pensamos que, aunque tal vez no sepamos cómo denominarlo, en todo caso es interesante como experimento, y si no se hacen experimentos en una revista como ésta, destinada a un público tan amigo de lo nuevo como es el lector de ciencia ficción, ¿dónde se van a hacer? Nos agradecería conocer, Sr. Sendino, su opinión sobre este tema.



¡Me estoy apresurando!
(de «True»)

Notas

[1] N. de R. — La medida de la importancia que Kubrick ha querido dar a esta especie de «prólogo» o preparación de la película en la mente del espectador inadvertido la da el hecho de que, por explícito deseo suyo, ningún fotograma de esta parte ha sido exhibido en el exterior de ninguna sala, ni se encuentra en ningún lugar en toda la promoción publicitaria del mismo, por lo que nos ha sido imposible ilustrar este artículo con las bellísimas imágenes a él referidas. <<

[2] Segundo de Chomón realizó en España **Viaje a la Luna** (1903), **El hotel eléctrico** (1906), y en Francia **Viaje a Júpiter** (1906), **Viaje al centro de la Tierra** (1907), **Cocina magnética** (1908), **Nuevo viaje a la Luna** (1908). (Cronología según Luis Gasca). <<

[3] Películas bastante divertidas por cierto, y que, pese a la abundancia de vodevils y similares que se realizan actualmente, a imitación de aquéllos, no han sido aún superadas. <<

[4] Las fotografías de la película que han sido reproducidas más tarde por diversas revistas son extraídas de fotogramas sueltos, por lo que los rasgos fisionómicos de «el enigma» pueden concretarse algo, cosa que era imposible de apreciar de una manera nítida a través de la proyección normal. Hay que señalar también, para mayor abundancia, que en las fotografías destinadas a la promoción publicitaria del film nunca se exhibieron escenas en las que apareciera James Arness en su interpretación de «la cosa»... dándose la circunstancia de que las revistas que más tarde desearon publicar fotos del mismo tuvieron que recurrir a colecciones particulares para conseguir dichas fotos (obtenidas directamente de la pantalla, ¡e incluso de emisiones de televisión!), ya que ni siquiera la productora tenía material gráfico al respecto. <<